

Joyce Carol Oates

Riesgos de los viajes en el tiempo

Narrativa Internacional Traducción de José Luis López Muñoz



Joyce Carol Oates

Riesgos de los viajes
en el tiempo

Traducción del inglés de José Luis López Muñoz

ALEAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@Alfaguara



@Alfaguara_es



@editorial_alfaguara

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Para Stig Björkman

y para

Charlie Gross

El «uno mismo» no es más que un recurso para representar cierto sistema de respuestas funcionalmente unificado.

B. F. SKINNER, Ciencia y conducta humana

No hubiesen venido a buscarme, pero, ingenuamente, hice que se fijaran en mí. Me atreví, adrede, a hacer lo que no tenía que haber hecho.

Utilicé mi libre albedrío pero con un cálculo erróneo. O, más bien, sin calcular: sin pensar. Por vanidad y estupidez; y ahora estoy perdida.

A veces, de rodillas, en una postura de oración, soy capaz de atravesar la «barrera del censor»... Soy capaz de recordar...

¡Pero me duele tanto la cabeza! Es un esfuerzo titánico: algo así como luchar contra la gravedad en Júpiter.

Por mi condición de Exiliada tengo prohibido hablar con nadie de mi sentencia o de mi vida antes del Exilio, así pues mi soledad es doble.

Aunque pocas veces me falta compañía en este sitio extraño, me siento muy sola y no estoy segura de poder perseverar.

Mi condena es de «solo» cuatro años. Podría haber sido «perpetua».

O podría haber sido Aniquilación.

De rodillas noche tras noche, mientras me esfuerzo por recordar, por recuperar mi antiguo yo, perdido, trato de sentirme agradecida por que mi condena no haya sido Aniquilación.

Y también trato de agradecer que no detuvieran además a alguien de mi familia como colaborador/facilitador de la Traición.

I. Primera de la clase

Las Instrucciones

1. En la Zona Restringida, al Individuo Exiliado (IE) se le permite un radio máximo de desplazamiento de quince kilómetros, con epicentro en su residencia oficial. Esa residencia solo se puede cambiar mediante recurso ante la Oficina Disciplinaria de la Seguridad Nacional en el Exilio (ODSNE).
2. Al IE se le prohíbe cuestionar, impugnar o desobedecer en modo alguno a cualquier autoridad local de la Zona Restringida. Al IE se le prohíbe identificarse, excepto de la manera establecida por la ODSNE. Al IE se le prohíbe proporcionar «conocimiento del futuro» en la Zona Restringida o buscar o tratar de localizar «parentela».
3. Al IE se le proporcionará un nombre nuevo, que es innegociable, y una «partida de nacimiento» apropiada.
4. Al IE se le prohíbe iniciar relaciones «íntimas» o «confidenciales» con ningún otro individuo. Se le prohíbe igualmente procrear.
5. Al IE se le identificará como «adoptado» por unos «padres adoptivos» que ya habrán «fallecido». Al IE se le identificará como desprovisto de cualquier otro familiar. Esa información constará en su registro oficial en la Zona Restringida.
6. Al IE se le vigilará en todo momento durante su Exilio. Queda entendido que la ODSNE puede revocar en cualquier instante los términos del Exilio y de la condena.
7. El incumplimiento de cualquiera de estas Instrucciones por parte del IE se traducirá en su Aniquilación inmediata.

Aniquilación

IA: Individuo Aniquilado.

Si te aniquilan, dejas de existir. Se te «vaporiza».

Y si te aniquilan, se aniquila además todo recuerdo tuyo.

Tus efectos personales y tu herencia pasan a ser propiedad de los EAN (Estados de América del Norte).

Una vez que hayas dejado de existir, a tu familia, incluso a tus hijos si los tienes, se les prohibirá hablar de ti o recordarte bajo ningún pretexto.

Como se trata de un tabú, no se habla de Aniquilación. Sin embargo, todo el mundo sabe que, además de ser el más cruel de los castigos, la Aniquilación siempre pende sobre uno.

Ser Aniquilado no equivale a ser Ejecutado.

La Ejecución es un tema de educación pública. No es un secreto de Estado.

Cierto porcentaje de ejecuciones, bajo los auspicios del Programa Federal de Ejecuciones Educativas (PFEE), se retransmiten por televisión al pueblo, con el propósito de educarlo moralmente.

(En la cámara de ejecución, diseñada para que parezca un quirófano, los agentes carcelarios atan a una camilla al IC [Individuo Condenado]; luego, miembros de la dotación de la cárcel, con uniformes blancos de «enfermeros», administran al IC una dosis letal de veneno, mientras, desde sus hogares, millones de espectadores contemplan el espectáculo por televisión.)

(Nosotros no veíamos las ejecuciones. Aunque la situación de mi padre era ya de IM [Individuo Marcado], y de vulnerable por su Clasificación de Casta [CC], ni papá ni mamá permitían que se encendiera el televisor durante las Horas de Ejecuciones que solían programar varias veces por semana. En sus tiempos de instituto, Roderick, mi hermano mayor, ponía objeciones a aquella «censura», alegando que, si sus profesores analizaban en clase el aspecto educativo de una Ejecución, no estaría en condiciones de participar y destacaría como «sospechoso»; pero su argumento no convenció a nuestros

padres para que encendieran el televisor en esos casos.)

La Aniquilación es algo completamente distinto, porque, si bien la Ejecución está abierta a un debate público, el simple hecho de aludir a una Aniquilación es un delito federal tan digno de castigo como la Incitación a la Traición.

Eric Strohl, mi padre, había sido un IM desde antes de que yo naciera. En su calidad de joven médico residente en el Centro Médico de Pennsboro, se había visto sometido a observación como persona de mentalidad científica, porque se daba por sentado que individuos como él «pensaban por sí mismos», una notoriedad que nadie hubiera querido para sí. Por añadidura, a papá se le acusaba de asociación con un IS (Individuo Subversivo) bajo vigilancia, que más adelante sería detenido y juzgado por Traición. Aquel individuo hablaba a un pequeño grupo en un parque público; papá se había limitado a escucharlo comprensivo cuando una «redada» de la Seguridad Nacional los capturó a él y a otros allí presentes... y la vida de mi padre cambió para siempre.

Se le apartó de su puesto de residente en el centro médico donde trabajaba. Aunque poseía una licenciatura en medicina, con formación especial en oncología pediátrica, solo encontró trabajo mal remunerado como auxiliar de enfermería en el mismo centro, donde lo mantuvieron en cuarentena permanente para que nunca se le permitiera ya «ejercer» de médico. Aun así, mi padre nunca se quejó (en público); solía decir (en público) que se consideraba afortunado por no estar en la cárcel y por seguir vivo.

De cuando en cuando los IM estaban obligados a repasar sus delitos y el castigo correspondiente y a expresar (en público) gratitud por su exoneración y empleo actual. En tales ocasiones, papá respiraba hondo y, como él decía, *canjeaba su alma una vez más*.

¡Pobre papá! Tenía tan buen humor en casa que no creo que me diera cuenta de lo mal que lo pasaba. De lo *destrozado* que se sentía.

En nuestra familia se daba por hecho que no hablábamos de la situación *per se* de papá, pero al parecer se nos permitía —es decir, no se nos prohibía expresamente— aludir a su estatus de IM de la manera en que se podría mencionar una dolencia crónica de un miembro de la familia, la esclerosis múltiple, por ejemplo, o el síndrome de Tourette, o una tendencia a los accidentes raros. Ser IM era algo *vergonzoso, embarazoso, potencialmente peligroso*, pero dado que se trataba de una categoría delictiva (relativamente)

menor comparada con otras mucho más graves, no se consideraba delito de Traición reconocer su existencia. Pero, incluso así, papá corría peligro.

Porque uno de los recuerdos que me vienen a la memoria, claro e independiente, como un sueño perturbador que reaparece de pronto a la luz del día, es cómo en cierta ocasión, cuando no había nadie en casa excepto nosotros dos, papá me llevó escaleras arriba hasta una habitación en el ático que, para mí, siempre había estado cerrada con un candado; y en aquel cuarto papá sacó —de debajo de una lama suelta de la tarima, cubierta además con una alfombra raída— un montón de fotografías de un hombre que me resultó extrañamente familiar, pero al que no conseguía ubicar.

—Es tu tío Tobias, al que aniquilaron cuando tú solo tenías dos años.

Por aquel entonces yo ya había cumplido los diez. Mi yo perdido de los dos años de edad era irrecuperable. Con voz temblorosa, papá me contó que su «insensato y muy querido» hermano pequeño Tobias vivía con nosotros mientras estudiaba medicina, pero había llamado la atención del FBE/FBI — como se conocía a la Oficina Federal de Examinadores, Oficina Federal de Inquisidores— cuando un Primero de Mayo ayudó a organizar una manifestación en favor de la libertad de expresión. A los veintitrés años a «tu tío Tobias» lo detuvieron en esta misma casa, se lo llevaron, fue supuestamente juzgado y... Aniquilado.

Es decir, «vaporizado».

—¿Qué es eso, papá? ¿«Vaporizado»? —aunque sabía que la respuesta iba a entristecerme, tenía que preguntarlo.

—Nada más que... desaparecido, cariño. Como cuando se apaga una llama.

Yo era demasiado pequeña para captar en los ojos de mi padre el dolor de aquella pérdida.

Porque a menudo papá tenía esa misma expresión. Agotado por su trabajo en el hospital, con la piel cenicienta y una cojera en la pierna derecha, a raíz de algún accidente después del cual el hueso no se le había soldado como es debido. Aun así, papá tenía una manera de sonreír que hacía que todo pareciera ir bien.

¡Solo nosotros, chicos! Aquí estamos, resistiendo.

Aunque ahora mismo papá no sonreía. Me daba un poco la espalda, (quizás) para que no notara que se estaba secando las lágrimas.

—No se nos permite «recordar» a Tobias. Y menos aún, desde luego, proporcionar información a un niño. ¡Ni enseñarle fotografías! Me podrían

detener... si alguien se enterase.

Con *alguien* papá se refería al Gobierno. Aunque nadie decía esa palabra, *Gobierno*. Tampoco se utilizaban las palabras *Estado* ni *Dirigentes Federales*. Estaba prohibido utilizar palabras como aquellas, así que, tal y como hacía papá, se hablaba de manera vaga, con una mirada furtiva... *Si alguien se enterase*.

O podías decir *Ellos*.

Podías pensar en *alguien* o en *ellos* como en un cielo encapotado. Un cielo muy bajo con esas grandes nubes semejantes a dirigibles, de las que se rumoreaba que eran instrumentos de vigilancia, formas esculpidas como grandes barcos, a menudo de tonos amarrotados y tornasoladas por la contaminación, que se movían de forma imprevisible pero siempre estaban *ahí*.

En la planta baja, cerca de nuestros aparatos electrónicos, papá nunca habría hablado con tanta claridad. Por supuesto, jamás te fiarías ni de tu ordenador —por muy cordial y guturalmente seductora que fuese su voz—, ni de tu móvil, ni de tu lápiz dictáfono, ni tampoco de termostatos, lavaplatos, microondas, llaves de coche o automóviles (autónomos).

—Pero echo de menos a Toby. Todo el tiempo. Cuando veo estudiantes de medicina de su edad... Echo de menos cómo habría sido para ti y para Rod un tío maravilloso.

Todo aquello me resultaba confuso. Había olvidado las palabras de papá: *¿Vaporizado? ¿Aniquilado?*

Pero me daba cuenta de que no tenía que seguir preguntándole en aquel momento, porque se pondría aún más triste.

Emocionante ver fotografías de aquel «tío Toby» que mi hermano y yo habíamos perdido y que parecía algo así como una versión más joven de mi padre: la peculiar sonrisa del tío Toby, entre la bizquera y el ceño fruncido, se parecía mucho a la de papá. Y la nariz era larga y estrecha como la suya, con un bulto diminuto en el hueso. ¡Y los ojos! De color castaño oscuro, brillantes, como los míos.

—El tío Toby parecía *divertido*.

¿Era una estupidez decir aquello? Me arrepentí de inmediato, pero papá se limitó a obsequiarme con una sonrisa triste.

—Sí. Toby era *muy divertido*.

Papá me dijo que había tratado de advertir a su hermano sobre los peligros

de participar en cualquier manifestación relacionada con la libertad de expresión o el Primero de Mayo. Incluso durante lo que había parecido ser una temporada de distensión (relativa) por parte de la Oficina Nacional para la Divulgación de la Seguridad Pública; durante periodos como aquel, el Gobierno era menos riguroso en la aplicación de las normas de seguridad pública, si bien, como creía papá, no dejaba de vigilar y recabar información sobre disidentes e IS (Individuos Subversivos) potenciales, para usarla en el futuro. *Nada se olvida nunca*, advertía papá.

En ocasiones como aquellas, circulaban rumores de un «deshielo» —de una «nueva era»— porque, como decía papá, la gente siempre está deseosa de creer las buenas noticias y de olvidarse de las malas; la gente quiere ser «optimista» y no «pesimista», pero los «deshielos» forman parte de ciclos y se acaban pronto, por lo que dejan a los incautos, sobre todo jóvenes e ingenuos, expuestos a ser descubiertos y detenidos y... a lo que venga después de la detención.

A raíz de la desaparición de mi tío Toby (así era como la llamaban), se presentaron en casa funcionarios de la policía y se llevaron sus libros de medicina, sus cuadernos de laboratorio, su ordenador personal y sus dispositivos electrónicos, etcétera, así como todas las fotografías suyas en formato digital o en papel que pudieron encontrar; pero papá había logrado esconder unas cuantas cosas, con gran peligro para su seguridad personal.

—No estoy orgulloso de mí mismo, cariño —fue lo que dijo—. Pero comprendí que, de puertas afuera, sería más prudente «repudiar» a mi hermano. Para entonces ya había sido Aniquilado, así que no tenía sentido defenderlo ni protegerlo. Creo que resulté muy convincente (y también tu madre) al jurar que no nos habíamos dado cuenta de que cobijábamos a un IS, a un traidor..., de modo que se limitaron a ponernos una multa.

Papá se pasó la manga de la camisa por la cara, para secarse el sudor.

—Una multa demoledora, en realidad. Pero tuvimos que agradecer que no nos derribaran la casa, como ocurre a veces en casos de Traición.

—¿Lo sabe mamá?

—Si sabe qué.

—Que están aquí las cosas del tío Toby.

—No. Mamá «sabe» que a mi hermano lo aniquilaron —me explicó papá—. Nunca habla de él, por supuesto. Quizá por entonces «supiera» que yo había conservado unas cuantas cosas de Toby, pero sin duda lo ha olvidado a estas

alturas, como probablemente habrá olvidado también qué aspecto tenía. Si te esfuerzas lo suficiente para *no pensar* en algo, y levantas una barrera mental en contra, y otras personas a tu alrededor hacen lo mismo, se puede «olvidar»... hasta cierto punto.

Pensé, muy decidida: *¡Yo no! Yo no voy a olvidar.*

Acaricié uno de los jerséis de mi perdido tío, suave lana oscura, apolillada. Y había también una camiseta blanca que amarilleaba, con el cuello dado de sí. Y un cuaderno del laboratorio de biología con la mitad de las páginas en blanco. Y un reloj de pulsera con correa extensible y esfera negra, con las manecillas detenidas para siempre a las dos y veinte de la tarde, que papá trató de revivir sin éxito.

—Ahora tienes que prometerme, Adriane, que nunca hablarás con nadie acerca de tu tío.

Asentí con la cabeza. *Sí, papá.*

—Ni con mamá, ni con Roddy. No debes hablar del «tío Toby» con nadie, ni siquiera conmigo.

Al ver el gesto de perplejidad en mi cara, papá me humedeció la nariz con un beso.

Recogió las cosas prohibidas y las volvió a guardar debajo de la tarima y de la alfombra raída.

—Será nuestro secreto, Adriane. ¿Lo prometes?

—Sí, papá. ¡Prometido!

De manera que sí. Sabía lo que era la Aniquilación. Sé lo que aún *es*.

No es probable que siga los pasos de mi tío Toby. Ya no estoy interesada en ser «diferente», en llamar la atención.

Tal como he jurado muchas veces, estoy decidida a cumplir con mi Exilio sin desobedecer las Instrucciones. Estoy decidida a volver un día con mi familia.

Estoy decidida a no ser «vaporizada»... y olvidada.

Me pregunto si debajo de la tarima del ático existirá un patético escondite de cosas mías, cepillo de dientes gastado, calcetines con dibujo de gatos, deberes de matemáticas para casa con una puntuación de 91 en tinta roja: lo poco que mis padres consiguieron ocultar a toda prisa.

Orden judicial

Por la presente, el día 19 de junio, EAN-23, en el 16.º Distrito Federal de los Estados Atlánticos del Este, se formaliza una orden judicial para la detención, reclusión, recolocación y condena de STROHL, ADRIANE S., de 17 años, hija de ERIC y MADELEINE STROHL, con domicilio en calle Diecisiete Norte, 3911, Pennsboro, Nueva Jersey, por siete delitos de Incitación a la Traición y Cuestionamiento de la Autoridad en violación de los Estatutos Federales 2 y 7. Firmada por orden de H. R. Sedgwick, Presidente del Tribunal, 16.º Distrito Federal.

«¡Buenas noticias!»

O eso parecía en un primer momento.

Había quedado primera de la clase y me habían encargado el discurso de despedida de mi promoción en el instituto Pennsboro. Y de entre los cinco candidatos de nuestro centro docente, había sido la única a la que se había concedido una Beca Patriótica para la Democracia, con fondos federales.

Mi madre vino corriendo a abrazarme y a darme la enhorabuena. Y también mi padre, aunque más preocupado.

—¡Fantástico, Adriane! No sabes lo orgullosos que estamos de ti.

El director de nuestro instituto había telefoneado a mis padres para darles la noticia. Nadie solía llamar a casa, porque la mayoría de los mensajes llegaban por vía electrónica y no había posibilidad de elección en cuanto a recibirlos.

Y mi hermano Roderick salió a saludarme con una expresión extraña en la cara. Había oído hablar de las Becas Patrióticas para la Democracia, dijo Roddy, pero no sabía de nadie a quien le hubieran dado una. Estaba seguro de que no se habían concedido a nadie mientras él estuvo en el Pennsboro.

—Vaya. Enhorabuena, Addie.

—¡Gracias! Supongo.

Roddy, que tres años antes se había graduado en el mismo instituto que yo y trabajaba ya como interno con un sueldo muy bajo en la sucursal de Pennsboro de la Oficina para la Divulgación a los Medios (ODM) de los Estados de América del Norte, se mostraba admirativo a regañadientes. Pensé: *Está celoso. No ha conseguido ir a estudiar en una universidad de verdad.*

Nunca he llegado a saber si mi hermano me daba pena o si, en realidad, le tenía miedo. Roddy era alto y corpulento, se había dejado barba y bigote poco poblados y de color arena, y vestía siempre la misma ropa de color marrón ceniciento, algo así como un uniforme para trabajadores de menor categoría de la ODM. En su sonrisa habitaba un rictus de suficiencia destinado solo a mí.

Cuando éramos más pequeños, Roddy me atormentaba con frecuencia: él las

llamaba «bromas». Nuestros padres hacían turnos de diez horas en su trabajo, y Roddy y yo pasábamos solos en casa buena parte del tiempo. Como Roddy era el mayor, siempre se le había encargado que *cuidara de su hermanita*. ¡Menudo chiste! Sin duda un chiste cruel que no me hace sonreír.

Ahora que ya éramos mayores, y yo bastante alta (para una chica de mi edad: un metro setenta), Roddy no me atormentaba tanto como antes. Sobre todo era su expresión, algo a medio camino entre la sonrisa y la mueca, cambiante, con el ceño fruncido, destinada a transmitir que estaba pensando ciertas cosas que era mejor mantener secretas.

Aquella sonrisita de suficiencia era solo para mí: una esquirla de hielo que me atravesaba el corazón.

Mis padres me lo habían explicado: para mi hermano —que en el instituto no lo había hecho lo bastante bien como para merecer siquiera una beca en el *college* estatal de los EAN— era duro ver que a mí me iba mucho mejor en el mismo centro docente. Le resultaba embarazoso saber que su hermana pequeña sacaba mejores notas que él, calificaciones que me ponían los mismos profesores que él había tenido en el instituto Pennsboro. Y era muy poco probable que a Roddy lo admitiesen nunca en un curso universitario de cuatro años bajo control federal, incluso aunque asistiera a clases en un centro de formación superior y nuestros padres pudieran pagárselas.

Algo había ido mal en sus dos últimos años de instituto. Había cosas que le asustaban., quizás con motivo. Conmigo no se había sincerado nunca.

En el instituto Pennsboro —como en todas partes en nuestro país, imagino— existía el miedo a parecer «listo» (lo que se podía interpretar como «demasiado listo»), algo que quizás atrajese sobre ti una atención no deseada. En una Verdadera Democracia, todas las personas son *iguales*: nadie es *mejor que nadie*. Estaba bien sacar notables, y algún sobresaliente de cuando en cuando; pero los sobresalientes implicaban riesgos, y con las matrículas de honor los riesgos eran aún mayores. A Roddy no le faltaba inteligencia, e incluso había tenido un buen nivel en los primeros años de secundaria, pero se pasó de largo en sus esfuerzos por no sacar sobresalientes en los exámenes, y acabó sus estudios con aprobados raspados.

Papá lo había explicado: es como si fueses campeón de tiro con arco. Y tienes que disparar para no dar en el centro del blanco. Y una tozudez en tu interior se asegura de que no solo no des en el centro, sino que ni roces la maldita diana.

Papá se había reído, mientras negaba con la cabeza. Algo así le había sucedido a mi hermano.

Pobre Roddy. Y pobre Adriane, dado que Roddy pagó su desilusión conmigo.

De eso no se hablaba abiertamente en el instituto. Pero todos lo sabíamos. Muchos de los chicos más listos no se empleaban a fondo para no llamar la atención. La VNSP (Vigilancia Nacional para la Seguridad Pública) tenía fama de confeccionar listas de disidentes potenciales (IM o IS) que, según se decía, contenían los nombres de alumnos con muy buenas notas y elevado coeficiente intelectual. Los alumnos destacados en ciencias —a quienes se consideraba demasiado «inquisitivos» y «escépticos» sobre las directrices del instituto con relación al currículo— eran especialmente sospechosos, así que los experimentos ya no formaban parte de nuestros cursos de ciencias, solo «hechos científicos» que memorizar («La gravedad hace que caigan los objetos», «El agua hierve a cien grados centígrados», «Los pensamientos negativos producen cáncer», «El CI medio de las mujeres es 7,55 puntos inferior al CI medio de los varones, conforme al estatus TP»).

Por supuesto, un error igual de grave era acabar solo con aprobados: eso significaba ser *normal tirando a malo*, pero también podía querer decir que saboteabas a sabiendas tu trayectoria en el instituto. «No emplearse a fondo» de manera demasiado obvia era a veces peligroso. Después de graduarte podías acabar en un centro de formación profesional con la esperanza de mejorar tu situación con nuevos cursos para tratar de dar el salto a una universidad estatal, pero lo cierto era que, si te incorporabas a la población activa en una categoría de nivel bajo, como Roddy en la ODM, ya te quedabas allí para siempre.

Nada se olvida nunca, nadie va a ningún sitio donde no esté ya. Era un dicho que más valía no repetir en voz alta.

Así que papá estaba condenado para siempre a no pasar de TM2 —técnico médico, segundo nivel— en la clínica de su distrito, un centro de salud donde los médicos en plantilla, que ganaban cinco veces más que mi padre, le consultaban todo el tiempo acerca de cuestiones profesionales, sobre todo oncología pediátrica.

El subsidio de salud de papá, como el de mamá, era tan escaso que ni siquiera le permitía tratarse en la clínica donde trabajaba. Ninguno de nosotros quería pensar en los problemas que tendrían mis padres si

necesitaban —o cuando necesitasen— recibir tratamiento por alguna enfermedad grave.

En el instituto yo no había sido ni mucho menos tan cauta como Roddy. Me lo pasaba bien, y tenía amigas que eran para mí como hermanas. Me gustaban las pruebas tipo test y los exámenes: eran como juegos en los que, si estudiabas mucho, y memorizabas lo que los profesores te decían, podías obtener buenos resultados.

Solo que a veces me esforcé más de lo que hubiese sido necesario.

Quizá fuera arriesgado. Alguna chispa de desafío prendió en mí.

Pero, por otra parte, quizás (algunas lo pensamos) el instituto no era tan arriesgado para las chicas. Habían sido pocas las ADEACD (Acciones Disciplinarias para Eliminar Amenazas Contra la Democracia) emprendidas contra alumnos de Pennsboro en años recientes, y todas contra chicos de la categoría TP3 o inferiores.

(La categoría más alta de TP, Tonalidad de Piel, era 1: «Caucásico». La mayoría de los residentes de Pennsboro eran TP1 o TP2, con una pequeña cantidad de TP3. Había TP4 en un distrito vecino y por supuesto había obreros de piel más oscura en todos los distritos. Aunque sabíamos que existían, la mayoría de nosotros no había visto nunca un TP10 de carne y hueso.)

Ahora parece la más risible de las vanidades, y algo estúpidamente ingenuo, pero en nuestro instituto yo era una de las alumnas que manifestaban cierto talento para escribir y para el arte; era una «estudiante veloz» (decían mis profesores, no del todo satisfechos), y aprendía de memoria pasajes en prosa sin esfuerzo. Entre todos los chicos y chicas, no creo que fuese la alumna más «destacada» de mi promoción. ¡No entra dentro de lo posible! Tenía que trabajar duro para entender las matemáticas y las ciencias, necesitaba leer y releer mis tareas para casa y preparar mucho los test y los exámenes, mientras que a algunos de mis condiscípulos se les daban muy bien esas asignaturas. (Los TP2 y TP3 eran con frecuencia asiáticos, una minoría en nuestro distrito, y esas chicas y chicos eran muy listos, pero sin esforzarse por destacar, es decir, no querían *arriesgarse*.) Sucedió, de todos modos, que Adriane Strohl terminó sus estudios con la nota media más alta de la promoción del 23: 4,3 sobre 5.

A mi mejor amiga Paige Connor sus padres le habían hecho la advertencia de que no se empleara a fondo, así que su nota media era solo de 4,1, bien dentro de los límites seguros. Y Jonny, sin duda uno de los chicos más

inteligentes, cuyo padre era IM, como el mío, y antiguo profesor de matemáticas, estaba claro que no se había empleado a fondo... o quizá los exámenes le resultaban tan traumáticos que no necesitaba esforzarse, y su media era un modesto 3,9, una nota muy segura.

Más vale cobarde a salvo que héroe desgraciado. Ahora no entiendo por qué pensaba yo que observaciones así no eran más que chistes tontos como los que hacen los críos.

Lo cierto es que me había abstenido de pensar. Más adelante en mi vida, o, más bien, en mi otra vida, en tanto que universitaria, cuando estudiaba psicología o al menos una primitiva forma de psicología cognitiva, tuve más información sobre el fenómeno de la «atención» —«habilidad para atender»—, que está dentro de la consciencia pero es el aspecto intencionado, deliberado, focalizado de la consciencia. Los ojos abiertos son solo el nivel mínimo de ser consciente; *prestar atención* es algo más. En mi vida en el instituto era consciente, pero no *prestaba atención*. Centrada en tareas como los deberes para casa, los exámenes, las amigas con las que compartir mesa en la cafetería y pasar juntas la clase de gimnasia, no captaba más que una fracción de cuanto flotaba a mi alrededor en el aire, de las advertencias de los profesores por medio del lenguaje corporal, miradas que deberían haberme alertado acerca de... algo.

En mi existencia de después me daría cuenta de que prácticamente durante toda mi vida anterior había sido *consciente bajo mínimos*. Prácticamente no había cuestionado nada; apenas había tratado de descifrar la naturaleza específica de lo que mis padres trataban de comunicarme, más allá de sus palabras. Porque mis queridos padres *sufrían de la maldición que entraña la habilidad para atender*. Me los había creído al pie de la letra; había dado por sentada mi vida en una burbuja...

Así pues, sucedió que a Adriane Strohl la eligieron como primera de su promoción en el instituto. ¡Buenas noticias! ¡Felicidades!

Ahora doy por hecho que ningún otro alumno con los méritos necesarios quería aquella «distinción»; de la misma manera que nadie quería tampoco una Beca Patriótica para la Democracia. Aunque, al parecer, hubo algo de controversia, porque se decía que la dirección del instituto prefería, para el discurso, a otro alumno en lugar de Adriane Strohl, un muchacho con una nota media de 4,2 además de un premio por sobresalir en la práctica del fútbol americano, con un galardón como Buen Ciudadano Democrático y cuyos

progenitores, se aseguraba, eran de una casta superior a la mía, sin contar con que su padre no era IM sino EE (Exiliado de Élite, una distinción especial concedida a exiliados, una vez concluido su periodo de Exilio, por haberse rehabilitado al ciento diez por ciento).

Me enteré de la controversia por encima, solo me llegó como rumor en el instituto. El hijo del EE no tenía tan buenas notas como yo, pero se le creía capaz de pronunciar un discurso de despedida más ágil y más entretenido, dado que había estudiado relaciones públicas para televisión y no el currículo generalista. ¿Y quizás a la dirección del instituto le preocupaba que Adriane Strohl no solo no fuese entretenida, sino que dijera cosas «inaceptables» en su alocución?

En cierto modo, sin darme cuenta, a lo largo de varios años había conseguido entre mis profesores y condiscípulos la reputación de decir cosas «sorprendentes» —cosas «inesperadas»— que otros alumnos no hubieran dicho. Por mero impulso alzaba la mano y hacía preguntas. No es exactamente que tuviera *dudas*: solo curiosidad y deseos de saber. Por ejemplo, ¿un «hecho científico» era siempre y a la fuerza un hecho? ¿El agua hervía *siempre* a cien grados centígrados o dependía de lo pura que fuese? Y ¿los alumnos varones eran *siempre* más listos que las chicas, a juzgar por los resultados reales de los exámenes y las notas en nuestro instituto?

Algunos de los profesores (hombres) hacían chistes a mi costa, de manera que la clase se reía de lo tontas que eran mis consultas; algunas profesoras se enfadaban o, quizás, se asustaban. Mi voz tiende a ser reposada y cortés, pero es posible que se percibiese como *terca*.

A veces mi gesto de perplejidad desconcertaba a los profesores, que siempre tenían cuidado de que su expresión fuese la correcta cuando estaban delante de los alumnos. Había formas aceptadas de manifestar interés, sorpresa, desaprobación (moderada), severidad. (Como todos los espacios públicos y muchos privados, nuestras aulas se «monitorizaban para garantizar la calidad», pero los adultos se daban mucha más cuenta que los adolescentes de la vigilancia a la que estaban sometidos.)

Todas las clases tenían sus espías. No sabíamos quiénes eran, por supuesto; se decía que si creías saberlo seguro que te equivocabas, dado que la OVVCD (Oficina de Vigilancia Voluntaria de Ciudadanos Democráticos) escogía a sus espías con tanto cuidado que el resultado era análogo al camuflaje de cierta especie de mariposa nocturna cuyas alas se funden con la corteza de

determinados árboles *sin solución de continuidad*. Como decía papá: *Tus profesores no lo pueden evitar. No se pueden desviar del currículo. El ideal es enseñarlo todo al pie de la letra: cada profesor en su clase tiene que funcionar como un robot, sin apartarse nunca del guion bajo pena de..., ya sabes de qué.*

¿Era cierto aquello? Durante años, en nuestro curso, la promoción de EAN-23, se había hablado de manera imprecisa de un profesor o una profesora —no sabíamos cuánto tiempo atrás, ¿quizá cuando estábamos en los primeros años de secundaria?— que un día se había «apartado» del guion, había empezado a hablar a lo loco, y a reírse, y a amenazar con el puño al «ojo» (de hecho, probablemente había numerosos «ojos» en cualquier clase, todos ellos invisibles), por lo que se le detuvo y aniquiló de la noche a la mañana, y hubo que contratar a un nuevo profesor para ocupar su sitio; muy pronto nadie se acordaba ya del profesor-que-fue-Aniquilado. Y al cabo de algún tiempo ni siquiera recordábamos con claridad que uno de nuestros profesores *había sido* Aniquilado. (¿O se trataba de más de uno? ¿Estaban *embrujuadas* ciertas clases del instituto?) En nuestros cerebros, donde debería haber estado el recuerdo de — solo quedaba un vacío.

Con toda seguridad, yo no era agresiva en el aula. Estoy convencida de que no. Pero comparada con mis compañeros de clase, muy dóciles en su mayor parte —algunos de ellos se hundían en sus pupitres como muñecas de papel maché a medio plegar—, es posible que Adriane Strohl destacara... de un modo poco afortunado.

En Historia Patriótica de la Democracia, por ejemplo, a veces había querido saber más sobre «hechos» históricos. Había hecho preguntas acerca de un tema que nadie cuestionaba jamás: los Grandes Ataques Terroristas del 11/09/01. Pero no en plan arrogante, en serio, ¡solo por curiosidad! Desde luego, no quería causar problemas a ninguno de mis profesores con la OSE (Oficina de Supervisión Educativa), ya que el resultado podía ser que los degradaran, los despidiesen o los... «vaporizaran».

Yo habría pensado, vaya, que le caía bien a la gente, en su mayoría. Era la chica con el pelo de punta, de grandes y brillantes ojos de color castaño oscuro, una voz con su chispa de atractivo y la costumbre de hacer preguntas. Como un niño muy pequeño con demasiada energía de quien se espera que en el jardín de infancia corra en círculos hasta cansarse. Con una especie de ingenuidad inconsciente, había sacado buenas notas, así que se daba por

sentado que, pese a que mi padre perteneciera a la casta de IM, cumpliría con los requisitos para cursar estudios en una Universidad Estatal Democrática bajo autoridad federal.

(Esto es, se me podía aceptar en una de las masificadas universidades estatales, en las que a una clase teórica podían asistir hasta mil alumnos y donde muchas de las asignaturas se cursaban online.)

Las universidades restringidas eran mucho más pequeñas, prestigiosas e inaccesibles salvo para una pequeña parte de la población; aunque no aparecían online ni en ningún directorio público, se alojaban en los campus «tradicionales» de Cambridge, New Haven, Princeton, etcétera, en distritos restringidos. No solo no sabíamos dónde estaban exactamente esos centros académicos, sino que tampoco habíamos conocido a ninguno de sus graduados.

Cuando en clase alzaba la mano para contestar a la pregunta de un profesor, advertía a veces las miradas de mis compañeros —amigos míos, incluso—, algo así como incómodos, preocupados: *¿Qué va a decir ahora Adriane? ¿Qué bicho le habrá picado?*

¡No me había picado ningún bicho! Estaba segura.

De hecho, en secreto hasta me sentía orgullosa de mí misma. Y puede que fuera un poquito vanidosa. Porque me gustaba pensar: *Soy la hija de Eric Strohl.*

La detención

La voz y las palabras fueron rápidas, enérgicas, impersonales:

—Strohl, Adriane. Manos a la espalda.

Sucedió muy deprisa. Durante el ensayo para la ceremonia de nuestra graduación.

¡Tan deprisa! Estaba demasiado sorprendida, demasiado asustada para pensar en resistirme.

Aunque imagino que lo hice, que traté de «resistirme»; con desesperación infantil, traté de agacharme y alejarme de las violentas manos de los agentes, que me retorcieron los brazos con tan inusitada fuerza que tuve que morderme los labios para no gritar de dolor.

¿Qué estaba sucediendo? No me lo podía creer: estaba siendo *detenida*.

Pero, pese a la conmoción, pensé: *No voy a gritar. No voy a pedir clemencia.*

Me esposaron con las manos a la espalda. En unos segundos me convertí en prisionera de la Seguridad Nacional.

Acababa de pronunciar mi discurso de despedida y me alejaba ya del podio, para bajar del escenario, cuando apareció el señor Mackay, nuestro director, con una expresión peculiar —muda indignación, superioridad moral, pero también miedo—, para señalarme, como si los agentes que iban a detenerme necesitaran que me señalase desde muy cerca.

—Ahí está... Adriane Strohl. Esa es la traidora que están buscando.

Las palabras del señor Mackay sonaron extrañamente impostadas. Parecía muy enfadado conmigo, pero ¿por qué? ¿Por mi discurso de despedida? Pero todo él había consistido en preguntas; ni respuestas, ni acusaciones.

Sabía que al señor Mackay yo no le gustaba; no me conocía muy bien, excepto por las opiniones de mis profesores. Pero fue estremecedor ver en el rostro de una persona adulta aquella expresión de auténtico *odio*.

—Se le advirtió. Todos están advertidos. Hemos hecho todo lo que hemos

podido para educarla como patriota, pero... esa chica es una *provocadora* nata.

¡Provocadora! Conocía el significado del término, pero nunca había oído a nadie acusarme de serlo.

Más adelante me di cuenta de que la Orden de Detención tenía que haberse redactado antes del ensayo, por supuesto. El señor Mackay y sus consejeros del claustro de profesores sin duda me habían denunciado a la Agencia Disciplinaria para la Juventud antes incluso de haber oído mi discurso; habían *adivinado* que sería «subversivo» y que no se me podía permitir pronunciarlo en la ceremonia de graduación. Y la Beca Patriótica para la Democracia tenía que haber sido también una burla cruel.

Mientras otros mantenían la vista fija en el escenario bien iluminado, la agente encargada de detenerme me leyó la orden judicial. En cuanto a mí, estaba demasiado anonadada para oír la mayor parte: solo palabras terribles como *arresto, detención, reasignación, condena... Incitación a la Traición y Cuestionamiento de la Autoridad.*

A toda prisa, el señor Mackay convocó al último curso de secundaria para una «asamblea de emergencia».

Mis condiscípulos se instalaron en el auditorio, entre murmullos y muestras de agitación. Había trescientos veintidós alumnos en el curso, y en muy pocos minutos la noticia de mi detención se extendió entre ellos como el fuego por un reguero de pólvora.

Con gesto serio, el señor Mackay anunció desde el podio que el Estado había detenido a Adriane Strohl, «anteriormente» alumna destacada de su promoción, acusada de Traición y Cuestionamiento de la Autoridad; y lo que ahora se solicitaba era un «voto de confianza» de sus pares relativo a aquella acción.

Es decir, todos los alumnos de último curso (salvo Adriane Strohl) tenían que votar si estaban de acuerdo con la detención o querían impugnarla.

—Vamos a pedirnos un voto a mano alzada —dijo el señor Mackay, con la voz temblorosa por tan solemne ocasión—, en una demostración de democracia plena, justa e imparcial.

Durante todo aquel tiempo yo había permanecido esposada, con expresión culpable y el sudor cayéndome por la cara, al borde mismo del escenario.

Como si mis compañeros de clase necesitaran que se les recordase quién era la detenida Adriane Strohl.

Dos fornidos agentes de la División Disciplinaria de la Seguridad Nacional para la Juventud me tenían bien sujeta por los brazos. Eran un hombre y una mujer, los dos con uniforme de color azul oscuro y equipados con porra, pistola paralizante, spray y revólver, todo ello en pesadas fundas en torno a la cintura. Mis compañeros de clase miraban con los ojos muy abiertos, al mismo tiempo intimidados y sobrecogidos. ¡Una detención! ¡En el instituto! Y un voto a mano alzada que no era una novedad en sí mismo, excepto por lo emocionante de la ocasión.

—¡Alumnos y alumnas! ¡Atención! Todos los que estén a favor de retirarle a Adriane Strohl el honor de pronunciar el discurso de despedida, por haber cometido Traición y Cuestionado a la Autoridad, alzad la mano, ¿de acuerdo?

Se produjo una breve pausa de asombro. Muy breve.

Vacilantes, se alzaron unas cuantas manos. Luego, algunas más.

Sin duda, la presencia de los agentes uniformados de la División Disciplinaria para la Juventud, fulminándolos con la mirada, empujó a mis compañeros a la acción. Filas enteras alzaron la mano... ¡Sí!

Aquí y allí había alumnos que se revolvían incómodos en el asiento. No votaban, todavía. Mi mirada se cruzó con la de mi amiga Carla, por cuyas mejillas también parecían correr las lágrimas. Y allí estaba Paige, casi haciéndome señas: *Lo siento, Adriane. No tengo elección.*

Como en una pesadilla, a la larga se alzó contra mí un mar de manos. Si hubo quienes no votaron, con las manos cruzadas sobre el regazo, yo no los vi.

—¿Y todos los que se oponen, los que dicen no?

La voz del señor Mackay se detuvo dramáticamente, como si estuviera contando; lo cierto es que no había ni una sola mano levantada entre las filas de alumnos del último curso.

—En tal caso, creo que tenemos un impresionante ejemplo de democracia en acción, alumnos y alumnas del instituto Pennsboro. «Regla de la mayoría: la verdad está en los números.»

La segunda votación no pasó de ser una repetición de la primera:

—Nosotros, los alumnos del último curso del instituto Pennsboro, confirmamos y apoyamos la detención de nuestra antigua condiscípula, Adriane Strohl, acusada de Traición y de Cuestionamiento de la Autoridad. Los que estén a favor...

Para entonces la detenida había cerrado los ojos, inundados en lágrimas, movida por la vergüenza, la repugnancia y el miedo. No necesitaba ver la segunda votación a mano alzada.

Los agentes me sacaron del instituto por una puerta trasera, sin hacer el menor caso cuando me quejé del daño que me estaban haciendo las esposas demasiado apretadas y la presión de sus manos en los brazos. De inmediato me obligaron a entrar en un vehículo policial sin ningún distintivo y semejante a un pequeño carro de combate; hasta se diría listo para cargar contra posibles manifestantes y aplastarlos.

Me arrojaron sin contemplaciones a la parte de atrás. Cerraron la puerta y echaron la llave. A pesar de mis protestas, ninguno de los agentes —ambos sentados delante, al otro lado de un enrejado de plexiglás— me prestó la menor atención, como si para ellos yo no existiera.

Los agentes parecían ser TP4 y TP5. Es posible que fueran «extranjeros» de nacimiento y ciudadanos adoctrinados a los que no se había permitido aprender inglés.

Pensé: *¿Les dirá alguien a mis padres dónde estoy? ¿Me dejarán volver a casa?*

Presa de pánico, pensé: *¿Me «vaporizarán»?*

Precedida por una sirena estridente, me llevaron a un edificio con aire de fortaleza en el centro de Pennsboro, sede local de los Interrogatorios para la Seguridad Nacional. Se trataba de un edificio de ventanas tapiadas del que se decía que en otro tiempo había sido una oficina de correos, antes de la Reconstrucción de los Estados Unidos en Estados de América del Norte, y de la privatización y desaparición gradual del servicio de correos. (Seguían existiendo muchos edificios de los antiguos Estados, que se empleaban ahora para finalidades muy diferentes. Así, por ejemplo, el edificio en el que mi madre había cursado la escuela elemental se había convertido en el Servicio de Diagnóstico Infantil y Restauración Quirúrgica; la residencia en la que había vivido mi padre cuando estudiaba medicina, en los años anteriores a que se le recalificara como IM, era ahora el Servicio de Detención y Reeducción para la Juventud. La Oficina para la Divulgación a los Medios, donde trabajaba mi hermano Roddy, ocupaba un viejo edificio de piedra, anteriormente Biblioteca Pública de Pennsboro, en los días en que existían «libros» que se podían sostener con las manos ¡y que se podían leer!) En aquel edificio lleno de corrientes, me llevaron a una sala de interrogatorios de la

División Disciplinaria para la Juventud y me instalaron a la fuerza en una silla muy incómoda con una luz cegadora en la cara y una cámara enfocándome, para que unos desconocidos a los que apenas conseguía ver me interrogasen.

Me preguntaron una y otra vez:

—¿Quién te escribió ese discurso?

Nadie, dije. Nadie me escribió el discurso ni me ayudó a escribirlo... Lo escribí yo.

—¿Te escribió tu padre, Eric Strohl, ese discurso?

¡No! No lo escribió mi padre.

—¿Te dijo tu padre lo que tenías que escribir? ¿Te influyó? ¿Tus preguntas son en realidad preguntas de tu padre?

¡No! Las preguntas son mías.

—¿Te ayudaron tu padre o tu madre a escribir el discurso? ¿Te influyeron? ¿Son tus preguntas sus preguntas?

No, no, *no*.

—¿Las ideas subversivas que presentas son las tuyas?

Me aterraba pensar que a mi padre, o a los dos, mi padre y mi madre, los hubieran detenido y también los estuvieran interrogando en algún otro sitio de aquel espantoso edificio. Me aterraba pensar que volvieran a clasificar a mi padre, no ya como IM sino como IS (Individuo Subversivo) o como TA (Traidor en Activo), y que pudiera ser víctima de la misma condena que el tío Tobias.

Los interrogadores examinaron mi discurso de despedida línea por línea y palabra por palabra, aunque el texto solo ocupaba dos páginas impresas a doble espacio y con unas pocas anotaciones garrapateadas encima. También se habían apoderado de mi ordenador, sustraído de la taquilla del instituto, y lo estaban inspeccionando.

Me confiscaron asimismo el resto de pertenencias que almacenaba en la taquilla: portátil, cuaderno de dibujo, mochila, teléfono móvil, barritas de cereales, una sudadera manchada del instituto y paquetes de pañuelos de papel.

Los interrogadores eran tan eficaces e impersonales como máquinas. Casi se los podría haber confundido con robots, hasta que se veía parpadear a alguno de ellos, o tragar saliva, o lanzarme miradas de compasión o repugnancia, o rascarse la nariz.

(Incluso entonces, como papá podría haber dicho, tal vez aquellas figuras no

fuesen más que robots; porque los dispositivos más recientes de inteligencia artificial se programaban ya para que imitaran actitudes humanas idiosincrásicas, «espontáneas».)

A veces un interrogador cambiaba de postura, alejándose de la luz cegadora, y eso me permitía un vistazo fugaz de su rostro; y lo impactante era que se trataba de una cara de lo más *corriente*, la de alguien a quien has visto en un autobús, o la de alguno de nuestros vecinos.

Mi discurso de despedida estaba calculado para no durar más de ocho minutos. Era la tradición de nuestro instituto: un discurso breve de despedida y otro aún más breve de bienvenida. El instituto había designado a la señora Dewson, mi profesora de Literatura Inglesa, para que me «aconsejara», pero yo no le había enseñado el discurso. (Tampoco se lo había enseñado a mis padres, ni a ninguna de mis amigas: quería sorprenderlos cuando llegara el momento de la graduación.) Después de media docena de comienzos en falso, había llegado a desesperarme y se me ocurrió la brillante idea de hacer preguntas numeradas —doce, en total—, del tipo de las que mis compañeros de clase podrían haber hecho de haber tenido el arrojo (algunas de las preguntas ya se las había planteado yo a mis profesores, sin que me dieran nunca respuestas satisfactorias), como: *¿qué hubo antes de que comenzara el Tiempo?*

Y: *¿qué hubo antes de los Grandes Ataques Terroristas del 11/09?*

Nuestro calendario para los ERAN comienza con la fecha de aquel ataque, antes de que yo naciese, pero no antes de que nacieran mis padres, así que ellos podrían recordar una época anterior en la que el calendario era diferente, ¡el tiempo no se medía con una cifra de dos dígitos, sino de cuatro! (Según el viejo calendario, ahora proscrito, mi madre y mi padre habían nacido en lo que entonces se llamaba el siglo XX. Era ilegal calcular fechas de nacimiento de acuerdo con el viejo calendario, pero papá me lo había contado: yo vine al mundo en lo que habría recibido el nombre de siglo XXI si el calendario no se hubiera reformado.)

EAN significa Estados de América del Norte, conocidos formalmente como ERAN, Estados Reconstruidos de América del Norte, que empezaron a existir algunos años después de los Grandes Ataques Terroristas, como consecuencia directa de los Ataques, tal como se nos había enseñado.

A raíz de los Ataques se produjo un Intervalo de Indecisión, una época

durante la cual se cuestionaba la necesidad de que la Vigilancia Patriótica en la Guerra contra el Terror desbancara a los llamados «derechos» (la Constitución, la Carta de Derechos, la Ley de Derechos Civiles, etcétera), pero que, tras la suspensión por decreto ley de la Constitución y de la Carta de Derechos, concluyó con la victoria de la VPGT o Vigilancia Patriótica. (Sí, cuesta entenderlo. ¡Al llegar al final de una frase así, ya te has olvidado del principio!)

¡Qué extraño pensar que hubo un tiempo en el que regiones conocidas ahora como México (Reconstruido) y Canadá (Reconstruido) habían sido entidades políticas independientes, separadas de los Estados Unidos! Al examinar un mapa parece obvio, por ejemplo, que el inmenso estado de Alaska debería estar conectado con el grueso de los Estados Unidos, y no separado por lo que antes era «Canadá». También aquello era difícil de asimilar, y nunca se nos había explicado con claridad en nuestras clases de Historia Patriótica de la Democracia, quizás porque nuestros profesores no estaban seguros de qué era lo que había sucedido en realidad.

Según mi padre, todos los libros de historia «anticuados» (es decir, «antipatrióticos») se habían destruido. Perseguidos hasta los sitios más remotos —oscuras bibliotecas rurales en Dakota del Sur y del Norte, depósitos subterráneos en las bibliotecas de grandes universidades, microfilmes de los documentos contenidos en la Biblioteca del Congreso; la información «anticuada»/«antipatriótica» se borraba de todos los ordenadores y de toda memoria accesible—, solo se permitían la historia y la información reconstruidas, al igual que solo se permitía el uso del calendario reconstruido.

Era algo perfectamente lógico, se nos había enseñado. No tenía ningún sentido aprender cosas inútiles, que solo servirían para llenarnos el cerebro de porquerías como detritos que se siguen amontonando hasta que el cubo de la basura rebosa.

Pero tuvo que existir otro tiempo *antes de este*; antes de la Reconstrucción y antes de los Ataques. Era eso lo que yo preguntaba. La Historia Patriótica de la Democracia —que habíamos estudiado todos los años desde quinto de primaria, con un núcleo invariable de Primeros Principios, a los que se añadía información cada vez más detallada— solo se ocupaba de acontecimientos postterroristas, sobre todo de la relación de los EAN con sus numerosos Enemigos Terroristas en otras partes del mundo, así como de una enumeración de los «triumfos» de nuestro país en numerosas guerras. ¡Tantas guerras! Ahora

los enfrentamientos se producían a larga distancia y, en su mayor parte, no implicaban a soldados de carne y hueso; se empleaban misiles robotizados, y bombas poderosas de las que se decía que eran nucleares, químicas y biológicas. En el último año de secundaria se nos pedía que asistiéramos a un curso titulado «Guerras por la Libertad», entre las que figuraban guerras muy antiguas, como la Guerra de Independencia, la Guerra con España, la Primera Guerra Mundial, la Segunda Guerra Mundial, la Guerra de Corea, la Guerra de Vietnam, y las más recientes en Afganistán y en Irak, de todas las cuales nuestro país había salido victorioso de manera «contundente». No se nos exigía que aprendiéramos las fechas y las causas de aquellas guerras, si es que había verdaderas causas: tan solo lugares de batallas y los nombres de generales muy destacados, líderes políticos y presidentes; todo ello se nos proporcionaba en forma de columnas que era necesario memorizar para los exámenes. La pregunta *¿Por qué?* no se hacía nunca, así que yo la hice en clase y en mi discurso de despedida. No se me había ocurrido que aquello fuese *Incitación a la Traición* o que yo estuviera *Cuestionando a la Autoridad*.

Las voces ásperas que me interrogaban utilizaban ahora un nuevo enfoque. ¿Era uno de mis profesores quien me había escrito el discurso? ¿Era uno de mis profesores quien me había «influido»?

Reconozco que se me ocurrió: *¡El señor Mackay! Podría acusarlo, lo detendrían...*

Pero nunca haría algo así, pensé. Incluso aunque me odiase y hubiera hecho que me detuvieran por traición, no podía mentir para perjudicar a nuestro director.

Después de dos horas de interrogatorio, se decidió calificarme de «sujeto no-colaborativo». Siempre esposada, los agentes de la DJ me llevaron a otro piso de Seguridad Nacional que rezumaba el ambiente inquietante de una clínica; allí me ataron a una plataforma móvil y esta se deslizó al interior de una máquina cilíndrica que emitía ruidos metálicos y zumbidos muy cerca de mi cabeza; el cilindro era tan estrecho que la pared me quedaba a dos o tres centímetros de la cara y tuve que cerrar los ojos para no dejarme llevar por el pánico. Las voces de los interrogadores, que sonaban distorsionadas e inhumanas, se canalizaban hacia el interior de la máquina. Era una RIC

(Reveladora de Imagen Cerebral) —nunca había visto ninguno de aquellos artefactos; solo había oído hablar de ellos—, que servía para determinar si la persona interrogada decía la verdad o mentía.

¿Tu padre, o cualquier otro adulto, te escribió el discurso?

¿Tu padre, o cualquier otro adulto, influyó en tu discurso?

¿Tu padre, o cualquier otro adulto, te llenó la cabeza de ideas sediciosas?

Apenas podía responder, con la boca tan reseca: *No. ¡No, no!*

Una y otra vez repitieron las preguntas. Las contestara como las contestase, las repetían.

Pero aún más insidiosas eran las variantes de aquellas preguntas.

Tu padre, Eric Strohl, nos ha confesado que te «influyó», así que lo mejor será que también confieses. ¿De qué forma lo hizo?

Tenía que ser un truco, pensé. *De ninguna forma. Nunca. Papá no me influyó.*

Todavía con mayor estridencia la voz continuó:

Tu madre, Madeleine Strohl, nos ha confesado que tanto ella como tu padre te «influyeron». ¿De qué forma lo hicieron?

Yo sollozaba, protestando: *¡No! No me influyeron...*

(Por supuesto, no era cierto. ¿Cómo era posible que cualquier padre dejara de tener «influencia» sobre sus hijos? La influencia de mis padres abarcaba toda mi vida... no tanto por sus palabras como por su personalidad. Eran buenos padres, cariñosos. Tanto a Roddy como a mí nos habían enseñado: *Existe un alma en el interior de cada uno. Existe el «libre albedrío». Aunque... en el exterior... el Estado carezca de alma y no sea posible constatar la existencia del «libre albedrío». Confiad en lo interior, no en lo exterior. Confiad en el alma, no en el Estado.* Pero yo no iba a traicionar a mis padres repitiendo aquellas palabras desafiantes.)

En algún momento del interrogatorio debí de desmayarme, porque me despertaron ruidos ensordecedores, y fui presa del pánico. ¿Era una forma de tortura? ¿Tortura por el ruido? ¿Lo bastante poderosa como para reventar los tímpanos? ¿Enloquecer al sujeto? Todos habíamos oído rumores de interrogatorios con tortura..., aunque nadie hablaría abiertamente de ellos. Roddy, estremecido y emocionado, volvía a casa de su trabajo en Divulgación a los Medios hablándonos de ciertas «técnicas experimentales» que Seguridad Nacional estaba desarrollando y para las que empleaba a primates de laboratorio, hasta que mamá se tapó los oídos y le pidió que *por favor dejara*

de contar aquello.

Los ruidos ensordecedores cesaron de pronto. El interrogatorio prosiguió.

Pero pronto se decidió que estaba demasiado alterada —que las ondas de mi cerebro se «agitaban» demasiado— para registrar con precisión verdad o falsedad, de manera que me sacaron de la máquina cilíndrica con que se obtenían imágenes y me clavaron una aguja intravenosa en el brazo para inyectarme un poderoso «suero de la verdad». Y de nuevo me hicieron las mismas preguntas y yo di las mismas respuestas. Incluso en el estado de desmoralización y agotamiento en que me encontraba no les dije a los interrogadores lo que querían oír: que mi padre, o quizá él y mi madre, habían «influido» en mis actitudes sediciosas.

O alguno de mis profesores. O incluso el señor Mackay, mi enemigo.

Me habían sacado de la odiosa RIC para atarme a una silla. Era una silla robusta de patas cortas con «conexiones» —una especie de silla eléctrica— que me enviaba sacudidas por todo el cuerpo, tan dolorosas como puñaladas. Para entonces había empezado a llorar, además de perder el control de la vejiga.

El interrogatorio continuó. Esencialmente era la misma pregunta, siempre la misma pregunta, con alguna variación de cuando en cuando para desconcertarme.

¿Quién te escribió el discurso? ¿Quién te «influyó»? ¿Quién ha colaborado contigo en tu Traición?

Ha sido tu hermano Roderick quien ha informado sobre ti. Tu hermano te ha denunciado por hacer apología de la Traición y por Cuestionadora de la Autoridad.

Empecé a llorar desconsolada. Había perdido toda esperanza. De todas las cosas que los interrogadores me habían dicho, o que querían que creyera, solo aquella —que Roddy me había denunciado— me pareció posible y no demasiado sorprendente.

Recordaba cómo, al estrecharme la mano cuando me felicitó por mis buenas noticias, Roddy había sonreído, su sonrisa especial de superioridad, reservada para mí.

¡Enhorabuena, Addie!

«Medida disciplinaria»

A la mañana siguiente me sacaron de la celda para volver a Interrogatorios para la Juventud.

Me llevaron medio en volandas desde la celda, esposada y con grilletes en los tobillos; estaba muy cansada, muy enferma y casi inconsciente.

Tenía la esperanza de que mis padres me estuvieran esperando, que se los hubiese convocado para recogerme y llevarme a casa. Aceptaría que se me prohibiese asistir a la ceremonia de graduación; incluso que se me prohibiera graduarme y terminar secundaria; aceptaría que me enviaran a un Campamento de Rehabilitación para Jóvenes, como, según rumores, les había sucedido a los chicos del instituto Pennsboro detenidos por la División Disciplinaria para la Juventud. Yo solo quería ver a mis padres, correr a su encuentro, arrojarme a sus brazos...

Algunos meses antes, habíamos celebrado juntos mi decimoséptimo cumpleaños. ¡Un día muy alegre! Pero ahora me parecía algo infantil, un tiempo malgastado. No había sentido entonces que tuviera diecisiete años y ahora, que añoraba desesperadamente a mis padres, apenas llegaba a sentirme adolescente.

Por supuesto, no estaban en ningún sitio donde yo pudiera verlos. Lo más probable era que ni supiesen lo que me había sucedido. Y yo no me atrevía a preguntar por ellos.

Se me daba, en cambio, información para intimidarme: igual que a mí, el día anterior habían detenido a varios Becarios Patrióticos en una «redada» de la División Disciplinaria de la Seguridad Nacional para la Juventud. Después de una temporada con un número relativamente reducido de tales redadas y capturas, la DDSNJ estaba «aplicando mano dura» a «subversivos potenciales».

Los Becarios Patrióticos en entredicho eran alumnos de último curso, a punto de graduarse, procedentes de otros institutos de la zona. Los directores

de sus respectivos centros habían facilitado sus nombres a la DDSNJ. Me hicieron la pregunta sin rodeos: ¿había colaborado yo, Adriane Strohl, con aquellos alumnos? ¿Había conspirado con ellos?

Me dijeron sus nombres. Nunca los había oído.

Sus caras aparecieron en tres pantallas de televisión situadas a cierta altura: tampoco los había visto nunca.

Una cámara se volvió hacia mí con una llamarada de luz cegadora. Tuve que dar por supuesto que mi rostro, marcado por el miedo, estaba siendo transmitido a salas donde se practicaban otros interrogatorios, donde se retenía a los otros Becarios Patrióticos.

Una y otra vez se me preguntó: ¿había colaborado yo con uno, o con más de uno, de aquellos individuos? ¿Había *conspirado con ellos*?

Todo lo que podía contestar era *No*.

Desfallecida, desesperanzada... *No*.

CHEN, MICHAEL era un norteamericano de origen asiático y de aspecto aniñado, con el pelo moreno y lacio, que le llegaba hasta el cuello de la camisa, y ojos desorbitados, muy oscuros y llenos de alarma. También a él se le había confiado el discurso de despedida para su promoción en el instituto Roebuck. Bastaba verlo para darse cuenta de que CHEN, MICHAEL era un chico listo, probablemente TP3.

PADURA, LAUREN era una chica robusta, de rasgos muy marcados, si bien cenicientos, y ojos llorosos, probablemente TP2. Estaba sentada lo más erguida posible, aunque esposada y con grilletas en los tobillos. Era alumna del instituto East Lawrence. Bastaba con un vistazo a PADURA, LAUREN para saber que era una chica que pensaba por su cuenta y que, muy probablemente, hacía preguntas en sus clases, igual que yo.

ZOLL, JOSEPH JAY era un muchacho alto y desgarbado, con el pelo rubio oscuro, granos en la cara, gafas de gruesos cristales y bigotito; TP1 como yo. Le habían encargado el discurso de bienvenida a los del curso siguiente en el instituto Rumsfeld y tenía pinta de ser un genio de las matemáticas y la informática; una mirada a ZOLL, JOSEPH JAY y sabías que era un chico al que te gustaría tener por amigo, y cuya amabilidad, paciencia y habilidad con los ordenadores resultaría inestimable.

Ninguno de los cuatro tenía muy buen aspecto en los monitores. Ojos inyectados en sangre, boca temblorosa. Fuera lo que fuese lo que habíamos hecho, nos arrepentíamos. No parecíamos *inocentes*. Tampoco alumnos de

último año de secundaria: parecíamos mucho más jóvenes. *Nada más que chicos. Chicos asustados. Chicos que necesitaban a su mamá y a su papá. Chicos que no tenían ni la más remota idea de lo que les estaba sucediendo.*

Se me ocurrió una idea que me asustó muchísimo: ¿y si alguno de los Becarios Patrióticos confesaba de repente «haber colaborado» con el resto de nosotros? ¿Nos ejecutarían a todos?

Una voz enérgica nos informó de que disponíamos de treinta segundos para escribir nuestra confesión. Al final de aquellos treinta segundos, si nadie había confesado, uno de los Becarios Patrióticos sería adecuadamente «sancionado» con un Ataque con Dron Nacional (ADN), recogido por las cámaras.

Estábamos aterrados, paralizados. Nadie habló.

CHEN, MICHAEL, el de pelo negro liso, abrió la boca y trató de hablar, pero no consiguió articular palabra.

En el rostro de PADURA, LAUREN aparecieron lágrimas y agitación, pero tampoco salieron palabras de su boca.

Luego me oí alegar, con voz temblorosa apenas audible, que no éramos «colaboradores»; que no nos conocíamos, que nunca nos habíamos visto antes, que ignorábamos el nombre de los demás...

Con perfecta indiferencia, fuera de pantalla la voz estaba contando: once, dieciséis, veintiuno... veintisiete, veintiocho...

El corazón me latía con tanta violencia que creí que iba a estallar. La vista me saltaba de una pantalla a otra mientras los Becarios Patrióticos temblaban y se encogían en sus sillas, los ojos convertidos en ranuras, pero sin atreverse a cerrarlos del todo.

En una de las pantallas se produjo un fognazo cegador. Algo empujó de lado al muchacho del bigotito —ZOLL, JOSEPH JAY—, como si lo hubiese golpeado un rayo láser que le entrara por la sien como fuego líquido, le explotara y le consumiera la cabeza, y a continuación el torso y la parte inferior del cuerpo, todo en menos de tres segundos.

Lo que quedaba de ZOLL, JOSEPH JAY cayó al suelo, serpenteante y fosforescente, y, en rápidas etapas, también aquello desapareció... Alcancé a tener un vislumbre de los otros dos Becarios Patrióticos, que miraban horrorizados desde sus pantallas de televisión antes de que las cuatro se oscurecieran y el rugido en mis oídos se hiciera ensordecedor.

Caí redonda, y cuando recuperé la consciencia alguien me levantaba del asiento. Pero seguía tan aterrada que no me atreví a abrir los ojos.

Exilio: Zona Nueve

—Adriane. Soy tu Asesora Disciplinaria.

Era una mujer de la edad de mi madre, más o menos. Su rostro brillaba y me deslumbraba, así que apenas podía mirarla. O quizá los ojos se me habían debilitado por los interrogatorios del día anterior con una luz implacable.

Se llamaba S. Platz. Su actitud era casi jovial, como si ella y yo nos estuviésemos riendo del mismo chiste.

—Intenta levantar la cabeza y mirarme, cariño. Como si no tuvieras nada que esconder. Nos están «evaluando» y nos graban en vídeo, imagino que lo sabes.

Después del terror que había sentido, y de la desesperanza, S. Platz me resultó tan sorprendente que en un primer momento no conseguía creérmela; estaba segura de que tenía que ser una más entre mis torturadores. Cada vez que cerraba los ojos, volvía a ver a ZOLL, JOSEPH JAY, fulminado como un animal... o como un «enemigo» en un videojuego.

Nunca olvidaría aquel horripilante espectáculo, pensé.

Nunca querría olvidarlo, para conservar así la memoria del muchacho ejecutado.

A diferencia de los otros interrogadores, S. Platz no insistió en hacerme las mismas preguntas, ni me habló con una enérgica voz impersonal.

Le pidió a uno de los agentes uniformados que me quitara esposas y grilletes. Luego me preguntó si me dolían las muñecas y los tobillos, si estaba «muy cansada» y si me gustaría «dormir un sueño sin interrupciones» en una cama de verdad... para contribuir a mi «curación».

Casi de manera inaudible dije *Sí*.

(Preguntándome si «dormir un sueño sin interrupciones» significaba algo terrible.)

¡Pero S. Platz parecía tan amable! Los ojos se me llenaron de lágrimas, le estaba muy agradecida por su comprensión.

Sí, gracias. Sí, claro... Me gustaría dormir...

—Tengo buenas noticias para ti, Adriane. La División Disciplinaria para la Juventud ha sentenciado que en tu caso el castigo por haber violado los estatutos federales es... el Exilio.

¡Exilio! Había oído hablar del Exilio, por supuesto. Era una forma de sanción que se confundía a menudo con Aniquilación porque, hasta donde se sabía, incluidas las familias de los Individuos Exiliados, los IE simplemente... desaparecían.

Se decía que era algo en extremo experimental, y peligroso. Se *teletransportaba* a los Individuos Exiliados: todas las moléculas de sus cuerpos se disolvían para ser *reconstruidas* en otro sitio. (Ningún miembro de su familia ni ninguno de sus amigos sabía dónde. Según Roddy, el rumor más extendido era que se trataba de una colonia en otro planeta. Pero ¿qué planeta? Si el Gobierno había colonizado alguno, ningún ciudadano de a pie estaba al tanto.) Pero a menudo el teletransporte fallaba, y los IE quedaban heridos, incapacitados, muertos o —era otra posibilidad— «vaporizados»... y nadie volvía a verlos nunca.

Solo si el Individuo Exiliado reaparecía, años más tarde, una vez cumplida su condena, podía asumirse que había seguido vivo todo aquel tiempo, pero en un lugar remoto. En general a los IE se les permitía vivir, pero tenían que someterse a un proceso de «Reeducación» y de «Reconstrucción».

El Exilio se consideraba la medida disciplinaria «humanitaria» y «liberal», adecuada para jóvenes que no habían cometido delitos muy graves... aún.

En la asignatura de Estudios Sociales Patrióticos se nos enseñaba que, una vez completada con éxito la condena de Exilio, el individuo «Reeducado» y «Reconstruido» que regresaba a la época actual, y al que se designaba como IE1, se convertía con frecuencia en un destacado Ciudadano-Patriota; a varios IE1 se los había designado para cargos federales en Supervisión y Control de Epidemias en la División de Salud Pública dentro de la Seguridad Nacional; y el más famoso de los IE1 había alcanzado un alto cargo ejecutivo en el Capitolio, como ayudante del director de la Oficina Federal de Interrogatorios.

Se rumoreaba que el presidente mismo era un IE1, un genio, antiguo «traidor», ahora totalmente convertido a los EAN y a su tradición democrática.

S. Platz me estaba diciendo:

—Tu caso fue cuidadosamente valorado, Adriane, después de que varios de tus profesores presentaran súplicas en favor tuyo. Según su argumentación, eres «ingenua», «muy joven», ni «subversiva» ni «radical», y sostuvieron que, si se te separaba de la influencia de tu padre, IM, y se te permitía reeducarte, serías una persona valiosa para la sociedad. En consecuencia, te vamos a transportar a Zona Nueve. Una vez allí, estudiarás en una excelente universidad durante cuatro años para formarte en una profesión de utilidad social. Se te recomienda que te dediques después a la enseñanza. O, si tus notas en ciencias son buenas, se te permitirá matricularte en medicina. Zona Nueve no es tan «urbana» como nuestras zonas del Este, ni tampoco tan rural como la mayoría de las del Norte y del Medio Oeste. No figura en ningún mapa de los EAN; es un lugar que «existe» solo gracias a una vía de acceso especial, porque, en nuestra época actual y en los Estados del Norte y del Medio Oeste que incluyen lo que en la era de Zona Nueve se conocía como «Wisconsin», las cosas son muy distintas.

Al ver que yo parecía confundida y asustada, S. Platz añadió:

—Nada de todo eso debe preocuparte, Adriane: simplemente se te transportará a la universidad de Zona Nueve, donde te convertirás en alumna de primer año. Se te hará entrega de una nueva identidad más sucinta. Seguirás teniendo, como ahora, diecisiete años, y tu nombre será «Mary Ellen Enright». Si fuese necesario, tu formación se podrá poner al día cuando regreses con nosotros. Todo lo que necesitas saber está explicado en las Instrucciones, que te voy a entregar ahora mismo.

Aunque S. Platz hablaba con claridad, me resultaba difícil entender lo que decía. Más que nada, quería preguntarle: *Pero ¿podré ver a mis padres? Solo una vez antes de que me trasladen...*

S. Platz me entregó una hoja de papel tan rígida como un pergamino. Sin embargo, cuando traté de leer se me humedecieron los ojos y no conseguí ver lo que estaba escrito.

—Así que, en realidad, no necesitas preguntarme nada, ¿verdad que no?

S. Platz hizo una pausa, sonriéndome.

Y entonces noté que los ojos acerados de mi asesora no sonreían, solo me miraban, valorando lo que veían.

En aquel momento me di cuenta: *Si no reacciono como es debido, me van a vaporizar sobre la marcha. S. Platz tiene esa autoridad.*

Con una sonrisa anestesiada, logré murmurar: *¡Muchas gracias!*

Y ni una palabra sobre mis padres. Ni sobre la vida que iba a dejar... La vida que había «perdido» sin remedio.

II. Zona Nueve: el Lugar Feliz

Una chica rara de verdad. Al principio no nos gustó.

Nunca nos sonreía. Su rostro era como una máscara. Rezaba de rodillas... ¡La hemos visto! Todas las noches lloraba hasta dormirse, igual que nosotras, solo que peor.

A todas nos dominaba la nostalgia durante nuestro primer trimestre en Wainscotia. ¡Echábamos tanto de menos a nuestros padres y a nuestra familia! Pero aquella chica estaba triste de una manera que no era la nuestra..., como si se le hubiera roto el corazón. Y no había forma de consolarla, lo que no parece natural.

Éramos chicas cristianas, protestantes casi todas. Íbamos a la capilla los domingos. (Ella, nunca; de eso nos dimos cuenta.) Creíamos en el poder de la oración... ¡De verdad que sí!

Creíamos en ayudarnos unas a otras. Creíamos en sonreír pese a las lágrimas. Llorabas y luego te reías. Abrías una caja de brownies que te había enviado tu madre, para compartirlos con tus compañeras de habitación o con cualquiera que apareciese por allí.

Llorabas y te secabas las lágrimas... y volvías a ser tú.

La chica nueva despreciaba los brownies de nuestras madres y desdeñaba la oportunidad de subir a clase con nosotras por las empinadas sendas que llevaban hasta el campus; era la chica que casi nunca nos acompañaba a la cafetería ni se sentaba con nosotras. Había ido sola a las sesiones de orientación para primer año y, después, también se marchaba sola. La única chica de Acrady Cottage que no cantaba víspers con las demás.

Probablemente se trataba de la única persona de primer curso que aseguraba haber «perdido» la boina verde y morada de nuestra promoción. Que no hacía el menor caso a chicos de cursos superiores que le ordenaban «quítate de en medio, novata»; los atravesaba con la mirada como si no los viera, y seguía su camino, de la manera rígidamente encorvada en que se mueve una sonámbula de la que te compadeces y a la que no quisieras

despertar.

La llamábamos la chica-sin-nombre. Porque, si te dirigías a ella con un alegre ¡Qué tal, Mary Ellen!, no parecía oírte, ni reconocer su nombre, todo ello mientras aceleraba el paso para desaparecer.

Sabíamos poco de ella. Pero sabíamos que era una alumna becada, como nosotras.

Acrady Cottage era una residencia para becarias de primer año, lo que quiere decir que la mayoría de nosotras solo nos podíamos pagar la universidad si contábamos con alguna ayuda económica y, además, trabajos a tiempo parcial en el campus.

(Ella trabajaba en la biblioteca de geología.)

¡Las becarias éramos chicas ahorradoras! La mayoría de nuestros libros de texto eran usados y algunos estaban pero que muy viejos.

Llevábamos ropa de segunda mano o hecha por nuestras madres o abuelas... o por nosotras.

Bastantes éramos chicas de la organización juvenil rural 4-H. En Acrady Cottage había tres ganadoras de la cinta azul en la Feria del Estado de Wisconsin.

Acrady no era como otros edificios cubiertos de hiedra que se alzaban en distintos lugares del campus, sino una sencilla casa de madera con tejado del mismo material, y de color gris deslucido por la intemperie; allí vivían las chicas de primer año que no podían permitirse estar en ningún otro sitio.

¡Pero Acrady Cottage tenía alma!

Al cantar vísperas, Acrady sobresalía, aunque éramos una de las residencias más pequeñas de la universidad: veintidós chicas.

Veintidós, incluida Mary Ellen, la chica que se comportaba como si estuviese en cuarentena.

Durante la primera semana en Wainscotia, a todas nos dominaba la nostalgia. Pero tratábamos de estar alegres, de mostrarnos «afables».

Mary Ellen Enright, no.

Nos evitaba si podía. ¡A sus compañeras de cuarto! Hay que esforzarse mucho.

Éramos cuatro en la habitación del tercer piso. Muy poco espacio y solo dos ventanas (de claraboya).

Ella había elegido la cama que quedaba más separada, en un rincón. Y su escritorio, pegado a la pared, escondía en parte la cama. No había ventana

en aquel rincón.

Nos rehuía. Trataba de sonreír... Una extraña sonrisa voluntariosa que no le subía hasta los ojos.

Y luego, cuando le parecía que ya estábamos dormidas y que no la íbamos a ver, se arrodillaba en su rincón y rezaba.

Y luego lloraba hasta quedarse dormida.

Tenía el aspecto de alguien que ha hecho un largo viaje y no se ha recuperado por completo.

Fue algo que nos preguntamos: ¿Será extranjera?

Pero ¿qué clase de extranjera?

Incluso su forma de hablar era extraña. Si la acorralabas para saludarla y preguntarle qué tal estaba y no se podía escapar ni dejar de responder, tartamudeaba una respuesta que era casi —pero no del todo— inteligible. En su manera de hablar reconocíamos los ritmos y el sonido de las vocales del inglés, así que si no sabíamos exactamente lo que estaba diciendo, podíamos adivinarlo.

¡Y hablaba tan deprisa y estaba tan nerviosa! Como ninguna de las chicas de Acrady Cottage.

Por supuesto, todas éramos del Medio Oeste. La mayoría de Wisconsin. Mary Ellen venía de uno de los estados del Este, eso era lo que nos habían dicho. Estaba claro que la gente de allí hablaba más deprisa.

A nuestra parte de los EE. UU. se la conoce generalmente como el Lugar Feliz. (¡Medio Oeste!) Y Wainscotia era una universidad muy selecta en el corazón del Lugar Feliz.

Aquella chica, Mary Ellen, nos lo teníamos que preguntar: ¿Era cristiana?

¿Era... judía?

Ninguna de nosotras, las de Wisconsin, había visto nunca a un judío antes de venir a Wainscotia. Pero en la universidad había judíos... Catedráticos, se decía, además de alumnos. Unos pocos.

Incluso había una fraternidad judía, y una hermandad similar en el caso de las chicas. Para que pudiesen vivir con los que eran como ellos. ¡Lo encontramos asombroso!

En las grandes ciudades de Wisconsin, como Milwaukee y Madison, había

judíos; eso lo sabíamos. Pero nosotras veníamos sobre todo del norte del estado, de distritos rurales. Con habitantes de origen alemán, escandinavo, escocés e irlandés... e inglés, por supuesto.

Además, «Mary Ellen» no se nos parecía. Era difícil de explicar, pero todas estábamos de acuerdo. Tenía el cabello rubio tirando a oscuro, de punta como si no se lo peinara o cepillara como es debido; nunca rizado ni ondulado; tampoco se lo lavaba con la debida frecuencia. Necesitaba un buen corte de pelo. Y nunca se acostaba con horquillas ni rulos. Nunca.

No hacía nada por su pelo. ¡Ni siquiera parecía saber qué era un rulo!

(Tampoco parecía saber cómo funcionaba el teléfono, ni cómo marcar con el dedo índice. De todas las que estábamos en Acrady Cottage, solo Mary Ellen se resistía a descolgarlo cuando sonaba cerca de donde estaba, así que acabamos por preguntárnoslo... ¿Sería posible que su familia no tuviese teléfono?)

(¡Y tampoco fumaba! Y andaba siempre tosiendo por el humo de nuestros cigarrillos —ataques de tos, hasta que los ojos se le llenaban de lágrimas—, aunque nunca se quejaba, como cualquiera hubiese esperado de alguien que no fuma. Se le veía la tristeza en la cara, pero era lo que se podría llamar una tristeza resignada.)

Podía haber sido bonita —casi—, pero nunca se pintaba los labios. Un tipo que la viera pasaría de largo, porque era muy poco lo que había allí para atraer las miradas masculinas. (¡Todas usábamos barra de labios roja, muy roja!) Ni siquiera se depilaba las cejas, que es lo menos que puede hacer una chica para resultar atractiva.

En realidad, parecía una convaleciente. Alguna enfermedad la había dejado muy flaca, con palidez de ceniza en la piel, que era además granulosa, como si al tocarla fuese a tener aspereza de papel de lija. Los ojos —de color marrón oscuro, como chocolate líquido, y con pestañas tupidas— podrían haber sido hermosos, pero solía entornarlos y bizqueaba como si estuviese mirando una luz cegadora. Y nunca te miraba a los ojos, como si se sintiera culpable.

Además de no fumar, tampoco comía patatas fritas, ni donuts glaseados, ni bolitas de queso, ni M&M's, ni esas bolsitas de celofán con cacahuetes Planters que eran nuestro tentempié favorito mientras estudiábamos, y que nos dejaban granitos de sal en los dedos. Tampoco comía ninguna clase de carne fibrosa como vaca o cerdo o incluso pollo en algunas ocasiones. Lo

que sí comía eran guisos de pescado.

Que era la razón de que estuviese tan flaca. Pecho liso y también las caderas, como las de un hombre, así que no tenía que pelearse con las fajas como el resto de nosotras.

Ni siquiera sabía lo que era una «faja»: ¡se quedó mirando la de Trishie cuando se estaba vistiendo para una fiesta en una fraternidad, como si nunca hubiera visto nada tan aterrador!

Las alumnas becadas de Acrady Cottage estudiábamos en serio. Pasábamos muchas horas en nuestros escritorios porque teníamos que mantener una media de notable para no perder la beca. Pero Mary Ellen Enright trabajaba con más tesón, y durante más tiempo que ninguna de nosotras; por lo que sabíamos, ¡apenas hacía otra cosa que sus tareas para las clases y su trabajo a tiempo parcial en la biblioteca de geología!

En su escritorio, de espaldas a la habitación y a sus compañeras de cuarto, se quedaba anormalmente quieta, concentrada en su trabajo, inmóvil como un maniquí, pero muy tensa; la tensión se le notaba en el cuello y en los hombros.

Como si estuviera conteniendo un grito, o un sollozo.

Pero eso no le impedía seguir en el escritorio, con el flexo proyectando un halo de luz sobre la mesa, todo el tiempo que era capaz de soportarlo y siempre que ninguna de sus compañeras de cuarto se quejara de la luz.

(Al principio no decíamos nada. No teníamos problemas para dormir con una sola luz en la habitación. Pero a medida que fue pasando el tiempo, y fuimos perdiendo la paciencia con nuestra inadaptada compañera de cuarto, empezamos a protestar, y Mary Ellen se bajaba a la sala de estudio, donde nadie la molestaba ni ella molestaba a nadie. Y a veces dormía allí, en un sofá. ¡Y así no teníamos que oírla llorar hasta que se dormía!)

Era difícil saber qué le pasaba. La manera en que nos miraba y luego apartaba los ojos —como si hubiera visto algo alarmante— nos hacía pensar que era a nosotras a quienes les pasaba algo.

Abrigábamos la esperanza (o algo parecido) de que dejase la universidad. O que se trasladara a otra. Sin duda era cruel por nuestra parte, y no muy cristiano; no nos enorgullecíamos de ideas así. Pero acabábamos de graduarnos en el instituto unos meses antes y quizás Mary Ellen nos daba miedo, al verla tan cerca del precipicio. Cerca del colapso mental y físico, tal como en ocasiones nos habíamos sentido nosotras lejos de casa por vez

primera y en Wainscotia, la Universidad de Wisconsin, con nueve mil cuatrocientos alumnos matriculados.

En nuestra universidad se daba cierto porcentaje de abandonos en las primeras semanas del primer año. Oíamos de alguien —en su mayor parte chicas, pero también muchachos— que sencillamente se «derrumbaba», o «no podía dormir», o «lloraba todo el tiempo» o «se sentía perdido».

Pero Mary Ellen parecía decidida a no formar parte de aquel grupo. Aun profundamente desgraciada y, en opinión nuestra (o, al menos, de algunas de nosotras), al borde del colapso nervioso, había algo obstinado en ella, como un lisiado que parece no darse cuenta de que lo es, o un tartamudo que tampoco se entera de que se encasquilla.

Otra cosa extraña: Mary Ellen Enright era la única de entre todas las chicas de Acrady Cottage que no recibía correo.

Y, todavía más extraño: Mary Ellen Enright no parecía esperar ninguna carta, porque pasaba junto a los buzones sin mirar siquiera el suyo.

Le preguntamos a la señorita Steadman qué le parecía que podíamos hacer para que se sintiera menos sola, y la señorita Steadman sugirió que la dejásemos tranquila por el momento, porque «Mary Ellen» había tenido que hacer un viaje muy largo —desde uno de los estados del Este, tal vez Nueva York, Nueva Jersey o Massachusetts— y sentía una nostalgia mucho más intensa que nosotras, dado que nuestras familias vivían en el mismo estado y podíamos ir a verlas en autobús los fines de semana.

¿«Mary Ellen» es judía?, preguntamos.

La señorita Steadman dijo que no lo creía. Porque «Enright» no era uno de los habituales apellidos judíos.

Pero es que nos parece como si fuera... de algún otro lugar. Como si no fuese norteamericana..., algo así.

La señorita Steadman frunció el ceño al oírlo, saltaba a la vista que no le había hecho gracia.

La señorita Steadman solo nos dijo que Mary Ellen Enright era la única chica de Acrady Cottage cuyo expediente completo no había podido consultar, pese a su cargo de asesora residente. Había recibido información sobre ella del despacho de la decana de mujeres, pero era un escrito muy breve y tachado en parte con tinta negra.

Hilda McIntosh describió cómo una tarde, durante la primera semana de clases, había llegado a su habitación en el tercer piso, y allí estaba Mary Ellen Enright, delante del escritorio de Hilda, mirando su máquina de escribir.

Era una Remington portátil, una de las pertenencias que había traído a la universidad y de la que se sentía orgullosísima. En Acrady Cottage nadie más tenía máquina de escribir, ¡y las que no tenían envidiaban a Hilda!

Y allí estaba Mary Ellen mirando la máquina con una expresión, contaba Hilda, «más allá de la envidia».

¡Como si nunca hubiera visto una máquina de escribir! Como si fuese un invento reciente.

De manera que Hilda dijo, sin alzar la voz, porque no quería sobresaltar a Mary Ellen (pero consiguiéndolo de todos modos, porque dio un salto y se estremeció y le temblaron los párpados): La puedes probar, Mary Ellen, si te apetece. ¡Aquí tienes papel!

Hilda lo insertó en el rodillo. Luego indicó a su compañera de cuarto cómo tenía que escribir, tecleando distintas letras en rápida sucesión.

Mary Ellen se limitó a mirar sin cambiar la expresión.

Así, ¿ves? Por supuesto, tienes que aprenderte de memoria el teclado. Se consigue con la práctica. Yo aprendí en el instituto... No es difícil.

Mary Ellen tocó una de las teclas, sin apretar apenas. Como si no tuviera la fuerza necesaria.

Con voz muy débil dijo: No f-funciona...

Hilda se echó a reír. ¡Claro que funciona!

Mary Ellen examinó la parte de atrás de la máquina de escribir, como si buscara algo que no encontraba.

Siempre en voz muy baja, dijo: Pero no hay nada que la conecte con... con...

Hilda rio de nuevo. Era como si a un familiar recién llegado del campo le enseñaras, bueno, ¡un retrete dentro de casa! Divertido.

Mira, dijo Hilda.

Se sentó en su escritorio y las teclas repiquetearon como fuego de ametralladora:

23 DE SEPTIEMBRE DE 1959

ACRADY COTTAGE
UNIVERSIDAD ESTATAL WAINSCOTIA
WAINSCOTIA FALLS, WISCONSIN
EE. UU.
UNIVERSO

La chica nueva se quedó mirando aquel despliegue de magia —las teclas que volaban, las letras que se convertían en palabras y frases— y pareció incapaz de hablar. Como si se le hubiera contraído la garganta. Como si el repiqueteo de la máquina de escribir la hubiese asustado. Como si no pudiera soportar la vista de..., bueno, ¿qué podía ser? Hilda no lograba imaginárselo.

Luego la animó a que probara otra vez a escribir, pero Mary Ellen retrocedió como si fuese pedirle demasiado. Y, entonces, de repente, puso los ojos en blanco, su piel adquirió la palidez de la tiza y cayó redonda al suelo, desmayada.

Máquina de escribir

—¿Mary Ellen?

Una de ellas me hablaba. La tenía detrás de mí.

Yo estaba muy asustada. Sabía que había confidentes como mi hermano Roddy, por supuesto. Pero no sabía si me estaba comportando como una persona culpable o si, dentro de mi condición de IE, mi comportamiento no se adecuaba a mis circunstancias.

Quien me hablaba era la chica llamada «Hilda McIntosh»; una chica con una insulsa cara de pan y una sonrisa amable a más no poder. Llevaba el pelo castaño peinado a lo paje. No me atrevía a mirarla a la cara, y menos aún a los ojos, por temor a lo que pudiera ver.

La mirada vacía. El iris del tamaño de una simiente.

Me lo pregunté: ¿Era aquella persona una confidente? ¿Sabía quién era en realidad *Mary Ellen Enright*? ¿*Me había seguido*?

Aquí, en Zona Nueve, a menudo se daba el caso de que otros me siguieran. Pero lo hacían con tanta pericia que nunca estaba segura de si lo hacían adrede o por casualidad.

En aquella ocasión había tenido que escaparme de un aula en Hendrick Hall, el edificio más cercano a la capilla, dado que los demás ocupantes de la sala consumían todo el oxígeno (había contado sesenta y seis figuras de alumnos en hileras de asientos muy empinadas), mientras el profesor en el estrado explicaba los rudimentos de la lógica. *Alguna Y es X. X es M. ¿Cuál es la relación de M con Y?*

No crucé por el césped. Tanta extensión de verde me hacía vulnerable. Caminé como una criatura herida, pegada a los edificios y por estrechos pasadizos con el fin de no llamar la atención.

Sin atreverme a mirar hacia arriba, para comprobar si alguien me estaba «viendo».

Al IE se le vigilará en todo momento durante su Exilio.

El incumplimiento de cualquiera de estas Instrucciones por parte del IE se traducirá en su Aniquilación inmediata.

Recorrí una sucesión de colinas, casi siempre cuesta abajo, hasta llegar a Acrady Cottage, aproximadamente a kilómetro y medio, para, una vez allí, esconderme en la habitación asignada a «Mary Ellen Enright» en el tercer piso.

Era el epicentro de la Zona Restringida Nueve. Era allí donde estaba presa. Sin embargo, me sentía a salvo.

Entré en la casa por una puerta lateral. Me dirigí a la escalera de atrás con la esperanza de que no me detectara ninguna de las chicas y en el primer piso evité el despacho de la asesora residente, que siempre tenía la puerta abierta de par en par, de una manera que sugería *¡Bienvenida!*, aunque a mí me preocupaba que pudiera ser un truco de confidente.

Que mi hermano Roddy me hubiera denunciado era un cuchillo que tenía clavado en el corazón. No llegaba a recordar gran cosa de las horas terribles del interrogatorio en la DDSNJ, pero no había olvidado aquello, como tampoco el golpe que me supuso, aunque, por otra parte, no me sorprendiera demasiado, porque *Está claro que Roddy siempre me ha detestado. Me quería Exiliada... o algo peor.*

Me esforzaba por pensar que algún día volvería a verlo y que le perdonaría. Pero los ojos se me llenaban de lágrimas ante un pensamiento insoportable: el de que ni siquiera deseara mi perdón.

Aunque si llegaba a enfrentarme a Roddy, eso significaría volver a ver a mis padres. ¡Deseaba con toda el alma creer que era posible!

En aquel momento, al comienzo de la tarde, la mayor parte de las alumnas que vivían en Acrady Cottage estaban fuera.

Contaba con ser invisible. No podía respirar con normalidad cuando sabía que podían verme.

En aquellos primeros días en Zona Nueve no pensaba en otras personas que pudieran ser Exiliadas como yo, aunque sin duda las habría. Pero así como alguien encerrado en una jaula muy pequeña no tiene conciencia de otros, encerrados de igual modo, y, debido a su desesperación, no está en condiciones de compadecerse de nadie, tampoco yo pensaba en nada que no fuese mi propia situación.

Me precipité escaleras arriba. Jadeante y sudada. Porque aquel día de septiembre era caluroso y seco y Acrady Cottage no tenía aire acondicionado.

En Zona Nueve eran muy pocos los edificios con aire acondicionado. Saltaba a la vista que en esta época el aire acondicionado no era habitual. Y el aire que se respiraba, para mi consternación y repugnancia, a menudo estaba contaminado por humo de tabaco.

¡Para mi asombro, mis compañeras de habitación fumaban! Todas. Como si no supieran nada sobre la relación del tabaco con el cáncer, o como si no les importase. Peor aún, veía su gesto de irritación cuando yo tosía y me ahogaba y, sin embargo, ¿cómo podía evitarlo? Fumar estaba prohibido en EAN-23 desde antes de que yo naciera. (En su lugar se promovía la nicotina intravenosa.)

Pensaba: *¿Es este mi castigo? ¿La inhalación secundaria de humo de tabaco?*

No me quedaba más remedio que preguntarme quiénes eran en realidad mis compañeras de cuarto. Por qué se me había asignado la habitación 3C de Acrady Cottage para compartirla con aquellas chicas. En EAN-23 se decía: «No hay accidentes, solo algoritmos». Me era imposible creer que se tratara de simples coincidencias y no de estratagemas de la Seguridad Nacional, convencida de que por lo menos una o quizás todas mis compañeras de cuarto eran confidentes asignadas a *Enright, Mary Ellen*.

Entraba dentro de lo posible que una de ellas fuese un robot. Pero ¿cuál?

Qué alivio estar sola en nuestra habitación.

(Pero ¿alguna vez estaba «sola» en nuestra habitación?)

El permanente olor a humo de tabaco, que era como un olor corporal, hacía que se me cerraran las ventanas de la nariz.

Ahora tenía la oportunidad de examinar, en el escritorio de una de mis compañeras, una rudimentaria máquina de color negro provista de teclado: una «máquina de escribir».

Había oído hablar de las máquinas de escribir, por supuesto. Había visto fotografías y mis padres hablaban de haberlas utilizado, creo recordar. (¿O habían sido mis abuelos?) Pero no había visto nunca una de verdad, de épocas anteriores a los ordenadores.

Me quedé mirando aquella máquina tan extraña en una especie de trance. Tenía algo que me ponía nerviosa.

Echaba tanto de menos mi ordenador portátil que casi me mareé. También

echaba de menos el móvil, que cabía tan cómodamente en la palma de la mano que era como si hubiese crecido allí, como si fuese un rectangular ojo luminoso.

No entendía la lógica de aquella máquina. ¿Podía ser tan primitiva que solo sirviera para... *escribir*?

¿Sin internet? ¿Sin e-mail? ¿Sin mensajes de texto? ¿Podía ser que no hiciera más que *escribir*?

¡Ni en la máquina ni en sus alrededores había ningún apéndice que permitiera ver lo que se escribía! No existía *pantalla*.

Daba que pensar el hecho de que aquella máquina tan torpe no se conectara con ninguna realidad más allá de ella misma. No era más que eso... Una *máquina*.

Estabas atrapada en ti misma, con una máquina de escribir. No podías escapar al ciberespacio. En Zona Nueve carecías de acceso al ciberespacio.

Difícil de entender: en 1959 el ciberespacio *no existía*.

Y, aun así, eso no era posible... ¿O sí? Porque uno de los grandes logros del siglo XXI —se nos había dicho una y otra vez— era la creación del ciberespacio como entidad separada y distinta y (supuestamente) independiente de los seres humanos y, por tanto, independiente de las limitaciones de tiempo y espacio.

Aunque no es que yo lo haya llegado a entender nunca. Para entenderlo de verdad tenías que saber matemáticas, física, astrofísica, la informática más avanzada, lo que en EAN-23 era de hecho información reservada...

—¿Mary Ellen? —la voz estaba muy cerca, detrás de mí.

Aquella chica sonriente se había deslizado en silencio hasta casi tocarme. Se llamaba «Hilda». Me había asustado tanto que el corazón me saltó en el pecho como un pájaro al oír un disparo.

Hilda era muy amable, por supuesto. Todas eran muy amables.

Sus ojos me devoraban, como hormigas hambrientas. Memorizando, evaluando. Planeando las palabras que usarían en sus informes a la Seguridad Nacional.

Con su acento tan característico del Medio Oeste, que a mí me sonaba como una burla, Hilda me estaba diciendo que la máquina era su «Remington casi nueva», de la que parecía estar muy orgullosa.

—La puedes probar, Mary Ellen, si te apetece. ¡Aquí tienes papel!

Hilda insertó una cuartilla y la movió con el rodillo hasta colocarla en posición. Para explicarme cómo debía escribir, golpeó varias teclas en sucesión, teclas al azar, con sus ágiles dedos.

Pero yo me quedé mirando. Me sentía mareada.

Hubiera querido hablar, pero sentía la lengua como un trozo de algodón tan grande que no me cabía en la boca.

Hilda dijo:

—Así, ¿ves? Por supuesto, tienes que memorizar el teclado. De manera que tus dedos escriban sin tener que pensar. Se consigue con la práctica. Yo aprendí en el instituto... No es difícil.

Toqué una de las teclas. No pasó nada.

—No funciona...

Hilda se rio de mí. No con desdén, sino como una hermana mayor podría reírse de la inocente hermana pequeña.

—Claro que funciona, Mary Ellen. Así.

Mary Ellen. ¿Había dicho mi nombre en plan amistoso, o más bien burlándose?

Quería creer que aquella persona, que se presentaba como mi compañera de cuarto «Hilda», era una chica como yo, y su amabilidad, sincera. No quería pensar que en realidad fuese una agente profesional de la Seguridad Nacional o (posiblemente) una representación virtual de una alumna universitaria, que un (lejano) agente de la Seguridad Nacional manipulaba en una pantalla, para ponerme a prueba en mi Exilio de Zona Nueve.

Me perturbaba que Hilda se acercara tanto. Muchas de las chicas de Acrazy Cottage también se me acercaban mucho y me obligaban a retroceder. La manera de relacionarnos en EAN-23 era perceptiblemente distinta: la regla tácita era *no acercarse demasiado*. Desde mi detención, y después de haber visto en el monitor el terrible espectáculo de la ejecución del muchacho, me daba miedo que cualquier desconocido se me acercara demasiado. La sensación de peligro hacía que se me pusiera la piel de gallina.

Hilda no podía mostrarse más amable, más *encantadora*, y parecía del todo ajena a mis recelos. De ella se diría que era una chica «bonita» (mientras que de mí se diría, estaba segura, que era «del montón»). Más baja que yo, por lo menos cinco centímetros, y más rellenita. Mientras que mi cuerpo era casi tan delgado como el de un chico, el suyo estaba tan torneado como el de una mujer madura. Al igual que las demás chicas, Hilda llevaba un sujetador tan recio

que podría haberse sostenido solo, hecho de un tejido muy rígido con hilos metálicos entrelazados; debajo de la ropa, aquel «sostén» se reivindicaba como un apéndice extra. Casi sin darme cuenta, me encogí con la esperanza de evitar que Hilda me rozara, aparentemente sin pretenderlo, con aquellos pechos tan puntiagudos.

Hilda se sentó en su escritorio con una postura tan perfecta que resultaba exagerada (como una joven en un anuncio) y se puso a teclear, con rapidez y sin fallos, para demostrarme lo fácil que era «escribir a máquina»:

23 DE SEPTIEMBRE DE 1959
ACRADY COTTAGE
UNIVERSIDAD ESTATAL WAINSCOTIA
WAINSCOTIA FALLS, WISCONSIN
EE. UU.
UNIVERSO

—¿Ves? Ahora inténtalo tú, Mary Ellen.

¡23 de septiembre de 1959! No podía ser cierto, ¿o sí?

Estábamos en Zona Nueve, por supuesto. Mi Exilio era allí. Tenía que aceptarlo y adaptarme. Si bien...

El horror me dominó de pies a cabeza: 1959 significaba ochenta años en el pasado, o más. Yo no había nacido. Mis padres no habían nacido. No había nadie en aquel mundo que sintiera afecto por mí, nadie siquiera que me conociese. Nadie que me echara de menos. Estaba absolutamente sola.

—¿Mary Ellen? ¿Qué te pasa?

Con una expresión de auténtica preocupación, de interés fraternal, Hilda extendió los brazos, incluso mientras yo me apartaba.

—¡No me t-toques! No...

Me sentí aterrada, sentí que me mareaba. Aunque era demasiado débil para escapar... Un pozo negro se abrió a mis pies y me engulló.

Perdida

¡Ayudadme! Por favor..., mamá, papá...

Os echo tanto de menos...

El deseo de volver a casa era un hambre devoradora en mi interior. Un anhelo tan fuerte que casi parecía que una mano me agarrase por la nuca, exigiéndome ejecutar una desesperada zambullida al borde del desfallecimiento.

Estoy completamente sola. Moriré aquí.

Me habían atado. Muñecas, tobillos, cabeza..., para evitar que me «autolesionara».

Una vía colocada en el interior del codo, que me resultaba muy dolorosa, permitía que me entrase en vena un líquido helado. Era una práctica a la que ya me habían sometido otras muchas veces.

Una voz sin inflexiones lo anunció: *El paciente responde.*

Me vi como una luz en disminución. Una espiral de luz, girando sobre sí misma, que se hacía cada vez más pequeña, más transparente.

De manera abrupta después: ya me había ido.

Desmaterialización del sujeto. Se teletransportan sus componentes moleculares. Reconstrucción en Zona Nueve.

—«Mary Ellen Enright». ¿Es ella?

La pregunta se la hacían a alguien que no era yo. Aun así, me estaba permitido observar el cuerpo sin vida desde una posición ligeramente elevada y sentí que me inspiraba compasión.

Como una zombi. Exiliada.

Era inevitable preguntárselo: *¿Sabe un zombi que es un zombi? ¿Cómo*

entendería un zombi lo que le pasa?

¡Era divertido! Pero la risa se me atascó en la garganta como una flema.

En aquel sitio tan frío. Donde la sangre circulaba tan despacio como mercurio líquido.

Estaba muy aturdida. No conseguía aclararme la cabeza. Tenía una lesión en el cerebro. Los había oído bromear.

Se llamaba SNS: *Servicios Neuroquirúrgicos de Seguridad*. Por el instituto habían circulado rumores. Era un tema tabú.

Antes de *teletransportarme* me habían insertado un microchip en una zona del cerebro llamada hipocampo, donde se organizan los recuerdos antes de almacenarlos en otro lugar. Por lo menos, eso era lo que me parecía que tenía que haber pasado. No creía que hubiera sido un sueño.

Me habían afeitado parte del cuero cabelludo, habían retirado un trozo de cráneo con forma de ración de tarta e instalado el microchip. (Era evidente que) no sentía dolor. Un zombi no siente dolor. Incluso la porción de hueso que me habían serrado y el cuero cabelludo lastimado tenían la insensibilidad del frío y me resultaban remotos. Sentí, sin embargo, una oleada tan poderosa de gratitud que podría haberme echado a llorar. *No me han quitado a mis padres. Por lo menos me han dejado eso.*

Porque podrían haber eliminado la parte del cerebro que contenía los recuerdos de mis padres.

En el Exilio te agarras a lo que tienes, a lo que no te han quitado (todavía).

Desde aquel lugar tan frío me llevaron, con otras personas que habían sido *teletransportadas*, a un vehículo parecido a una ambulancia.

El vehículo no se apresuró. Tampoco usó una sirena.

No se trataba de una urgencia, sino de pura rutina.

Hizo varias paradas antes de la mía. Dado mi estado semiconsciente, me enteraba muy poco de lo que sucedía. Trataba de hablar con mis padres, en cuyos rostros veía lo preocupados que estaban. Trataba de decirles: *Dentro de cuatro años os veré de nuevo. ¡No os olvidéis de mí!*

No podría haber dicho si tenía diecisiete años o solo siete.

No podría haber dicho en qué año vivía. Y no tenía la menor idea de dónde estaba.

Habíamos dejado atrás las luces de una ciudad y viajábamos ya de noche por la inmensidad del campo. Me resultaba asombroso darme cuenta de que las estrellas en el cielo nocturno eran más grandes y más luminosas que

ninguna de las que había visto en mi anterior vida perdida.

El aire era más puro aquí, en Zona Nueve. ¡Tan cortante al respirarlo! El velo de contaminación, al que estábamos tan acostumbrados en la anterior vida perdida, no oscurecía el cielo nocturno.

A los que viajábamos en aquella especie de ambulancia nos habían atado, tumbados en camillas, y no podíamos girar la cabeza para mirarnos. Estábamos muy cansados porque habíamos recorrido una gran distancia.

Cabe la posibilidad de que no todos los *teletransportados* hubieran hecho el viaje vivos al cien por cien. Para mí no quedó claro en un primer momento si estaba completamente viva.

Otro de los *teletransportados* hiperventilaba, presa del pánico. Algo no debía de haber funcionado con su medicación. No me era posible girar la cabeza para ver. O quizás me habían sujetado para que no la moviera. Me mantenía muy quieta y respiraba con calma, como papá me hubiera indicado, dado que me encontraba en presencia del Enemigo. Pensé: *Lo vaporizarán a él*. Era una idea llena de desesperación: *Lo vaporizarán a él, no a mí*.

En la parada siguiente me sacaron de la furgoneta.

Me desataron de la camilla y me hicieron ponerme en pie.

—Use las piernas, señorita. A sus piernas no les pasa nada. El cerebro les manda la señal: pierna izquierda, pierna derecha. Y la cabeza: levante la cabeza.

Conseguí andar algunos metros antes de derrumbarme.

Por la mañana me desperté en un catre lleno de bultos, cubierta con una manta muy fina. Me habían quitado las vendas de la cabeza y las correas de las muñecas y de los tobillos. Y había superado el aturdimiento casi por completo.

Me explicaron que era alumna de primer año de la Universidad Estatal Wainscotia, en Wainscotia Falls, Wisconsin. Había llegado la noche anterior con fiebre. Me habían llevado a la enfermería de la universidad y no a mi residencia. Y ahora, por la mañana, dado que la fiebre había desaparecido, me iban a dar el alta.

—Sus objetos personales la aguardan ya en su residencia, señorita Enright.

—Sí, claro. Muchas gracias.

—Su residencia es Acrady Cottage, en la avenida sur universitaria.

—Gracias.

Acrady Cottage. Avenida sur universitaria. Era cosa mía encontrar aquella

dirección y estaba dispuesta a hacerlo.

¡Me sentía esperanzada! Pequeños escalofríos de asombro me recorrían todo el cuerpo de cuando en cuando, incluso durante la parálisis producida por el miedo.

Porque la cuestión crucial era que mis padres vivían y que, al cabo de cuatro años, volvería con ellos. No habían sido «vaporizados», ni siquiera de mi memoria.

Y la segunda cuestión crucial: «Mary Ellen Enright» era sin duda un espécimen sano. No había muerto en el proceso, al ser *teletransportada*. Aunque el cerebro hubiera quedado afectado, no era nada importante.

Si no era nada importante, quizás llegara a curarse.

Cuando traté de levantarme del catre, sin embargo, me mareé y hubiera perdido el equilibrio de no ser porque la joven musculosa con uniforme blanco de enfermera me sostuvo.

—¡Adelante, «Mary Ellen»! Sigue andando.

Se echó a reír. Nos miramos a los ojos durante un breve instante.

Era rubia, con el pelo casi blanco de tan claro, recogido detrás. Sobre el pecho izquierdo, un tejuelo de plástico decía: IRMA KRAZINSKI.

Sabe quién soy. Aun así, no es un Enemigo.

Más adelante pensaría: *Quizás sea alguien como yo y acabe por compadecerme.*

En la residencia, en el vestíbulo de la entrada principal, una gran caja de cartón aguardaba a M. E. ENRIGHT.

—Eres... ¿Mary Ellen? Esto acaba de llegar.

La caja medía aproximadamente un metro de alto por metro y pico de ancho y estaba tan llena que casi estallaba por uno de los costados.

Se la veía muy baqueteada, como si hubiera recorrido grandes distancias con tiempo lluvioso. Cinta adhesiva transparente la cubría en complicadas capas que se cruzaban como una telaraña enloquecida. Incluso con ayuda de las cizallas que me proporcionó la asesora residente de Acrady Cottage, fue muy difícil abrirla.

—¡Caramba! ¡Alguien tuvo buen cuidado de que esta caja no se destripara antes de llegar a su destino!

Dentro había ropa: varias faldas, blusas, suéteres, un par de pantalones, un jersey de lana de color azul marino, un chaquetón con forro polar, pijamas de franela, ropa interior blanca de algodón, calcetines blancos también de algodón, un par de zapatillas de deporte y un par de zapatos marrones identificados por la asesora residente como «mocasines». Había también «bermudas» y una «chaqueta deportiva», prendas de un tipo que yo no había visto nunca. Y largas «medias» transparentes que tampoco había visto nunca. Todas aquellas prendas eran de segunda mano, estaban arrugadas y olían a moho.

Me quedé mirando el interior de la caja. Me sentía aturdida, mareada. Pensé: *Ropa desechada de difuntos.*

—¿Quieres que te ayude a subir estas cosas? Quizá sea más práctico dejar aquí la caja y llevarnos la ropa...

—No hace falta. Puedo subirla sola. Muchas gracias.

La asesora residente, la señorita Steadman, se mostraba muy amable. Pero yo no quería siquiera mirarla. No quería hablar con ella más de lo necesario ni quedarme a solas con ella, incluso unos pocos minutos, en la habitación que se me había asignado.

No quería que viese de cerca aquella ropa. No iba a sentirme cómoda si se daba cuenta de que algunas prendas no me resultaban familiares. Como tampoco quería que advirtiera —más de lo que ya lo había notado— el olor agrio, rancio, que emanaba de ellas.

No quería darle pena. *¡Esa pobre chica! Sí que es pobre de verdad.*

Además, las palabras de la señorita Steadman, su manera de hablar, se me hacían extrañas. Desde luego, hablaba mi idioma, pero lo hacía tan despacio, con unas vocales nasales tan raras, que escucharla me ponía nerviosa.

En el fondo de la caja había un sobre dirigido a M. E. ENRIGHT. No quise abrirlo hasta que estuve sola en la habitación 3C, momento en el que descubrí que contenía cinco billetes de veinte dólares tan nuevos como si los acabaran de imprimir, y una hoja de muy buen papel con el siguiente encabezamiento: LAS INSTRUCCIONES.

No había ningún mensaje personal. Sentí una punzada de desilusión, porque había pensado —quiero decir que hubiera querido pensar— que *S. Platz* sentía algo de afecto por mí.

Subí mis nuevas pertenencias escaleras arriba hasta la habitación 3C. Me

quedé sin aliento muy pronto porque no me había recuperado del largo viaje. La señorita Steadman me seguía con la vista, preocupada, pero no insistió en ayudarme.

Las alumnas de primer año llegarían al campus de Wainscotia al día siguiente. Me habían mandado al Exilio en el momento adecuado y pensé que S. Platz debía de haber tenido algo que ver con aquella elección.

La habitación 3C estaba en la parte trasera de la casa. Un cuarto muy grande con dos ventanas de claraboya y el techo inclinado. Suelo de madera —una tarima muy sencilla—, paredes desnudas con agujeros desperdigados y con pequeñas esarpas para colgar cuadros.

Cuatro camas, cuatro escritorios: ¡cuatro personas en el mismo cuarto!

Me sorprendió que fuese a vivir con tres chicas más en lugar de estar sola.

Pero, ¡qué alivio!, la habitación era normal y corriente, sin más pega que el techo abuhardillado, porque, o andaba con ojo, o me daría golpes en la cabeza.

Me apresuré a mirar alrededor, una reacción instintiva en Zona Nueve: establecer que un espacio nuevo no encerraba ningún peligro (evidente). No había nada allí (que yo pudiera ver) capaz de asustar, amenazar o desorientar.

Nada que fuese exclusivo de Zona Nueve. Más bien una habitación que podría estar en *cualquier sitio*.

Me quedé con la cama que ocupaba el rincón más apartado, debajo del techo inclinado. Dejaba las ventanas, las camas mejor situadas y los armarios más grandes para mis compañeras, porque no quería disgustarlas.

—¡«Mary Ellen»! ¿Estás segura de que quieres esa cama tan lejos, en un rincón? —me preguntaron las otras chicas cuando llegaron, con evidente sinceridad.

Eran buenas chicas. (¿Lo eran de verdad?) Me miraban y la curiosidad se les leía en los ojos, pero no eran descorteses o, al menos, no pretendían serlo.

Aunque las tres se parecían lo suficiente como para ser hermanas, no se conocían de antes. Chicas «blancas»: TP1. Todas procedentes de zonas rurales de Wisconsin y de institutos del mismo estado. El acento, muy marcado, del Medio Oeste septentrional, era idéntico en las tres. Los nombres se me confundieron de inmediato en la cabeza como un zumbido de insectos.

Pensé: *Una de ellas podría ser mi verdugo.*

—¿Cuándo has llegado, Mary Ellen? ¿Anoche?

—¿De dónde eres, Mary Ellen?

—¿Te han traído tus padres? ¿Están aquí todavía?

—¡Perdona, Mary Ellen! Ocupamos muchísimo espacio, imagino...

Durante gran parte del día la habitación estuvo llena de padres, de parientes, de niños pequeños que ayudaban a mis compañeras a instalarse.

Me marché para esconderme. El sonido de voces desconocidas, ruidosas, seguras de sí mismas, en apariencia felices, con aquellas vocales tuyas tan peculiares, me resultaba opresivo. Pero no lloré.

Al caer la tarde volví a la habitación en lo alto de las escaleras porque no tenía ningún otro sitio adonde ir. Acrady Cottage era ahora mi hogar.

A la larga, cuando empecé a ponerme la ropa que había llegado en la caja de cartón, descubrí que casi nada era de mi talla.

Algunas cosas por demasiado pequeñas, demasiado cortas o demasiado ajustadas; la mayoría, por demasiado grandes.

Manchas en forma de media luna en los sobacos de los suéteres. Botones sueltos, botones ausentes. Cremalleras rotas. En una falda, una mancha oscura de algo, posiblemente comida, confiaba en que no fuese sangre.

Las chicas de Acrady Cottage cuchicheaban entre sí al verme tan mal vestida —como una indigente, con ropa de la beneficencia—, pero nunca me importó: estaba agradecida por lo que se me había dado.

Mis prendas preferidas eran una falda escocesa plisada Black Watch (una de mis compañeras fue quien la identificó como tal) con un gigantesco imperdible ornamental de latón que la mantenía bien cerrada de manera ingeniosa; un suéter de cuello alto y color rosa oscuro que me recordaba a otro que había tenido en Pennsboro, aunque este era mucho más grande; una blusa blanca de manga larga con un collar de «encaje» que me estaba bien, y que me daba un aspecto serio, sombrío, que me gustaba especialmente porque parecía sugerir: *Es una buena chica, una chica amable, una chica tímida, una chica que nunca, bajo ningún concepto, será subversiva o alzaré la voz. Por favor, ¡sea amable con esta chica, muchas gracias!*

En mi anterior vida perdida nunca había usado blusas. Nunca había llevado «encajes», ni había conocido a nadie que los llevara.

Tampoco faldas ni vestidos. Siempre vaqueros. De hecho, solo dos o tres pares nada caros, que me ponía a todas horas sin necesidad de pensar.

En Zona Nueve las chicas iban a clase con falda y a veces con vestidos.

Llevaban «conjuntos»: rebecas de punto sobre suéteres de manga corta y del mismo color. A veces se enfundaban las piernas en *medias de nailon*, que yo no me veía capaz de utilizar sin rasgarlas, aunque lo intentaría.

Cómo se reirían mis amigas si me vieran con una blusa de encaje. Con medias de nailon. Con la falda de tablas Black Watch y el gran imperdible de latón para que no se abriera. *¡Cielo santo, qué le ha pasado a Addie! ¿De verdad es ella?*

No era un espectáculo agradable. Electrodo en la cabeza de mis compañeras de cuarto.

Bueno, no eran *electrodos*. Lo sabía de sobra.

—Así, Mary Ellen. ¡No me puedo creer que no te hayas «arreglado» nunca el pelo!

Se reían de mí. Sin mala intención. (Quería creerlo.)

Pero estaba por encima de mis posibilidades irme a la cama con «rulos» de plástico en el pelo.

Primero tenías que humedecértelo con algún preparado especial de olor muy fuerte para acondicionarlo. Luego te lo cepillabas y peinabas. Lo separabas en numerosos mechones para después enrollarlos en «rulos» (de tres tamaños: rosa el más grande, azul el mediano, verde menta el más pequeño) que, con horquillas, se fijaban al máximo al cuero cabelludo.

Sí, el cuero cabelludo podía molestarte por las horquillas y por tener que tumbarte sobre la almohada con los rulos en la cabeza.

¡Hasta podían llegar a producirte jaquecas! Pero merecía la pena, por el efecto de suave y brillante peinado a lo paje para el día siguiente.

Solo lo intenté una vez. Estuve despierta la mitad de la noche. Durmiéndome por el cansancio para despertarme sudando después de una pesadilla en la que me ponían electrodo en el cerebro. Y a la mañana siguiente la mayoría de los rulos se habían soltado y, cuando me cepillé el pelo, estaba tan lacio y desgredado como siempre, o casi.

Hilda dijo:

—La próxima vez, Mary Ellen, te pondré yo los rulos. Ni se te ocurra decir que no.

Universitaria

¡Me sentía tan sola! Era como si me hubieran vaciado el cuerpo desde dentro.

Como si, en el sitio donde había estado el corazón, hubiese ahora un vacío imposible de llenar.

Otros alumnos de primer año sentían nostalgia, y otras chicas de mi residencia lloraban sin remedio de cuando en cuando. Pero su melancolía era algo así como una tortura exquisita, una manera de medir el amor que sentían por su familia. Llamaban a casa, a menudo los domingos a última hora de la tarde (cuando las tarifas eran más económicas), y recibían llamadas. Escribían a casa y les contestaban. Sus madres les enviaban bizcochos y pastas para compartir con sus compañeras de cuarto y con sus amigas. Y sus hogares seguían estando a tiro de piedra: tan solo unas cuantas horas en coche.

Empecé a sentirme avergonzada, además de abatida, porque no recibía nada, ni llamadas ni paquetes. No podía soportarlo, las chicas de Acrady Cottage me compadecían y hablaban de ello a mis espaldas, sorprendidas.

Sin embargo, en el mundo debía de haber auténticos huérfanos, sin familia ni parientes. La categoría en la que se había colocado a *Enright, Mary Ellen* no podía estar tan desierta.

Me preguntaba si acabaría por descubrir a alguien como yo. O... ¿alguien que era como yo acabaría por descubrirme a mí?

A una alumna de la Universidad Estatal de Wainscotia Falls, Wisconsin, matriculada en la Facultad de Humanidades, con la posibilidad de graduarse en educación como parte de la promoción de 1963.

Si esto era el Exilio, no era el más cruel de los Exilios.

Lo sabía bien: el más cruel de los Exilios era la muerte.

Deseaba con toda mi alma informar a mis padres de que (aún) seguía viva. (Pero ¿de verdad estaba viva? A menudo no tenía la certeza.)

Me aferraba a la esperanza de llegar a saber que mis padres estaban (aún)

vivos en EAN-23 y que volveríamos a reunirnos al cabo de cuatro años.

La Universidad Estatal Wainscotia ocupaba muchas hectáreas en Wainscotia Falls, un área casi rural en el noroeste de Wisconsin, a un día de viaje en coche desde Milwaukee, en el sur. La mayoría de sus nueve mil alumnos procedían de pueblos pequeños o granjas de Wisconsin. Una de las facultades con más alumnos era la de Agricultura y Zootecnia.

Otras facultades prominentes eran las de Educación, Económicas, Enfermería e Ingeniería.

¡Tantos miles de personas ligadas por un solo campus en expansión! Aunque gran parte del tiempo la universidad parecía tranquila, por la mañana, en los caminos con mucho desnivel, los alumnos se apresuraban para llegar a clase, en grupos pequeños, de dos en dos o en solitario..., mientras la campana de la capilla resonaba con fuerza. *Tienes que seguir adelante. Tienes que ocupar tu sitio. Tienes nombre, identidad. No te queda otro remedio.*

¡Había emoción en aquello! Y el consuelo de lo impersonal.

Estaba matriculada en cinco asignaturas, tres de ellas «introductorias»: a la literatura inglesa, a la psicología y a la filosofía. Eran cursos con muchos alumnos en las clases teóricas, y con grupos más reducidos que se reunían una vez a la semana para las clases prácticas. Existía la posibilidad de hacerme invisible en las grandes aulas con muchos alumnos e imaginar que nadie se fijaba en mí.

Si veía en el campus, o en una de mis clases, a alguna chica de Acrazy Cottage, mi visión se emborronaba y no me enteraba de lo que veía. Si una chica me saludaba o me sonreía, era como si no la viera. Siempre que estaba a mi alcance, me hacía invisible.

Estaba convencida de que a la larga me dejarían en paz. En Introducción a la Psicología iba a enterarme del fenómeno de la *extinción operativa: cuando el refuerzo no se produce, la respuesta es cada vez menos frecuente.*

Lo único que me importaba era sobrevivir. Superar el reto de las primeras semanas, el primer semestre y el primer año; superar los cuatro años; completar mi Exilio y que me *teletransportaran* de nuevo a casa.

No quería pensar que la obediencia absoluta a las Instrucciones pudiera no bastar para salvarme. No quería pensar en el futuro, excepto en los términos más elementales: *comportamiento, recompensa.*

Casi me parecía que S. Platz me lo había prometido personalmente: mi Exilio terminaría, algún día.

Mientras tanto, estaba obligada a obedecer las Instrucciones. Me las había aprendido de memoria al instante, aunque no entendía del todo cuál era el significado de la admonición en contra de proporcionar a alguien «conocimiento del futuro» en la Zona Restringida.

Ya se me había informado de que el microchip implantado en mi cerebro bloqueaba muchos recuerdos (que, por supuesto, en 1959 eran anticipaciones del «futuro»). No podía «prever» con seguridad, y menos aún predecir. Cuando trataba de recordar avances científicos clásicos de las décadas intermedias —el descubrimiento del ADN, por ejemplo, el desarrollo de la genética molecular, el escaneo del cerebro, toda la historia moderna, aparte de la Historia Patriótica—, era como tratar de ver algo a través de una ventana con cristal esmerilado.

Tal vez se perciben formas imprecisas del otro lado. Pero no se llega a *ver*.

¡Qué irónico resultaba que yo hubiera sido, durante aquellos pocos días tan crueles, *la primera de mi promoción!*

En cuanto a la advertencia relativa a la búsqueda de «parentela»..., no habría sabido por dónde empezar.

En la Campaña de Recolocación Cultural que barrió el país cuando yo empezaba secundaria, se expulsó de sus hogares a cientos de miles —¿millones?— de personas, para instalarlas en zonas relativamente despobladas que el Gobierno quería «reconstruir»; entre esas personas estaban los padres de mis padres —y abuelos de Roddy y míos—, a los que se trasladó al oeste de Nebraska y al norte de Maine, respectivamente; pero yo no tenía ni idea de dónde vivían antes, y todavía menos de dónde podían haber vivido en 1959.

Y nunca me hubiese atrevido a ir más allá de los quince kilómetros a la redonda de mi «epicentro».

Sería la alumna ideal, la «universitaria» ideal. Nunca atraería atención indeseada. Nunca manifestaría la más leve curiosidad; ni siquiera la sentiría. Nunca me involucraría en ninguna relación «íntima» con nadie: ¡poco probable! A todo eso estaba decidida.

Durante la primera semana de clases, los profesores pasaban lista para comprobar la asistencia. Era emocionante oír una cascada de nombres de

desconocidos, entre los que se habían colado, como un huevo de cuco en un nido de aves que nada sospechan, mi nombre y apellido ficticios: *Enright, Mary Ellen*. Me parecía tan evidente que se trataba de un nombre falso, tan poco convincente, que tuve que armarme de valor cuando tímidamente alcé la mano y murmuré: «Aquí». Pero nadie se fijó. La mayoría de los apellidos, como Enright, se podían olvidar de inmediato. Aunque repartidos entre los demás había algunos que sonaban extrañamente nasales y que resultarían ser, como descubrí más adelante, suecos, noruegos o germánicos.

No era probable que los profesores se detuvieran en *Enright, Mary Ellen*.

Prácticamente todos mis condiscípulos, y de hecho todos mis profesores, eran TP1: «caucásicos». La excepción era el personal de cafetería, conserjería, mantenimiento, que apuntaban a TP5, o todavía más oscuros.

Me preguntaba si en alguna de mis clases había otros Individuos Exiliados. ¿Podríamos reconocernos? ¿Nos atreveríamos? Pero ¿cómo? ¿Corriendo qué riesgos?

Todos estaríamos camuflados. Con ropa de segunda mano, con nombres de segunda mano, decididos a sobrevivir.

Yo encontraba algo así como un orgullo sombrío en mi disfraz: suéteres y faldas salidas de la baqueteada caja de cartón, cazadora forrada de lana si el tiempo era frío; zapatillas, incluso mocasines con calcetines blancos de algodón zurcidos a la altura de los dedos, pero no muy bien zurcidos. Mis libros de texto y antologías eran todos de segunda mano, con la palabra USADO en tinta de tampón en el lomo. En la librería del campus había comprado un cuaderno de espiral cuya cubierta tenía manchas blancas y negras, y en sus immaculadas páginas de papel rayado tomaba yo apuntes como si me fuera la vida en ello y con letra diminuta para ahorrar espacio. En las aulas era la chica sin rostro de la primera fila, inclinada sobre su cuaderno, que escribía rápidamente mientras el profesor hablaba, y que apenas se atrevía a alzar la vista.

Qué extraño estar *escribiendo*. Se necesitaba una habilidad llamada coordinación mano-ojo, destreza que prácticamente había desaparecido ya cuando nací yo, aunque mamá y papá habían insistido en enseñarnos a Roddy y a mí cómo *escribir*. Y también era extraño *leer* libros con «páginas» de papel que se pasaban con los dedos y que, si querías, podías arrancar; pero no requerían «electricidad» para su mantenimiento, ni tampoco un medio

electrónico.

Lo más extraño de todo era la biblioteca de la universidad: un enorme edificio de piedra con numerosos pisos, algunos incluso bajo tierra, llenos de sucesivas hileras de «estanterías» que contenían «libros» que se podían tocar y abrir *con las manos*. Y salas de lectura, de techos altos, con miles de luces y suelos encerados... ¡y con alumnos!

Ya el hecho de subir los escalones de piedra para entrar en aquel edificio, como si se tratara de algún templo antiguo, me aturdía y me inquietaba.

En Zona Nueve descubría con frecuencia que me había quedado sin aliento. El corazón me latía tan erráticamente como cuando (lo recordaba entre tantas otras cosas que se me habían borrado de la memoria) tuve que ser testigo del Ataque con Dron Nacional de... (pero ¿cómo se llamaba aquel chico? *Zoll* era la primera sílaba) en una época que ya me parecía remota, y cada vez más borrosa. La cabeza me dolía a veces por detrás de los ojos, donde me habían insertado el microchip. Si trataba de pensar en... (¿era la palabra *hogar* o *padres*?) surgía una barrera como de plexiglás. Contra aquella barrera presionaba yo una y otra vez, como cualquier criatura atrapada que trata de atravesar un muro.

Sin embargo, si renunciaba a aquel esfuerzo, e intentaba concentrarme en el trabajo, y leía pasajes de libros de texto y de antologías, subrayando, tomando notas, haciendo esquemas, escribiendo el primer borrador de un trabajo para clase —tal y como haría una alumna «normal» de Zona Nueve—, la presión en mi cerebro disminuía, y se me calmaba la respiración.

Esta es tu vida ahora. Lo que tienes que ser ahora.

Amigas perdidas

A veces me despertaba al escapárseme un gemido, y no era a mis padres a quien echaba de menos, sino a mis amigas.

Y su ausencia se me presentaba envuelta en una avalancha de emociones: ¡quería de verdad a mis amigas! A veces les había restado importancia, de lo cual me arrepentía ahora.

Trataba de recordar sus nombres: Carla, Melanie, Deborah y... ¿se llamaba Paige?

Como tratar de ver a través de algo obstruido. Una gasa muy densa. Hacía falta fuerza para recordar. Los ojos me dolían dentro de las órbitas, por el esfuerzo de ver los rostros de mis amigas, que empezaban ya a desdibujarse.

Llevábamos juntas desde el principio de secundaria. Y, en los últimos años del instituto, la tensión y las presiones nos habían unido más. *Ser como todo el mundo. Pero ¿cómo es eso posible? Nadie es como ningún otro.*

En el instituto Pennsboro existía una jerarquía social viciada, algo de lo que se suponía que nadie hablaba; los hijos e hijas de funcionarios del Gobierno en lo más alto, y los demás, repartidos por debajo. Dado que mi padre era un IM, mi casta social había quedado fijada desde el primer día en que mi madre me llevó al jardín de infancia.

En el último año de secundaria, Carla pasó una época en la que estuvo profundamente triste y anoréxica y sus amigas la ayudamos a superar la crisis; hubo también una época en primero de bachillerato en la que Glenna vivía en un estado perpetuo de ansiedad, cuando a su padre, un científico que se dedicaba a la investigación, lo apartaron de su laboratorio, acusado de *Traición Científica*. Y estaba el terrible periodo de diez meses con el padre de Deborah detenido en las dependencias donde la Seguridad Nacional practicaba sus interrogatorios, y durante el cual nadie sabía si llegarían a ponerlo en libertad. (A la larga, el señor Albright regresó a su casa, aunque en perpetuo estado de zombi benévolo, así que, a fin de cuentas, fue como si

Deborah hubiese perdido a su padre.) Utilizando un código de nuestra invención, que fuimos lo bastante avispidas para cambiar cada pocas semanas, nos estuvimos mandando mensajes de texto, día tras día, durante años. En algunas cuestiones esenciales estábamos más unidas que con nuestros padres, que no nos hablaban con total sinceridad, y, desde luego, más que con cualquiera de los chicos de nuestra clase. (Se daba por sentada la desconfianza entre «mujeres» y «hombres». No se consideraba buen comportamiento tener amistades íntimas del sexo opuesto antes de terminar secundaria.)

En algún lugar de mi memoria dañada se hallaba la vaga constatación de que mis amigas habían tratado de advertirme sobre los peligros de mi discurso de despedida... Paige me aconsejó prepararlo con ayuda de nuestra profesora de Literatura Inglesa, dado que debería seguir el modelo de discursos anteriores que no habían molestado al censor de la División Disciplinaria para la Juventud, pero desoí por completo su sugerencia; de hecho, me había sentido insultada y herida.

¡Qué estúpida había sido! Paige había querido protegerme, y yo había hecho caso omiso de sus consejos.

Me preguntaba cómo se habría desarrollado la ceremonia de la graduación en el instituto. El atleta por el que apostaba el señor Mackay habría pronunciado en mi lugar el discurso de despedida. A algún otro alumno se le habría encargado el de bienvenida. Nadie, a excepción de mis amigas, me habría echado de menos.

¿No iba a pronunciar el discurso otra persona?

¿Otra persona? ¿Quién?

Esa chica... ¿Cómo se llamaba...?

¿Qué chica? No recuerdo a ninguna.

Ya sabes, la que tenía... creo que el pelo castaño...

¡Sí, claro! Ya me acuerdo..., algo así como...

La detuvieron por Traición. Se fue.

Se fue... ¿adónde?

Se fue y punto.

Él, con él

Y entonces, en aquel lugar donde vivía en la más radical de las soledades, me enamoré.

No fue la primera persona que me miró con amabilidad en Zona Nueve. Ni con aire protector. Ni siquiera con curiosidad.

Fue la primera persona que *supo*. Al mirarme, supo en un instante quién era. Lo que era.

Y pensé: *Ya somos dos. Él y... Mary Ellen.*

Wolfman

—«Enright, Mary Ellen.»

Posó la vista en mí con curiosidad, pero también fríamente.

Yo apenas lograba respirar. Me clavaba las uñas en las palmas de las manos.

El profesor nos estaba devolviendo los exámenes de mitad del semestre. Sonreía, aunque no con los ojos —impersonales y distantes, calculadores—, que miraban inquietos de un alumno a otro.

Me pregunté: ¿somos sus «objetos de estudio»? Wolfman era psicólogo investigador y profesor auxiliar del departamento.

Al cabo de varias semanas de clases se había aprendido el nombre de algunos de los alumnos de prácticas, pero, hasta aquel momento, no el mío.

Indecisa, me había levantado del asiento para recoger el cuadernito azul que me ofrecía desde el estrado. Hasta entonces Wolfman no había sabido quién era yo. No me había hecho notar en las clases prácticas alzando la mano, respondiendo a sus preguntas ni haciéndolas, como había sucedido con cierto número de alumnos, más agresivos que Mary Ellen Enright. Pero ahora era a ella a quien Wolfman miraba.

—Buen trabajo, señorita Enright. ¿Ha estado usted leyendo más escritos de Skinner de los que recoge el libro de texto?

—S-sí.

Siguió mirándome, solo un segundo más, pero aun así demasiado tiempo.

En clase Wolfman era brusco, risueño y de ingenio vivo: una hoja de cuchillo muy afilada, hasta el punto de resultar tan cortante como una navaja de afeitar, algo que no te anima a extender la mano para tocarla como si nada. A continuación, la sonrisa irónica se esfumó. Su expresión pareció de sorpresa, de sorpresa genuina. A punto ya de preguntarme algo más, cambió de idea, miró deprisa en otra dirección y pasó a llamar al siguiente alumno.

Me dominó una sensación de debilidad. Pero conseguí regresar a mi

pupitre, apretando el cuadernito azul, aunque sin atreverme a abrirlo.

¿Lo sabe?

¿Me ha reconocido... de algún modo?

¿Es un Exiliado... como yo?

Durante el resto de la hora permanecí en un estado parecido a la hibernación. No conseguía obligarme a mirar al profesor de prácticas, sentado de manera informal en el borde de una mesa; yo me limité a inclinarme sobre el cuaderno para tomar apuntes. Tampoco Wolfman volvió a mirarme. Apenas conseguía oír su voz a través del intenso zumbido que me notaba en los oídos mientras él explicaba algún principio de psicología, y al final de la clase, al sonar el timbre, me quedé paralizada en el pupitre mientras los demás se apresuraban a salir del aula. Cuando por fin me atreví a alzar los ojos, también Ira Wolfman se había marchado.

Únicamente cuando estuve sola y a salvo abrí el cuaderno azul. Desmesurada, exclamativa, la nota estaba escrita con tinta roja: 9,9.

Y también con tinta roja, el ingenioso garabato que la acompañaba: *Nadie es perfecto*.

Al IE se le prohíbe identificarse, excepto de la manera establecida por la ODSNE.

Al IE se le vigilará en todo momento durante su Exilio.

Otra alma en el Exilio. Estaba convencida de haber conocido a un alma gemela.

Los alumnos a los que nos había tocado la clase práctica de Wolfman nos considerábamos a la vez afortunados (Wolfman era *divertido*) y no tan afortunados (Wolfman era *duro*). Podía intimidar, pero uno se lo pasaba bien con él. Para los ojos y los oídos del Medio Oeste resultaba «diferente», incluso «extranjero».

Wolfman hablaba con mayor elocuencia y rapidez y, en conjunto, con menos paciencia que la mayoría de los adultos de Zona Nueve que yo había conocido hasta entonces. El pelo, espeso y oscuro, se le alzaba desde la frente en ondas caprichosas que me recordaban a las densas plumas arremolinadas de un búho. (Pensaba en el hermoso ejemplar de búho cornudo de la colección del Museo de Historia Natural.) Aunque Wolfman iba siempre bien afeitado, la sombra de la barba le oscurecía tanto la mandíbula como la zona de debajo, en la

garganta. La mayor parte de los días se presentaba en clase con una chaqueta deportiva, pantalones oscuros y una camisa blanca o de color azul pálido. A menudo, aunque no siempre, con corbata. Ojos oscuros, de una tonalidad de pizarra mojada, incrédulos e inquietos. Era inevitable pensar que, a veces, su atención —la más intensa y profunda— se hallaba en otro sitio.

Estoy aquí pero no verdaderamente aquí. No tenéis ni idea de quién soy.

Wolfman acostumbraba a lanzar preguntas como se podría arrojar un puñado de monedas a subalternos. Algunos alumnos respondían al instante; otros se contenían, sospechando que podía haber gato encerrado. A otros los confundía, se sentían desorientados. Lo más probable era que todos nos mostrásemos cautos con Ira Wolfman, pese a su sonrisa amable y seductora.

Había veinticinco alumnos en las prácticas, de los cuales solo tres eran chicas. Hasta entonces yo casi no había tratado de contestar a las preguntas del profesor, porque temía sus posibles sarcasmos, el golpe de una hoja tan afilada como una navaja de afeitar en los nudillos de una desprevenida alumna primeriza.

El tema de la semana era el «análisis neuroconductual»: un postulado de Skinner según el cual el sistema nervioso permanece inactivo la mayor parte del tiempo y solo se despierta por estímulos del medio ambiente, lo que se traduce en «reflejos». Según el conductismo, un animal es, en esencia, una máquina. Un ser humano es un animal y, por tanto, también es, en esencia, una máquina. El comportamiento individual, el de un grupo y el de la masa podían programarse, condicionarse, predecirse y controlarse. El conductismo radical es una ciencia: se pueden hacer gráficas con las consecuencias de los experimentos. Un ser humano no es *interior* sino *exterior*, la suma de comportamientos (mensurables). Un ser humano *es* comportamiento, que puede ser observado y representado por otras personas. Lo que el medio no puede controlar es el yo genético. Pero también eso está determinado. Los zombis se presentan en todas las formas, tamaños y tipos.

Yo no quería creer que aquello fuese cierto. Pero en Zona Nueve, en el Departamento de Psicología de la Universidad Estatal Wainscotia, se imponían tales «verdades».

La asignatura —Introducción a la Psicología del Siglo XX— tenía como titular al catedrático A. J. Axel, y era una de las más populares y respetadas de la Facultad de Humanidades, con más de doscientos alumnos matriculados.

Muchos estudiarían después medicina, porque aquel curso era un requisito previo. Las prácticas de Wolfman se impartían los viernes por la mañana, momento en el que su misión era explicarnos las clases magistrales, a menudo abstrusas, del profesor Axel, haciendo brillar un faro de claridad en las zonas más oscuras de nuestra ignorancia. Era fácil percatarse de que el joven profesor Wolfman se complacía en confundirnos aún más antes de iluminarnos. Le gustaba garrapatear gráficas —«curvas de aprendizaje»— en la pizarra, para ilustrar los argumentos del catedrático. Era una tarea agradable explicar en detalle experimentos que el profesor Axel se limitaba a mencionar de pasada.

De vez en cuando, siempre de manera muy sutil, Wolfman corregía al catedrático. *Tal como el profesor Axel quería decir...*

Se afirmaba que A. J. Axel era uno de los psicólogos académicos más distinguidos en los Estados Unidos, antiguo colaborador en Harvard de B. F. Skinner, el más destacado psicólogo experimental del siglo XX. También había sido *protégé* del célebre doctor Walter Freeman, a quien había ayudado a practicar un buen número de lobotomías en el Medio Oeste a comienzos de los años cincuenta. Axel era el director del Centro para la Ingeniería Social de Wainscotia. Alto, canoso, todo un caballero, invariablemente enfundado en una chaqueta de tweed, camisa blanca y corbata, representaba un hito de dignidad y erudición. Sin embargo, no siempre resultaba comprensible para sus oyentes porque su vocabulario era sumamente especializado, como si utilizara un código secreto. Predominaban en su léxico términos tan misteriosos como *condicionamiento operante*, *programas de refuerzo*, *ley del efecto*, *reforzadores*, *sancionadores*, *aprendizaje de escape*, *aprendizaje de evitación*.

Para los alumnos, Wolfman era el «doctor Wolfman», porque ya había presentado su tesis doctoral. Para Wolfman, nosotros éramos «señoritas» y «señores».

Siempre se mostraba cortés, si bien, a menudo, ligeramente irónico; no parecía tener mucha confianza en que entendiéramos sus chistes. Y daba la sensación de contar con un repertorio muy amplio. Era de ingenio rápido y resultaba muy divertido. Con la agilidad de quien aplasta una mosca mientras su atención parecía estar en otro sitio, podía desarmar a un alumno escéptico.

Wolfman asistía a las conferencias que el catedrático Axel pronunciaba los

martes y los jueves a las diez de la mañana, sentado en la primera fila del auditorio junto con otros profesores auxiliares y doctorandos departamentales. Estos últimos, con muy pocas excepciones, eran todos varones: prácticamente no había mujeres en el cuerpo docente de Wainscotia.

Ira Wolfman debía de ser el más apreciado de entre los jóvenes ayudantes del profesor Axel, porque, cuando el catedrático tenía que ausentarse por cualquier motivo, Wolfman lo sustituía. En mañanas así había una notable carga de expectación en el auditorio, porque la mayor parte de los alumnos preferían al joven y apuesto Ira Wolfman antes que al reputado A. J. Axel.

A veces, después de una de las conferencias de Wolfman, se oían aplausos dispersos por el auditorio. De manera discreta desde mi asiento, aplaudía con los demás, emocionada y conteniendo el aliento.

En nuestra clase de prácticas, Wolfman describía experimentos de psicología en los que había participado: la sistemática provocación de la «indefensión aprendida» —un sinónimo para «colapso nervioso»— en palomas, ratas y pequeños primates (monos) después de una andanada de estímulos seguida de consecuencias arbitrarias e imprevisibles. En un principio, el sujeto trata de interpretar los estímulos, de descubrir un patrón en medio de la arbitrariedad, se esfuerza por «controlar» la situación, pero fracasa, por supuesto, y a la larga sufre un colapso nervioso.

Tras la «indefensión aprendida», es posible reeducar al sujeto mediante una nueva andanada de estímulos con resultados previsibles.

Como los animales, los seres humanos necesitan orden, coherencia, consecuencias predecibles. Si les faltan, sufren un colapso nervioso.

Era un hecho demostrado de la psicología conductista. Nadie podía refutar aquella (cruel) realidad.

Pensé: Esa es nuestra situación. Si tenemos suerte.

Sola

Antes de Wolfman me había sentido muy sola y había hecho algo temerario.

Toda una locura y además inútil; lo sabía de antemano. Y sabía que era temerario.

Arrodillada en la esquina más oscura de mi habitación, junto a la cama, y con la frente apoyada en la pared, me esforzaba por recuperar la memoria — los recuerdos— de mi anterior vida perdida, mordiéndome el labio inferior para no llorar; y no podía, *no conseguía recordar* el rostro de mi madre, ni su voz; el rostro de mi padre, ni su voz; mi cara, en el espejo del escritorio que había tenido desde muy pequeña en mi habitación, cuando papá la pintó de color rosa pálido y mamá colaboró pintando el marco del espejo de un color que ella llamaba blanco crema... Y sentía que me podía estallar la cabeza con el esfuerzo; porque el microchip que me habían implantado en el cerebro bloqueaba precisamente los recuerdos que podrían alimentarme, como una especie de asma mental que me asfixiaba...

No puedes. Lo tienes prohibido. Estás en el Exilio. Te han castigado precisamente a eso.

Así que me rendí. Me rendí varias veces seguidas.

Y un día, cuando había renunciado a tratar de recordar, cuando la soledad me estaba ahogando, me puse la cazadora con forro polar y volví a salir a última hora de la tarde, cuando otros estudiantes abandonaban el campus y volvían a sus residencias para cenar; llegué hasta la enfermería de la universidad, en el lejano límite oriental del campus, y, una vez allí, busqué a la enfermera a la que había conocido durante mis primeros instantes en Wainscotia, justo después de que me *teletransportaran*; no recordaba su nombre pero sí la cara, los cabellos de un rubio bastante oscuro, recogidos detrás de las orejas, y los ojos, amables pero preocupados: *No me hagas preguntas, Mary Ellen Enright. Limitate a marcharte.*

Pregunté en recepción si había alguna enfermera que respondiese a aquella

descripción, alguien de poco más de treinta años, quizás; y la recepcionista movió la cabeza para decir *no*; no se le ocurría de quién podría estar hablando. Y yo insistí:

—¿Y no podría mirar para ver si la encuentro? Hay algo que de verdad necesito preguntarle.

La recepcionista me dijo que en aquel momento no había nadie más que ella de servicio en la enfermería. El médico residente se hallaba «de guardia» pero no estaba en el edificio.

Eché una ojeada a la sala de espera, que estaba vacía. Era un espacio muy pequeño y angosto con solo tres sillas. (¡Curioso ver ceniceros en la sala de espera de la enfermería!) Había un ambiente cargado y enrarecido y un olor a rancio, a algo medicinal y enfermizo, así como a humo de tabaco; y a poca distancia, en el pabellón vecino, un ruido de toses abatidas. En aquel instante recordé que se había extendido por el campus algún tipo de enfermedad — creo que se trataba de la gripe asiática— y que varias chicas de Acrary Cottage se habían contagiado.

Dado que yo parecía tan dubitativa, la recepcionista repitió que no sabía de quién le estaba hablando y que conocía a todas las enfermeras que trabajaban allí.

Al oírle decir aquello, decidí sencillamente no darme por vencida. No.

—¿Está segura? ¿Podría echar una ojeada? ¿No hay una sala de enfermeras?

La recepcionista me miró como si estuviera convencida de que bromeaba.

—¿Sala de enfermeras? ¿Aquí?

—Puede que se llamara... —me esforcé por recordar, pese a la maraña en el cerebro que me bloqueaba los pensamientos— algo así como ¿Imogene? ¿Irma?

—«Imogene»... «Irma»... No.

La recepcionista había contestado deprisa. Me pareció que demasiado deprisa.

Y entonces pensé: *¿Es ella la persona que busco? ¿La mujer que está hablando conmigo?*

Caí por fin en la cuenta. Noté que era mayor de lo que recordaba; como mi madre, más o menos. El pelo (rubio oscuro) quedaba prácticamente escondido detrás de la cofia blanca almidonada. Llevaba una rebeca de lana gruesa sobre el uniforme blanco de nailon porque hacía frío en la enfermería, y la placa identificadora quedaba debajo de la chaqueta de punto. Supe que era la mujer

—la enfermera— que me había ayudado a despertar durante mis primeros momentos, llena de terror, en Zona Nueve.

—¿Verdad que me conoce? ¿Mary Ellen Enright? Fue usted muy amable conmigo cuando me trajeron...

La recepcionista me habló entonces con voz cortante y una risa amarga.

—Señorita, ya le he dicho que *no*. Nunca la he visto antes ni usted me ha visto a mí. Y ya es hora de que se vaya.

—Pero... ¿no es usted «Imogene»... o «Irma»? Por favor...

—*Váyase ya.*

—... «Irma Kazinski»... «Krazinski»...

—Si no se marcha, señorita, voy a llamar a seguridad. Queda usted advertida.

Los ojos fijos en mi cara, y nada amistosos. El modo en que había pronunciado la palabra *seguridad* me permitía saber que hablaba de algo mucho más abrumador: *Aniquilación, Ataque con Dron Nacional, vaporización.*

Por un instante me quedé paralizada, inmóvil. No me cabía en la cabeza dejar la enfermería y regresar sola a Acrady Cottage.

—Aquí no hay nadie que... me conozca. Era... soy... Adriane Strohl... No soy «Mary Ellen Enright»... Me mandaron aquí... Me trajeron aquí... desde EAN-23... ¿Sabe usted algo de mí? ¿Cualquier cosa... que me pueda decir?

El rostro de la enfermera Irma se había vuelto impenetrable. Los iris se habían hecho tan diminutos como granos de pimienta, como si se hubiera quedado ciega. Su boca era un garabato furioso.

—Desvaría usted, señorita. Debe de tener fiebre. Pero no la podemos admitir... La gripe nos ha dejado sin camas libres. ¿No sabe que hay una epidemia en toda la universidad? Será mejor que se vaya de aquí ahora que todavía puede. Ahora que aún es capaz de volver andando. Antes de enfermar. Antes de que se ponga muy enferma. Señorita Enright..., ¿se apellida así? Asegúrese de cerrar bien la puerta cuando salga. ¿Me entiende?

—Por favor..., cualquier cosa que me pueda decir, lo que sea... Sobre lo que está sucediendo allí..., en EAN-23. ¿Ha cambiado algo? ¿Existe todavía la Seguridad Nacional y el presidente? ¿Y el Ejército, y las Guerras por la Libertad? ¿Sabe algo de mis padres..., Madeleine y Eric Strohl? Vivimos... vivíamos en Pennsboro, Nueva Jersey. No me diga que me vaya, me siento tan sola...

La enfermera Irma estaba ya furiosa.

—Se lo he dicho, señorita... *¿Es que no me entiende?*

No la entendía, pero me marché. Obedecí y salí de la enfermería. Cerré la puerta a conciencia detrás de mí. Y comprendí, pese a mi decepción y a lo muy herida que me sentía, que, una vez más, la enfermera llamada Irma, con los cabellos de color rubio oscuro, la enfermera que me había atendido nada más llegar a Zona Nueve, había vuelto a ser amable conmigo: no me había denunciado a las autoridades por cometer una gravísima violación de las Instrucciones.

La prueba era que todavía estaba viva.

Posiblemente

Es muy posible que, dada mi terrible soledad, llevase semanas enamorada de Ira Wolfman. Antes de nuestro breve intercambio a mitad de semestre.

Y era posible que siguiese enamorada para siempre.

Se trataba de un sentimiento mucho más poderoso de lo que pudiera sentir por la enfermera Irma Krazinski.

Desde el primer momento en que lo había visto en el aula de Greene Hall. Cuando entró allí de manera tan abrupta, dejó caer la cartera en la mesa del profesor, en la cabecera de la clase, y lanzó los ojos, como una red muy tupida, por encima de las hileras de pupitres, de nuestros rostros atentos... *¡Qué tal! Me llamo Ira Wolfman, y soy su profesor de prácticas en Introducción a la Psicología.*

Y además estaba el individuo que subía decidido al estrado cuando sustituía al catedrático Axel en el auditorio. Para tratarse de un profesor joven que venía a ocupar el sitio de una celebridad, Wolfman no se mostraba indeciso ni falto de confianza. Sonreía feliz a sus oyentes como un nadador en el trampolín más alto antes de ejecutar un salto perfecto. Reconocer a su audiencia como si quienes lo escuchábamos fuésemos sus compañeros, dispuestos a embarcarnos juntos en un viaje emocionante, no era la costumbre de Axel; el catedrático de pelo blanco más o menos leía sus notas para las clases sin molestarse en mirarnos para tener al menos la seguridad de que estábamos allí.

Antes de que se me revelara que Wolfman era un Exiliado como yo, me pareció que ya había descubierto... algo.

Es él. El que me salvará de Zona Nueve.

Así como no parecía predispuesta a la gripe que se extendía por el campus, tampoco tenía predisposición a *enamorarme* como las chicas de mi edad. Era algo de lo que sin duda podía enorgullecerme.

Mis compañeras de habitación de Acrady Cottage hablaban emocionadas, incansables, de los chicos con los que salían, o con los que esperaban salir;

miembros de alguna fraternidad de los que ya se habían enamorado, o de los que necesitaban con toda el alma tener noticias, con su felicidad pendiente de la próxima llamada telefónica... Pero yo no era una más, porque había dejado de ser tan joven como ellas.

Lo que sentía por Wolfman era distinto. Lo mío era la desesperación de quien se está ahogando y se agarra a cualquiera que se acerque porque tiene el poder de evitarle una muerte terrible.

La lista del decano

—¿Mary Ellen?

La voz sonó tan cerca que me alarmó. Me hablaba la señorita Steadman.

Era la séptima semana de clases, recién superada la mitad del trimestre. Más allá de la pared con los buzones a los que yo miraba raras veces, la asesora residente parecía estar esperándome cuando regresé, apresurada, a la residencia, con mi cazadora de forro polar y mi capucha, e iba ya lanzada hacia las escaleras.

Por supuesto, nunca llegaba correo personal para Mary Ellen Enright. Pero a menudo había en mi buzón folletos y anuncios que se parecían cruelmente a una carta.

No sentía envidia del correo que recibían las otras chicas. Nunca pensaba en ello: había renunciado por completo.

Las ansiedades diarias se concentraban en mis tareas académicas. Tenía cinco asignaturas y cinco profesores. Que uno de ellos fuese Ira Wolfman solo era una coincidencia.

Trataba de no pensar en nada más. Evitaba el interés de otras personas. Pero no podía quedar como una maleducada con ningún adulto. No podía dejar plantada a la señorita Steadman, que me sonreía desde la puerta de su despacho.

En silencio, le supliqué: *Déjeme en paz, ¿le importa? ¡Todos ustedes! Háganme el favor.*

Pensamientos tan violentos como aquellos se me pasaban por la cabeza. Me resultaba sorprendente que otras personas no pudieran oírlos y se apartasen de mí.

—¿Mary Ellen? ¿Puedo hablar contigo, solo un segundo?

No podía desairar a la señorita Steadman murmurando un *no*. Dócilmente la seguí al interior de su apartamento, hasta su cuarto de estar, que comunicaba con la más pequeña de las dos salas de Acrady Cottage, en la que había un

televisor modelo consola, un «Philco», el más pequeño que había visto nunca, con una pantalla diminuta, una imagen con trémulas tonalidades grises y que solo emitía programas por tres canales.

Por la noche, algunas de las chicas de la residencia ¡veían aquella ridícula televisión minúscula! Y la señorita Steadman, que parecía anhelar que alguien la acompañase, también la veía a veces.

Ardis Steadman era alta y delgaducha, con el pelo, las cejas y la piel de color arena. Una mujer seria y poco agraciada. Su sonrisa entusiasta dejaba a la vista las encías, de color rosa pálido. Ojos grandes, castaños, desbordantes de sinceridad. En la primera asamblea de Acrady Cottage se nos había presentado como ayudante, miembro del equipo de la decana de mujeres. Doctoranda en Administración de Centros Docentes Públicos, andaba en los treinta y tantos, o quizás algo menos, porque era una de esas mujeres a quienes, ya de muy jóvenes, se las alaba por «maduras», «responsables», «con madera de líder». Mis compañeras de cuarto recomendaban evitar a la señorita Steadman, que era *de verdad buena persona, pero muy a-bu-rri-da*.

En especial la compadecían por no estar casada: *solterona*.

(Palabras como *solterona* y otras parecidas eran nuevas para mí, porque en EAN-23 el matrimonio apenas era más corriente que el divorcio. Pero entendía el significado de aquellas palabras, y algo del pánico que provocaban en Zona Nueve.)

La señorita Steadman me sonrió, muy risueña. Con su voz cálida y entusiasta me preguntó qué tal estaba, cómo llevaba mis asignaturas, y yo murmuré respuestas corteses. Traté de sonar alegre, animada: la «animación» era un fenómeno típico de Wainscotia, pero no se me daba demasiado bien, y detecté que no conseguía engañar a la señorita Steadman.

Me preguntó con cierta minuciosidad sobre mis asignaturas: por mi condición de «alumna becada», era de especial interés para ella. (Yo ya sabía que en Wainscotia era Becaria Universitaria, y no Becaria Patriótica. Sin duda, en 1959 no existía aún la figura de «Becaria Patriótica».) La señorita Steadman estaba al tanto de los méritos de la mayoría de mis profesores; en especial era una entusiasta del catedrático A. J. Axel, que había colaborado en Harvard con el gran B. F. Skinner.

—El profesor Axel —me contó— ha desarrollado su propio proyecto experimental, con el fin de curar comportamientos antisociales: el «aberrante», el «perverso» y el «subversivo». Wainscotia se dispone a crear

un centro para ese nuevo campo, con el nombre de «Centro para la Ingeniería Social». Cada mes de octubre tenemos la esperanza de que se le conceda el premio Nobel. Es algo que sucederá muy pronto, ¡estoy convencida!

Le pregunté a la señorita Steadman sobre qué clase de comportamientos «aberrantes», «perversos» y «subversivos» hablaba.

La señorita Steadman hizo una pausa y se sonrojó levemente.

—Oh, la clase de comportamientos vergonzosos que te puedes imaginar, Mary Ellen —dijo, con el ceño fruncido—. O, más bien, que no te puedes imaginar. Ni yo tampoco —agitó la cabeza con brío—. Es algo que sucede sobre todo entre hombres, creo. Hombres entre sí. Pero el profesor Axel cambiará todo eso.

Pregunté cómo iba a cambiar el profesor Axel aquellos comportamientos.

—Oh, creo que... tratándolos con electroshock —la señorita Steadman utilizaba vaguedades al hablar.

Me pregunté si Wolfman colaboraría con aquel centro. Tenía que suponer que sí, dado que era auxiliar del catedrático.

Pero ¡qué irónico, un Individuo Exiliado al que se reclutaba para curar *comportamientos antisociales!*

La señorita Steadman tampoco ahorró elogios para el director del Departamento de Filosofía, el catedrático Myron Coughland, cuya teoría era que la filosofía y la lingüística habían mantenido una progresión constante desde los griegos hasta el presente, a mediados del siglo XX, en unos Estados Unidos sin duda alguna cristianos.

—Tiene algo que ver con la ética «práctica»... «pragmática», y con «democracia», «el mayor bien para el mayor número»... más el cristianismo, por supuesto. ¡Nuestras creencias estadounidenses en la era del Sputnik, que son muy distintas de las creencias de la Rusia soviética! El profesor Coughland tiene una subvención de cien mil dólares del Instituto Nacional de Ciencia para proseguir con sus investigaciones. Ha aparecido muy destacado en la primera página del periódico de los alumnos: estoy segura de que tienes que haber visto los artículos.

Le di una vaga respuesta afirmativa. Era posible que los hubiese visto. Desde mi llegada a Zona Nueve había tratado de cubrir huecos considerables en mis conocimientos sobre historia: era muy poca la información recibida en nuestras asignaturas de Historia Patriótica de la Democracia acerca de los

tempranos éxitos de los soviéticos al enviar al espacio un pequeño satélite sin tripulante («Sputnik»), ni sobre sus avances en armas nucleares, porque, en el instituto, la mayor parte de la Historia Patriótica de la Democracia se centraba en las continuas amenazas a la democracia americana, y en los triunfos de esa misma democracia sobre sus incontables enemigos «terroristas» de todo el mundo.

—Es una verdad evidente que la filosofía estadounidense es la culminación de mil años de esfuerzos, y que los seres humanos son personas «más civilizadas» que nunca, ¿no te parece? ¿Quién podría no estar de acuerdo después de escuchar al profesor Coughland? Lo que él sostiene es que nuestra presidencia, tal como existe en los Estados Unidos, es el «punto más alto» de la evolución política y que Dwight Eisenhower es el dirigente mundial más destacado hasta el momento.

Yo sabía muy poco sobre la presidencia en 1959, excepto que nuestro primer mandatario, un hombre de sonrisa anodina y aficionado al golf, había sido general en la Segunda Guerra Mundial, y gozaba de gran popularidad entre nuestros compatriotas, al igual que nuestro presidente de EAN-23, cuyos índices de aprobación en las encuestas, difundidos todas las mañanas por internet, se situaban entre el noventa y cinco y el noventa y nueve por ciento.

En 1959 existían al parecer dos grandes partidos políticos —Partido Demócrata y Partido Republicano—, que competían por la dirección del país; en EAN-23 solo existía el Partido Patriótico, fundado por las personas más acomodadas de nuestra sociedad, que nombraban a todos los dirigentes políticos además de a la magistratura. Los CV («Ciudadanos Votantes», una categoría determinada por los ingresos) podían depositar sus papeletas a favor del candidato del Partido Patriótico, representado por un sonriente emoticono, al que se adhería un nombre, para una elección que era al mismo tiempo preliminar y final, porque, dado que no existía oposición, el candidato oficial era inevitablemente elegido presidente. (Mi padre había dicho que, hasta donde él recordaba, había habido elecciones con dos emoticonos en lugar de solo uno. El ciudadano, en la privacidad de la cabina de votación, era «libre» de elegir a quien quisiera.)

(En Historia Patriótica de la Democracia se nos había explicado que, en décadas anteriores, se habían gastado cientos de millones de dólares en «hacer campaña», un procedimiento en gran medida inútil dado que la presidencia recaía invariablemente en el candidato con el presupuesto más elevado; así

que se había modificado el procedimiento para determinar qué miembro del Partido Patriótico lograba amasar más dinero, y a esa persona se la presentaba en la papeleta de voto como el candidato del partido, sin necesidad de gastar dinero en la campaña.)

Deseaba con toda el alma poder confiar en la señorita Steadman, para explicarle algo de mi vida perdida en lo que era, para ella, el «futuro»; pero incluso aunque me hubiese atrevido a saltarme las Instrucciones, la señorita Steadman no me habría creído, y me habría considerado *enferma mental*.

Ya en 1959, tal como se me había enseñado en las clases de psicología, se había perfeccionado la técnica de desacreditar a los individuos «sediciosos» sugiriendo que estaban *mentalmente enfermos...*, que eran *emocionalmente inestables*.

«Trastorno límite de la personalidad»; lo que hizo que me preguntara quién controlaba y definía el límite.

A su manera agradable pero persistente, la señorita Steadman me estaba preguntando si encontraba la lógica «difícil... si me parecía un rompecabezas», como le había sucedido a ella cuando era alumna de grado, y le respondí que sí, muy difícil. La señorita Steadman dijo entonces:

—La lógica no es una materia adecuada para las mujeres, lo mismo que las matemáticas, la física, la ingeniería... Nuestros cerebros no están hechos para ese tipo de cálculos.

¿Estaba yo de acuerdo? Semejante forma de pensar era autodestructiva, además de equivocada. En EAN-23 era axiomático que «todos los sexos son iguales», lo que equivale a decir que a ningún sexo se le permite estar «discapacitado»: ningún individuo de ningún sexo merecía consideraciones especiales. Pero mi objeción no era muy convincente y la señorita Steadman hizo caso omiso de mis observaciones.

De hecho, desde mi llegada a Zona Nueve había sentido con frecuencia que algo no me funcionaba en el cerebro. El microchip y el *teletransporte* habían disminuido mi capacidad de pensar. Al esforzarme con los problemas de lógica de mi libro de texto, sentía un malestar visceral, como si la «lógica» fuese una especie de virus que me hubiera infectado, y del que era imposible librarse; después de unas pocas horas me dominaban el cansancio y el desaliento. Ya me había dado cuenta de que ni un solo profesor del

Departamento de Filosofía era mujer, y de que ninguno de los autores seleccionados para la antología de la Introducción a la Filosofía lo era. *Se diría que el sexo femenino no existía*. Me pregunté si la inmersión en la lógica podría traducirse en un intenso deseo de suicidarse.

A la señorita Steadman no le podía contar algo así, y le expliqué, en cambio, que, de las distintas asignaturas en las que me había matriculado, la Lógica era la que más temía suspender.

—No, Mary Ellen..., ¡no te van a suspender! Estoy segura.

(Era probable que tuviese razón, y casi imposible que me pasara una cosa así. Mi nota más baja en las sucesivas evaluaciones ya superadas había sido un sobresaliente raspado. Aun así, me angustiaba la posibilidad de un suspenso, porque, en lógica, es mucha la infelicidad posible más allá del alcance de la meramente probable.)

La señorita Steadman siguió hablando, con el cálido entusiasmo de una administradora entregada, de que Wainscotia se hallaba en la «vanguardia» de la investigación académica. Filología, matemáticas, sociología, física...

—¿Has oído hablar de Amos Stein? ¿Procedente del Instituto de Estudios Avanzados de Princeton? ¿No?

Mi ignorancia pareció desilusionarla.

—En el periódico estudiantil también hablaron de él hace poco. Es el director del Proyecto Hoyle, en el que trabaja un equipo de físicos y matemáticos de primera fila que se proponen refutar la teoría de la relatividad de Einstein. Y existe algo llamado la teoría del Big Bang, según la cual el universo empezó con una explosión, a partir de la cual «comenzó a expandirse rápidamente». Pero nuestro equipo de Wainscotia cree que el universo es infinito y que no cambia, que mantiene un «estado estacionario». Sin principio ni fin. Si crees en Dios, solo el «estado estacionario» tiene sentido. Porque, a fin de cuentas, ¿qué podría preceder a Dios? Todo cuanto los investigadores necesitan es una prueba matemática. Se dice que están trabajando en el problema prácticamente día y noche... y que han incorporado un ordenador al proyecto, en Greene Hall. ¡El ordenador es tan grande que ocupa la mitad del piso bajo del edificio! Todos en el ámbito intelectual están esperando con impaciencia sus conclusiones... Tenemos la esperanza de que Wainscotia llegue a ser un centro donde físicos y matemáticos de prestigio mundial trabajen juntos en el futuro. Einstein también defendió que «todas las cosas son relativas», que «el tiempo se puede curvar», lo que es evidentemente

imposible. ¡Como si Dios pudiera «curvarse»! El profesor Stein dice que tales razonamientos son «lógica judía», hecha para confundir y no para iluminar.

La señorita Steadman hablaba con tanta vehemencia que la saliva le salpicaba los labios.

Sus observaciones, sin embargo, me emocionaban. Yo no entendía nada de las teorías de Einstein, y aunque había oído hablar del «estado estacionario del universo» (me preguntaba si esa teoría había tenido origen en el Medio Oeste), tampoco lo entendía. Pero me alegré con la esperanza de que la Universidad Estatal Wainscotia pudiera recibir tamaña recompensa.

Me acordé de que S. Platz había descrito la universidad a la que se me enviaba como «excelente»: ¡me había parecido una mujer tan positiva, que me había dado tantas esperanzas! Cuando regresara del Exilio, estaría bien formada; si mis notas eran buenas, podría encontrar un buen empleo, y ayudar económicamente a mis padres.

Mi vida después del Exilio irrumpía como un espejismo en el horizonte. Si mi vida actual era difícil, y solitaria, no tenía más que pensar en aquella otra vida —en aquel espejismo— para sentirme más esperanzada.

La señorita Steadman hablaba ya del «preeminente» biólogo Carson Lockett II, que había estudiado «ciencias de la vida» en Oxford y era un experto de prestigio universal en la obra de Alfred Russel Wallace, el científico victoriano que se había anticipado a la teoría sobre la evolución de Charles Darwin pero que había ido más allá con su hipótesis de una «creación especial» para el cerebro humano, que, Wallace argumentaba, no era posible que hubiera surgido por la simple «selección natural» a lo largo de millones de años.

—El doctor Lockett y sus colegas están empeñados en la refutación del ateísmo darwiniano mediante la utilización de los términos «evolutivos» más objetivos y científicos.

La señorita Steadman me habló también de H. R. Brody, el poeta oficial de Wainscotia: ¿conocía su obra?, ¿había visto su fotografía?

—H. R. Brody tiene el pelo blanco como Robert Frost. Los suyos son poemas rimados, sobre la naturaleza, como los de Frost. No son como esos extraños poemas en minúsculas que escribe ese tal «cummings», «c. c. cummings», ¿o es «e. c.»?, que ni siquiera trata de rimar. No entiendo mucho de poesía contemporánea, pero los poemas de H. R. Brody son *bellos* y rebosan *sabiduría*.

Traté de recordar si había oído hablar alguna vez de H. R. Brody como poeta en nuestras clases de Literatura Inglesa en EAN-23. Creo que no. Ochenta años después, de H. R. Brody no se acordaba nadie.

—¿Te interesa la poesía, Mary Ellen? Pienso que sí.

¿Por qué diría aquello la señorita Steadman? Todo lo que pude tartamudear fue un *no*.

De hecho, había tratado de escribir poesía en el instituto. En nuestra clase de Literatura se nos daban fórmulas poéticas, con rimas que los alumnos teníamos que completar:

Los ojos tengo en llanto noche y día,
y en fuego el corazón y el alma ____.

y:

Creo que nunca llegaré a ver
un poema tan lindo como un ____.

Nunca te diré, amor mío,
por qué corre lento el ____.

Mis poemas propios no estaban compuestos con tanta eficacia. Uno de veinte líneas que se ajustara a una fórmula podía extenderse hasta treinta versos o terminar incluso de manera prematura con dieciocho.

También había tratado de escribir lo que recibía el nombre de «relatos», siguiendo el modelo que nos proporcionaban los Nueve Argumentos Básicos, junto con listas de vocabulario y títulos posibles.

No se nos permitía sacar libros de la biblioteca pública marcados con la A de Adulto; estábamos limitados a los de AJ, Adultos Jóvenes, que tenían que estar aprobados por la Junta de Diversiones para Jóvenes, y eran en realidad adecuados para enseñanza primaria. Mis padres habían utilizado Libros para Adultos en algún momento, pero yo no los había visto nunca.

Traté de crear una novela gráfica con animales en lugar de personas. Mis ilustraciones eran torpes e infantiles y el proyecto, que empecé con mucho entusiasmo, fue perdiendo consistencia como hielo que se derrite.

Me acordé de que en los primeros años de secundaria, durante una

temporada, a mi hermano le había dado por fabricar cometas con papel maché. Eran de verdad cometas asombrosas, dragones, águilas, mariposas gigantes, cosas que nunca hubieras esperado de Roddy.

Durante algún tiempo le ayudé a hacerlas. Fue emocionante hacer algo con Roddy en lugar de esforzarme por evitar su compañía. También nuestros padres estaban impresionados. Pero a la larga mi hermano perdió interés o se desanimó por alguna razón y se limitaba a decir con un encogimiento de hombros: *¿A quién le importa? Hacer esas cosas es una pérdida de tiempo.*

La señorita Steadman me sonreía como a la espera de que la hiciese de algún modo partícipe de mi naturaleza «poética», pero yo sabía que era mejor no responder. Me preguntó entonces qué tal me llevaba con mis compañeras de cuarto, y le dije que eran unas chicas muy simpáticas y que me caían muy bien.

—Vaya, ¡eso es estupendo! Sois muy diferentes, Mary Ellen, creo yo.

¡Eso espero! Mis compañeras de habitación son todas zombis.

Para ocultar mi sorpresa sonreí. (En el Lugar Feliz, ¡Mary Ellen Enright sonreía sin parar!) Porque había sido una observación inesperada de la señorita Steadman.

—Tus compañeras de cuarto son chicas religiosas —dijo—, como la mayoría de las chicas de Acrady, creo yo. Pero tú..., algunas de nosotras nos lo hemos preguntado..., ¿cuál es la Iglesia de tu elección?

Iglesia de tu elección. Una frase extraña y coercitiva.

—No... no voy a la «iglesia»... en realidad. Pero soy lo que... lo que usted llamaría... «creyente».

—Bien, eso me parecía, Mary Ellen.

La señorita Steadman frunció el ceño, pensativa, como si aquella cuestión (la de si Mary Ellen Enright era «religiosa») hubiese sido seriamente ponderada.

—Y ¿eres... cristiana?

¡Sí que era una pregunta directa! Nadie me lo había preguntado nunca. En EAN-23 se daba por sentado que todos los ciudadanos eran «cristianos», pero también que «cristiano» no significaba mucho más que «ciudadano de EAN». Desde luego, nadie hablaba nunca de «valores cristianos» como hacer el bien, ayudar a los menos afortunados, ser «altruista».

—A veces, Mary Ellen, pareces un poquito... —la señorita Steadman buscaba la palabra adecuada— triste. Tus compañeras de habitación han dicho que echas mucho de menos tu hogar, a los tuyos.

—No.

—Vaya, ¡eso está bien! Es bueno saberlo.

Era desconcertante que mis compañeras de cuarto hablaran de mí a la asesora residente a mis espaldas, pero igualmente desconcertante que ella me lo hiciese saber.

—Has venido a Wainscotia desde muy lejos, ¿no es cierto?

¿Qué quería decir la señorita Steadman? Empezaba a sentirme muy incómoda.

(¿Cuánta información había recibido acerca de mí?)

—A todas nos invade la nostalgia cuando llegamos a un sitio nuevo. Incluso a las que llevamos años viviendo lejos de casa.

Hablaba con amabilidad, efusivamente. Me animaba a sincerarme con ella. ¡No lo iba a hacer, por supuesto!

En la entrada de la residencia se oían voces, risas. Me resultaba misterioso qué era lo que mis compañeras de cuarto y las demás chicas encontraban tan divertido, y además tan a menudo.

Reunidas en la zona de los buzones, las chicas perdían el tiempo en el vestíbulo. Luego flotaron escaleras arriba camino de sus habitaciones. ¡Tanta hilaridad! Si no estaba muy cerca, me resultaba imposible descifrar una sola palabra de lo que decían. Algunas cacareaban a voz en grito, otras reían hasta la extenuación. Eran cerca de las seis de la tarde: pronto saldrían en tropel hacia la cafetería de la universidad para la cena. (Acrady Cottage era una residencia demasiado pequeña para dar de comer a sus chicas. La cafetería infinitamente ruidosa que nos correspondía estaba situada a dos manzanas de nuestro edificio y atendía a alumnos de ambos sexos.) Yo solía sentarme sola en una mesa con algunos solitarios como yo, enfrascada en un libro de texto, mientras fingía no advertir la presencia de otras chicas de Acrady que podrían haberme invitado a sentarme con ellas. Mi invisibilidad era como una capa mágica que me abrigaba pero que, al mismo tiempo, multiplicaba mi soledad.

Llevaba un jersey azul marino que me estaba demasiado grande, sobre un suéter gris de cuello alto y dado de sí, y botas de goma, en no muy buen estado y además manchadas. Me preguntaba si la señorita Steadman se daba cuenta de que la ropa de la caja era de segunda mano. De que no era ropa mía, aunque me la hubiesen enviado a mí. ¿Y estaba al tanto de quién era yo? Irma, la enfermera, disponía de información, hasta cierto punto, sobre Mary Ellen Enright. Sin duda, algunas autoridades clave de Wainscotia tenían que estar al

tanto.

Aunque quizás no. Cabía que los habitantes de Zona Nueve no supieran nada de EAN-23 ni de sus procedimientos. Era probable que se les diese muy poca información: Individuo Exiliado, persona sin pasado ni antecedentes, sin familia ni historia, que aparecía entre ellos por decreto gubernamental.

Hasta donde ellos sabían, «Mary Ellen Enright» era una huérfana cuyos padres habían muerto a consecuencia de una catástrofe natural, o a consecuencia de alguna guerra. ¿Por qué tendrían que ponerlo en duda?

Mientras la señorita Steadman hablaba de nostalgia, yo empecé a pensar: *Quiere que me abra a ella, y luego me denunciará.*

O, quizás: *Quiere que confíe en ella, y entonces me consolará.*

O: *¡También la señorita Steadman es una Exiliada!*

Excepto que no me lo creía. La señorita Steadman no coincidía ni de lejos con la típica imagen del Traidor.

¡Qué odioso me resultaba! Verme atrapada por mis pensamientos.

Exilio significa que no puedes tener la cabeza libre para pensar en nada que no sea el Exilio. Mientras que otras personas no cuestionan jamás los condicionamientos de su existencia, nosotros lo hacemos todo el tiempo. *¿Por qué estoy aquí, cuándo me sacarán de aquí, quién me está vigilando, quién me controla, se trata precisamente de la persona que me invita a confiar en ella? ¿Qué motivos tendrá para denunciarme? ¿Cuál será el pliego de cargos y el resultado del juicio?*

La señorita Steadman me estaba preguntando de dónde era. Una pregunta del todo natural y amistosa y, sin embargo, tartamudeé en busca de una respuesta plausible. Traté de recordar las Instrucciones; qué era lo que no se me prohibía y, en consecuencia, estaba permitido.

—Más bien... prefiero no decirlo, señorita Steadman.

Ella se me quedó mirando, sorprendida.

—Pero ¿por qué no? —su actitud era cándida, inocente. Había conseguido sorprenderla de verdad.

—Me pone triste pensar en ello. Lo siento.

—¡Vaya! Lamento que te disguste. Se me ha dicho que tu beca es de fuera de Wisconsin, y pensaba en uno de los estados atlánticos del Este como Nueva York, Nueva Jersey...

—Soy huérfana, señorita Steadman. En realidad no soy de ningún sitio. Y mis padres, y los que luego me adoptaron, todos han muerto.

Aquellas palabras me resultaron estremecedoras. Nunca las había dicho en voz alta. Las había ensayado, eso sí. Pensé: *Si esto lo están grabando, no he dicho nada que no debiera.*

La actitud de la señorita Steadman parecía sugerir que la información que le estaba dando era del todo inesperada. Si tenía un dossier sobre mí, estaba incompleto. O quería que yo pensase que lo estaba.

(También me pregunté: ¿había grabadoras al alcance de cualquiera en 1959? ¿Era posible que la señorita Steadman estuviera grabando nuestra conversación? En aquella cultura primitiva escaseaban los dispositivos electrónicos, pero los funcionarios estatales podían estar equipados para tareas de vigilancia.)

Más chicas habían entrado en la residencia y se estaban congregando en torno a los buzones como una tropa de ardillas. Por lo general, la señorita Steadman aparecía por allí más o menos a aquella hora con la esperanza de abordar a algunas chicas para que charlaran con ella, pero no aquel día.

—¿Dices que no tienes familia, Mary Ellen? ¿Es eso lo que he entendido que me has dicho?

—Sí. Quiero decir, no, no tengo familia. Me adoptaron y mis «padres adoptivos» murieron.

Aquellas palabras las pronuncié con gran desenvoltura. Casi tuve ganas de echarme a reír al ver la expresión solemne en el rostro de la señorita Steadman.

—¿Qué cosa tan triste, Mary Ellen! ¿Cuándo sucedió? Quiero decir..., ¿cuándo murieron tus padres?

¿Cuándo? Ni idea. Las Instrucciones no me habían preparado para un interrogatorio tan detallado. Como una actriz de cine a la que solo se le ha entregado un esbozo del guion, iba a tener que improvisar.

—Hace mucho tiempo, creo. En realidad, no lo recuerdo.

—Vaya, eso es muy triste... Y muy poco corriente.

¿*Poco corriente* que hubieran muerto los padres de una huérfana, o *poco corriente* que la huérfana pareciera no recordar cuándo habían muerto?

—Entonces, ¿no hubo nadie que te trajera aquí, a Wainscotia? ¿Viniste sola?

La señorita Steadman parecía incómoda por mis balbuceos, pero dispuesta a perseverar en sus preguntas. En su rostro serio y poco atractivo la expresión era casi de hambre.

—Sí. Sola.

—¡Tan joven para estar viajando sola! Ya me parecía que no había visto a nadie contigo aquella primera noche. Dabas la sensación de ser muy... independiente.

¡Independiente! Sonreí sin saber qué decir.

—Quise ayudarte con tu baúl antiguo, pero me dijiste que no necesitabas ayuda. Sí, eras muy... independiente, y antes de tiempo, pensé entonces.

¿Baúl antiguo? ¿De qué se estaba acordando aquella mujer?

Por alguna razón confundía una caja de cartón mal empaquetada con un baúl de otra época. ¿Acaso había habido, a lo largo de los años en Acrady Cottage, más de una «Mary Ellen Enright»?

La señorita Steadman me estaba asegurando que también ella había sentido nostalgia al entrar en la universidad; no en Wainscotia, sino en un *college* más pequeño en el norte de Wisconsin. Pero a la larga había hecho amistades.

—Como también te sucederá a ti, Mary Ellen.

No encontré respuesta para aquella observación tan optimista. Traté de imaginar «amistades» escondidas en el campus de Wainscotia, amistades que me correspondería descubrir a mí, si bien, en el caso de no hacerlo, sería yo la responsable del fracaso.

Por alguna razón no me enteré de que habíamos cambiado de tema y la señorita Steadman hablaba ya de alimentos. ¿Cafetería universitaria? ¿Comida casera?

Por entonces me olvidaba a menudo de comer. O, quizás, la comida institucional me quitaba el apetito. (Muchas cosas fritas, carne con demasiada grasa, puré de patata lleno de grumos, «macedonia de frutas» y postres a base de gelatina.) Mis compañeras de habitación se dieron cuenta y al principio se ofrecían para traerme cosas de la cafetería, pero no las animé a hacerlo.

—¿Te gustaría cenar conmigo, Mary Ellen? Quiero decir..., ¿esta noche?

Le di las gracias tartamudeando, pero...

—Creo que no, tengo muchísimo que estudiar...

—Me refiero a mi apartamento aquí. Me gusta cocinar. Sobre todo se me dan bien los platos más sencillos —sonrió tímidamente—. Me gustaría mucho que me acompañaras, Mary Ellen, si te apetece.

—Gracias, pero... creo que no me es posible.

—Bien. En otra ocasión, entonces.

Con aire de que se disponía a hacerme una revelación, pasó a explicarme que tenía un «primer informe» del despacho del decano relativo a mis notas de

mitad de trimestre.

¿Notas? Aquello sí que me alarmó.

Dada la carga de estrés que llevaba encima, la simple mención de las notas bastó para acelerarme el pulso.

—¡No, no, por favor! ¡No te asustes, Mary Ellen! Lo estás haciendo muy bien. El decano tiene a gala revisar los informes del claustro de profesores a mitad del trimestre para ver si alguien está teniendo problemas y ofrecer ayuda para resolverlos antes de que sea demasiado tarde. Espero que no le digas a nadie lo que voy a contarte, porque se trata de información confidencial.

Traté de sentir alivio en lugar de una ansiedad insoportable.

—Según la información facilitada por tus profesores, has sacado un sobresaliente en todas tus asignaturas. Bueno, con un sobresaliente raspado en Lógica. Estupendo trabajo, Mary Ellen. Felicidades —la señorita Steadman me sonrió. Si no me hubiera apartado, me habría obsequiado con un apretón de manos, en un arrebato de entusiasmo juvenil—. Ahora mismo estás en el primer puesto de Acrady Cottage, y Acrady suele sacar las mejores notas entre las residencias femeninas de primer año.

En el primer puesto. ¿Qué significaba aquello? Empezaba ya a sudar, porque parecía que, una vez más, sin darme cuenta, no me había *retenido* lo suficiente.

Pero la situación era distinta. Recibir alabanzas era algo positivo y no una advertencia. Aunque vinieran de aquella amable desconocida que no tenía ni idea de quién era yo.

Pensé: *Mis padres estarían orgullosos de mí.*

—¡Mary Ellen! No estás llorando, ¿verdad?

—No, no.

Me ardía la cara. Para entonces tenía unas ganas locas de escapar.

Ya en la puerta de su cuarto de estar, la señorita Steadman me preguntó si me gustaba la música de cámara y dije que sí, que me gustaba la música de cámara, porque parecía una respuesta razonable, aunque, en realidad, sabía muy poco de música de cámara, y tal vez pensé que se trataba de música interpretada por instrumentos como órganos, pianos y arpas, en cámaras especiales para música. Si estaba interesada, dijo la señorita Steadman, un cuarteto de cámara daba un recital en la escuela de música el viernes por la noche, y tocaban piezas de Bach, Brahms y Ravel; ella iba a ir y tenía una entrada de sobra en el caso de que quisiera acompañarla.

—Antes podríamos cenar en el restaurante de Moore Street.

Al ver lo mucho que parecía asustarme la perspectiva de cenar en un restaurante, añadió enseguida que pagaría ella la cena de las dos.

—Si estás interesada, Mary Ellen, aunque ya sé que dedicas la mayor parte de tu tiempo a estudiar.

Le dije que sí, que me interesaría. Porque quería aprender todo lo que me fuera posible, y la «música de cámara» era algo nuevo para mí.

Por otra parte, no quería pasar demasiado tiempo con la señorita Steadman. No quería arriesgarme a intimar con otra persona. Y, por decirlo de una vez, no me fiaba de nuestra asesora residente.

—¡Buenas noches, Mary Ellen! Ha estado bien hablar contigo, por fin.

Por fin. ¿Qué me quería decir?

Corrí escaleras arriba. Agradecida de haberme escapado sin decir nada equivocado que se pudiera utilizar contra mí.

Caí en la cama agotada. Gracias a Dios, mis compañeras de cuarto estaban en la cafetería.

Pensaba: *Quiere ser mi amiga. ¿Por qué no consigo fiarme de ella?*

El hechizo

La verdad era que en mi vida emocional no tenía tiempo para nadie que no fuese Ira Wolfman. No tenía tiempo para *soñar* con nadie que no fuera Ira Wolfman.

Como un cometa pequeño en la estela de otro más grande, incapaz de resistirse a su campo gravitatorio, caí bajo el hechizo de Wolfman.

El microchip implantado en mi cerebro me impedía evocar a mis padres. Lo mismo me sucedía con mis amigas íntimas, perdidas todas. Y durante mis noches de insomnio empecé a pensar en Wolfman de manera obsesiva.

Sabe quién soy. Pronto me lo reconocerá.

Pero ¿cuándo? Pasó una semana de la segunda mitad del trimestre. Y otra semana más.

En la clase del profesor Axel, Wolfman se sentó en la primera fila, a la izquierda del todo según se entraba en el auditorio por detrás. Yo no quería distraerlo sentándome cerca, ni entrar en su campo de visión si volvía la cabeza, así que aquel día me coloqué varias filas más atrás, con la posibilidad de verlo claramente de perfil. De hecho, lo contemplé fascinada mientras A. J. Axel disertaba sobre la distinción entre el «condicionamiento» de Pávlov y el de Skinner y la importancia del «refuerzo operativo» en términos de una «utopía social». Vi que Wolfman miraba a su alrededor, a un público formado en su mayor parte por alumnos de grado, algo que no había hecho en conferencias anteriores, según lo que yo recordaba.

¿Acaso Wolfman me buscaba? Ingenua de mí, quería pensar que sí.

Allí se daba una respuesta pavloviana estrictamente clásica: cuando Wolfman se volvía para mirar a los asistentes, mi corazón daba un salto doloroso, y una sensación de alarma con un dejo de intenso placer, o de placer intenso con un dejo de alarma, me recorría el cuerpo como una corriente eléctrica. Me sentía desmayada y muy feliz al mismo tiempo.

Sin embargo, si los ojos de Wolfman pasaban de largo sobre mí —deprisa,

con expresión dolorida—, entonces parecía no querer *verme*. Un rechazo evidente. Mis síntomas fisiológicos remitían al instante, como el aire que se escapa de un globo.

Una respuesta pavloviana, involuntaria.

También me di cuenta de que, si bien Wolfman se mostraba cortésmente amistoso con otros alumnos de las prácticas —aunque seguro que ni sabía sus nombres—, a mí nunca parecía verme cuando nos tropezábamos en el auditorio o por el pasillo exterior. Se diría que estaba empeñado en cerrar los ojos al hecho corpóreo que era *Enright, Mary Ellen*.

Tenía que ser algo voluntario. Deliberado.

En nuestra clase, Wolfman no parecía ya tan seguro de sí mismo como al comienzo del trimestre. Aunque siempre bien preparado, con apuntes, con libros de texto llenos de anotaciones y un repertorio en apariencia inagotable de material anecdótico sobre psicología experimental, se le veía a menudo preocupado, como alguien en presencia de... ¿quién? ¿De qué? ¿De un enemigo? ¿De un espía? Se le notaba tenso, intranquilo. Encendía cigarrillos y fumaba muy deprisa. (En Zona Nueve era habitual que los profesores fumasen en las aulas; los alumnos fumaban en cualquier sitio, como si fuese un derecho natural. Una niebla de un color azul apagado flotaba por todas partes sin la menor oposición. ¿Nadie estaba al tanto de los peligros de fumar? ¿Ni de las consecuencias para los fumadores pasivos? ¿Nadie asociaba el cáncer de pulmón con todo aquel humo? Después de unos cuantos días en aquel ambiente insoportable, aprendí a llegar pronto a mis clases y a sentarme lo más cerca posible de una ventana, o cerca de una puerta que se podía dejar mínimamente entornada. Nunca aprendería a sofocar la tos cuando las nubes de humo tóxico flotaban lánguidamente en el mismo aire en el que los no fumadores quedábamos atrapados durante cincuenta minutos. Un síntoma de la situación en Zona Nueve era que los no fumadores nunca nos atrevíamos a quejarnos del humo. Si nos lo apartábamos de la cara a manotazos, tenía que ser con un gesto de disculpa, porque nuestras protestas silenciosas molestaban a los fumadores, que constituían la gran mayoría.)

Wolfman era un profesor enérgico que no se sentaba nunca. Mientras hablaba iba escribiendo con decisión y de forma teatral en una «pizarra». Se paseaba por el aula, que era más ancha que larga, con filas de asientos de lado a lado; como Wolfman se situaba de frente a la clase, no tenía ninguna necesidad de verme porque mi sitio estaba a la izquierda del todo, ya en la

periferia de su campo de visión.

Prácticamente todo lo que Wolfman decía me parecía fascinante. Sí; hasta los monosílabos. Era como si levantara la tapa de un cráneo humano y mirase el funcionamiento del cerebro en su interior. Hablaba, por ejemplo, de la «bioluminiscencia», una característica de animales y plantas que habían «evolucionado varias veces» a lo largo de milenios. («Es evidente la importancia de la “bioluminiscencia” —explicaba Wolfman—. Sin ella las luciérnagas tendrían que copular de maneras mucho menos emocionantes».) Wolfman hablaba del desconcierto inicial de Darwin ante el espectacular despliegue de la cola del pavo real, antes de que «se diese cuenta» de que aquel comportamiento tan ostentoso tenía que estar vinculado a la selección natural.

—Pese a lo inteligente que era, a Darwin no se le había ocurrido relacionarlo con la vestimenta masculina del siglo XVIII en Inglaterra y en el continente: pelucas, encajes, satenes y sedas, incluso maquillaje. Era demasiado victoriano para establecer el paralelismo.

A mí —que en secundaria había tenido profesores aburridos, meticulosos, cautos, no muy inteligentes ni muy bien formados— me resultaba fascinante oír a un hombre de la inteligencia de Wolfman hablar sobre cualquier cosa.

—Un fenómeno de la vida mental —había dicho en una clase memorable— es que el durmiente siempre tiene el convencimiento de que está despierto, no importa lo surrealistas que lleguen a resultar sus sueños. Hay una prueba posible, sin embargo. Vean si son capaces de recordar esto cuando sueñen y crean que están completamente despiertos. Miren a lo lejos, si pueden. Por una ventana, si es que hay una ventana: el follaje, por ejemplo; las complicadas interrelaciones de las hojas. Estoy seguro de que no existen «formaciones de nubes» en los sueños. Y si tratan de leer algo en el sueño, descubrirán que no es posible; en lugar de letra impresa solo hay un revoltijo de jeroglíficos, o nada en absoluto. Vayan a un espejo, si pueden: verán que no refleja nada. No hay un *tú* en un sueño, tan solo neuronas que se encienden. Son métodos para tener la certeza absoluta de estar dormido o despierto, que es el estado en el que se encuentran ustedes ahora: despiertos —Wolfman chascó los dedos con fuerza.

En el auditorio, los alumnos rieron, inquietos. ¿Hablaba el doctor Wolfman en serio o bromeaba? Los chistes de Wolfman solo eran divertidos si no

pensabas en ellos con demasiado detenimiento.

En otra ocasión, Wolfman nos dijo:

—No existen los chistes, ¿entienden? Al reírse, ¿se preguntan de qué se ríen?

De cuando en cuando empecé a levantar la mano, ofreciéndome para responder a sus preguntas. A veces Wolfman se daba por enterado —«¿Sí, señorita Enright?»— y otras me pasaba por alto. Siempre que alzaba la mano, siempre que hablaba, la emoción era para mí muy intensa. Todas las veces se me quebraba la voz. En ocasiones me atragantaba y apenas lograba hablar. Perseveraba, sin embargo, me zambullía de cabeza. Me sentía como la primera de la clase: *Nada me desanimará.*

En el auditorio no acababa de gustar que una chica hablara con tanta frecuencia o, más bien, tan... correctamente. Incluso Wolfman fruncía el ceño a veces. *¡Ya es suficiente! Por ahora.*

Me preguntaba cuándo querría Wolfman hablar conmigo en su despacho después de clase. No me apetecía aparecer en su puerta sin una invitación.

Pensaba: *Me tiene miedo. Estamos los dos en peligro.*

Pensaba: *¡Pero me conoce! Es el único que me conoce.*

Al principio, al comienzo del trimestre, Wolfman había hecho caso omiso de mi presencia. Parecía no verme.

No porque compartiera con él la condición de Exiliada, sino porque le inspiraba muy poco interés, dado que no era más que una simple «alumna».

Su actitud hacia las tres chicas de nuestra clase había sido ceremoniosa, condescendiente. En absoluto malintencionada ni cruel. A diferencia de otros profesores que hacían en sus clases observaciones sexistas sin darles importancia («sexista» era un concepto desconocido en Zona Nueve, no tardé en darme cuenta, porque aquí el «sexismo» lo cubría todo, como una atmósfera: eran los grados de «sexismo» lo que importaba), Wolfman no resultaba insultante. Era solo que una especie de irrelevancia cómica lastraba la categoría *mujer* en el campo de la psicología (excepto en el de la psicología clínica, en el que a las anomalías femeninas se les prestaba casi tanta atención como a las masculinas, aunque por razones diferentes). En nuestro libro de texto, los ejemplos de sujetos psicológicamente representativos eran tan solo varones; el modelo conductista era varón. Las

clases del profesor Axel aludían a sujetos experimentales varones y solo en una ocasión analizó un fenómeno específicamente femenino: los fallos en el «buen cuidado maternal» que se juzgaban causantes del autismo infantil.

En las prácticas de la mañana siguiente alcé la mano para preguntar a Wolfman:

—¿Existen pruebas científicas para decir algo así? ¿Que las «malas madres» provocan el autismo de sus hijos?

A Wolfman mi pregunta le pilló por sorpresa. La clase apenas había comenzado. No le quedó más remedio que mirarme.

Eché mano de su sonrisa más amable. Pero su actitud resultó fría.

Dijo que, francamente, no era un experto en el tema. El desarrollo infantil no era su campo. Y la «teoría freudiana», tampoco. Le habría gustado pensar que existían pruebas para aquella afirmación despreocupada del profesor Axel, aunque tampoco podría haberlo jurado.

—De todos modos, es una buena pregunta, señorita Enright.

Otros alumnos me miraron con curiosidad. Debió de parecerles absurdo que una chica de primer curso pusiera en duda la indiscutible autoridad de A. J. Axel.

—Es que no consigo imaginarme una situación experimental en la que esos psicólogos hayan podido medir «cuidados maternos» durante cierto periodo de tiempo. ¿No están solo deduciéndolo? ¿No habría también que considerar de manera simultánea los «cuidados paternos»? Creo que los psicólogos deben seleccionar niños autistas, o niños a los que se etiqueta como «autistas», y tratar de determinar si sus madres han sido «buenas madres», pero ¿cómo llegarían a saberlo? A menos que vivieran en sus casas, como testigos del día a día...

Aquello era ir demasiado lejos. ¡Era decir demasiado!

Se produjo algo así como una ola en la clase; una ola de incomodidad, de desaprobación. Era evidente que a Wolfman le sorprendían mis observaciones, y la longitud de las mismas, tan distintas de las de otros alumnos cuando hablaban en clase, cosa que rara vez hacían.

Sin embargo, como estábamos en Zona Nueve, y en 1959, yo había tenido cuidado de utilizar siempre un tono suave, tímido, «femenino», para, de ese modo, no ofender descaradamente al profesor.

Wolfman reconoció que era un comentario interesante...

—El autismo es una situación mental mal entendida, supuestamente

«causada» por algo..., de manera que se utiliza la hipótesis de un agente. ¿Por qué no un déficit neurológico? ¿Por qué culpar a la madre? Está usted en lo cierto. Las circunstancias no se prestan a la experimentación, algo que sí sucede con el trabajo de Skinner. Que es la razón por la cual Skinner, y no Freud, es el gran hombre de ciencia del siglo XX.

Era extraño que Wolfman dijera algo así. Como borrar con la manga una ecuación en la pizarra para cambiar de tema.

—Pero... pero... el conductismo ni siquiera trata de medir la «subjetividad». ¿Quiere eso decir que la «subjetividad» no es un tema de estudio adecuado para la psicología? ¿Nunca?

—Quiere decir que la «subjetividad» es «subjetiva»... No se puede demostrar de manera objetiva. El conductismo se concentra en lo que es objetivamente accesible, en lo que *funciona*.

Wolfman hablaba con sequedad. Esa era la línea estándar de Skinner. El profesor se había cansado ya de nuestro diálogo.

Podría haber dicho: *Venga a verme después de clase, señorita Enright. Si está usted interesada en proseguir esta conversación.*

Lo que hizo, en cambio, fue cambiar de tema. Durante el resto de la clase no me interpeló y yo no pedí la palabra.

Sin embargo, salí del aula exultante... *¡Me respeta! Para él soy algo más que una simple «universitaria».*

Eufórica, como un globito. Lleno de helio, pero no lo bastante para elevarse, solo para flotar muy cerca del suelo. Empujado un poquito por el viento.

Para, a la larga, quedarse atascado en un arbusto. Un globito pinchado al que se le escapa el helio y queda reducido a un poco de goma.

Inidentificable como globo.

¿Dónde se *van* la euforia, la felicidad, la esperanza?

B. F. Skinner no ofrecía ninguna pista.

Querido profesor:

Le amo.

Sinceramente,

«*Mary Ellen Enright*»

P. D.: ¡No es necesario que responda!

A solas, me asaltaban ideas sobre mis posibles relaciones con Wolfman. *Pues claro* que quería verme: estaba esperando a que yo diera el primer paso.

Redactaba absurdos mensajitos de amor. ¡Qué placer escribir aquellas notas, doblarlas hasta convertirlas en cuadrados diminutos y esconderlas en el fondo de los cajones de mi escritorio!

El hechizo Wolfman era como un narcótico. En un estado así no se es desgraciada, porque se está bajo el hechizo y cuando estás bajo el hechizo no puedes ser desgraciada.

Pero mi devoción por Wolfman no era desinteresada. No. Nunca dejaba de pensar que, si también él estaba Exiliado, podría ayudarme; de algún modo... Era eso lo que deseaba creer.

El recelo en sus ojos cuando me veía... Eso trataba de pasarlo por alto.

No quiere tener una relación especial contigo.

¿No te das cuenta? Ni siquiera desea «verte».

Mientras que antes nunca me había quedado después de clase para hablar con otros alumnos, o para escuchar lo que decían, ahora anhelaba oír comentarios sobre Ira Wolfman. ¡Daba lo mismo, lo que fuera! Me bastaba incluso con oír su nombre: *Doctor Wolfman*. O nada más que *Wolfman*. El apellido solo ya me fascinaba.

Encontraba sorprendente que no lo admirase todo el mundo. De hecho, parecía provocar animadversión. Su manera de calificar, su sarcasmo, su vocabulario «sofisticado». Wolfman no era tan *a la pata la llana* como ciertos profesores que contaban chistes, tomaban el pelo a sus alumnos y no esperaban que supieran gran cosa.

Por supuesto, en determinados círculos sí se le admiraba mucho. «Tipo brillante», «muy buena cabeza», «sensacional». Hasta me gustaba oír las tonterías de algunas de mis compañeras de clase, comentarios sobre su apostura, ropa, estilo... «Se nota que es de Nueva York. Elegante de verdad.»

—Sería el no va más si no se diera tantos aires...

«Darse aires.»

(No me pareció divertido. Aunque otras se rieron, yo no.)

—Evidente, Wolfman es judío.

—Ah, ¿los *judíos* son así? ¿Como él?

—Qué te apuestas. Se supone que tienen cuernecitos en la frente; solo bultos, a estas alturas. Después de tantos miles de años.

¡Judío! No se me había ocurrido.

Wolfman. Ira Wolfman. Amor mío.

Así pues, estaba obligada a ser la mejor en sus prácticas. Mi esperanza era convertirme en la número uno en Introducción a la Psicología: conseguir las mejores notas de los más de doscientos alumnos matriculados.

¡Señorita Enright! El doctor Axel y yo estamos..., vaya, francamente impresionados. Nos gustaría animarla a especializarse en psicología.

Fueron muchas las veces en que me acerqué al despacho de Wolfman durante sus horas de atención a los alumnos. Pero siempre había dentro un estudiante, porque la puerta de cristal esmerilado estaba cerrada. Yo me moría de ganas de pegar el oído al cristal para averiguar si el visitante era chico o chica.

Y sentía una especie de alivio desilusionado, porque se me había evitado ponerme en ridículo.

El pasillo del primer piso de Greene Hall siempre estaba muy concurrido. Casi me atropellaban los alumnos que se dirigían a sus clases a toda prisa. Para justificar ante mí misma el estar allí, examinaba el tablón de anuncios lleno de carteles y programas de actividades del Departamento de Psicología: conferencias, simposios, solicitudes para becas estivales, cursos de doctorado en otras universidades. Pensaba: *Podría solicitar una de esas becas, ¿no es cierto?*

Me preguntaba si de verdad podría sobresalir en psicología. Si algún día podría estudiar para doctorarme. (Pero ¿cuándo? ¿Y dónde?) Si existía alguna esperanza de hacer con mi vida algo que mereciese la pena, pese a vivir Exiliada.

Me aferraba a las palabras de S. Platz: Wainscotia era una universidad «excelente». Después de graduarme, y de regresar a EAN, el Estado organizaría las cosas para proporcionarme formación adicional, preparándome así para encontrar trabajo. Quería creérmelo.

Sin embargo, en el pasillo donde se encontraba el despacho de Wolfman me sentía desesperanzada. ¿Qué era lo que me llevaba hasta allí? ¿Qué pensaba yo que Wolfman podía ofrecerme? ¿Respeto, amistad? ¿Amor? ¿Ayuda para escapar del Exilio? (Pero ¿adónde? «Adriane Strohl» aún no había nacido.)

Yo no sabía quién era Wolfman; no tenía una idea de él basada en datos reales más allá de su personalidad carismática en el aula, personalidad que (Mary Ellen Enright tenía que saberlo) no pasaba de ser una actuación en público. Me sentía aturdida, insegura. Abandonada. Si un desconocido me hubiera dado una palmadita en el hombro y me hubiese dicho: *Ven conmigo. Tu condena ha sido modificada, vas a ser Aniquilada*, le habría seguido sin oponer resistencia.

No estaba segura de si aguardaba con la esperanza de ver a mi profesor de prácticas, como otros alumnos matriculados en Introducción a la Psicología, o si me limitaba a estar de pie en el pasillo, confiando en que nadie me empujara. Las noches de insomnio y las larguísimas jornadas de estudio me dejaban paralizada, convertida en una pelota que se ha lanzado con fuerza y ha llegado lejos, pero que ha perdido impulso y ha terminado por detenerse...

Un alumno salió del despacho de Wolfman, el rostro ensombrecido, con un examen en la mano, y se alejó. Y allí apareció Wolfman en la puerta, bostezando, para ver si le esperaba alguien más.

Se sorprendió al verme. Advertí una expresión de apenado reconocimiento.

—Señorita Enright. Qué tal.

La voz de Wolfman, por lo general animada, era recelosa, descorazonada.

Me suplicaba: *No. Váyase, por favor.*

Le saludé con la cabeza. Me sentía muy tímida, de repente. Atenazada por la timidez, como si se tratara de una minusvalía física.

—¿Quería usted verme, señorita Enright?

—N-no. Muchas gracias.

—¿No quiere verme? ¿No quería verme? —Wolfman sonaba irritado, pero divertido.

Rápidamente me di la vuelta. Hui. El globito medio desinflado, la pelota de goma a la que Wolfman había dado una patada... ¡salió por pies!

Aquel encuentro me dejó alterada. Tuve que preguntarme si a Wolfman le habría pasado lo mismo.

Huérfano

Me avergüenza confesarlo, pero he de reconocer que me dediqué a seguirlo, aunque a una distancia que yo esperaba que fuese discreta. No quería molestarlo —ni que se enfadara—, pero no podía vivir lejos de él.

Estaba convencida de que él me había identificado. Sabía que en Zona Nueve los dos pertenecíamos a la misma especie: la de los Exiliados.

En clase de Literatura Inglesa leíamos poesía de autores del Romanticismo. Aprendimos el concepto romántico de *alma gemela*. Para mí estaba claro que Ira Wolfman era mi *alma gemela*.

En una ocasión y en compañía de otros dos hombres —jóvenes ambos— que tenían que ser colegas de psicología, Ira Wolfman abandonó Greene Hall por una puerta lateral que quedaba cerca de su despacho. En clase de prácticas hablaba a menudo de su laboratorio: un laboratorio experimental dirigido por A. J. Axel; quizá sus dos acompañantes trabajasen también allí. Todo el tiempo que pasó con ellos parecía relajado y jovial; llevaba el peso de la charla, y los otros reían; y es que Wolfman tenía una personalidad dominante en circunstancias así. Pero tan pronto como se separó de sus acompañantes y siguió caminando solo, su expresión cambió, como hielo que se derritiera, y surgió otra mucho más seria, como si estuviese perdido en sus reflexiones.

Como alguien en Exilio. Alguien que está lejos de casa.

Me detuve en la entrada del edificio, lo bastante lejos como para que fuese muy poco probable que me viera. Me moría por llamarlo: «Doctor Wolfman, ¡hola! Déjeme que lo acompañe».

Nunca le hubiese hablado de manera tan temeraria. Claro que no.

Me quedé viendo cómo llegaba hasta un aparcamiento para bicicletas detrás de Greene Hall, donde dejó caer su cartera en una cesta de alambre, retiró el candado de la bici, se montó y se alejó pedaleando.

¿Era posible que no tuviera coche?

Sin llegar a correr, lo seguí más o menos por espacio de una manzana. Hasta

que desapareció en el tráfico de la avenida universitaria.

En Zona Nueve, los ciclistas nunca llevaban casco. Me sorprendió de todos modos que alguien que sabía tanto sobre el cerebro humano, su fragilidad y sus misterios se expusiera, como él, a una herida en la cabeza.

Me resultó desconcertante. Tanta incongruencia hizo que me preguntara si, bien pensado, Wolfman no sería de aquella época. ¿Eran todo imaginaciones mías? ¿Estaba perdiendo la cabeza?

Me di la vuelta sin prestar atención. Crucé por delante de un vehículo que evitó atropellarme gracias a un frenazo violento.

Con voz desabrida, el conductor me increpó:

—¡Mira por dónde vas, estúpida!

El grito era un reproche por la ingenuidad de mis anhelos. Pero no iba a lograr que abandonara.

Traté de encontrar *Wolfman, Ira* en la guía telefónica de Wainscotia, pero sin éxito. Ningún número con el apellido *Wolfman* al lado.

Lo que significaba que no tenía teléfono. O que tenía un número secreto.

¡Qué extrañamente aislada estaba la gente en 1959! Si no «encontrabas» a alguien en la guía telefónica, no tenías forma de localizarlo.

Si quería saber dónde vivía Wolfman, necesitaría seguirlo a pie. No tenía ni la más remota idea de cómo apañármelas. Y si seguía a Wolfman hasta su casa, ¿qué haría luego? ¿Llamar a la puerta? ¿Esperar en la calle a que saliera?

¿Cuánto tiempo sería capaz de esperar?

Empezaba a desmoralizarme, me sentía febril. Y, a la vez, parte de mí entendía que me estaba comportando de manera irracional. Muy parecida a una rata en un laberinto, corriendo de aquí para allá, siempre hacia delante, nunca hacia atrás, empujada por un apetito que nunca se saciaba. De todos modos, el convencimiento de que Wolfman era mi *alma gemela* seguía siendo inquebrantable.

Wolfman tenía que vivir en algún sitio cercano al campus, probablemente en un apartamento alquilado. Porque no parecía que tuviese coche o, en cualquier caso, ningún coche que yo hubiera visto.

Me pregunté si viviría con alguien. Sentí un escalofrío ante la perspectiva de que tuviese pareja. O, peor aún, que estuviese casado.

¿Marido? ¿Padre? Y, sin embargo, ¿Exiliado?

Era poco probable.

Nada probable, desde luego. La *procreación* estaba prohibida.

(Pero ¡qué frío término clínico: *procreación*! Pensaba en mi madre, que nos había tenido a Roddy y a mí, que *había tenido bebés*, una manera de hablar mucho más cálida, infinitamente más maternal.)

(Me acordé de ella con una tremenda sensación de pérdida, de tristeza. Me entraron ganas de llorar: *¡Mamá! ¡Papá! Lo siento mucho, os he fallado.*)

(¿Sabían siquiera que estaba viva?, me pregunté. Quizá Roddy lo supiese, y tal vez pudiera decírselo. O por lo menos insinuárselo.)

En Zona Nueve había pocas formas de saber algo de otra persona. Ira Wolfman no era una figura pública, probablemente no aparecería en el catálogo de la biblioteca de la universidad. De todos modos, decidí buscar allí, en los muy profundos y poco manejables cajones de madera, bajo el epígrafe PSICOLOGÍA, SIGLO XX. Para mi sorpresa, descubrí que *Wolfman, Ira* era uno de los autores mencionados en el listado de artículos escritos bajo la dirección de A. J. Axel. Pero no había ninguna información personal suplementaria.

¡Qué extraño me resultaba aquel enorme edificio lleno de *libros*! En mi vida anterior, todo el mundo usaba libros electrónicos de una u otra clase, raras veces libros «de papel»; en EAN-23 el Estado controlaba todas las comunicaciones y transmisiones electrónicas y por lo tanto no era posible acceder a ningún título de ningún libro que la Oficina de Información de la Seguridad Nacional (OISN) no hubiese aprobado. Las «revistas» y los «periódicos» que podían consultarse online en EAN-23 tenían que haber pasado necesariamente por el filtro del censor, a diferencia de los miles de publicaciones reseñados en Zona Nueve, en 1959.

Qué extraño y qué maravilloso: ¡el Gobierno no podía en modo alguno controlar todas aquellas publicaciones! Sin embargo, me pareció un misterio que en Zona Nueve, pese a haber tanta *libertad*, no se sintiera como *libertad*.

En mi calidad de estudiante universitaria visitaba a menudo la biblioteca, un edificio que almacenaba libros. Ya no había «bibliotecas» en EAN-23: aquellos viejos edificios se destinaban a usos más prácticos.

La biblioteca de la universidad era un antiguo edificio de piedra de color rosado tirando a rojo, con cúpula, columnas majestuosas y anchos escalones de piedra que descendían hasta un amplio camino de baldosas; la cúpula

iluminada se podía ver desde una distancia considerable. Enfrente de la biblioteca, al otro lado del gran espacio de césped del campus, se encontraban la capilla, el edificio administrativo y el Edificio Hendricks de Humanidades. Todo aquello constituía el —así llamado— campus histórico, creado en un principio gracias a los terrenos que el Gobierno federal había cedido en 1831. Cerca estaba el Edificio McCabe de Ciencias, con varias alas nuevas para física, química, matemáticas y psicología, que eran, en la época post-Sputnik, los departamentos universitarios que más deprisa crecían.

Por todas partes había árboles cuyos nombres iba aprendiendo: roble, olmo, pino, abedul. Y un árbol particularmente hermoso, con un nombre a la altura: junípero. Los caminos entre los árboles eran unas veces de cemento y otras de tierra. Al terminar el campus empezaba el arboreto: un lugar de abundantes colinas y con una extensión de muchas hectáreas. (Mis compañeras de cuarto nunca lo visitaban, ¿por qué iban a hacerlo? Estaba demasiado lejos y allí solo se podía andar. ¡Ya tenían bastante con subir las empinadas colinas del campus! Y a mí me daba miedo caminar el kilómetro y pico de distancia; de manera irracional, me preocupaba alejarme demasiado de mi «epicentro» y atraer sobre mí la indeseada atención de mis invisibles supervisores.)

Aunque eran más de nueve mil los estudiantes matriculados en la universidad, la atmósfera del campus resultaba rural porque lo eran sus alrededores. A primera hora de la mañana se veía pastar a los ciervos en las grandes extensiones de césped. En ocasiones se avistaban pavos salvajes, faisanes, zorros, mapaches. Corrían rumores sobre osos negros.

Animales de los que tenía noticia, pero que nunca había visto, excepto en facsímiles o como imágenes «virtuales».

Al llegar a Wainscotia, aquel escenario me había parecido un sueño: irreal, desnortado. Pensé: *Este sitio es virtual, esto no es real*. En la Oficina para la Divulgación a los Medios, donde trabajaba mi hermano, había hackers muy hábiles a los que el Gobierno había contratado para crear EVV (Escenarios Virtuales Viscerales) tan terriblemente realistas que era imposible creer que no fuesen reales. Dentro de la investigación sobre EVV, había surgido toda una especialización orientada a conseguir que los sonidos «virtuales» parecieran proceder del exterior del cráneo de los seres humanos y no de su interior; por mi parte, debía suponer que lo mismo sucedía con los «escenarios virtuales». (Desde la destrucción de una parte muy importante de los paisajes de América del Norte, se había advertido una necesidad práctica de paisajes virtuales;

incluso las castas superiores invertían en ellos.) En Wainscotia no lograba desterrar el sentimiento de que, cuando me daba la vuelta y dejaba de verlo, el campus «histórico» se borraba como tinta que se disuelve en agua.

Me preguntaba si, con el tiempo, aquel sitio irreal empezaría a parecerme «real». Y si alguna vez serviría para confortarme.

Al principio, los libros me habían parecido muy extraños.

Objetos hechos de papel y cartón, pensados para su lectura. Cuánto desperdicio y qué toscos me parecieron: un *objeto* que has de sostener con las manos (porque para leer hace falta pasar las páginas). Solo se podían llevar sin problemas cinco o seis libros a un tiempo, mientras que en cualquier soporte electrónico se tiene acceso a miles. Pero entonces me di cuenta de que, si se iba la luz, podías seguir «leyendo», dado que el libro que tenías entre las manos no iba a desaparecer. Lo curioso del libro es que, al sostenerlo y «leerlo», alcanzas con él una conexión íntima, como con algo vivo, cosa que no se sentía con un libro electrónico; tan pronto como terminabas con el texto electrónico, lo almacenabas o lo borrabas; no tenías un sentimiento especial de propiedad. No lo podías *ver* en la estantería ni sobre la mesa, ni tampoco podías admirar su diseño. A todos los efectos, había sido Aniquilado.

Tenía unas ganas locas de preguntarle a Ira Wolfman qué pensaba de aquellas cuestiones. ¿Llegaría alguna vez a existir para mí *consuelo, felicidad* en aquel lugar?

—¡Ah, el doctor Wolfman! Sí. Es... —bajó la voz para que solo yo la escuchara— un *caso especial*.

Con el pretexto de informarme sobre un empleo a tiempo parcial en el Departamento de Psicología, cumplimenté un impreso de solicitud que entregué a una de las secretarías del departamento, una joven casada muy simpática, llamada Bethany. Le hablé maravillada de cómo, en mi opinión, tenía que ser fabuloso trabajar en un departamento con profesores de tanto prestigio como A. J. Axel y su ayudante Wolfman; le pregunté por el doctor Wolfman, que era mi profesor de prácticas, y Bethany me explicó que todo el mundo lo consideraba el más prometedor de los miembros jóvenes del claustro, que había publicado artículos en colaboración con el doctor Axel y que presentaba ponencias en congresos.

En tono confidencial, como si no le pareciera curioso que yo le hiciera tantas preguntas sobre Wolfman, y tan pocas sobre Axel, me contó que Wolfman llevaba cinco o seis años en el Departamento de Psicología de Wainscotia; que vivía solo, y se decía que «trabajaba todo el tiempo»; que se le invitaba a las fiestas del personal del departamento pero casi nunca iba.

—Sé de buena tinta que el doctor Axel lo invita a veces a cenar en su casa y que entonces acepta; ¡no se atrevería a decirle que no! —Bethany hizo una pausa y bajó la voz—. No tiene novia. Nunca se le ve con nadie que no sea miembro del departamento. Está siempre *solo*.

A Bethany pudo haberle quedado claro que yo estaba enamorada de mi profesor de psicología. A los diecisiete años cuesta ocultar tales emociones. Vi cómo mi joven interlocutora me examinaba la mano izquierda (libre de alianzas) con fraternal solicitud.

Así que me atreví a preguntar por los antecedentes de Ira Wolfman. ¿Dónde vivían sus familiares? ¿Alguna vez ella o alguien los había visto?

Y Bethany me respondió con tono solemne:

—¡Esa es la cuestión! Lo de Ira Wolfman es tan *triste*. Es huérfano. Según me han dicho, nunca conoció a su madre y lo más triste de todo es que sus maravillosos padres adoptivos también murieron en un accidente de tráfico. Es de algún sitio muy lejos de aquí, en el Este, quizás Nueva York. Pero no tiene un hogar en ninguna parte. Solo... aquí.

De repente

Y aquella noche tuve un sueño que era un recuerdo muy vívido.

Tras haberme enterado de que Ira Wolfman era, como yo, un huérfano Exiliado.

Porque a veces se producían, en Zona Nueve y en momentos impredecibles, olas repentinas de recuerdos, como el resplandor de un relámpago que ilumina el cielo nocturno durante una fracción de segundo... para desaparecer después, en silencio.

Y aquella noche me llegó el recuerdo repentino de un tiempo, ya remoto, cuando era una niña de tres o cuatro años y mis padres caminaban conmigo al aire libre bajo una suave nevada. Mamá me sujetaba por una mano enguantada y papá por la otra; los copos de nieve me hacían cosquillas en la cara y me eché a reír. Y luego vino una ráfaga de viento y papá exclamó: *¡Que nadie se mueva!* y se detuvo para escudarme con su cuerpo. Y mamá me ajustó el gorro de lana que llevaba en la cabeza. *¡Quédate quieta, cariño! Deja que mamá te ponga bien la correa.*

Y yo me quedaba muy quieta, alzaba la cabeza y...

(¿Qué venía después? ¡Nada!)

(El recuerdo terminaba de golpe, como cuando se apaga una luz.)

(Y no había manera de volver. No había camino de vuelta. Me desperté en la cama del tercer piso de Acrady Cottage, en una habitación a oscuras con otras chicas que dormían cerca, y que roncaban suavemente o murmuraban en sueños. Y tuve que morderme el labio para no echarme a llorar. Mientras me decía que había perdido a mis padres pero por poco tiempo. Y entre tanto había encontrado a Ira Wolfman, mi *alma gemela*.)

Rechazada

—No me llamo «Mary Ellen Enright». Me llamo...

—No. No me lo diga.

Wolfman se tapó los oídos. Fue un gesto que me recordó a mi padre, un gesto que era al mismo tiempo en broma y en serio.

—¿No quiere que se lo diga?

—No. No quiero que me lo diga.

Estábamos en su despacho. Por fin, después de un intercambio de pareceres en clase, me había pedido que fuese a verlo.

(No era inusual. A menudo Wolfman invitaba a los alumnos a hablar con él después de clase, si tenían preguntas. Pero hasta entonces había evitado invitarme *a mí*.)

Pensé: *Por fin va a reconocérmelo.*

Estaba emocionada, y temerosa. Porque las Instrucciones eran claras: al Individuo Exiliado *se le prohíbe identificarse.*

El incumplimiento por parte del IE se traducirá en su Aniquilación inmediata.

Después de las clases de Axel, aquella semana Wolfman se había dedicado al tema de los «programas de refuerzo» en psicología conductista: cómo es posible formular los actos —tanto de seres humanos como de monos, ratas y palomas— para provocar respuestas conductistas ante los estímulos. Wolfman había dibujado gráficas en la pizarra y garabateado ecuaciones. Porque no bastaba con demostrar que, cuando se llegaba al «condicionamiento operativo», el ser vivo era algo así como un autómatas, sino que los términos del condicionamiento se podían reducir a fórmulas.

¿Por qué la rata (hambrienta) aprieta la palanca que le proporcionará bolitas de comida? No es porque la rata esté «hambrienta» (el «hambre» es un estado interno y, por tanto, no mensurable), sino porque su respuesta a los estímulos ha sido suficientemente «reforzada».

¿Por qué el jugador (adicto al juego) sigue accionando las palancas de la máquina tragaperras, que de cuando en cuando, aunque no a menudo, le recompensa con monedas? No porque el jugador sea «feliz» cuando gana (la «felicidad» es un estado interno y, por tanto, no mensurable), sino porque su respuesta a los estímulos ha sido suficientemente «reforzada».

¿Por qué cualquier individuo —animal, ser humano— se comporta como lo hace a lo largo de un periodo de tiempo? No porque haya elegido comportarse de esa manera particular, sino porque su respuesta a los estímulos ha sido suficientemente «reforzada».

Algo no acababa de encajar con aquella lógica. Mi corazón latía con fuerza oponiéndose a ella, aunque no habría sabido formular mi objeción.

En nuestra clase de prácticas tenía que haber alumnos cristianos, como lo eran la mayoría de las residentes de Acrady Cottage. Pero ninguno, hombre o mujer, alzó la mano para oponerse a aquella concepción de la conciencia como algo mecánico y sin alma. Lo que hicieron fue tomar apuntes.

Finalmente me atreví a decir, temblando, no sé si de nerviosismo o indignación:

—¿Doctor Wolfman? ¿Cree usted que los seres humanos son máquinas, sin «libre albedrío»?

Wolfman se volvió hacia mí, con mucha cortesía. Sus ojos entornados, de color pizarra, mostraban preocupación.

—Uno de los postulados del conductismo es que no es posible examinar los estados mentales, de modo que el enfoque científico consiste en examinar lo que es «objetivo», el comportamiento. No es que B. F. Skinner no crea que haya una «potencia intelectual», como afirman sus detractores, sino que, dados los principios de conductismo, lo que esa «potencia» sea carece de relevancia para nuestra comprensión del comportamiento.

Aquello me pareció una respuesta oblicua a una pregunta directa.

—Pero ¿qué hay del «libre albedrío»? ¿Es que los seres humanos carecen de «libertad» en sus elecciones personales?

Wolfman dijo, con un encogimiento de hombros:

—«Libre albedrío» no es más que un término. Parte del habla. Una manera de hablar. Carece de referente específico y, por tanto, no tiene significado específico. Y no es susceptible de prueba o refutación científica.

Quise gritar: *Mis padres me enseñaron que existe el libre albedrío. Que hay un alma dentro de nosotros.*

Wolfman prosiguió, fríamente:

—El «libre albedrío» es una ilusión para la mayoría de nosotros. Una ilusión agradable, como la expectativa del paraíso, que, aunque nunca llega, resulta consoladora. Siendo realistas, «libre albedrío» es como sugerirle a un parapléjico que tiene la posibilidad de ponerse en pie y correr en una competición olímpica: ¿qué se lo impide?

Aquello no era cierto. No era lo mismo en absoluto. Pero yo no estaba en condiciones de explicarlo. En aquel instante me sacudió un escalofrío de aversión hacia Wolfman; no era mi amigo en el Exilio sino mi enemigo.

Oía las voces de mis padres, que hacían objeciones, pero no los oía con claridad.

Confía en el interior, no en el exterior. Confía en el alma, no en el Estado.

Temblaba ya de pura emoción. Sentí en los ojos el calor de las lágrimas. Aunque Ira Wolfman era mi única esperanza, con aquellas palabras tan duras me apartaba de él.

A mi alrededor, mis condiscípulos bostezaban y tomaban apuntes.

Al ver mi expresión, Wolfman se ablandó.

—De acuerdo, señorita Enright. Venga a verme después de clase.

Así que se lo conté.

Tal como lo había ensayado muchas veces. Llena de emoción y asustada al imaginarlo.

Le dije que *Enright, Mary Ellen* no era como me llamaba en realidad.

Y él no quiso que le dijera mi verdadero nombre.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? Lo sabe usted perfectamente, señorita Enright.

Su expresión dolorida. Los ojos entornados, que no querían enfrentarse conmigo.

—Creo... creo que quiero decírselo, doctor Wolfman. Por favor.

—¿Con qué fin?

Con el rostro acalorado, Wolfman no dejaba de mirar detrás de mí, a la puerta abierta que daba al corredor.

Su pregunta era cruel y carecía de respuesta. *¿Con qué fin?* Con el de estar menos sola y menos desesperada.

Y porque le quiero.

Si Wolfman estaba Exiliado, como yo, desde luego había sabido crearse un espacio considerable en Zona Nueve. Tal vez su Exilio venía de antiguo, de cuando era muy joven, un simple estudiante; en los años transcurridos se había adaptado a su nueva vida y había alcanzado un llamativo nivel de éxito en un mundo académico competitivo. Tenía un puesto en la Universidad Estatal Wainscotia como auxiliar de confianza del venerado A. J. Axel, anteriormente de Harvard. Su despacho era pequeño y tenía que compartirlo con otro profesor auxiliar, pero se hallaba en el prestigioso y veterano Greene Hall, con sus techos altos, molduras decoradas, escaleras interiores de madera tallada y suelos nobles.

El escritorio de Wolfman estaba cerca de la única ventana del despacho. En una estantería a un lado de la mesa había muchos libros, tanto de tapa dura como de bolsillo; predominaban los nombres de *Darwin*, *Pávlov*, *Watson*, *Thorndike* y *Skinner*. Al otro lado, en la pared, estaba colgado un fascinante póster que yo había estado mirando y que un día en el futuro reconocería como una reproducción del cuadro *Noche estrellada*, de Vincent van Gogh.

(¡Extraña elección artística para un psicólogo conductista, algo con tanta belleza y tanto misterio!)

Suplicándome a medias, Wolfman pasó a decir:

—Escuche. No sé de qué me está hablando, señorita Enright, no tengo ni la menor idea. Y por su propio bien creo que debería salir ahora mismo de mi despacho y olvidarse de esta conversación. ¿Me entiende? Por su propio bien.

Me suplicaba con los ojos. Pero utilizaba un tono cortante, hostil.

Era un hombre joven; no llegaba aún a la treintena. Era mucho más joven que mi padre, pero había algo de mi padre en su rostro: las delicadas arrugas de la frente y el ceño fruncido, la ansiedad que los ojos trataban de disimular con ironía, humor sarcástico. Y la sonrisa que iba y venía, siempre fugaz.

—«Por mi propio bien»; por ese motivo estoy aquí, doctor Wolfman. Necesito... saber... de usted. Quién es y si... si es usted... alguien como yo.

—No. Yo no soy «alguien como usted».

—Pero...

—No.

Y entonces me pregunté: ¿era Wolfman mi falsa esperanza? ¿Me lo había inventado... todo? Empujada por la soledad y la melancolía, ¿me había inventado un salvador?

Aun así, estaba segura de que Wolfman me conocía, y de que me conocía a

fondo. Me había reconocido. Aunque no lo confesara, como quizás, en circunstancias similares y para protegerme, mi padre no hubiera querido reconocer el lazo que nos unía.

Wolfman se limpió el rostro acalorado con un pañuelo de papel. Tenía manos fuertes y de aspecto protector, con las puntas de los dedos regordetas. Las uñas eran muy cortas y redondeadas, razonablemente limpias.

Ningún anillo en el dedo anular de la mano izquierda. Pero aquello ya lo sabía yo.

Cogió un bolígrafo y se garabateó algo en la palma de la mano izquierda. Luego me enseñó lo que había escrito, mientras se llevaba a los labios el índice de la mano derecha:

VÁYASE, POR FAVOR

Después cerró la mano para convertirla en un puño.

Entendí. No quería hablar conmigo, ni siquiera ordenarme que me fuera. Tenía motivos para creer que se nos escuchaba... Que *se nos vigilaba*.

Con voz tranquila, la voz de un razonable profesor de universidad que se enfrenta con un alumno problemático, Wolfman me estaba diciendo:

—Gracias por venir a mi despacho, señorita Enright. Tenga la seguridad de que su trabajo en Introducción a la Psicología es ejemplar y de que sus ideas, aunque irreconciliables con el conductismo de Skinner, no pondrán en peligro su calificación... con tal de que siga usted sobresaliendo en sus exámenes y conozca las respuestas correctas a nuestras preguntas. Pero no será necesario que tengamos ninguna otra entrevista personal durante este trimestre, creo yo. Tampoco hable con nadie sobre esta conversación, por supuesto.

Me pesaban las piernas como si fueran de plomo. Me pesaba la cabeza, y también el corazón.

Temblaba al levantarme, pero estaba ya dispuesta a dejar a Wolfman.

—¿A quién iba a contárselo, doctor Wolfman? Usted es la única persona de Zona Nueve con la que puedo hablar.

Al oírme mencionar la *Zona Nueve* se le heló la expresión.

En la puerta dije, en voz baja, desafiante, temeraria:

—Y no me llamo «Mary Ellen Enright», perdóneme, sino «Adriane Strohl».

*Ahora ya lo sabe. Con certeza. Y yo sé quién es él, también con certeza.
¿Y qué me va a suceder, qué nos va a suceder, después de esto?*

La pared

Lo que vino después fue un tiempo febril. La gripe asiática que se había extendido por toda Wainscotia me alcanzó por fin. A los días siguieron sus respectivas noches, que se convirtieron en sucesivos días. Falté a las prácticas de Wolfman del viernes por la mañana. Me perdí también otras clases. Porque estaba demasiado enferma para levantarme de la cama. Y con frecuencia desanimada. Lo único que hacía era esperar a que mis compañeras de habitación se marcharan, porque, entonces, arrodillarme en un rincón y apoyar la frente contra la pared era algo así como un consuelo.

Empuja, empuja, empuja..., pero la pared no cedía.

Mis compañeras susurraban sorprendidas. Creían que aquella chica *tan extraña y tan triste* que no era de Wisconsin estaba rezando.

Les daba pena. Se preocupaban. Empezaban a impacientarse.

Porque creían que aún echaba de menos mi casa, y que me arrodillaba para rezar a su Dios cristiano, después de tantas semanas.

¡Wolfman lamentaría haberme rechazado! Era eso lo que yo quería creer.

La señorita Steadman trató de hacerse la encontradiza a la entrada de la residencia. Pero yo me hacía invisible y la evitaba.

De rodillas sobre las tablas del suelo. Empujando la pared con la frente.

Si me esforzaba lo suficiente, lograría pasar a través de la barrera del censor: recuerdos instantáneos que llegaban como relámpagos aislados.

Abría una puerta, vacilante. ¡Mi antiguo hogar, mi hogar perdido!

Era nuestra casa de madera, en Mercer Street, Pennsboro.

Veía a mis padres en la cocina, sentados a la mesa. El banco donde mamá colocaba sus macetas de geranios, junto a una ventana: plantas que apenas medraban durante el invierno, pero que, cuando florecían, daban hermosas flores de un color rojo muy intenso.

De pequeña, una de mis tareas había sido que no les faltase nunca agua. Y retirar las hojas secas, de color marrón.

Como mamá decía con tristeza: *Una hoja que se ha puesto marrón nunca volverá a ser verde.*

El recuerdo era tan intenso como si estuviera sucediendo en aquel mismo momento.

Mientras seguía arrodillada, apretando la frente contra la pared para calmar la confusión en mi cerebro.

Papá silbaba. Silbaba alegremente una melodía que gustaba mucho en tiempos pasados: el «Himno de Batalla de la República». (Papá me lo había explicado: se trataba de un famoso himno abolicionista, antiesclavista, de los años cincuenta del siglo XIX en los antiguos EE. UU.) Se lo había oído silbar tantas veces, que ahora me volvió a la cabeza como si acabara de oírlo el día anterior.

Aun así, había algo extraño en aquella melodía. Se la reconocía de inmediato, pero no estaba del todo bien.

Papá silbaba alegremente, a pleno pulmón. En cierta manera para molestar (?) a mi madre, a la que también molestaba acercándosele demasiado mientras preparaba café junto al fogón.

Mamá le dijo algo a papá en voz muy baja que no pude oír. Papá rio sin ninguna gana.

(¿Qué le pasaba? Su cara me quedaba oculta, como una media luna envuelta en sombras. Vestía su uniforme de auxiliar de enfermería, su uniforme de esclavo, como él lo llamaba, jersey y chaqueta blancos de ordenanza, pantalones blancos de trabajo y zapatillas blancas con suela de goma.)

Mamá estaba poniendo tazones en la mesa, tazones de cereales.

El de papá lo colocó en una de las cabeceras de la mesita rectangular con superficie de formica, el de Roddy y el mío en los laterales y el suyo en la otra cabecera, la más cercana al fogón.

¡Ah! Se me hizo la boca agua: me llegaba el olor de las gachas que mamá estaba preparando, nuestro desayuno favorito.

Harina de avena cocinada con pasas, azúcar morena y leche.

Mamá venía preparando aquel desayuno desde que yo era muy pequeña. Y hasta aquel momento no me había dado cuenta de lo mucho que lo echaba de menos.

Roddy estaba en el umbral de la puerta. El pelo muy corto y la ropa anodina de un «interno» de mínima categoría. El rostro enjuto y con aire taciturno y las

ojeras tan pronunciadas como las de una calavera.

Mi deseo absurdamente infantil era que mi hermano no estuviese allí, en aquel recuerdo. Si es que se trataba de un *recuerdo mío*.

Roddy había sido cruel conmigo, de algún modo, pero ya no recordaba con claridad lo sucedido. Cuando llegó la noticia de mi Beca Patriótica para la Democracia, me había mirado durante un momento sin reaccionar en absoluto; luego había aparecido en su rostro una torpe sonrisa forzada.

¡Enhorabuena, Addie!

Una sonrisa que era una mueca despectiva.

Deseaba con toda el alma que en aquel recuerdo, tan valioso para mí, solo apareciesen mamá y papá.

Pero no estaba en mi mano organizarlo... ¿O sí? Si lo intentaba, corría el peligro de perderlo por completo.

Con la voz más suave que pude, dije: *¡Hola! Soy yo; Adriane...*

Papá no me oyó. Mamá no me oyó. Si Roddy me oyó, hizo como si nada.

Hablaban de... No conseguía oír de qué estaban hablando. Un problema familiar; nada nuevo... Aburrido, humillante. Probablemente, un problema económico. ¿O algún problema de Roddy? ¿Alguna queja de Roddy? O... mamá tenía problemas con su supervisor en el trabajo. O... (quizás era lo más probable) papá tenía roces con su supervisor en el centro médico donde trabajaba. (Era una humillación que venía de antiguo, porque desde que Eric Strohl fuera degradado de médico residente a auxiliar de enfermería, le habían reducido el sueldo a una décima parte; y, además, para conservar aquel empleo miserable tenía que asesorar a médicos cada vez más jóvenes y más profesionalmente ambiciosos, y con frecuencia realizar en su nombre pequeñas intervenciones quirúrgicas como instalar o retirar «vías» —venas portátiles artificiales, semejantes a catéteres— a pacientes de quimioterapia. También tenía que estar disponible para extraer sangre y para colaborar en radiología. Aun así, papá no solía quejarse, ni siquiera en broma... De manera que aquello era raro.)

(Y otra cosa extraña: ¿dónde estaba yo, en aquel recuerdo? ¿Por qué no estaba sentada a la mesa de la cocina con mi familia? A juzgar por la edad de Roddy, yo debía de tener ya unos dieciséis años. *Pero ¿dónde estaba?*)

Apretando la frente contra la pared de una habitación del tercer piso de Acrady Cottage, Wainscotia, Wisconsin: en Zona Nueve.

Mientras decía, mientras suplicaba: *¿Mamá? ¿Papá? ¿Es que no me veis?*

Soy... Adriane. Por favor, miradme.

Pero no me miraban. No advertían mi presencia.

Entonces vi algo que me dejó helada: el rostro de mi padre era de una tosquedad para mí desconocida. No solo era que no se hubiese afeitado, sino que parecía tan desastrado como un sin techo y con aspecto montaraz: sin peinar el poco pelo gris que le quedaba; surcos profundos en las mejillas; la boca caída en un gesto de autocompasión. Y ojos demasiado pequeños, inyectados en sangre...

Y a mi madre: ¿qué le había pasado?

Estaba claro que mamá, siempre tan esbelta, había ganado peso. La cara se le había vuelto carnosa, con una expresión permanente de enfado, junto con una sonrisa sarcástica en los labios. Y llevaba el rostro maquillado en exceso, con cejas exageradamente arqueadas.

Se la veía malhumorada, insatisfecha. Con un gesto de rabia apenas contenida que no había visto nunca en su rostro.

Mamá, papá, ¿ya no me queréis? ¿No me echáis de menos?

Soy Adriane, vuestra hija... ¿No os acordáis de mí?

Sin prestar atención, como si le molestara tener que servir a mi padre y a mi hermano, mamá retiró la sartén del fuego para servir las gachas en los tazones. Y entonces me di cuenta de que solo había tres encima de la mesa. Y vi que el desayuno no eran gachas después de todo, que lo que devoraban era una especie de sustancia gelatinosa, pegajosa, casi transparente, de un enfermizo color rosa como de carne, que temblaba dentro de los tazones. No era ningún tipo de desayuno que yo fuese capaz de identificar; y además, ¡qué horrible!, parecía algo *vivo*.

¡Roddy miró en mi dirección como si me estuviera viendo!

Con una sonrisita malévol, dijo: *Le ha estado bien empleado tener que irse adonde se ha ido.*

Y mamá dijo: *Se creía demasiado buena para estar con nosotros.*

Y papá dijo: *¡Adiós y hasta nunca!*

Se echaron a reír. Con una risa grosera, infernal. Hubo un remolino de luz en la cocina, como si la barrera de plexiglás reflejara algo resplandeciente e interrumpiese la escena. Me di cuenta horrorizada de que había algo que estaba muy mal, de que aquellas personas eran en realidad desconocidos.

La rudimentaria figura imaginada que se suponía era mi padre no era mi padre. La rudimentaria figura imaginada que se suponía era mi madre no era

mi madre. En cuanto a mi hermano Roddy...

Tampoco es Roddy. Se han llevado a Roddy y han puesto en su lugar a ese.

Me pregunté si era posible: si quizá no me había denunciado mi hermano, sino que quien me había enviado al Exilio era la persona que ocupaba su sitio.

De repente, el olor de las «gachas» temblorosas, semejantes a gelatina, se volvió nauseabundo. Sentí náuseas. El plexiglás se volvió opaco. El recuerdo se había cerrado, había desaparecido. Me quedé sola en un rincón del cuarto, de rodillas, apretando tanto la frente contra la pared que las asperezas de la madera me dejaron marcas en la piel.

—¡Mary Ellen! —alguien me estaba llamando.

Aquel nombre ridículo, aquel nombre que detestaba: alguien lo estaba usando y me zarandeaba, agarrándome por un hombro.

Me desperté, asombrada y asustada. ¿Dónde estaba pasando aquello? ¿Qué hora era? Debía de haberme dormido, o haber perdido el conocimiento en el suelo, de rodillas junto a mi cama, y una de mis compañeras de cuarto me había encontrado caída contra la pared.

—Mary Ellen, ¿qué te pasa? Has estado llorando..., se te ve descompuesta. Debe de ser la gripe. Déjame que te ayude a levantarte.

Mi compañera de cuarto que se llamaba ¿Betsy? me ayudó a incorporarme y me llevó hasta la cama. Se sentó a mi lado, sus manos sobre las mías, que estaban heladas. Me habló para tranquilizarme y reconfortarme. Yo estaba desconcertada, pero comprendí que no debía contar nada incriminatorio acerca de dónde había estado, acerca del sitio al que me habían llevado mis recuerdos.

Otra compañera de cuarto entró en la habitación y se reunió con Betsy. ¿Qué le ha pasado a Mary Ellen? ¿Qué es lo que la ha alterado tanto? ¿Una pesadilla? ¿Un recuerdo muy desagradable?

La segunda chica era... ¿Hilda? Recordaba su apellido, que me gustaba mucho: McIntosh.

Betsy e Hilda hablaron sobre «Mary Ellen»: qué le pasaba a «Mary Ellen» y qué se podía hacer por «Mary Ellen».

Mientras tanto, yo pensaba que el recuerdo desagradable había sido un recuerdo falso. El microchip estaba programado para interferir en mis recuerdos. Para ofrecerme recuerdos crueles, falsos, horribles. *Para*

castigarme.

Sin embargo, resultaba difícil creer que no fuesen «reales» el padre, la madre y el hermano de aquel recuerdo.

Era aterrador perder la memoria. Perder la confianza en la memoria.

¿Qué es un ser humano excepto la suma de sus recuerdos? *Mira hacia dentro, no hacia fuera. El alma está dentro.*

Era lo que yo creía. Y, aun así, si me quitaban los recuerdos, ¿qué sería de mí? ¿Qué sería de mi alma?

Mis compañeras de cuarto deliberaron: ¿sería mejor acostarme o llevarme a la cafetería, para que cenara como es debido bien acompañada? Betsy e Hilda creían que estaba de lo más desnutrida y que no dormía lo suficiente. A Carly —mi tercera compañera de habitación, que también había llegado para unirse a nosotras— le pareció que tenía «algún tipo de virus de la gripe». Pese a sentir la piel húmeda y pegajosa, no estaba febril. Por otra parte, tenía la cara extrañamente enrojecida y los ojos inyectados en sangre.

Les dije que no estaba enferma; que no quería acostarme. Necesitaba trabajar para mis clases aquella noche porque me había retrasado en mis tareas. Así que Betsy, Hilda y Carly me acompañaron al cuarto de baño, hicieron correr el agua fría y me lavaron la cara, manchada de lágrimas. Me cepillaron el pelo —«¡Vaya! Mirad todo lo que se le está quedando en el cepillo. ¡Necesita beber más leche!»—. Insistieron en maquillarme: una base primero y después polvos. Y barra de labios, que me prestó Carly. Se entusiasmaron con mi nuevo aspecto.

—Solo con que sonrieras un poco más, Mary Ellen... Si no estuvieses tan cansada y con ese aire tan triste... También nosotras echamos de menos nuestra casa..., o la *echábamos de menos* hasta hace poco. Pero Wainscotia es maravillosa de verdad... Ya va siendo hora de que lo superes.

Para ir a la cafetería, Carly me prestó un cárdigan de lana muy suave y de color brezo, mucho más bonito que ninguna de mis prendas de segunda mano. Hilda me dejó un abrigo de verdad —no una chaqueta—. Y botas de cuero, en lugar de las mías de goma, que eran muy feas.

Se sentaron conmigo y me vieron comer. Fueron a llenarme de nuevo el plato para que repitiera. Hablamos todas y nos reímos. Otras chicas de Acrazy Cottage se unieron a nosotras. Al cabo de un rato me sentía mejor. Es decir, Mary Ellen se sentía mejor.

Volvimos a la residencia. Caía una suave nevada, y la capa helada de nieve

que ya cubría el suelo crujía bajo nuestros pies. A poca distancia, la cúpula de la biblioteca resplandecía con una luz interior azulada. Pensé: *Ahora no tengo a nadie. Pero sobreviviré. Y un buen día regresaré a casa.*

Devolví las botas de cuero y el abrigo de lana de color verde oscuro, pero cuando traté de devolver también el cárdigan de color brezo, Carly dijo con una dulce sonrisa dolorida:

—¡No, no, Mary Ellen! Te sienta mejor a ti que a mí. *Quédatelo.*

(Pero no podía ser amiga de ninguna de ellas. Porque no era «Mary Ellen». Era otra persona a la que nunca habían conocido.)

VÁYASE, POR FAVOR

Me bastaba con cerrar los ojos y las palabras en tinta roja flotaban delante de mí.

Cuando mi estado de ánimo era melancólico, no me hacía falta cerrar los ojos. En el aire que tenía delante me parecía ver la mano alzada de Wolfman, la palma de aquella mano y la advertencia que me había obligado a marcharme:

VÁYASE, POR FAVOR

El gesto era lúdico, pero desesperadamente lúdico. Wolfman había sido sincero al desear que me fuera.

Me había reconocido como alguien en su misma situación, me había reconocido como Exiliada. Y con aquel mismo gesto me había repudiado.

Por supuesto que lo entendí: también pesaba sobre él la amenaza de una posible Aniquilación, como en mi caso. Tenía que seguir las Instrucciones, igual que yo. No podía ser imprudente como lo era yo.

Ira Wolfman se había adaptado a su vida en el Exilio, eso saltaba a la vista. O había aprendido a causar esa impresión. Era mayor que yo, mucho más inteligente y también más sensato; sabía que no podíamos volver a casa por nuestros propios medios.

Podían *devolvern*os a casa. Pero no podíamos *encontrar por nuestra cuenta el camino para volver a casa.*

Tal era la maldición del Exilio: no estaba en tu mano cambiar tu vida, salvo para empeorarla. Ese poder lo tenían otros, de maneras imprevisibles.

Mientras estuve enferma me perdí varias clases. Pero solo una de las de Wolfman, que eran los viernes por la mañana. Dado que, según se aseguraba, la gripe había afectado a muchísimos alumnos de Wainscotia, los profesores se mostraban comprensivos, y no nos sancionaron por faltar a clase ni por entregar tarde algún trabajo. Por mi parte, estaba decidida a recuperar las clases perdidas porque tenía el firme propósito de ser una alumna destacada de la universidad.

En todas las asignaturas, pero en especial en Introducción a la Psicología.

Iba a comer con mis compañeras de habitación más a menudo. Me trataba con otras residentes de Acrady Cottage. No evitaba a la señorita Steadman. (Aunque la había decepcionado el Día de Acción de Gracias al esconderme en la biblioteca de la universidad, y después en mi habitación de la residencia casi vacía con la excusa de que el mucho trabajo pendiente me impedía ir a cenar con ella y con otras chicas solitarias de Wainscotia que no tenían con quién pasar una fiesta tan importante.) Me ponía el cárdigan de color brezo. Me ponía la falda escocesa plisada. Y hasta me ponía un hilo de «perlas» de color rosa pálido: una baratija que había encontrado en una acera del campus. En las prácticas de Wolfman era una alumna atenta pero no alzaba la mano para hacer preguntas ni tampoco Wolfman, siempre con sus modales fríamente corteses, interrogaba a la «señorita Enright». En un momento de debilidad acepté incluso participar en una «cita doble» (una expresión nueva para mí) con Betsy y su novio de Sigma Nu; mi pareja era un miembro de su fraternidad a quien sus amigos llamaban «Erizo», natural de un pueblo pequeño en el norte de Wisconsin. Amarrón era taciturno y se sonrojaba con facilidad. Complicado saber si todo le avergonzaba o si todo le irritaba. Parecía no saber cómo hablarme y yo, desde luego, tampoco sabía cómo hablarle a él. Estudiaba ingeniería y sus notas casi nunca pasaban del aprobado. Ya había estado bebiendo antes de pasarse por Acrady Cottage para recogerme, y, en la «fiesta de la cerveza» de Sigma Nu, en el sótano del extenso e irregular edificio de la fraternidad, con su moqueta manchada por años de malos tratos, siguió bebiendo con sus amigos, como alguien decidido a emborracharse lo más deprisa posible. La velada pasó como un simple borrón entre músicas

ensordecedoras, gritos y risas, olor a pizza y cerveza derramada. No me resultó sorprendente pero sí desalentador ver a Betsy beber tanto, besuquearse con su pareja y tambalearse mientras bailaba con él; después de una hora, más o menos, desapareció entre la multitud y aquella noche no volví a verla. Con la cara encendida, se diría que Erizo también quería que yo bailara con él, o, por lo menos, quería mostrar a sus hermanos de la fraternidad que bailaba conmigo o que se apretaba torpemente contra mí. Estaba muy borracho: sus eructos, que eran como globos explotados, apestaban a cerveza. Llegado un momento, me escondí en unos servicios con el cartel de SOLO CHICAS. Consolé a algunas alumnas de primer año que estaban muy borrachas y no paraban de vomitar. Pensé: *Si Wolfman me quisiera. Si Wolfman reconociera mi existencia.* Me pregunté si, en caso de que me comportase de manera temeraria y me saltase las Instrucciones, me «vaporizarían» mediante Ataque con Dron Nacional aquí en Zona Nueve, si desaparecería antes de sentir dolor o incluso miedo. Cuando se me presentó la oportunidad y no vi rastro de Erizo, me escapé de la fraternidad por la puerta principal, abierta de par en par, y corrí, dando tumbos, de regreso a Acrady Cottage.

¡Qué maravilloso fue haber escapado de mi primera (y última) fiesta de la cerveza en una fraternidad! ¡Qué fantástico estar sola, pero sin sentirme sola, corriendo bajo la suave nevada, de vuelta a mi residencia, lanzando nubes de vapor al respirar! Todas mis compañeras de cuarto habían salido con algún chico. Habría podido llorar de alivio al llegar a nuestra habitación.

El alivio es felicidad para aquellos que, de lo contrario, no tendrían felicidad alguna. Pero el alivio puede convertirse en una felicidad sublime, incluso en el Exilio.

Betsy nunca habló conmigo de la fiesta de la cerveza en Sigma Nu.

Betsy apenas volvió a dirigirme la palabra, y cuando lo hizo fue sin afecto, durante todo el tiempo que aún compartimos habitación.

(Aunque llegué a oír, sin proponérmelo, sus quejas amargas sobre cómo la había avergonzado con mi comportamiento «egoísta» delante de sus amigos de Sigma Nu; y algo más adelante me enteraría de que en la noche de la fiesta Betsy no había tenido mucha suerte, porque tuvo que abandonar Wainscotia durante las vacaciones de invierno y ya no regresó.)

Cuando veía a Erizo en el campus o él me veía a mí —algo que sucedía con demasiada frecuencia—, rápidamente apartábamos los ojos.

En algún momento me vino una idea tan repentina como cruel: ¿qué más me da que me detesten? Los dos tienen más de setenta años a estas alturas, si es que aún viven.

Aquel era el secreto aterrador de Zona Nueve, y del que por fortuna sus habitantes no eran conscientes: en la época que para mí era el presente, el año 23 de los Estados Recontruidos de América del Norte, sus vidas estaban a punto de llegar a su fin. Si es que aún seguían vivos.

El Museo de Historia Natural

En diciembre empecé a trabajar a tiempo parcial en el Museo Van Buren de Historia Natural, un edificio de piedra con aire sepulcral contiguo a Greene Hall, el pabellón de ciencias.

El Museo de Historia Natural era un lugar silencioso y sombrío que poca gente visitaba. En su oscuro interior, el Tiempo parecía haberse detenido hacía décadas; y en las salas donde se exhibían fósiles y huesos antiguos, hacía milenios.

Mi trabajo consistía en fichar y colocar libros en las estanterías, porque el museo incluía una colección especial de libros raros de historia natural. También escribía a máquina cartas, documentos y etiquetas para identificar objetos en las distintas vitrinas.

En Zona Nueve, gran parte de la vida laboral era reiteración, y el trabajo de oficina, mecánico, como de robot. Una mecanógrafa era una especie de robot. Escribías las palabras directamente sobre papel, y las palabras se formaban gracias a tinta (negra) sobre una «cinta» que se enrollaba en dos carretes gemelos a los lados de la máquina. A menudo tenías que utilizar un «papel carbón» para hacer una segunda copia, porque no había fotocopiadoras, ni ordenadores personales ni impresoras. Todo se hacía *a mano*.

Todas las cosas se hacían para un solo uso, y sin embargo, de ordinario, había que repetir las. Una especie de locura que hubiese sido imposible de explicar en EAN-23. El trabajo de oficina avanzaba muy despacio siguiendo rutinas muy arraigadas. Era de lo más frecuente que te pidieran mecanografiar algo por segunda vez. Tales repeticiones resultaban terribles, porque no tenían otra finalidad que conseguir una réplica del original que se podría haber logrado con medios meramente mecánicos, excepto que, en 1959, esos medios aún no existían.

Gran parte de mi trabajo a tiempo parcial implicaba volver a escribir etiquetas para piezas del museo. En EAN-23, tales etiquetas se habrían

impreso en minutos o incluso en segundos. En Zona Nueve, en cambio, el mismo trabajo me requería horas. Mi salario era un dólar a la hora, antes de deducir los impuestos.

En EAN-23 la moneda había sido «reestructurada» con el fin de combatir la inflación. Aun así, según mis padres todo era mucho más caro de lo que ellos recordaban, mientras que, por otra parte, sus pequeños sueldos llevaban años congelados. Me sorprendió muchísimo recibir un salario tan insignificante de la universidad —más o menos el equivalente a medio centavo en términos de EAN-23— y la sorpresa fue todavía mayor cuando descubrí que, una vez pagados los impuestos, ¡lo que ganaba era menos de sesenta centavos a la hora!

Cuando caí en la cuenta, me eché a llorar. Mi supervisora, la señorita Hurly, me espetó:

—Todos tenemos que pagar impuestos, Mary Ellen.

Y pensó que me daba ánimos al decirme que, si continuaba trabajando bien, podría lograr un aumento de hasta veinte centavos a la hora en el siguiente trimestre.

¡Veinte centavos! Me dio la risa.

En cualquier caso, aquello era formación. Era «experiencia».

Aunque el término no existía en Zona Nueve, yo era algo así como una «pasante» del siglo XXI y acumulaba competencias y currículo, y, en el caso de que las necesitase, referencias para empleos futuros. En la máquina que Hilda me prestaba había aprendido a escribir de manera competente; de hecho, no era muy distinto a escribir en un ordenador, y eso llevaba haciéndolo desde que cumplí dos años. Y luego, ya en el museo, había aprendido a manejar el «modelo para oficina» de la marca Remington, artefacto un tanto fantástico, que debía de pesar al menos diez kilos. Aquella enorme máquina de color negro disponía de teclas de acero a las que se hacía volar por los aires en arcos de casi diez centímetros, y que, al golpear el papel en blanco, «imprimían» letras con tinta negra. La señorita Hurly me había enseñado a retirar las cintas viejas, gastadas, para reemplazarlas por otras nuevas; aquellas cintas, toda una sorpresa, venían preparadas tanto con tinta negra (en la parte superior) como roja (en la inferior); era imposible retirar una cinta sin mancharse los dedos, pero me sentí muy orgullosa de mí misma por haber aprendido. La señorita Hurly también me enseñó a limpiar de las teclas la tinta

acumulada hasta conseguir que brillaran como nuevas.

Sobre mi mundo perdido de ordenadores, móviles, tabletas y «lectores», poco era lo que podría haberle explicado a cualquier habitante de Zona Nueve. Incluso los recuerdos de lo que habían significado para mí, de cómo me había acostumbrado a ellos y había llegado a ser adicta, parecían desvanecerse, como los recuerdos de mi familia y amigos.

(Y me preguntaba: ¿es posible seguir queriendo a alguien cuyo rostro estás olvidando?, ¿cuya voz ya no consigues recordar?)

(Y no me quedaba más remedio que reconocerlo: si hubiera tenido un móvil en Wainscotia, ¿a quién habría podido llamar o enviar un mensaje? A nadie.)

De manera inesperada, casi estaba empezando a gustarme la máquina de escribir. Entendía por qué Hilda estaba tan orgullosa de su modelo portátil, puesto que, al lado de la voluminosa Remington de oficina que utilizaba en el museo, era un ejemplo de tecnología punta. El hecho más extraordinario en ambos casos era que no se necesitaba *enchufarlas*: eran máquinas tan primitivas que no necesitaban electricidad. Ya había aprendido a «ajustar márgenes», a «retroceder», a anticipar, como el sujeto de un experimento de psicología conductista, la campanilla que sonaba cerca del final de una línea. Todavía más importante: mis dedos, acostumbrados al toque ligero en el teclado del ordenador, habían aprendido con sorprendente celeridad a golpear con fuerza. En las teclas más usadas, *a*, *o*, *s*, *t*, se podían ver las ligeras marcas de las uñas de las mecanógrafas.

De los fantasmas de las mecanógrafas que me habían precedido en el sombrío interior del Museo de Historia Natural.

Mi supervisora era una mujer canosa de cincuenta y pico años, llamada Ethel Hurly, que hablaba en voz baja pero con entonación severa, tal como uno hablaría en el interior de un mausoleo. Tenía pechos grandes y caídos y llevaba blusas de lunares con lazos en la garganta. Su jefe era el director del museo, un catedrático llamado Morris Harrick, con un doctorado de Princeton en el campo de la «ciencia clásica», al que yo casi nunca veía. (Como muchos miembros del profesorado más prestigioso de Wainscotia, procedía de una de las universidades que formaban parte de la Ivy League antes de la controvertida reestructuración de la educación superior en EAN-20.) No tardé en darme cuenta de que la señorita Hurly estaba enamorada del profesor Harrick, también canoso y en los cincuenta y tantos; con gafas de montura brillante, aspecto distraído y la costumbre de sonarse con estrépito en

«pañuelos» blancos de algodón. (Se trataba de tela de verdad, pequeños cuadrados de tela, invariablemente blancos, que varones de cierta importancia o clase social usaban sin tapujos, para señalar —me parecía a mí— que disponían, en razón de su cargo o por motivos privados, de los servicios de una mujer dispuesta a aceptar sin protestas la tarea de lavarlos y «plancharlos», para que el hombre los utilizara después una sola vez. Por fortuna para el resto de nosotras, los pañuelos de papel se habían inventado ya en 1959.) El profesor Harrick parecía estar casado, porque llevaba una alianza en el dedo anular de la mano izquierda y en su mesa de despacho había fotografías enmarcadas de miembros de su familia, incluidos algunos niños. ¡Así que también el profesor Harrick era padre! Y, muy posiblemente, abuelo.

Me resultaba conmovedor que la señorita Hurly adorase al profesor Harrick sin la esperanza de ver su amor correspondido o sin que él llegase siquiera a percatarse de sus sentimientos. Me daba pena, incluso cuando se impacientaba conmigo, sorprendida por mi incompetencia y mi ingenuidad sin límites. (Una vez me dijo: «Mary Ellen, ¿tú has nacido en los Estados Unidos? En ocasiones no pareces *norteamericana*».)

Morris Harrick era un caballero distinguido que no solo llevaba en el bolsillo un pañuelo blanco de algodón bien planchado, sino que además usaba chaleco, chaqueta de tweed con coderas de cuero, camisa blanca de algodón y la correspondiente corbata siempre que aparecía por el museo, o que daba clases de Historia de la Ciencia Occidental en Greene Hall, nada más terminar la clase magistral sobre psicología del profesor A. J. Axel. El profesor Harrick rara vez se dirigía a mí directamente y casi nunca llegaba a «verme», y en varias ocasiones me llamó «Dolores», que era el nombre de otra alumna que trabajaba también en el museo, en un horario distinto al mío.

Igual que yo amaba a Wolfman desde lejos, o me consolaba en mi soledad con la posibilidad de amar a Wolfman, también la señorita Hurly amaba al distraído profesor Harrick, para quien siempre estaba mecanografiando cartas, documentos y artículos que se enviaban a publicaciones especializadas en su campo de conocimiento. La señorita Hurly me enseñó algunas de las colaboraciones del profesor en estas revistas —todas ellas impresionantes pero de difícil lectura—, así como varios libros suyos con títulos como *Una historia de la filosofía natural desde los presocráticos hasta la Ilustración*, publicado por la editorial universitaria de Wainscotia. La señorita Hurly se hizo eco de la señorita Steadman en su entusiasmo por la inteligencia

académica masculina.

—El profesor Harrick ha consagrado su carrera a examinar cómo, a lo largo de los siglos y hasta llegar a nuestros días, en los Estados Unidos de mediados del siglo XX, «falsas» teorías científicas han sido reemplazadas por teorías «verdaderas». No conozco los detalles, por supuesto, pero la argumentación del profesor Harrick es muy persuasiva. Es otro candidato de Wainscotia al Premio Nobel.

Le pregunté a la señorita Hurly si había oído hablar de A. J. Axel, y dijo que desde luego que sí. «¡Una de las cabezas privilegiadas de Wainscotia!» No me atreví a preguntarle si tenía noticias de Ira Wolfman, porque el probable temblor en mi voz podría haberme delatado.

Me encogió el corazón y me llenó de tristeza pensar en la señorita Hurly y en Morris Harrick y darme cuenta de que, en EAN-23, ambos llevarían mucho tiempo muertos; en cuanto a que al profesor Harrick se le hubiese concedido el Premio Nobel, no estaba al tanto.

Solía trabajar hasta tarde en el museo. Nunca me apetecía regresar a Acrady Cottage, porque una vez allí me veía obligada a encarnar a «Mary Ellen» ante mis compañeras de cuarto y demás residentes.

¡El trabajo era un narcótico! El trabajo era la tabla de salvación que me impedía cavilar sobre mis padres, mis amistades perdidas, Ira Wolfman y las cometas tan deshilachadas como coloridas que Roddy y yo habíamos confeccionado juntos, desaparecidas desde hacía ya mucho tiempo.

Papá me lo había aconsejado: *Un día, una hora cada vez, cariño. Respira hondo. Podemos hacerlo.*

(No fue a mí a quien papá dirigió aquellas palabras, amablemente imperativas, sino a mi madre, creo. Por entonces había estado llorando en su dormitorio con la puerta cerrada.)

Llena de decisión, mecanografiaba —una y otra vez— las etiquetas para las vitrinas: los nombres en latín de flores, setas, pájaros y mamíferos; nombres hermosos, a mí me lo parecían, por exóticos, en un idioma muerto desde hacía mucho tiempo. (En EAN-23 no se enseñaba ya latín ni en los centros docentes más prestigiosos.) Y cuando me cansaba de escribir con la voluminosa Remington, cuando me dolían las uñas porque estaba obligada a golpear las

teclas con fuerza, regresaba a mis libros de texto y a mis apuntes y trabajaba en mis tareas para casa. Pese a mis ansiedades, no me había resultado difícil conseguir siempre notas altas en todas las asignaturas, incluida la Introducción a la Lógica; dada su limitación extrema, mi vida como Exiliada me proporcionaba una profundidad personal, secreta, como la de una sima cuya hondura no se aprecia desde la superficie, por lo que no me resultaba difícil sobresalir: la mayoría de mis condiscípulos solo parecían comprometidos hasta cierto punto con sus estudios, incluidas las alumnas becadas de Acrady Cottage. La abundante vida social de la universidad transcurría en la superficie: fútbol americano y otros deportes, «vida griega» (fraternidades, sororidades cuyas sedes de tamaño aristocrático estaban distribuidas sobre todo a lo largo del extremo montañoso de la avenida universitaria), los procesos de incorporación a esas sociedades estudiantiles, «noviazgos»... Si trabajaba en el museo un sábado por la tarde, a veces oía a lo lejos un rugir de vítores, como una catarata frenética y espumosa, desde el estadio de fútbol en la parte más alejada del campus, ¡en el que, según se decía, cabían más de veinte mil espectadores! En el museo, vacío a excepción de mí, apenas era posible imaginar que llegaran a reunirse veinte personas, y no digamos ya veinte mil.

Entre los alumnos de Wainscotia se consideraba «retrógrado» estudiar mucho y parecer «serio»; dedicar mucho tiempo al estudio se consideraba algo así como una traición si eras «griego». Era mejor mantener mis sobresalientes y matrículas de honor en secreto, porque me desfigurarían tanto como el acné (lo sabía bien: me lo habían dicho con toda sinceridad mis compañeras de cuarto). Desde la fiesta de la cerveza de Sigma Nu de la que había salido huyendo, y desde el desengaño de Erizo y de Betsy conmigo, no había vuelto a tener «vida social» de ninguna especie, con gran alivio por mi parte. Y es que en ningún sitio se está tan solo como en el frenesí de una fiesta.

Y en ningún sitio sientes tanto que nadie te quiere como cuando las parejas con unas copas de más se manosean, en una vulgar parodia del amor.

Y cuando me cansaba del trabajo académico, y empezaban a dolerme la cabeza y los ojos por el esfuerzo, y también en parte por la futilidad de aquel esfuerzo, merodeaba por el museo, encendiendo luces en los rincones más oscuros —sala tras sala, piezas expuestas sobre tarimas, en las paredes y en vitrinas—, en lo que parecían hectáreas de melancolía iluminadas con luz fluorescente. En invierno, cuando el sol se ocultaba en una masa de nubes

descoloridas a eso de las cinco, a las seis la oscuridad era ya tan densa como a medianoche.

Incluso durante el día el Museo de Historia Natural tenía muy pocos visitantes. Algunos eran invitados de la profesión a los que quizá el profesor Harrick y uno o dos colegas estuviesen enseñando el museo, concentrándose en piezas de especial interés. Algunos visitantes podían ser antiguos alumnos o padres de alumnos. Aquellas visitas solían ser breves. Nunca levantaban la voz en las sepulcrales estancias del museo. Se movían como espectros entre hileras de vitrinas, admiraban brevemente y seguían adelante. Si volvían los ojos en mi dirección —mientras colocaba libros o me inclinaba sobre la gigantesca Remington en un escritorio adyacente al de la señorita Hurly—, parecían sorprendidos, como si una de aquellas criaturas disecadas hubiese vuelto a la vida.

¡Deambular por el museo después del trabajo! A veces sentía algo así como una alegría inesperada, pero otras tenía un sentimiento más hondo de inutilidad.

Por mucho que aprendas, por alta que sea tu «nota media», estás sola. Y a nadie le importa si Adriane Strohl vive o muere.

Una de las piezas más famosas del museo eran las Flores de Cristal Van Buren, que ejercían sobre mí una especie de hechizo. Me acordaba de mi madre —trataba de pensar en mi madre, Madeleine (si bien qué extraño me resultaba ahora su nombre: «Madeleine») —, que habría admirado flores tan extraordinarias, magistralmente talladas en cristales de las tonalidades más sutiles: las más hermosas eran orquídeas y lirios, exóticas y tropicales y del tamaño de una cabeza humana. Sin embargo, como es lógico, las flores carecían de aroma. Y si se las miraba con detenimiento, se advertía la presencia de una ligera pátina de suciedad incluso sobre los ejemplares más refinados.

La más sugerente de las exóticas flores de cristal era una planta carnívora del bosque pluvial amazónico: sus largos pétalos de color carne se asemejaban a las fauces (abiertas) de un cocodrilo, y se decía que, en la vida real, eran dulcemente pegajosas para atraer insectos y pequeños mamíferos. Con curiosidad infantil coloqué los dedos entre los pétalos (abiertos) para ver si la planta carnívora me atrapaba con sus mandíbulas, pero no fue así, porque estaba hecha de cristal y nunca llegó a moverse.

Traté de acordarme de las plantas de interior de mi madre: ejemplares

atrofiados, que no salían adelante con el débil sol del invierno, pero que florecían, hasta cierto punto, con tiempo más cálido, cuando las sacábamos a los escalones del patio trasero. Pero ¿cómo se llamaban? Tenían un nombre muy corriente... y las flores eran pequeñas y de un rojo brillante. Aunque sin aroma.

¡Echaba tanto de menos a mamá! Y a papá.

Y a Paige, y a Melanie, y... ¿cómo se llamaba la otra, esa a cuyo padre detuvieron? ¿Carla...?

El castigo del Exilio es la soledad. No hay situación más aterradora que la soledad, aunque sea algo que no se tiene en cuenta cuando no estás sola; cuando estás segura en «tu» vida.

En aquellas horas de después del trabajo me parecía que quizás hubiera alguien que también se había quedado hasta la hora del cierre oficial del museo; o, más perturbador, algún ser del museo cuya presencia era anterior a la mía. El corazón se me aceleraba al transitar de sala en sala, encender las luces y ver sombras saltarinas con el rabillo del ojo. En las altísimas paredes había cráneos, huesos, esqueletos casi completos de aves y animales de épocas remotas; en las vitrinas, rocas con fósiles en su interior, y más cráneos, huesos y pequeños esqueletos. Había también criaturas disecadas, con aspecto de estar vivas: halcones, búhos, aves acuáticas y canoras, un águila americana de ojos vidriosos; pequeños mamíferos como zorros rojos, mapaches, ardillas, lince y gatos monteses y, en una pared, una enorme cabeza de alce con astas de doce puntas y brillantes ojos de cristal.

Y un hermoso lobo con mechones plateados en el pelaje, rostro afilado de perro sabio y ojos vidriosos en apariencia inteligentes. *Canis lupus, nativo de Wisconsin.*

Las criaturas muertas parecían observarme con gran interés. Era el suyo un dolor profundo, todavía más conmovedor por ser mudo. Vi que las etiquetas de muchos de los ejemplares amarilleaban y supuse que la señorita Hurly no tardaría en pedirme que las rehiciera. Sonreí ante la inutilidad del museo, de aquel lugar que parecía subterráneo aunque estaba en la primera planta del edificio; de aquel lugar olvidado por el Tiempo. Porque en el Museo de Historia Natural ni siquiera había llegado 1959.

Una delicada capa de polvo lo cubría todo. Yo misma esperaba ver, cuando caminaba por sus corredores, las huellas que iba dejando en el suelo.

Sonreía para no llorar. En una de las vitrinas vi, flotando, mi propia imagen

desdibujada, superpuesta a un despliegue de antiguos caparazones de quelonios, de los que se habían ausentado los cuerpos de las tortugas. Sin embargo, me pareció que uno de ellos se estremecía. Algo se movía, reflejado en el cristal...

Fue grande mi sorpresa al ver, con la escasa luz que iluminaba el recinto, que un hombre se me acercaba con la mano extendida. ¡Wolfman! Me sonreía, me pedía silencio con el índice sobre los labios, y en la palma de la mano había escrito con brillante tinta roja:

SÍGUEME, POR FAVOR

Refugio

En completo silencio, Wolfman me condujo hacia las profundidades del museo.

Lo seguí de inmediato. Hubiera seguido a Ira Wolfman dondequiera que me llevara.

Lo seguí como una sonámbula que apenas se da cuenta de lo que la rodea, pero que está decidida a comportarse como si controlara sus movimientos.

¡Wolfman había venido a buscarme! Había visto en su cara una sonrisa pese al ceño fruncido, o una media sonrisa... Una dolorida especie de ternura. *Arriesga su vida por mí*, pensé.

Me juré entonces que lo amaría con toda el alma. Que moriría por él.

Parecía conocer el museo. No era un extraño en sus vastos espacios, solo en apariencia subterráneos. Y sabía que yo trabajaba allí: tenía que haber hecho pesquisas para conocer con tanta precisión mi horario.

Le dediqué una sonrisa tímida. ¡Mi corazón latía tan deprisa como el de un pájaro atrapado!

Siempre sin hablar, me tomó de la mano y me impulsó hacia delante con suavidad pero con firmeza. Sus dedos estrecharon los míos con sorprendente familiaridad. Como en un sueño de insuperable asombro y belleza, atravesamos salas que yo no había visto nunca: paredes enteras adornadas de aves canoras posadas en réplicas de ramas de árboles y una gran bandada de vistosos reyezuelos; una estancia con criaturas de humedales: ranas y sapos disecados, tortugas de todos los tamaños, blancas garcetas que se sostenían sobre una sola pata, cisnes blancos, gansos del Canadá, ánades reales en oscuros estanques helados. Agarrada a la parte inferior de un tronco horizontal, una zarigüeya con un defecto en la vista. Todas aquellas criaturas parecían vigilarnos, alertadas por la vida de nuestros cuerpos.

Wolfman me dijo, solo con el movimiento de los labios: *¡No hables! Todavía no.*

Atravesamos un despliegue de grandes mamíferos del Oeste americano: antílope, ciervo, búfalo, bisonte, puma, osos (negro, pardo); otra sala con el enorme esqueleto de una ballena, a través del cual cruzamos de manera furtiva, impaciente. Y en la pared frente a nosotros había también una fotografía ampliada de la gigantesca criatura. ¿A dónde me llevaba Wolfman? Me dominaba la alegría, o quizás el miedo. En mis fantasías nunca había verbalizado lo que nos diríamos si me quedaba de verdad a solas con él. Cómo nos sinceraríamos, si nos atrevíamos. No me había permitido a mí misma imaginar que me tomara de la mano.

Tampoco me había permitido imaginar que me abrazase y me besara. Mis ensoñaciones siempre se desvanecían en aquel punto.

Como para ocultar nuestro rastro, Wolfman encendía y apagaba luces mientras me conducía a través del museo.

Llegamos por fin a un rincón remoto, muy lejos de la entrada. Había allí una sala apenas iluminada, rebosante de una colección de piezas muy diversas, como si el conservador se hubiera quedado sin espacio y, desesperando de su misión, como un Creador fuera de sus cabales, hubiese almacenado allí sus animales toscamente disecados (venado pequeño, lince y gato montés, roedores), especímenes de piel apelmazada y ojos de cristal hundidos en las órbitas; bandejas de rocas con fósiles cuyas etiquetas se habían despegado; cráneos y huesos sin identificar, y serpientes de cascabel entrelazadas sobre láminas de pizarra, con un aspecto tan increíblemente vivo, y ojillos tan brillantes, que me estremecí al verlas y traté de retirar mi mano de la de Wolfman mientras él se reía de mí:

—No te pueden hacer daño, Mary Ellen. También ellas están hechizadas.

Al fondo de la sala, escondida en parte detrás de una vitrina de gran tamaño, descendía una escalera; y, al final de la escalera, había una puerta de poca altura cortada en la pared. La puerta tenía una cerradura de combinación de las que se utilizan para cajas fuertes y taquillas. Wolfman la hizo girar, primero en un sentido, después en el contrario y luego una tercera vez, moviendo los dedos con precisión, hasta que se abrió y la puerta retrocedió ligeramente. Wolfman me cogió de la mano con más firmeza ya y tiró de mí para que entrara.

Cerró la puerta.

—¡Ya estamos a salvo! ¡Nadie nos vigila!

Había encendido una luz. En el techo parpadeaban tubos fluorescentes. Se

notaba un olor como a tierra: húmedo, denso, corrompido. Estábamos en un rellano de cemento. Otra escalera prolongaba el descenso hasta un nivel inferior que quedaba a oscuras.

Wolfman me tiró del brazo. Por un momento sentí pánico; tenía que seguirlo... ¿Adónde?

Abrió camino mientras descendíamos los empinados escalones de cemento. De manera que, era de esperar, en el caso de que me desmayase o perdiera el equilibrio, podría volverse y sostenerme.

Llegamos a otro nivel mucho más abajo. El aire olía peor y el frío era intenso.

Me froté los ojos. Me dio la impresión de que se me nublaba la vista. Vi que estábamos en la primera sala de un sótano de algún tipo, con paredes y suelo de cemento; también el techo parecía de cemento; una alfombra de color gris metálico cubría el piso, y de las paredes colgaban carteles con instrucciones detalladas: PRECAUCIONES DE EMERGENCIA EN CASO DE ATAQUE ATÓMICO. Muy cerca de la entrada había un maniquí de tamaño natural equipado con máscara de gas, gruesa ropa de color gris, guantes y botas pesadas.

Era imposible dejar de pensar que el maniquí uniformado nos observaba a través de sus anteojos protectores.

—Estamos en un refugio nuclear, «Mary Ellen». Es probable que nunca antes hayas visto uno. Hay otro, más grande, mejor equipado, para miembros más selectos de la comunidad universitaria, en el sótano del edificio administrativo; sé que existe pero no lo he visto nunca.

Con asombro y aprensión, miré a mi alrededor. Solo podía pensar en que, pese a lo lejos que estábamos de la superficie, Seguridad Nacional nos estaría grabando, y se nos castigaría de la más terrible de las maneras.

Wolfman me explicó que aún quedaban refugios atómicos en nuestra época —en EAN—, pero solo para funcionarios del Gobierno. El ciudadano medio ignoraba que existían. Pero en los años cincuenta los refugios eran mucho más corrientes, e incluso se anunciaban en televisión y en revistas no especializadas, como *Life* y *Time*; mucha gente se hacía un refugio en el sótano...

—Como una prolongación de la «sala de estar». Un lugar donde sentirse a gusto, aunque tampoco había que renunciar a estar armado, para mantener

alejados a los vecinos.

Wolfman me señaló que por entonces se temía que las bombas y misiles nucleares procedieran de la URSS, la Rusia soviética, un «mastodonte político» que había dejado de existir en el mundo de EAN-23. Me preguntó si en EAN, hoy, Rusia seguía siendo uno de los «estados terroristas enemigos de la democracia» y le contesté que creía que sí, porque existía cierto número de «terroristas enemigos»; pero que Rusia era un enemigo con el que los Estados de América del Norte firmaban acuerdos, a diferencia de China, que era su gran enemigo permanente.

Wolfman me preguntó quién era presidente de EAN-23, pero no reconoció su nombre cuando se lo dije.

Los presidentes de los Estados Reconstruidos de América del Norte encabezaban el Partido Patriótico. La gente de a pie sabía muy poco de ellos aunque se creía que se trataba de multimillonarios o de socios de multimillonarios. A menudo sus nombres eran nombres inventados, nombres ficticios, atribuidos a individuos o a figuras humanas dotadas de animación que aparecían sin cesar online y en televisión; todos estábamos condicionados para que nos «gustaran» por su actitud amistosa y sus sonrisas constantes, así como gracias a las melodías publicitarias ingeniosamente adictivas que los acompañaban, igual que se te exhortaba a «detestar» a otras figuras. Tratar de conseguir información fáctica sobre ellos violaba las normas de la Información para la Seguridad Nacional y podía considerarse Traición.

Wolfman me estaba diciendo que después de la Segunda Guerra Mundial, y durante mucho tiempo, los estadounidenses habían vivido aterrorizados por la posibilidad de un *holocausto nuclear*. A escolares de muy corta edad, con no más de cinco o seis años, se les enseñaba lo que tenían que hacer si se producía un repentino «fogonazo nuclear»: debían meterse debajo de sus pupitres, inclinar la cabeza y cubrirse la nuca con las manos entrelazadas.

—Para los más afortunados existían refugios, abastecidos con provisiones, como el que ahora nos acoge. El de los «refugios» fue un negocio boyante durante algún tiempo.

—Pero nunca hubo un «holocausto nuclear», ¿no?

—A la larga resultó que no.

—Pero ahora, aquí, en Zona Nueve, ¿todavía creen que eso pueda suceder? ¿Que quizás Rusia utilice bombas atómicas contra los Estados Unidos?

—No, Mary Ellen. No digas «todavía creen»: estamos en 1959, y es normal

que los ciudadanos de los Estados Unidos crean, en 1959, en la posibilidad de un holocausto nuclear; no se trata de una aberración.

Sentí una punzada de dolor tras los ojos. Era cierto que había aprendido a aceptar la perplejidad de vivir en el pasado *como si fuera el presente*, pero no había elaborado la lógica de una vida así, ni, por supuesto, había hablado de ello con nadie.

Divertido ante mi ingenuidad, o ligeramente exasperado, Wolfman dijo:

—Sí, en esta época a los ciudadanos de los Estados Unidos los domina el temor a una guerra nuclear. No llegan a entenderlo, en realidad, como tampoco entendemos nuestra muerte ni la extinción de nuestra identidad. No somos capaces de imaginarnos, ni a nosotros ni a nuestra familia, como *inexistentes*. No somos capaces de imaginarnos a decenas de millones de seres humanos asesinados en el siglo XX en las dos grandes «guerras mundiales», al igual que en la Rusia soviética y en la China comunista. Pero a la gente le han lavado el cerebro para que crea en la amenaza comunista y para justificar la compra de refugios atómicos y de enormes arsenales. Aunque en EAN no te hayan enseñado mucha historia desde la Revolución Cultural en las Escuelas Públicas, sin duda estás al tanto de los satélites rusos de los años cincuenta (los dos Sputnik) y de las pruebas nucleares en Rusia y en el sudoeste de los Estados Unidos. Aquí vivimos en una época de fetichismo nuclear. Los estadounidenses de 1959 no tienen acceso al «futuro», como lo tenemos tú y yo, para saber que nunca se ha producido un holocausto nuclear y que nadie ha tenido nunca que usar ningún refugio. Como tampoco se ha producido nunca una «toma de poder comunista» en el Gobierno de los Estados Unidos ni nada remotamente parecido.

—Pero eso son buenas noticias, ¿no? Pienso que tienen que serlo.

Wolfman se echó a reír.

—Eres una chica sensata, «Mary Ellen». Tienes razón, desde luego. Nuestros padres no habrían nacido y, en consecuencia, tampoco nosotros, en el «futuro», si hubiera habido un «holocausto» en el pasado en el que vivimos ahora. De modo que sí, tienes toda la razón.

Extraño que lo que Wolfman designaba como «futuro» fuera para mí, de hecho, «pasado»: el pasado del que había sido expulsada. Y para Wolfman, que llevaba mucho más tiempo que yo como Exiliado, aquel «futuro» era más pasado todavía.

Al advertir mi perplejidad, Wolfman habló de la política de los Estados Unidos en la posguerra: la llamada Guerra Fría, el siniestro poder del senador Joseph McCarthy, las sesiones en el Congreso sobre el Ejército de Tierra y la Marina, la «caza de brujas» que un juez federal tan «patriótico» como Harold Medina llevó a cabo a finales de los años cuarenta para descubrir comunistas, y la derrota del intelectual Adlai Stevenson ante la popularidad del exgeneral Dwight D. Eisenhower.

—La historia de los Estados Unidos ha sido siempre una lucha entre «ellos» y «nosotros», entre los capitalistas con su poderío económico y el resto. No es nada sorprendente que «nosotros» no hayamos ganado nunca.

Wolfman rio y se encogió de hombros. En aquel sitio subterráneo tan melancólico, ¿qué importaba algo tan abstracto como la *historia*? Eras consciente de que había que respirar y de la necesidad de oxígeno; si los ventiladores dejaban de funcionar, no tardaríamos en desaparecer.

En una situación así, era natural que yo (ahora lo veo claro) mirase a Wolfman con ojos en los que se acumulaban las lágrimas y la adoración.

¡Este es mi amigo! El único amigo que tengo.

Como cualquier adulto responsable que se enfrenta con el enamoramiento de una jovencita de diecisiete años, Wolfman confiaba en no tener que darse por aludido.

—No pierdas la calma, «Mary Ellen». Esto de ahora es la vida normal y corriente. No te dejes llevar por las emociones: es mucho lo que podemos perder los dos.

Con el aire de un concienzudo presentador de televisión, Wolfman me llevó a hacer un breve recorrido por el refugio antiatómico. Abrió puertas de armarios de almacenaje para enseñarme su contenido: estanterías desde el suelo hasta el techo con latas de atún y salmón, guisantes, maíz, espaguetis y «cócteles de frutas»; sopas Campbell: de tomate, de pollo con fideos, de crema de champiñones; distintas clases de cereales: cajas de Cheerios, Wheaties y Rice Krispies; huevos en polvo, leche en polvo, paquetes de azúcar y de sal. Un refrigerador gigantesco (sin enchufar a la red y falto de luz) lleno de Pepsi-Cola y agua mineral. En otra despensa, más recipientes de cinco litros de agua mineral, otros del mismo tamaño de jabón líquido y lejía. En otra despensa, tanques de oxígeno, vendas, camillas, cuñas de hospital, bastones, muletas, andadores, varias sillas de ruedas plegables. Hileras de taquillas. Inodoros, cuartos de baño. El espectáculo inquietante de docenas de

uniformes grises que colgaban de una pesada barra como caparazones de grandes insectos. En el caso de un holocausto nuclear, ¿estaban obligados los supervivientes a vestirse así? ¿Incluida la máscara? La perspectiva era tan deprimente que me negué a pensar en ello.

—Son como nuestros antepasados —dijo Wolfman—, ¿no? ¡Parecen tan inocentes! Por fortuna, nada salió como temían.

El refugio nuclear no parecía estar libre de polvo. Era inevitable preguntarse qué clase de gérmenes, de bacterias largo tiempo inactivas seguían allí, esperando su oportunidad. Tuve el impulso de mirar detrás de mí para ver si había dejado huellas en el suelo. El aire apenas circulaba por los conductos de ventilación y olía a rancio, como a ropa sucia.

En una sala de juntas, un único televisor enano de pantalla gris, modelo consola, pegado a una pared, estaba vuelto hacia varias filas de asientos. Las conté: quince. Asientos en cada fila: doce. Más letreros en las paredes, con instrucciones numeradas y figuras como de historietas. Había allí un aire de drama en suspenso, como si una escena decisiva hubiera quedado interrumpida. Sobre la alfombra de color gris metálico descubrí, como si alguien lo hubiera tirado recientemente, el envoltorio de celofán de una chocolatina. Junto al salón había dos grandes dormitorios con unas cincuenta camas. «Uno para cada sexo», dijo Wolfman. Una sombría mordacidad le brillaba en los ojos.

Le pregunté si tenía sitio reservado en el refugio en caso de emergencia.

—Por supuesto que no. Solo soy profesor auxiliar, no tengo el menor peso en Wainscotia. Pero sé de la existencia de este «refugio antiatómico», ya que tengo por norma estar informado sobre muchas cosas, así que conseguí localizarlo y enterarme de la combinación para entrar. En mi vida anterior, «subversiva», en EAN —Wolfman bajó la voz, al tiempo que ladeaba un poco la cabeza—, fui «pirata informático». Condenadamente brillante para mi edad, aunque esté mal decirlo; hackeé los ordenadores de la Seguridad Nacional, de la Agencia Disciplinaria para la Juventud, de la Oficina para la Divulgación a los Medios, de los Aseguradores Patrióticos, de mi instituto de Manhattan y de unos cuantos organismos más. Cuando al final me atraparon tenía ya veinte años, pero había sido una estrella de la piratería informática durante seis, y nunca me habrían echado el guante de no ser porque me denunció un «amigo».

¡Con qué sinceridad me hablaba de su caso! Después de su frialdad inicial conmigo, apenas me parecía posible.

Me preguntó qué había hecho para convertirme en Exiliada.

—EAN debe de estar atravesando una época del todo paranoica para mandar al Exilio a alguien tan joven como tú. Normalmente la condena no pasa de cárcel en un centro penitenciario para jóvenes y «rehabilitación»: «coaptación».

En tono de disculpa, le expliqué que ni de lejos había hecho algo tan «subversivo» como él.

—Al menos, no adrede. Fui la primera de mi promoción en el instituto; mi discurso de despedida consistía en una serie de preguntas que a nuestro director, supongo, le hicieron temer que tendría problemas con Seguridad Nacional. Nadie me avisó ni me pidió que hiciera cambios en el texto; la policía se limitó a aparecer durante el ensayo de la ceremonia de graduación y me detuvo —me tembló la voz—. No he vuelto a ver a mis padres.

Wolfman me miró, preocupado, si bien su intención era mantener nuestra relación en un tono desenfadado, objetivo.

—¿A qué te condenaron?

—A cuatro años.

—¿Cuatro años! Eso no es nada. Lo justo para conseguir una inútil educación universitaria y que te *teletransporten* de vuelta.

No quise darme por enterada del *inútil título universitario*.

—¿A cuántos años le condenaron a usted, doctor Wolfman?

—Llámame «Ira», por favor. Puesto que somos parientes en el Exilio, vamos a tutearnos. Mi condena fue de once años; me faltan dos para dar mi sentencia por cumplida o para revisarla. Solo Dios sabe lo que saldrá de ahí. He oído hablar de jueces que doblan la sentencia, o peor aún. Depende por completo de un comité de cinco miembros, ya sabes.

—¿Es así como funciona? No lo sabía...

Me sentí mal al oír aquello. Pero Wolfman trató de suavizar el golpe sonriéndome.

—Todas las resoluciones de Seguridad Nacional son provisionales. Pero también pueden ser anuladas... si tus allegados están en condiciones de pagar la «multa» impuesta. ¿Sabías eso?

—N-no.

Me lo pregunté: ¿lo sabían mis padres? ¿Sabía mi padre que su situación de IM podía haber sido anulada?

—A ti te va a ir bien, «Mary Ellen»: tienes mucho tiempo para preparar tu

caso. En cuanto a mí, tampoco es que esté deseando volver a casa. Tenía enemigos. Me traicionó gente que creía que eran mis colegas. He tratado de vivir en paz con Zona Nueve.

—¿No echas de menos a tu familia? ¿A tus amigos?

—Desde luego que sí. Los eché de menos durante mucho tiempo. La mayoría de los IE padecen una grave depresión durante el primer año de Exilio y existe el riesgo de suicidio. Pero llevo tanto tiempo de «huérfano», con mis padres «fallecidos», que casi he llegado a creerme mi nueva identidad. Me resulta difícil pensar seriamente en que me «reconstruyan»... Correría el riesgo de regresar a mi antiguo cauce («Liberalismo y Subversión»), de que me detuvieran de nuevo y me «vaporizaran». A nadie lo envían al Exilio dos veces.

Hice un cálculo rápido: si a Wolfman solo le quedaban dos años de condena, yo seguiría en Zona Nueve después de que desapareciera. Y empecé a sentir ya un principio de pánico ante semejante pérdida.

—Sé que la transición se te está haciendo dura, «Mary Ellen»; te he compadecido, pero no era gran cosa lo que podía hacer por ti. Animarte a que vinieras a mi despacho para lamentar juntos tu destino no hubiera servido de mucho. He tratado de mantener nuestra relación en el nivel profesional y eso es lo que seguiré haciendo. Has de decirte: Zona Nueve no es un sitio tan terrible si se la compara con EAN. Quizá necesites dieciocho meses para adaptarte, como me pasó a mí. Durante ese tiempo me sentí totalmente ajeno a lo que me rodeaba, era como si todo el mundo estuviera muerto, y no se diera cuenta; o era yo el que estaba muerto y tampoco me daba cuenta. No consigo librarme de un sentimiento de lástima por ellos, aunque he llegado a simpatizar con algunos. Incluso admiro a Axel, el conductista a ultranza. Hice mi licenciatura en Wainscotia, aunque no valga gran cosa, y me doctoré en psicología experimental; al departamento le causé tan buena impresión que me contrataron de inmediato como profesor auxiliar gracias a la recomendación de A. J. Axel. En Zona Nueve tengo una carrera académica que me estaría vetada en EAN, dado que mi personalidad es por naturaleza «subversiva», es decir, escéptica, y tiendo a «cuestionar a la autoridad». Me sorprendió que no me aniquilaran en lugar de limitarse a exiliarme; supongo que les debió de parecer que mis habilidades como pirata informático eran demasiado valiosas para destruirlas.

—¿Hay más aquí como nosotros?

—Repartidos por Zona Nueve, sí. Desde que llegué, me he encontrado con gente, en su mayoría varones, que me han parecido, de toda evidencia, compañeros de Exilio. Durante mi primer año los buscaba por todas partes. Pero no me atreví a abordar a ninguno ni a darme a conocer. Y los otros estaban aterrados y me evitaban. Tú eres diferente, desde luego: ¡peculiar! Tienes el valor de la juventud, algo de lo que carecemos casi todos nosotros.

El valor de la juventud. No parecía muy halagador.

—¿Conoces a alguien como nosotros? ¿Exiliados?

—Bueno, es posible. Tengo mis sospechas. Pero, como ya te he dicho, mantengo las distancias. Porque, como es lógico, nunca se puede estar seguro de que alguien no sea un espía, incluso en Zona Nueve. Doy por sentado que aquí hay espías, además de agentes de nuestro Gobierno. Cómo se comunican entre ellos, cómo viajan de una zona a otra, si es que lo hacen, es algo que ignoro. Recuerda que el ciberespacio es «eterno», «atemporal», si sabes cómo atravesarlo en cualquier dirección. Mis padres eran científicos reclutados por el Gobierno, así que conozco algunas cosas sobre la cibertecnología de EAN, aunque sin duda mi información está atrasada. Sí sé que la Universidad Estatal Wainscotia es el centro docente estándar para personas como tú y como yo, que tienen pretensiones intelectuales y han sido «subversivas». Wainscotia es la placa de Petri de la mediocridad, y está a rebosar.

Wolfman pasó a hablar con desprecio de los hombres «preeminentes» de Wainscotia: Amos Stein y su equipo de físicos y matemáticos que trabajaban para «probar» el estado estacionario del universo, con el fin de rebatir a los astrofísicos que creían que el universo es infinito e infinita su expansión; Myron Coughland, un chovinista intelectual que argumentaba que la evolución de la filosofía desde los presocráticos hasta nuestros días culminaba con el trivial parloteo de los «pensadores positivos» estadounidenses; Morris Harrick, con su historia cómicamente chovinista del «progreso» de la ciencia, hasta alcanzar la era actual, «cristiana y de raza blanca»; otro historiador, C. G. Emmet, que también creía en el «progreso» de la humanidad, con su cumbre en la civilización del siglo XX en el norte de Europa y en los Estados Unidos, sin la mínima mención del Holocausto.

—Como si nunca hubiera sucedido —Wolfman hablaba con aversión.

Y el mismo A. J. Axel, el mentor de Wolfman, tan impregnado del conductismo de Skinner que había dejado de pensar como científico

experimental hacía ya una década, y que no tenía ni la menor idea de que una revolución en la «psicología cognitiva» estaba ya a la vuelta de la esquina.

—En unos pocos años, B. F. Skinner estará acabado. Su «gran logro» será historia, un fósil. Espero escapar del desastre, si es que puedo.

Wolfman hablaba con osadía, desafiante. Sus palabras me dejaron pasmada. Durante meses había creído todo lo que la señorita Steadman, la señorita Hurly y otras personas de la comunidad universitaria repetían con tremendo entusiasmo, asegurando que Wainscotia era un foco de excelencia, que era una suerte para todos nosotros estar allí. Ahora Wolfman se estaba riendo.

—¿Por qué parece tan sorprendida? ¿De verdad creías que el profesor Axel era un genio? Todo lugar y toda época tiene sus «genios» de cabecera. Axel no es más que un tonto ingenuo que se dejó engañar por el evangelio de la lobotomía de Walter Freeman, si bien se está distanciando de ese desastre tras haber sido testigo de unas cuantas muertes. Su entusiasmo actual es la «ingeniería social»: absurdos hombres y muchachos atraídos por otros hombres y muchachos hasta quedar reducidos a temblorosas masas de nervios, incapaces de que nada ni nadie los atraiga y con tendencias suicidas. Algo que Axel no quiere incluir entre sus datos por cuanto cae fuera del perímetro de su experimentación.

Wolfman rio al ver mi expresión.

—Pero... pero ¿no es Wainscotia...?

—No. Wainscotia *no es*. Para castigar a los «librepensadores» por su condición de subversivos, se nos condena al «Buen Lugar»: Wainscotia. Una de esas idílicas universidades en el corazón de los Estados Unidos donde ni la investigación ni el trabajo creativo conducen a ningún sitio. Por grande que sea el esfuerzo, el «talento» y la «perseverancia». Científicos inteligentes de verdad que proceden en origen de universidades competentes de la Costa Este siguen aquí caminos desastrosos, acaban en callejones sin salida, y no se dan cuenta hasta que están embalsamados y ya no se pueden marchar. Nadie es «original» en Wainscotia; nadie hace una labor «importante». Un joven astrofísico prometedor, del Instituto de Tecnología de California, renuncia a su proyecto de tesis doctoral sobre la «teoría de cuerdas» para investigar la «vida extraterrestre»; esa va a ser ya su especialización hasta que se jubile. Científicos, matemáticos, eruditos, artistas, escritores y poetas, incluso farmacéuticos, nada de lo que descubran en Wainscotia los sobrevivirá. Nada de lo que logren tendrá el más mínimo valor para nadie. Sus herederos

esconderán las autobiografías que han publicado ellos mismos y fundirán las medallas de oro, «premio a los logros de toda una vida». Sus ideas carecen de originalidad, o de utilidad, o son sencillamente equivocadas, absurdas. Mientras tanto, se los ensalza en Wainscotia y viven dentro de un fanal, como bacterias malcriadas. Ganan premios y consiguen subvenciones gubernamentales que administran sus amigos. Aparecen en la primera página del periódico estudiantil y de la prensa local. Hasta puede que una vez salgan en la revista *Time*. En sus iglesias respectivas se los invita a predicar el sermón dominical. Algunos son *venerados* por sus discípulos posdoctorales, así como por las damas de la localidad.

No salía de mi asombro. Estaba escandalizada. Escuchaba en silencio las palabras de Wolfman, que eran como llamaradas impetuosas. Sin duda se proponía ser divertido, pero, al mismo tiempo, se le veía enfadado y triste.

Era cierto, yo misma había pensado ya que la psicología conductista del profesor Axel era limitada en sus horizontes y en su técnica, pero había supuesto que se trataba de una deficiencia mía; lo que había aprendido de psicología freudiana no me había parecido más convincente, y presentaba la desventaja añadida de no ser demostrable en el laboratorio.

Pero ¡pobre Morris Harrick, el director del museo! Me compadecí en especial de aquel anciano caballero que, al parecer, y semejante a una especie de topo, había pasado toda su vida profesional en una madriguera, sin resultado alguno.

Zona Nueve sería mi mundo durante otros tres años y medio. Su atmósfera de mediocridad colectiva iba a proporcionarme el aire que tendría que respirar para sobrevivir.

Sentí como si el suelo se me hundiera bajo los pies.

La risa cruel de Wolfman se transformó en un ataque de tos. Parecía sudar mucho. Me pregunté si se encontraba bien.

Se dejó caer a plomo sobre uno de los asientos frente a la pantalla del televisor. La alegría le había desaparecido de los ojos. Me miró como se puede mirar a una niña que es lista para su edad, pero con algún tipo de discapacidad.

Era inevitable preguntarme por qué Wolfman había acudido a mí en aquel momento. Cerca ya del final del primer semestre: muy pronto, en cuestión de semanas, dejaría de ser alumna suya.

Inevitable preguntarme si me había seguido hasta el museo. Si había

investigado sobre «Mary Ellen Enright», de la promoción de 1963, Facultad de Humanidades.

Lo quería tanto que necesitaba creer que también él podía llegar a quererme.

Después de su animación inicial en el refugio antiatómico, estaba ya más silencioso y parecía triste. Vi que buscaba un paquete de cigarrillos en el bolsillo de la camisa, pero, por fortuna, desistió de encender un pitillo en aquel espacio mal ventilado.

Pensé en lo extraño que era ser fumador en su caso. Como si hubiese nacido en Zona Nueve en lugar de ser *teletransportado*.

El refugio me daba miedo. No llegaba a creer que estuviésemos tan a salvo como Wolfman parecía creer. ¿Por qué descartar que Vigilancia nos hubiera seguido hasta allí? Me era imposible dejar de pensar que el Gobierno de EAN-23 estaba capacitado para atravesar cualquier barrera.

Una duda terrible hizo su aparición: *¿Acaso puedes confiar en él? ¿En Wolfman?*

—No tengas miedo, Mary Ellen —me dijo muy tranquilo—. Puedes confiar en mí, soy tu amigo en Zona Nueve.

Le dije que sí, que confiaba en él.

Y además te quiero.

Aunque eso ya lo sabes.

Wolfman me preguntó cómo me llamaba, y se lo dije.

Wolfman me preguntó de dónde era, y se lo dije.

Wolfman me pidió que le contara mis deseos más íntimos.

Wolfman abrió los brazos para recibirme y yo los acepté.

Y todo lo que pasó entre nosotros aquella noche en el refugio, debajo del Museo Van Buren de Historia Natural, no quedó registrado en ningún sitio.

El sacrificio

Se trataba del famoso experimento conductista de 1920, dirigido por John Watson.

El Pequeño Albert, un bebé de once meses, no había tenido miedo de ningún animal hasta que se le puso sobre el regazo un simpático ratón blanco, al tiempo que se escuchaba de pronto un ruido muy violento causado por el entorchocar, varias veces sucesivas, de dos barras de acero a la espalda del niño. Poco después al Pequeño Albert le bastaba con ver al ratón, o a un perro, o incluso un abrigo de piel, para empezar a llorar y para presentar síntomas de terror, antes ya del entorchocar de las barras de acero.

Se nos proyectó una película en el auditorio donde asistíamos a las clases magistrales de psicología. El film era antiguo, con escasa definición y avanzaba a saltos, pero resultaba irrefutable: el bebé sufría espasmos de terror al oír el ruido de las barras de acero, y enseguida aprendía a aborrecer y temer al simpático ratón blanco, que antes parecía gustarle.

Un día le pregunté a Wolfman por qué el psicólogo no había descondicionado al bebé, después de los experimentos. ¿Es que a nadie se le había ocurrido?

Wolfman dijo que creía que no. No creía que por aquel entonces ni a Watson ni a nadie se le hubiera ocurrido «descondicionar».

Pregunté a Wolfman si, de mayor, al Pequeño Albert seguían asustándole los animales y los abrigos de piel y Wolfman dijo que no. El pobre crío no llegó a hacerse mayor: murió a los seis años.

Adoración

No necesitamos vernos para estar cerca el uno del otro.
Recuerda que soy tu amigo.

Caminando a oscuras en el invierno de Wainscotia. Casi a un kilómetro de distancia, la campana de la capilla tocaba muy bajito las seis de la mañana.
¡Mi último día de exámenes! Enero de 1960.

Me vestí sin luz a toda prisa mientras mis compañeras de habitación seguían durmiendo. Mi horario durante la semana de exámenes había sido levantarme pronto y trabajar en la sala de estudio, correr luego por la nieve hasta la cafetería para desayunar y presentarme a un examen que podía estar programado incluso para las ocho. Hoy era el de Introducción a la Psicología, a las nueve, en Greene Hall.

Estaba nerviosa y emocionada. Más que nada en el mundo, quería *destacar*.

Quería impresionar a Ira Wolfman. Quería que estuviera orgulloso de mí, aunque fuese en secreto.

Había leído muchas veces el material del semestre: las notas tomadas con asiduidad en las lecciones magistrales del profesor Axel y el libro de texto del que procedían los temas de las clases y en cuya preparación también él había colaborado. En mi agitado sueño repasé columnas de letra impresa (ilegible). Subrayé y tomé apuntes. Me desperté con dolor de cabeza, deseosa de examinarme. Me pregunté si el microchip que tenía en el cerebro afectaría a mi memoria en general o solo a los recuerdos «censurados».

Wolfman me había dicho que yo no tenía ningún microchip implantado en el cerebro. Estaba seguro.

Eso es lo que quieren ellos que piensen los IE. El resultado es que nos «censuramos» mediante autosugestión.

(Yo ya no sabía en absoluto qué creer. Aunque quería creer que Ira Wolfman

estaba en lo cierto.)

Antes de presentarme al examen final de Introducción a la Psicología, mis calificaciones eran sobresalientes y matrículas de honor. Había memorizado prácticamente mis notas de las clases y el libro de texto. Aun así, temía que un repentino revés de fortuna decepcionara y desilusionara a Ira Wolfman y que, en consecuencia, dejara de ser mi amigo.

Wolfman había informado a sus alumnos de que la mayoría de las preguntas del examen final serían de tipo test, para calificarlas de manera mecánica. Habría también que redactar algunas breves respuestas, además de escribir una única disertación, de unas setecientas cincuenta palabras. También nos explicó con sequedad que en el examen no se esperaban, ni serían bienvenidas, las ideas originales.

—Cada pregunta tiene una respuesta obvia, y esa es la correcta. Las demás se considerarán «errores».

La actitud del doctor Wolfman hacia la asignatura que ayudaba a impartir se había ido haciendo más ambigua a lo largo del semestre. A menudo se tenía la sensación de que hablaba de forma irónica, como si recitase palabras en las que no creía. Parecía estar perdiendo fe en el conductismo, que era la base teórica del Departamento de Psicología de Wainscotia y del instituto que A. J. Axel se disponía a dirigir, destinado a «curar» comportamientos aberrantes y perversos. Me preguntaba si sus colegas se daban cuenta. ¿Lo advertían otros alumnos? ¿O era yo la única?

¿O era todo imaginación mía, dada mi obsesión con Ira Wolfman?

Desde mis años en un instituto público de supervisión estatal, sabía ya cómo contestar las preguntas de tipo test. Al menos el ochenta por ciento de nuestra educación se controlaba por ese sistema; básicamente, los profesores nos habían enseñado cómo hacer exámenes. No se valoraban ni la originalidad, ni la sutileza, ni el escepticismo.

Cuanto más sabías de una asignatura, mayor era la complejidad que descubrías en los textos, y, en consecuencia, más difícil te resultaba, a menudo, responder de una manera sencilla, esquemática. De todos modos, si eras un examinando sagaz, te dabas cuenta de que solo una respuesta podía ser la «correcta», precisamente aquella en la que se te había insistido durante todo el semestre. Se daba por sentado que los ayudantes del profesor Axel preparaban exámenes que seguían al pie de la letra sus clases magistrales y su libro de texto; a menudo las preguntas no eran más que repeticiones de sus

contenidos respectivos, fácilmente memorizables. Solo en las disertaciones cabía la esperanza de ser original, pero también podías sabotear tus oportunidades.

Wolfman calificaría mi examen, dado que era alumna de sus prácticas. Me había dicho, haciendo gala de objetividad, que calificaba «a ciegas» el trabajo de sus alumnos: no sabría de quién era el trabajo que puntuaba hasta que hubiera terminado con todos los exámenes; y nunca cambiaba la nota: «califico correctamente la primera vez».

Desde la noche del museo solo lo había visto unos pocos y breves momentos fuera de clase. No me telefoneaba, por supuesto. Me había advertido que no tratara de llamarle, ni de escribirle, ni de dejarle notas.

Había dicho: *Cuando termine el semestre. Cuando ya no seas mi alumna.*

La noche del museo no nos separamos hasta las doce menos cuarto, mi «toque de queda» para volver a Acrady Cottage.

¡*Toque de queda!* En Wainscotia era solo para las chicas. Un ejemplo de privilegio masculino en el que nadie parecía haber reparado; la decana de mujeres era quien había fijado los horarios del toque de queda, que pasaba de las once de lunes a jueves, a las doce los viernes, la una los sábados y las diez los domingos.

En el museo, aquella noche, Wolfman me abrazó, me consoló y me animó a desahogarme: a contárselo todo sin callar nada.

¡Hacía tanto tiempo que no tenía a nadie con quien hablar! Y había derramado palabras como si fueran lágrimas. Y también lágrimas.

Nunca me había sentido tan cerca de ningún chico de mi edad, y menos aún de ningún adulto. El único hombre que me había abrazado alguna vez era mi padre.

Muchas chicas en el instituto Pennsboro compartían conmigo la incomodidad en el trato con los varones. Mi madre me contó que las cosas no siempre habían sido así, y que cuando estudiaba en el instituto había tenido amistad con chicos, y novios con los que había «salido»; pero los tiempos eran diferentes entonces, no se animaba a los adolescentes a espiarse, ni a informar sobre sus compañeros como en los últimos veinte años.

Y los chicos de nuestro instituto no se mostraban nada comprensivos en su mayor parte; al igual que mi hermano Roderick, eran oportunistas, nada de fiar, mezquinos y sarcásticos. Parecía que hombres y mujeres nos mirábamos desde los dos lados de un abismo estrecho pero muy hondo. No había «amistades»,

sino más bien «contactos sexuales», groseros y bruscos, con la posibilidad de ridiculizarlos online con palabras malsonantes o con fotos que los chicos subían a la red.

Ira Wolfman era el primer hombre al que había *amado*. El primer hombre del que me había *enamorado*. No me desanimaría que no correspondiera a mis sentimientos, tal era mi gratitud por el simple hecho de su *existencia*.

Aquella noche no me había besado más que en la frente y apenas en la mejilla, como se puede besar a un niño que sufre un ataque de ansiedad. Se había reído diciendo que era *con mucho demasiado viejo* para mí. Que no era *el tipo de persona que se aprovecha*.

Yo quería suplicarle: *¡Por favor! Aprovéchate*.

En las Instrucciones estaba claramente especificado: un IE tiene prohibido *procrear*. Pero yo no había pensado en la posibilidad de quedarme *embarazada*. Al igual que a cualquier otra universitaria de Wainscotia, no se me pasaba por la imaginación que se me pudiera presentar semejante dificultad; y podía consolarme con el hecho de que Wolfman era sin duda alguna mayor que yo y un adulto responsable.

Creía que Wolfman era amigo mío. Creía que, con el tiempo, podía llegar (quizás) a quererme.

Ya no estaba tan desesperada. No estaba tan sola. Con Wolfman en mi vida, nunca volvería a estar sola. Eso pensaba.

De todos modos, no lograba resistirme a buscarlo en sitios públicos. ¡Nadie podría sospechar de nosotros en un sitio público!

Durante la semana que siguió a la noche del museo, asistí a la conferencia sobre psicología de un profesor invitado de la Universidad Purdue en la que también Wolfman estuvo presente e hizo algunas preguntas. No fue una conferencia demasiado interesante (sobre un experimento conductista que examinaba un complicado programa de «refuerzos» en primates), aunque las preguntas de Wolfman fueron sugerentes y estimulantes; y yo pensé: *¡Pero no deberías llamar la atención sobre ti mismo!*, porque estaban presentes profesores de más edad, entre ellos A. J. Axel, y podían desaprobarme la actitud del joven psicólogo.

En el auditorio había estado vigilando a Wolfman a hurtadillas. Y él se había dado cuenta de mi presencia, pensé. Pero al final del acto se quedó junto

al estrado, hablando con colegas, y me marché sin llegar a dirigirle la palabra.

El simple hecho de estar en el mismo sitio que él me proporcionaba una sensación de bienestar, de felicidad. Pensaba yo: *Que existas conmigo en este mundo, eso me basta, por el momento.*

En psicología es cosa sabida que una persona mentalmente enferma puede «entender» su enfermedad, pero no por ello la enfermedad desaparece. De la misma forma que una persona con una enfermedad corporal puede entender las circunstancias de su dolencia sin curarse por ello.

Enamorada de Wolfman, ¿cabe algo más patético? Cuando Wolfman no te quiere.

Centauros del desierto

Era una equivocación. Iba a ser una equivocación. Quizás.

Asistir en la noche de un viernes a la proyección en el cineclub de la universidad de un wéstern, protagonizado por John Wayne, titulado *Centauros del desierto*. En el refugio antiatómico, Wolfman había mencionado que, si bien detestaba la televisión de Zona Nueve, en general le gustaban las películas; así que fui a la proyección del cineclub con la esperanza de verlo.

Llegué tarde. Como no sabía bien dónde estaba el cineclub, me equivoqué de edificio y fui a otro sin luces y cerrado. Tuve que subir por escalones muy empinados en una colina. Hasta que, muy despacio, logré entrar en la sala a oscuras —¡por fin!— del edificio correcto, en una sala pequeña del primer piso donde se habían colocado hileras de sillas. Al principio no vi a Wolfman entre el público y vacilé, pensando en marcharme; luego vi que estaba solo, en un asiento lateral, cerca de la cabecera de la sala.

(¿Me había visto? No estaba segura.)

(No me senté cerca. Me pareció que Wolfman aprobaría aquella muestra de autocontrol.)

Desde que había empezado a estudiar la llamada «psicología del siglo XX» —desde que investigaba la historia del conductismo previa a B. F. Skinner—, tenía la sensación de que la mayoría de las situaciones a las que se enfrentan los seres humanos son análogas a experimentos psicológicos. El típico sujeto experimental era una paloma o una rata, aunque a veces se utilizaran seres humanos. Se veía, o en algunos casos se experimentaba, un «estímulo»; el modo en que los seres humanos reaccionaban era la «respuesta». Sucedió que cuanto más detallada y «objetiva» era la descripción del comportamiento del sujeto, menos sabía el experimentador qué era lo que estaba sucediendo; porque no se podía deducir una vida interior, un modo subjetivo de ser, de la simple observación. De manera inevitable, los seres vivos se percibían (desde el exterior) como semejantes a un mecanismo de relojería. Querías protestar:

¡Pero yo soy yo! Única e inclasificable.

Pero allí estaba yo ahora, en el cineclub universitario, a donde mi amor (no correspondido, inútil, sublime) por Ira Wolfman me había arrastrado. ¿Acaso no era predecible? ¿No lo había previsto (probablemente) Ira Wolfman? En una nueva e inesperada variante de la «caja de Skinner», dondequiera que yo iba, en Zona Nueve, llevaba conmigo aquella caja (invisible) porque estaba en su epicentro.

Antes de Skinner, pero no a diferencia de Skinner, ya hubo científicos destacados que afirmaban que los animales eran, en esencia, máquinas cuyo comportamiento podía explicarse en términos muy simples y a los que se podía manipular mediante condicionamiento; otros científicos, aunque en menor número, defendían por el contrario una especie de *vitalismo*: una esencia «no material» que empapaba a los seres vivos. (Se trataba en muchos casos de científicos desacreditados por sus colegas, como era el caso de un alemán llamado Hans Driesch.) En mi vida, dada la naturaleza obsesiva de mis pensamientos, y las circunstancias de mi condición de Exiliada, me veía como sujeto experimental de algún tipo, dado que (por supuesto) se me observaba y se «registraba» cuanto hacía; pero, al mismo tiempo, debido a las emociones que Ira Wolfman despertaba en mí, y dada mi manera de anhelarlo, me veía como única, secreta, impredecible.

Mis deseos de estar con Wolfman me llevaban a lugares donde no hubiera ido de no existir aquel estímulo. Como si, despacio, se estuviera creando otro ser que era al mismo tiempo *Mary Ellen Enright* y *Adriane Strohl*. Porque los conductistas creen también que el «yo» se crea a partir del medio ambiente, y a partir de accidentes en ese medio, más que por la rigidez del determinismo genético. *Somos lo que se nos hace ser; basta con no resistirse.*

A menudo tenía ocasión de verme en superficies reflectantes, y me afectaba —llegaba a desconcertarme— la persona en la que me había convertido en Zona Nueve. Para una chica de dieciocho años (mi cumpleaños había sido hacía poco y había pasado inadvertido: no me había sentido con ánimos para contárselo a Wolfman), no se podía decir que fuese *joven*. Mi piel era de color ceniciento; los ojos duros y la mirada fija; mi actitud, vigilante, más que despierta. Me había convertido en uno de esos ratones de laboratorio que se han visto frustrados o asustados o sorprendidos (por la electricidad) tantísimas veces, que han perdido su esencia *ratonil* y se han convertido en algo distinto, casi en una especie nueva: una criatura a la espera de que el

siguiente estímulo, posiblemente letal, la defina.

Sin embargo, era imposible inferir o deducir mi amor por Wolfman a partir de mi aspecto. (¡Estaba segura!) Esa era mi felicidad secreta.

¡Qué inesperada, la película! El «wéstern».

En un primer momento no llegaba a saber si *Centauros del desierto* era algo así como una comedia, dadas sus exageraciones, o si se proponía ser seria, «heroica». Resultaba fascinante e incluso cautivadora, como un dibujo animado pueda serlo para un niño crédulo. El tecnicolor era morbosamente llamativo, los actores desmañados en sus diálogos, con música acompañando todas las escenas, desde los títulos de crédito en adelante, tan molesta como un redoble de tambores. John Wayne no era un actor que hubiera visto nunca: obviamente, parecía estar interpretando a «John Wayne». La cámara lo seguía siempre, con frecuencia en primeros planos, como centro de todas las escenas, que eran al mismo tiempo melodramáticas y lentas; sabías que algo estaba a punto de suceder debido a la música cargada de «suspense», pero no sucedía de prisa. Nadie que saliera en pantalla parecía una persona de verdad en una situación real: sin duda se trataba de actores profesionales, vestidos de época, y recitando diálogos que más o menos se habían aprendido de memoria.

Los pieles rojas eran el enemigo. Salvajes amenazadores semidesnudos que se comportaban con crueldad en escenas de ensordecedora violencia seguidas por otras en las que a los indios al galope se los derribaba de sus caballos para caer a plomo sobre matorrales. Las escenas en las que se trataba de manera «cómica» a los pieles rojas eran casi peores. Y... ¡tanta muerte de búfalos a manos del «héroe» al que John Wayne encarnaba!

Aun así, al final de la película fueron muchas las personas que aplaudieron. ¡Wolfman incluido!

Al encenderse las luces, los espectadores se quedaron a hablar de la película, que, al parecer, se tomaban en serio. Todos, excepto yo, eran adultos y la mayoría, casi con toda seguridad, profesores. Se alabó mucho la «interpretación» de John Wayne; también la «dirección» y los «paisajes del Oeste». También se mencionó, a mi modo de ver de forma pretenciosa, el «mito de la frontera». Casi podría haber pensado que aquella gente bromeaba, como hacía Wolfman en tantas ocasiones, pero era evidente que no.

Mito. Frontera americana. No había sido frontera para quienes vivían allí.

Aguardé paciente a que Wolfman me dirigiera la palabra o, al menos,

mirase en mi dirección. Aguardé paciente a que las personas con las que conversaba se despidieran para volver a sus casas. Sentía algo así como una justificada indignación porque no me había gustado aquella película grandilocuente y no creía que debiera gustarle a nadie.

Wolfman se mostraba amistoso con sus interlocutores, aunque no parecían ser colegas de psicología. Había una pareja que parecían matrimonio; y dos mujeres que, después de llegar solas, se habían sentado juntas, cerca de Wolfman. Daba la impresión de que Wolfman conocía bien a una de las dos, y me deprimió que ella insistiese en seguir a su lado, claramente a la espera de que también él se marchara para así acompañarlo al centro de estudiantes. Se produjo cierta confusión a la hora de ponerse abrigos y gorros forrados de piel. Los cabellos de aquella mujer eran oscuros, con raya en medio, en el sitio donde empezaban a platearse. Tenía ojos grandes, de párpados abultados, que miraban fijamente, como los míos. No era una mujer hermosa, tal vez mayor que Wolfman, pero de rostro llamativo, de huesos prominentes; a todas luces una persona nerviosa e inteligente. Noté en la boca el sabor de los celos como un ácido caliente. Durante un vertiginoso instante pensé: *Es como yo, solo que mayor. Son Exiliados de la misma época.*

Pero no era probable. No podía serlo.

Sus risas chirriaban, como cuchillos y tenedores al chocar unos con otros. No me daba cuenta de que lo que sentía eran celos sexuales, que atacan como una enfermedad virulenta a quienes no los han conocido antes.

¡Incluso fumaban juntos! Los encontré infinitamente desagradables.

De todos modos, esperé allí sin llamar la atención, me pareció, cerca del fondo del auditorio, mientras leía carteles que anunciaban próximas sesiones del cineclub, incluidos varios «clásicos del cine mudo».

No hay nada tan deprimente como futuras películas que estás destinada a ver sola, en caso de que vayas a verlas.

Como no iba acompañada, varias personas se acercaron a hablar conmigo al advertir la presencia en el cineclub de una estudiante solitaria. Quizá hubiera podido hacer alguna amistad (¡eso habría servido para llamar la atención de Wolfman!), pero permanecí callada y evité mirar a cualquier desconocido a los ojos, por temor a descubrir un chispazo de reconocimiento.

Al tratar de enterarme de lo que Wolfman estaba diciendo, descubrí que no me gustaba la risa demasiado estridente de la mujer que se peinaba con la raya en medio. (La había visto mirar en mi dirección, pero yo no la había mirado a

ella.) Finalmente el grupito se deshizo. A la mujer no le quedó más remedio que marcharse con sus amigos.

A alguien que no prestase mucha atención podría haberle parecido que Wolfman había hecho caso omiso de mi presencia hasta aquel momento, no de manera grosera, sino por simple casualidad, como si tuviera que ser simple coincidencia que un profesor y una de sus alumnas estuvieran en la misma sala; ahora reparó en mí con una especie de sonrisa ceñuda.

—¡Qué tal, señorita Enright!

Yo tenía los ojos hinchados, como si hubiera estado llorando. Hasta que vi a Wolfman con aquellos desconocidos, me había sentido muy despierta, emocionada, esperanzada.

Wolfman lo entendió, al ver mi expresión afligida. Pero no tenía intención de consolarme en público.

Se esforzó por dar muestras de simpatía. Se esforzó por mostrarse amable. Sus preguntas fueron las que un profesor universitario podía hacer a una de sus alumnas, de cuyo nombre, con toda probabilidad, no conseguía acordarse. Me preguntó cortésmente si me había gustado la película y se sorprendió cuando le dije lo que pensaba, porque no había hablado con acritud en el refugio de debajo del museo. Allí me había mostrado dócil y rendida, pero ahora apareció una suerte de vehemencia adolescente en mi crítica, y se evidenció la irritación que me producía que otros fingieran admirar aquel «wéstern» ridículo.

Wolfman se echó a reír.

—¡Caramba! Tengo la impresión de que no eres una admiradora de John Wayne.

Su reacción, al mismo tiempo sorprendida y divertida, me recordó a mi padre.

Dije que en mi opinión la película era insultante. Demasiado *simplista* y *tosca*. Si yo hubiera sido india americana, habría estado furiosa. Si hubiera sido mujer...

Pero, por supuesto, era mujer.

Wolfman me contempló con una especie de admiración incrédula. Se veía que era un hombre al que le gustaba que lo sorprendieran. En voz más baja, aunque no era nada probable que nadie pudiera oírnos, dijo:

—Llegas a acostumbrarte al «insulto» intelectual, querida mía. Si ves suficiente televisión y películas en el Lugar Feliz.

Como no quería dejar de despotricar sobre aquel tema, pasé a decir hasta qué punto los rostros de las mujeres resultaban *artificiales*. Y la forma en que los indios, al disparar contra ellos, caían gritando del caballo. Y la horrible «banda sonora» que arruinaba todas las escenas...

—Nadie se comportaba de manera mínimamente convincente. Nadie *parecía* siquiera convincente.

—Las películas —dijo Wolfman— no tratan sobre el aspecto que tiene la gente, Mary Ellen. Tratan sobre nuestra percepción de las personas.

No entendí qué quería decir. Pero pensé que podría reflexionar sobre aquello, en lugar de pedirle a Wolfman que me lo explicara.

—Después de la proyección de un wéstern, podrías hacer uno de tus experimentos conductistas con preguntas tipo test, y verías que sus prejuicios contra los indios habrían aumentado, así como su hostilidad en general. Al ver cómo cae tanta gente del caballo con los disparos, también los espectadores querrían disparar.

Hablaba como su alumna más brillante.

Wolfman se rio como si mi idea fuese demasiado fantasiosa: ¿cómo determinar si los «prejuicios» habían aumentado? A falta de más información, los prejuicios podrían haber disminuido. Y ¿cómo determinar si el efecto causado dependía solo de la película o de otros factores? Reconoció, sin embargo, que un experimento así podría ser revelador, excepto que las actitudes no son «comportamiento» y no es posible medirlas.

—Podrías organizar dos experimentos —dije muy emocionada—: Uno, varias semanas antes de la proyección de la película, y otro justo después. Y ¿por qué una idea no es «comportamiento»? Se produce en la mente: es probable que se pueda ver. Con algún tipo de rayos X.

Empezaban a confundírseme las ideas. Estaba cometiendo el error de adentrarme en el área «censurada», creo, al recordar algo que, en enero de 1960, al no existir aún en la investigación de la psicología experimental, no se podía expresar con claridad.

—No es posible radiografiar ideas, Mary Ellen. Todavía no.

—Bien, *todavía no*.

Hablábamos deprisa, en voz baja. Casi podría haber parecido que sujetaba la mano de Wolfman, para impedir que se fuera corriendo tras sus amigos, separándose de mí.

Porque estaba recordando que me habían examinado el cerebro. Que se

había hecho una secuencia de imágenes de mi cerebro para determinar si mentía o no.

(¿Acaso no había sucedido? ¿En la División Disciplinaria de la Seguridad Nacional para la Juventud?)

Wolfman frunció el ceño, moviendo la boca de una manera peculiar para indicarme: *¡Basta! No sigas.*

En su rostro había aparecido una expresión de alarma. La audacia de Wolfman era calculada, mientras que la mía... no era más que audacia.

Wolfman se alejó deprisa, sin esperar a que lo acompañara.

Me quedé sola en la reducida sala de proyección, desierta ya a excepción de los encargados del cineclub que lo estaban cerrando todo. Me pareció que de forma inquisitiva —intencionada— me estaban observando, pero no respondí a sus miradas y me marché deprisa.

Pocos minutos después, en la calle, vi a la mujer de la mirada dura y penetrante, que seguía con sus amigos en el paseo nevado delante del edificio; Ira Wolfman se había reunido con ellos. Formando un grupo algo disperso, echaron a andar hacia Moore Street para tomarse una copa en uno de los pubs.

No los seguí. No hubiera querido darle a Wolfman aquella satisfacción.

La prueba

Me vestí de prisa a oscuras. No quería importunar a mis compañeras de cuarto. Estaba demasiado preocupada con Wolfman, y eso no era bueno: lo que tenía que preocuparme era el examen de Psicología que estaba a punto de empezar.

Se me hacía difícil comer tan temprano. Tenía que hacer un esfuerzo para tragar los alimentos. Pero si no desayunaba, a las nueve y media estaría muerta de hambre. Se me nublaría la vista. Mi capacidad mental se vería afectada.

Llevé conmigo el bloc de notas. Estudiaría mientras desayunaba.

En la cafetería brillantemente iluminada, los pocos estudiantes que había a las siete y cinco de la mañana eran «extranjeros», de piel oscura, sentados juntos cerca de una de las ventanas; solían verse en medio de un mar de universitarios de raza blanca, si bien, a aquella hora tan temprana, el local estaba casi desierto.

TP5 o TP6. Algo muy poco frecuente en Wainscotia.

Los extranjeros no eran alumnos de licenciatura, sino estudiantes graduados en materias como física, química e ingeniería. Exclusivamente varones. Al descubrirme, sus ojos reconocieron en mí algo incierto y marginal, emparentado con su personal sentimiento de desarraigo. Una o dos veces me hicieron señas para que fuese a sentarme con ellos, pero fingí no verlos.

En sus países de origen, según se decía, hombres y mujeres no alternaban con tanta facilidad. No antes del matrimonio. Al hacerme señas, los jóvenes «extranjeros» se excitaban, poniendo a prueba los límites de su tabú. Sentí consternación y temor al ver que me consideraban un posible *objeto* de su percepción (masculina).

Sobre todo aquella mañana, mientras recorría el mostrador de la cafetería, sentía sus ojos fijos en mí. No parecían demasiado amistosos. Coloqué torpemente en mi bandeja un vasito de zumo de naranja, un cartón de leche de diez centavos, un paquete de cereales de ciento cincuenta gramos y dos

tostadas de pan blanco.

Al oler el desayuno se me hizo la boca agua. Nunca me daba cuenta del hambre que tenía hasta que olía la comida.

¡Adriane! ¡Es... Adriane!

Adriane, ven a sentarte con nosotros.

(No lo oí.)

(¿Sí que lo oí?)

(No. No lo oí.)

Empujaba la bandeja, mostrador adelante, mientras notaba un rugido en los oídos. La empleada de la cafetería que me picó el vale para el desayuno, una negra corpulenta con pliegues de amable preocupación en la cara, me preguntó si me encontraba bien, o si quizás necesitaba sentarme un minuto.

Debía de parecer aturdida. Tampoco supe cómo responder a su pregunta.

La mujer me quitó la bandeja de las manos para que no se me cayera y la dejó en la mesa más cercana, que estaba vacía.

¿Te parece bien así, cariño? Aquí estarás a gusto.

El rugido en los oídos resultaba casi ensordecedor. Fui incapaz de mirar a la mesa de estudiantes «extranjeros» que no me quitaban ojo y que parecían reconocerme.

También ellos eran Exiliados en Wainscotia. Tenía que ser esa la explicación.

Bebí un sorbito del zumo de naranja, que sabía como si le hubieran añadido aguarrás. No conseguí abrir el cartón de leche. Comí unos cereales directamente del paquete. Envolví con maña las tostadas en servilletas de papel para llevármelas y poder enfrentarme después a la dura prueba que me esperaba aquella mañana.

Había estado en la cafetería menos de diez minutos. Cuando me marché entraba algo así como media docena de estudiantes, pisando con fuerza para quitarse la nieve de las botas. También eran de piel oscura, «extranjeros». Todos varones. Vi sus ojos malintencionados, ojos de salvajes, como los ojos de los pieles rojas condenados a morir en la película de John Wayne, porque su destino era que los desmontaran a tiros de sus caballos. Me sonrieron y me dijeron algo, palabras que no llegué a oír del todo, pero que decidí considerar amistosas.

Después de que pasaran oí *¿Adriane? ¿Adriane?*

Una voz ligeramente burlona, con altibajos: *¿Ad-riane?*

Hui desesperada y me resbalé en la acera helada, me di un buen golpe al caer y se me cortó la respiración; pero conseguí ponerme en pie al instante y volver corriendo a Acrady Cottage.

Si hubiese sabido su número de teléfono, habría llamado a Ira Wolfman. Le habría gritado bien fuerte: *¡Hay otros Exiliados aquí! Y me conocen.*

Pero luego, pocos minutos después, algo menos histérica, pensé que quizá no fuese cierto: los jóvenes de piel oscura no eran estudiantes de verdad sino imágenes virtuales, controladas por un agente de EAN-23 como se controlan los drones militares y domésticos, a gran distancia, para confundirme y aterrorizarme; pero sobre todo para tentarme y lograr que los reconociera y me identificara, en violación de las Instrucciones.

Es decir: se había tratado de una prueba. La primera (de la que yo tuviera conciencia) desde mi llegada a Zona Nueve.

Si hubiera hablado con ellos, si hubiera reconocido que era *Adriane Strohl*, aquella falta habría constituido motivo suficiente para «vaporizarme»... allí mismo.

El examen

Exponga, con una extensión de entre setecientas cincuenta y mil palabras, los principios, las técnicas y la importancia del conductismo en la psicología del siglo XX, así como sus posibles y sus probables aplicaciones sociales.

El examen constaba de varias páginas, unidas con una grapa.

Más de doscientos alumnos de Introducción a la Psicología, con expresión sombría, en hileras de pupitres en el gimnasio de la universidad.

Varios vigilantes se paseaban por aquel recinto de grandes dimensiones para asegurarse de que nadie copiaba.

(Aun así, se sabía que, en el caso de asignaturas tan masificadas como Introducción a la Psicología, la existencia de estudiantes que copiaban era un problema «galopante» en Wainscotia. Casi puede decirse que existía la tradición de copiar, y que se celebraba tanto más cuanto más descarada fuese, especialmente entre miembros de fraternidades, si bien convivía con otra tradición de educación cívica, honor, integridad y orgullo institucional.)

(En el instituto Pennsboro nadie copiaba. Por todas partes había cámaras y monitores de vigilancia. Y, en cualquier caso, nadie quería sacar notas demasiado altas.)

A la carrera, leí por encima el examen. El pulso se me aceleró agradablemente.

Pensé: *La caja de Skinner se materializa a mi alrededor.*

Mi primera impresión sobre el examen fue que no había nada que no me supiera de corrido. Porque había estudiado y repasado una y otra vez como una rata en un laberinto que sigue corriendo con la esperanza de una recompensa incluso después de que le hayan retirado la recompensa.

Me pareció que la pregunta para la disertación era al mismo tiempo

decepcionante y estimulante. Pensé: *Voy a escribir algo original y «analítico». Es lo que Wolfman querría.*

Si contestaba a las preguntas con las respuestas obvias, como un animalito en un experimento de Skinner, me pondrían quizá la nota más alta: no era probable que a nadie que se examinara aquel día le dieran una nota superior. Pero si experimentaba por mi parte con la disertación —si rastreaba, por ejemplo, la influencia del pensamiento evolutivo de Darwin en B. F. Skinner, y añadía algo de los antecedentes históricos del conductismo antes de Skinner—, podría decir algo inesperado e interesante.

Wolfman se dará cuenta de que soy yo quien lo ha escrito y le causará una buena impresión.

Aunque me había hecho la advertencia de que no escribiera más de lo estrictamente necesario. Que no fuese más allá de los reducidos horizontes de la asignatura. Pero estaba segura de que solo se proponía protegerme.

Me llevó unos veinte minutos contestar las cincuenta preguntas tipo test. De acuerdo con el excéntrico sistema de A. J. Axel, las preguntas para elegir entre varias respuestas no eran convencionales. En cada una se te pedía que eligieras la única afirmación «correcta» —o la única «incorrecta»— entre cuatro posibles. De esa forma el profesor comprobaba, además de si el alumno conocía la asignatura, su agilidad mental. Se podía conocer la respuesta «correcta» pero no sentirse seguro a la hora de elegirla, debido a las otras afirmaciones en competición. ¿Quizás aquello era injusto? Sin duda, claramente acorde con el conductismo de Skinner.

A mi alrededor, mis compañeros de clase se agitaban en su asiento, pasándose las manos por la cabeza. ¡Eran ratas de laboratorio a las que se hacía correr por un laberinto!

En todo caso, no había nada que no se hubiera presentado con claridad, y repetidamente, en las clases del profesor Axel. Si los alumnos habían sido receptivos, simples recipientes pasivos de la información que se les proporcionaba, estaban programados para contestar correctamente. Éramos las palomas y las ratas de los experimentos de Skinner, comportándonos de la manera adecuada para recibir una recompensa y no un castigo.

Algo en mi interior se rebelaba contra aquella limitación: *¡la tiranía de las respuestas meramente correctas!*

En la asignatura de Lógica había querido preguntarle a nuestro profesor si era posible que x fuese al mismo tiempo x y no- x ; pero supe de antemano que

mi pregunta se habría topado con una mirada de sorprendida preocupación, como podrían recibirse los desvaríos de un demente.

En la vida real sucede (invariablemente) que x es al mismo tiempo x y no- x . Pero en lógica formal, no.

Tu condena en Zona Nueve es rendirte. Sin oponer resistencia.

Era la voz de Wolfman, con tono admonitorio.

Wolfman estaba en otra zona del gimnasio. Sin quedarse nunca quieto. Por fortuna, no le correspondía vigilar la parte del gimnasio donde me encontraba yo.

Wolfman me sabía capaz de escribir una disertación perfecta. Pero se merecía algo mejor si era él quien iba a leer y a calificar mi examen. Era deseo suyo tenerme en gran estima. Aunque fuera en secreto, quería sentirse *orgulloso* de mí.

Desde el incidente de la cafetería me había sentido emocionada y al mismo tiempo aprensiva. Como alguien que se ha salvado de milagro, sentía al mismo tiempo alivio y desasosiego.

¡Escribiría una disertación «original» de mil y una palabras! Sonreí al pensarlo.

Escribiría una disertación que comenzara con varias preguntas: *¿Qué es el «libre albedrío»? ¿Qué es «la ley del efecto»? ¿Qué es «entelequia»? ¿Qué es «mente»? ¿Qué es «el problema de la imitación»? ¿Existe una «selección natural» del pensamiento?* Y a continuación procedería a responder o, más bien, enlazaría respuestas provisionales en una formulación compleja. Hablaría de la historia del conductismo solo de pasada. No perdería el tiempo enumerando hechos evidentes. Sería ambigua, sería poco clara aposta. Me mostraría altamente crítica con B. F. Skinner, a quien compararía con el investigador alemán Driesch, cuyo concepto de vitalismo animal atribuía la existencia de algo semejante a un «alma» tanto en animales como en seres humanos. Escribiría también sobre John Watson, el precursor de Skinner, que había hecho descubrimientos importantes en el condicionamiento de la infancia, y cuya presunción de disponer del poder necesario para «crear» cualquier clase de ser humano a partir de materiales toscos, elementales, era apasionante, por cuanto el conductismo de Watson parecía repudiar cualquier determinismo fatalista y genético. Y escribiría también sobre Darwin, por supuesto. Charles Darwin era uno de los héroes científicos de Wolfman.

Luego —a mitad de camino en el ensayo— tuve una idea brillante:

¡Escribiría con la voz de una rata de laberinto!

Me enfrentaría al enigma de la subjetividad desde el punto de vista del sujeto (desafortunado, impotente). Plantearía si los estados «interiores» no son en realidad tan medibles como los exteriores. Cómo medir lo que es, en apariencia, inmensurable. ¿Se puede descartar una sombra, dado que se la considera inexistente porque no pesa? Una sombra, sin embargo, tiene propiedades visuales. Una sombra es *perceptible*. ¿Hay algo en el interior del cerebro que recibe, organiza e interpreta las percepciones sensoriales? ¿Es ese algo el «yo», es ese «yo» el «alma»?

No tuve tiempo de volver al inicio del ensayo, para hacer coherente la voz de la rata. Esperaba que Wolfman sonriera y se sintiese impresionado.

Me sumergí tanto en la disertación sobre la rata del laberinto, sobre una rata en las profundidades más recónditas de un laberinto, que me llevé una sorpresa cuando los vigilantes anunciaron que solo disponíamos de cinco minutos para concluir y entregar los exámenes: ya eran las diez y veinticinco. ¡Pero no había terminado!

Despreocupada, emocionada, como alguien que se lanza cuesta abajo por una pendiente muy pronunciada pero no ha llegado todavía al final, había llenado más de doce páginas del cuaderno de tapas azules y había escrito más de mil y una palabras, estaba segura; tenía intención de volver atrás y revisar lo que había escrito, además de introducir varias notas importantes a pie de página... Aunque en el gimnasio no hacía demasiado calor, había empezado a sudar a mares. Miré alrededor buscando a Wolfman pero no lo vi; debía de estar al fondo del gimnasio, a mi espalda e invisible.

¡Solo tres minutos!

Para consternación mía, vi que la disertación «original», «brillante» que tenía en mente no había resultado como esperaba. Era demasiado ambiciosa, demasiado dispersa. Era más bien un resumen de un artículo que hubiera necesitado una extensión de cincuenta páginas y que sería una crítica del conductismo. Al adoptar la voz de la rata, me desviaba hacia una cuestión secundaria: las «consecuencias sociales» del conductismo, y me daba cuenta demasiado tarde de que había perdido un tiempo precioso. Había descuidado enumerar los principios fundamentales del conductismo, ¡tan elementales y que se repetían con tanta frecuencia! No veía razón para poner por escrito lo absolutamente obvio. Me dolía la cabeza por la tensión y la falta de sueño. Se me mezclaban las ideas como la ropa al dar vueltas en el interior de una

lavadora. No lograba quitarme de encima los ojos acusadores de los estudiantes «extranjeros» que me habían reconocido como una de los suyos, a no ser que los estudiantes «extranjeros» fuesen funcionarios del Estado. (¿Quizás solo imágenes «virtuales»? No me había acercado para ver si, ¡qué cosa tan horrible!, podía atravesar a uno con la mano mientras los demás miraban, riendo con disimulo.) En la sexta página del cuaderno del examen, y durante mi revisión precipitada, había tachado por error un párrafo extenso, paráfrasis de varios textos de Skinner; me di cuenta después de que lo necesitaba para mi argumentación, y no se me ocurría cómo recuperarlo. Había memorizado el párrafo de Skinner, o al menos su mayor parte, dado que lo había leído de primera mano, con independencia de nuestro libro de texto, en *Ciencia y conducta humana*, del mismo Skinner (1953):

¿Cuál es el significado del «uno mismo» en «control de uno mismo» o «conocimiento de uno mismo»?

El «uno mismo» se utiliza sobre todo como causa hipotética para la acción. Siempre que las variables externas pasen inadvertidas o se prescindan de ellas, su función se asigna a un agente originador dentro del organismo. Si no podemos mostrar qué es responsable de la conducta de un ser humano, decimos que el responsable es él mismo... Esa manera de proceder resuelve el problema de nuestra ansiedad con respecto a fenómenos inexplicados y se perpetúa precisamente porque lo hace.

Sea lo que fuere el «uno mismo», en apariencia no se identifica con el organismo... El «uno mismo» no es más que un recurso para representar cierto sistema de respuestas funcionalmente unificado.

Al citar y parafrasear a Skinner, de algún modo había llegado a dar la sensación de estar de acuerdo con él: ya no lograba recordar cuáles habían sido mis objeciones iniciales. Me habían impresionado, además, sus observaciones sobre la «ausencia» de autoconocimiento; esto, también, de primera mano, y no de nuestro libro de texto: *Uno de los hechos más llamativos sobre el conocimiento de uno mismo es que tal vez no exista*.

Había algo aterrador allí. Y, sin embargo, extraordinariamente clarificador. Si no me podía conocer, no podía conocer nada: si la lente está manchada, la visión siempre será borrosa.

Se me cayó la pluma al suelo. El cuaderno estaba lleno de borrones, frases tachadas, palabras mal escritas. Pero no tenía tiempo: los vigilantes estaban recogiendo el trabajo de los últimos rezagados, la mayoría de los pupitres de aquel gimnasio con demasiadas corrientes de aire estaban ya vacíos y un ceñudo vigilante venía hacia mí con la mano extendida:

—¿Señorita? El examen ha terminado.

Al igual que Wolfman, era profesor de un grupo de prácticas. Como es lógico, no conocía a «Mary Ellen Enright»: Wolfman no le había mencionado que tenía en su clase a una alumna muy brillante...

Con una sonrisa cortés entregué el cuaderno. Estaba bañada en sudor de los pies a la cabeza. Y profundamente avergonzada. Pero no perdía la esperanza. *A Wolfman le impresionará lo que he escrito. Se dará cuenta de que soy capaz de hacer un examen para matrícula de honor, pero he intentado ir algo más allá. Sin duda... me perdonará.*

Al levantarme del asiento, las piernas apenas me sostenían. Busqué a Wolfman con la mirada; estaba más o menos a mitad del gimnasio pero al otro lado, agrupando exámenes. Reía junto con otro vigilante. Para ellos, la terrible experiencia del examen era algo tan insignificante como para los investigadores observar a las ratas correr por un laberinto, o a las palomas picotear desesperadas una tecla que se niega a moverse, o a un gato que reacciona aterrorizado cuando recibe una descarga eléctrica.

Durante las dos horas del examen Wolfman había hecho caso omiso de mi presencia. O quizás no se había acordado de mí en ningún momento. Hacia la mitad del tiempo disponible había habido un pequeño revuelo en otra parte del gimnasio, donde se había sorprendido copiando a uno o a varios alumnos o (era una posibilidad) alguien se había puesto enfermo; mientras estaba concentrada en mi ensayo había oído voces susurrantes pero apasionadas, y también ruidos de alguien a quien se hacía abandonar el gimnasio, pero no había llegado a darme la vuelta para mirar. Me pregunté si era Wolfman el vigilante ligado al incidente.

Tardé algún tiempo en ponerme la chaqueta con forro de lana, que pesaba mucho y se me clavaba en las axilas. Fuera hacía frío de verdad: doce bajo cero.

Resultaba extraño ver cómo, en Zona Nueve, el invierno no era cosa de broma. Hacía décadas que en nuestro sector de EAN-23 no había invierno —bajas temperaturas, nieve—, aunque mis padres hablaban con nostalgia del

«invierno», como de otros fenómenos del pasado que ya no eran más que recuerdos.

Abandoné el gimnasio. Fui de las últimas en marcharme. Al salir me deslumbró un exceso de luz.

Por todas partes se amontonaba la nieve. De un blanco cegador.

Wainscotia Falls, Wisconsin, era una zona de colinas nevadas, de árboles altos coronados de nieve. Era un lugar lleno de belleza, pensé. Pero... no era el mío.

No quería morir allí. Tan lejos de todos los que me conocían o me querían. O se sentían responsables de mí.

En el aire frígido e incontaminado mi aliento se convertía en vapor. Me sentí víctima de un cansancio extremo aunque solo estábamos a media mañana, con el resto del día extendiéndose delante de mí, insondable. Pensé: *Si me suspenden, perderé la beca. Me vaporizarán.*

A trompicones y casi sin aliento, corrí en dirección al campus central. No volví la vista para ver si quizás Wolfman me seguía, ni tampoco le oí a él, ni a nadie, llamarme:

¡Adriane! ¡Ad-riane!

La nota insuficiente

—Te lo dije —me espetó Wolfman.

—Me dijiste... ¿qué?

—Que no fueses «original». Ni «analítica». Que te limitaras a responder: lo mínimo.

—Pero las preguntas del examen eran todas demasiado fáciles —protesté, testaruda—. Podría haberlas respondido dormida.

Wolfman rio. Sentí que me ponía colorada.

—Pensé que el profesor Axel podía apreciar una respuesta que no fuese como todas las demás —le dije—. Pensé que si le enseñabas el ensayo...

—¿Hablas en serio? Axel lleva veinte años sin ver el examen de ningún alumno. No se molestaría en leer un examen de matrícula de honor, algo que tú no has conseguido. Ni siquiera le interesan los alumnos de doctorado, y no digamos los de grado.

Me hirió aquella observación tan de pasada. *Algo que tú no has conseguido.*

Todavía insistente, parpadeando para ocultar las lágrimas de decepción, insistí:

—No estaba pensando en una nota, Ira. No redacté el examen para conseguir una buena calificación. No he estudiado toda la materia para eso. Tampoco he leído tantísimas cosas como he leído y que no entraban en el programa pensando en una nota. Pero creí que...

Wolfman me apretó la mano, que estaba helada, lo que tuvo el efecto de cerrarme la boca.

—Ya se ha terminado, «Mary Ellen». No has fracasado, aunque no hayas estado a la altura de la exaltada idea que tienes de ti misma. Y yo ya he dejado de ser el doctor Wolfman, tu profesor de prácticas.

Wolfman, amor mío: Recuerdos escogidos

—Adriane.

Wolfman solo me llamaba así cuando estábamos solos. Ninguna otra persona de Zona Nueve me llamaría nunca por ese nombre.

Pero cuando nos hallábamos en un lugar público o casi público me llamaba «Mary Ellen» o, con más frecuencia, «señorita Enright». Daba lo mismo que no hubiera nadie cerca, como en el arboreto de la universidad, por donde paseábamos a veces, sin ir de la mano, ni tocarnos, tan solo con proximidad de compañeros.

No habíamos vuelto al refugio antiatómico. En cambio, empezamos a ir ya de noche al apartamento de Wolfman. Pero raras veces nos quedábamos allí mucho tiempo.

Como él decía, ahora que ya no éramos profesor y alumna, no era *improcedente* que nos viéramos, como lo habría sido antes.

—Aun así, eres demasiado joven. O yo demasiado viejo.

Y yo pensaba, con malicia: *Sí. Pero puedo esperar hasta alcanzarte.*

Una primera vez, y después una segunda, había atravesado el Museo de Historia Natural hasta la parte trasera del edificio, en busca de la escalera que descendía en picado hasta la entrada del refugio. Recordaba la cerradura con combinación que Wolfman había hecho girar con tanto cuidado, aunque, por supuesto, nunca hubiera podido recordar la combinación misma, dado que no estaba lo bastante cerca para verla.

Lo extraño era que ni siquiera había sido capaz de localizar la entrada.

Las dos veces me faltó el valor y regresé a la zona iluminada en la parte delantera del museo. Había oído que la señorita Hurly me llamaba, o un rumor de voces en la biblioteca, visitantes que esperaban encontrar a alguien de

guardia en el mostrador de la entrada para llevarse prestado un libro, y me había apresurado a volver, jadeante, a mi puesto.

—Mary Ellen, ¿dónde estabas? —decía la señorita Hurly con voz irritada—. He estado llamándote y llamándote, fui a buscarte por el museo, pero no pude encontrarte. Y ahora... aquí estás.

—Pero, señorita Hurly, he estado aquí todo el tiempo.

No me creyó, sin duda alguna. En una ocasión fue el profesor Harrick quien me estaba esperando, con un montón de documentos que había que (re)mecanografiar.

Casi al borde del pánico, pensé: *Pero ¿dónde he estado, si no estaba aquí?*

—Eso es ridículo. No ha sucedido nunca.

Wolfman se rio de mí cuando empecé a contarle lo sucedido en la cafetería con los estudiantes «extranjeros»: los que parecieron reconocerme como Exiliada, la mañana del examen de Psicología.

—Sufriste alucinaciones por el agotamiento y la preocupación. Olvídalo.

—Pero si los vuelvo a ver...

—No volverás a verlos, Adriane. Te lo prometo.

Y luego: mientras caminaba con Wolfman por Quad Street, al sur del campus.

En aquel lugar público no éramos —del todo— pareja. Más bien parecíamos personas que se habían encontrado por casualidad y que, también por casualidad, seguían caminando en la misma dirección.

Un hombre alto, alrededor de la treintena, sin sombrero, densos cabellos oscuros, cejas también oscuras, rostro iluminado por el pensamiento. Una joven de menos de veinte, escondida dentro de una voluminosa chaqueta con forro de lana que le tapaba el pelo y buena parte de la cara y que parecía una o dos tallas demasiado grande para ella. Una chica intensamente consciente del hombre que llevaba a su lado.

Terminaba una mañana de sábado, en febrero de 1960. Después de una nevada nocturna. Y las aceras y las calles, apresuradamente despejadas con palas y máquinas, de un blanco que deslumbraba.

La noche anterior no nos habíamos visto. (Yo no tenía ni idea de dónde

podía haber estado Wolfman. En cuanto a quién podía haber llevado a su apartamento, prefería no hacer suposiciones.)

Vamos a quedar. Quiero verte. ¿Qué tal estás? Wolfman me había contactado así.

Desde el examen de Psicología en el que no había seguido sus consejos, Wolfman me había castigado con un escueto aprobado en el examen y un notable de calificación final en la asignatura.

—Tendría que haber sido sobresaliente. Pero no lo es.

Me sentí rechazada. Pero pensé: *¿Qué importancia hay que darle a una nota? Tengo la suerte de estar viva.*

Y a continuación: *En el Exilio ninguna nota tiene importancia.*

También desde el examen de Psicología, Wolfman me obsequiaba con una especie de frágil ternura, mezclada con malestar y preocupación. Yo me esforzaba por no pensar que se trataba de la clase de sentimientos que alguien puede sentir por hermanas o hermanos más jóvenes.

En aquel lugar, con tantas cosas que decir que no se podían decir por tratarse de un lugar público, quería cogerlo del brazo, o apoderarme de su mano (enguantada), pero no me atrevía.

Deseaba preguntarle si había estado con alguna mujer la noche anterior: la que miraba con tanta fijeza, por ejemplo, quien sin duda se sentía atraída por él. Me había enterado de que se llamaba Cornelia —«Nelia»— y que era estudiante graduada de psicología social. *Pero no. No debes inmiscuirte. Su vida privada es solo suya. Wolfman no es tu amante.*

Fue entonces cuando vi, mientras cruzábamos la calle, a varios jóvenes de piel oscura que se nos acercaban. Eran estudiantes graduados, a todas luces «extranjeros»: sus ojos se detuvieron en mí, luego en Ira Wolfman y a continuación otra vez en mí, con expresión de intenso interés; yo habría pensado que casi de *reconocimiento*.

En aquel instante me dominó el miedo. Al pasar junto a ellos oí que se comunicaban en voz baja en su idioma ininteligible. *Están hablando de nosotros, ¿verdad? ¿Qué dicen?*

Aunque aturdida, terminé de cruzar la calle, pero, una vez en la acera, me detuve en seco. De la misma manera que un animalito de laboratorio —condicionado para quedarse inmóvil ante un estímulo visual amenazador— no entiende por qué le domina la parálisis, yo cerré los ojos y me quedé muy quieta hasta que Wolfman me empujó.

Luego quiso saber qué me pasaba, y se lo dije, con voz apenas audible:

—Eran esos los estudiantes... Ahora mismo.

—¿Qué estudiantes?

—Los «extranjeros». Los que me habían visto, y creo que me reconocieron, en la cafetería la semana pasada...

—¿Quién? ¿Dónde? —Wolfman se volvió para mirar.

¿Dónde se habían ido? ¿No habían existido nunca? No tuve valor para volverme también y mirar.

—¿Cómo podías saber quiénes eran? Seguro que no te aprendiste sus caras. En Wainscotia, Wisconsin, todos los estudiantes «extranjeros» parecen iguales.

Caminé a toda prisa por Quad Street. Casi tropezándome con los peatones. Y perdí tantas veces pie en la acera resbaladiza, que Wolfman tuvo que tomarme del brazo y sujetarme.

—Los he visto, Ira. Créeme. Y ellos nos han visto *a nosotros*.

Wolfman rio como lo hacía cuando rechazaba algo, aunque al mismo tiempo fuese una manera de ofrecerme consuelo.

—Quizá fuesen alumnos de psicología. Estudiantes graduados que han ido como oyentes a las clases de Axel. Puede que me conozcan a mí. Que no tenga absolutamente nada que ver contigo.

Habíamos dejado el barrio comercial de Moore Street, que apenas eran más de dos o tres manzanas. Estábamos ya en el campus de la universidad, recorriendo con paso firme la cuesta arriba hacia la biblioteca central. A nuestro alrededor la nieve centelleaba con la luz del mediodía. Al ver que estaba muy callada, Wolfman se apoderó de la muñeca que me quedaba al descubierto entre la manga de la chaqueta y el guante, un gesto de inesperada intimidad en un lugar público.

—¿No te dije, Adriane, que no tienes nada que temer de esas personas? Te aseguro que no *existen*.

Fue entonces cuando me convencí de que Ira Wolfman me quería. De alguna manera que quizá no fuese sexual, o posesiva, pero me quería.

Un lugar hermoso. Quería creer, además, que era un lugar seguro.

Me refiero al arboreto de la universidad, al norte del campus.

En los EAN-23 que tanto Ira Wolfman como yo conocíamos, ya no existían espacios «públicos»: las zonas verdes más deseables en ciudades y estados y el noventa por ciento de los antiguos parques nacionales —como Yellowstone, Gran Cañón y Yosemite— se habían vendido a intereses privados, minería, fracking, explotaciones forestales y lugares de vacaciones para los muy ricos. Entrar en esas tierras sin autorización se podía castigar hasta con la pena de muerte. (Los delitos más atroces en EAN entraban en la categoría de VDP [Violación de Derechos de Propiedad], solo superados por la Traición y el Cuestionamiento de la Autoridad.) Vallas electrificadas de más de tres metros de altura protegían hermosas zonas costeras de propiedad privada a orillas del Atlántico y del Pacífico, con guardias de seguridad armados vigilando la entrada. Los únicos «parques» disponibles para uso público eran descampados llenos de escombros, zonas pantanosas y vertederos, tierras sin cultivar contaminadas por sustancias químicas y otros residuos. (Burnt Fly Bog —en Nueva Jersey, a menos de veinte kilómetros de Pennsboro y dentro del programa federal Superfund de descontaminación de residuos tóxicos— se tenía por un sitio «seguro» para excursiones y deportes acuáticos, pero era raro ver allí a visitantes por encima de TP4.) En consecuencia, para mí había sido una agradabilísima sorpresa descubrir el arboreto de Wainscotia.

También a Wolfman le gustaba mucho. Era el lugar que le había «devuelto la salud mental» a su llegada a Wainscotia, cuando aún era un joven de veinte años aturdido y desmoralizado por su detención y su *teletransporte*, un universitario brillante de EAN-Cambridge (antiguamente Harvard) camino de graduarse en informática, matemáticas y psicología cognitiva.

A Wolfman también le gustaba correr. Aunque en Zona Nueve, en los primeros años cincuenta, solo «corrían» los atletas cuando se entrenaban. Y el único calzado para correr eran las zapatillas corrientes.

El arboreto de Wainscotia colindaba con la Escuela de Agricultura, pero se extendía cientos de hectáreas hasta otra zona de bosques que terminaba en la bahía Wainscotia, la cual, a su vez, desembocaba hacia el este en el gran lago Michigan, que yo solo había visto en fotografías y en un mapa. (La orilla del lago quedaba fuera del radio de quince kilómetros a partir de mi lugar oficial de residencia, al igual que sucedía, hacia el oeste, con el lago Hallow, mucho más pequeño.) En febrero de 1960 no me había alejado más de tres o cuatro kilómetros del epicentro de mi residencia en Zona Nueve, que era Acrady

Cottage.

Wolfman hablaba en tono desdeñoso de su «epicentro», que era Greene Hall, en el campus de la universidad.

—Si quiero, me marcharé... Quizás. Basta con irse andando. O, todavía mejor, en bicicleta.

Cuando Wolfman hablaba así, me fascinaba su fanfarronería y también me inquietaba.

—En los laboratorios se ha observado que a los animales enjaulados les da miedo abandonar sus jaulas —dijo—, hasta cuando se les deja la puerta abierta. Incluso si se ha hecho desaparecer la puerta.

—Pero... eso no es lo que nos pasa a nosotros, ¿verdad? No lo entiendo.

¿Decía Wolfman cosas así para ponerme a prueba? ¿Quería establecer hasta qué punto era yo temeraria o miedosa? En la desesperación de mi soledad, a menudo había fantaseado con la posibilidad de huir de Wainscotia y de saltarme las Instrucciones, pero nunca había estado cerca, ni por asomo, de hacer algo tan peligroso.

Yo no tenía dudas de que en Zona Nueve se me vigilaba. De que mi figura se proyectaba en una pantalla en algún sitio. Si sobrepasaba el radio de quince kilómetros, podía ser «vaporizada» de manera instantánea.

¿No había presenciado la vaporización de Z, el chico del instituto, en un Ataque con Dron Nacional? ¿No había visto la expresión de incredulidad en el joven rostro de Z, un segundo antes de que su cabeza explotase como una nova?

Había empezado a contarle a Wolfman cómo había visto la ejecución en un monitor de la División Disciplinaria de la Seguridad Nacional para la Juventud, pero Wolfman me interrumpió:

—Si era un monitor, probablemente solo viste una simulación. No tienes forma de saber si lo ejecutaron de verdad.

—¡Claro que sí! Fue algo real y horrible. Nos estaban interrogando a cuatro, todos números uno de nuestras promociones en el instituto y ganadores de «Becas Patrióticas para la Democracia». Nos exigieron que confesásemos que éramos conspiradores, y si no lo hacíamos, uno de nosotros sería «sancionado»...

—Te aseguro que no hay forma de que un ciudadano de a pie distinga entre un suceso «virtual» escenificado y algo que sucede en la realidad. Especialmente a través de una pantalla. ¡Créeme! Lo sé.

¿Por qué no se mostraba Wolfman más solidario? Yo sabía que el chico, cuyo apellido empezaba por Z, había sido ejecutado; no se trataba de una simulación, sino de muerte pura y simple. Lo sabía sin lugar a dudas.

Ataque con Dron Nacional: cuestión de menos de sesenta segundos para licuar a la víctima, con un rayo láser emitido por un objeto volador no más grande que un zorzal, que implosiona al alcanzar el blanco y es él mismo vaporizado.

Yo temblaba de indignación y de ansiedad. La muerte de aquel muchacho había sido un espectáculo que no olvidaría nunca porque, a diferencia de otros recuerdos recientes, se había grabado a fuego en mi cerebro.

—Quizá nunca hayas visto un ADN, Ira. Yo sí.

Era una pequeña jactancia bien triste. Wolfman parecía a punto de responder, pero cambió de idea y siguió caminando a buen paso por delante de mí.

En aquel día luminoso de sol y nieve estábamos haciendo senderismo por el arboreto. Al respirar lanzábamos nubes de vapor porque la temperatura estaba muy por debajo de cero grados. Teníamos cuidado de no caminar demasiado juntos y de no darnos la mano, por supuesto. Wolfman iba en cabeza, como un excursionista experto que muestra el camino a otro menos preparado. Por lo general no hablábamos mucho, porque allí Wolfman prefería el silencio. Al oír parlotear a otros excursionistas, me había explicado, en voz muy baja, lo mucho que le gustaría *vaporizar* a aquellas personas tan maleducadas que echaban a perder para otros el silencio y la belleza del arboreto.

Me escandalizó el término que había utilizado: *vaporizar*.

¿Cómo podía Ira Wolfman, entre todo el mundo, decir algo así, aunque solo fuese en broma?

Cuando caminaba solo, recorría muchos kilómetros. Tenía unas piernas muy musculosas. Si salíamos juntos, no solíamos recorrer mucho más de tres kilómetros, siguiendo una senda serpenteante entre colinas nevadas. Buena parte de los árboles tenían pequeñas placas identificativas, así que una excursión por el arboreto era didáctica, como merodear por el Museo de Historia Natural; si bien era probable, después de una nevada, que las placas quedaran ocultas. A menudo, los quitanieves tardaban en intervenir, de manera que resultaban imprescindibles, como Wolfman siempre insistía, las botas hasta las rodillas para abrirnos camino por los senderos, que hasta costaba distinguir bajo la capa de nieve. Lo que yo temía (Wolfman se reía de aquel

miedo mío) era que nos desviásemos y, sin querer, incumpliéramos las Instrucciones, que nos prohibían alejarnos más de quince kilómetros de nuestro epicentro; según Wolfman, era ridículo imaginar que pudiéramos llegar tan lejos sin darnos cuenta y que, incluso en ese caso, dudaba de que tuviera consecuencias.

Wolfman creía que el aire libre era «más seguro» que cualquier interior, por lo general; que las amplias extensiones del arboreto eran más seguras que el campus de la universidad; aunque ningún sitio estaba tan protegido como el refugio antiatómico debajo del Museo Van Buren, donde con total certeza no podía llegar la vigilancia de EAN.

En principio, yo no tenía razón alguna para dudar de sus palabras. Cuando me llevó al refugio era tal mi asombro, me sentía tan intimidada, que no fui capaz de pensar con claridad. Pero en semanas posteriores había llegado a preguntarme cómo sabía Wolfman lo que aseguraba saber sobre los sistemas de vigilancia que desde el lejanísimo EAN-23 teletransportaban hasta Wainscotia, Wisconsin.

—Su seguridad no es perfecta, la de EAN —me explicó Wolfman con un susurro desconcertante—. Su radar no nos capta continuamente. Quieren que los IE piensen que lo saben todo sobre nosotros, pero es imposible. Por una razón, y eso es algo básico: Wainscotia no está *conectada*. Aquí no existe el ciberespacio. No hay red. Es como «los átomos y el vacío» antes de la creación. Quizás tengan agentes aquí, pero no pueden ser muchos. En EAN y en nuestro tiempo se da por seguro que todo está «monitorizado»: se controlan todos los intercambios de teléfonos móviles y ordenadores, todo lo que sea electrónico. Damos por hecho que se nos está grabando, como a animales de laboratorio que ya han nacido en cautividad. Pero Zona Nueve es muy diferente. Esa es la razón de que la llamen el «Lugar Feliz».

Pero ¿quién llamaba Lugar Feliz a Zona Nueve? Yo no entendía.

—Y la conexión entre «futuro» y «pasado» es tenue. No es el «Hermano Mayor» quien te está vigilando; en absoluto. Mi teoría es que la puerta podría cerrarse; la conexión podría romperse como una goma elástica; podrían perdernos y no volver a encontrarnos.

Aquello no me resultó en absoluto reconfortante. Si es que estaba entendiendo correctamente a Wolfman.

—Quieres decir que... ¿no regresaríamos nunca a nuestra vida de antes? ¿Nuestro Exilio sería permanente?

Wolfman se echó a reír.

—Sí, es verdad, aquí más bien nos asfixiamos, en nuestro «caldo de cultivo de la mediocridad». Pero la alternativa tampoco es tan claramente superior, ¿no?

Quise protestar: echaba de menos a mis padres. Quería a mis padres y deseaba con todas mis fuerzas volver a verlos; ni siquiera se me había permitido despedirme de ellos...

Wolfman no había dejado atrás a nadie a quien quisiera de verdad, eso era evidente. Y si ese no era el caso, su Exilio era ya tan prolongado que sus sentimientos se habían atrofiado.

—En EAN podría suceder con mucha facilidad algo que arrebatara el poder al Gobierno. Los ciudadanos de a pie no son conscientes de que existen disputas en el interior de EAN: el presidente tiene su facción dentro del Partido Patriótico, pero existen otras. Hay disidentes secretos, rivales. Se dan alzamientos militares que son sofocados... o quizás no. En ese caso habría una rebelión del «ciberespacio», y quien tenga control de los ordenadores controlará EAN. Los llamados líderes de EAN son invisibles para nosotros, pero en absoluto entre sí. Su «poder» depende de la energía eléctrica, que es la fuente de poder más elemental, dado que genera un enorme sistema de ordenadores. En la actualidad todo lo genera la fuerza eólica, pero no es infalible, y un día la estructura entera se podría venir abajo.

Me di cuenta, por el éxtasis en la voz, de que Wolfman acariciaba la fantasía de un regreso triunfal a EAN. El brillante y audaz rebelde Exiliado que vuelve, vence a sus enemigos, les arrebató el poder y ocupa su sitio.

Me preguntaba cuál había sido su papel en EAN-23. ¿Su papel en el Gobierno era mayor de lo que me había contado? Sin duda pertenecía a una casta superior a la de mi familia: mi padre era un hombre inteligente, pero le faltaba la confianza en sí mismo que, incluso en el Exilio, le sobraba a Ira Wolfman.

—Preferiría que no dijeras esas cosas, Ira —medio le supliqué—. Yo quiero volver...

—Sí, así es justo como te controlan, Adriane. Todos los «Exiliados» creen que echan de menos su hogar... hasta que regresan.

—Eso que has dicho... es terrible, Ira...

—¿Por qué? ¿Acaso no es cierto?

—Quiero a mis padres, los echo de menos...

Al borde del llanto. Con un nudo en la garganta.

No quería creer que, hasta cierto punto, aquello pudiera ser cierto. Doloroso, que gran parte de lo que Wolfman decía fuese verdad. Hasta cierto punto.

A menudo, en mis tiempos de instituto, me había deprimido, estaba triste, enfadada, incluso desesperanzada: tan *atrapada* por los límites de mi vida y la de mis padres, a quienes compadecía y con quienes (quizás) me impacientaba, como un niño se puede impacientar con sus padres, incapaz de entender las complejidades de su vida.

Regresar a una vida apenas distinta de la que ya conocía, sabiendo lo que sabía ya sobre el poder del Estado, sería difícil.

Aun así, de pronto me sentí exultante. Wolfman me había llamado «Adriane».

Descubría amor en su voz cuando me llamaba con aquel nombre prohibido. Descubría ternura, respeto, aprecio, preocupación: amistad y deseo de protegerme. También notaba, por supuesto, que le divertían mis ocurrencias y que me miraba con aire condescendiente.

Descubría *intimidación*: el regalo más precioso para alguien en el Exilio.

Ahora que ya no era alumna suya, Wolfman me trataba de manera un tanto diferente, como si fuese más adulta. En la primavera de 1960 me matriculé en cinco nuevas asignaturas, pero no continué con psicología, al menos de momento.

También a él le pareció una buena idea que no continuara ese semestre. Si me hubiera correspondido otro profesor de prácticas, Wolfman se habría interesado en exceso por mi trabajo y por cómo el nuevo profesor me calificaba; y si me hubiera tocado Wolfman por segunda vez, nuestra relación habría sido una fuente de tensión para ambos.

(Admiraba a Wolfman por haber leído mi examen final «a ciegas» y por haberlo calificado de forma tan honesta como lo había hecho. Me sentí herida —claro que sí— porque siempre queremos que nos aseguren que somos especiales; pero Wolfman, sin duda, hizo lo correcto. No había hecho concesiones en sus normas académicas ni siquiera por una compañera en el Exilio. No había hecho que me sintiera en deuda con él.)

—Me has llamado «Adriane», porque sabes mi verdadero nombre —dije

—. Pero nunca me has dicho el tuyo.

—Cierto.

—Pero ¿por qué no?

—Mi nombre es el que uses para llamarme, Adriane. Lo que quiera que me llames, ese es mi nombre. El que me pusieron al nacer no tiene ninguna importancia.

—Pero ¿por qué no me lo dices? Tú sabes el mío.

—«Ira Wolfman» ha llegado a ser el nombre adecuado para mí. Creo que lo preferiría para mis publicaciones. Y en cualquier caso está lo bastante cerca de mi nombre original.

—Cuál está más cerca, ¿«Ira»? ¿O «Wolfman»?

—Los dos.

—¿«Wolfman» es un apellido judío?

Mi pregunta le hizo reír. Me contó que no era del todo judío, porque se trataba más bien de una «aproximación inglesa» de comienzos del siglo XX a un apellido judío de Rusia.

Pese a la mucha nieve —que ningún otro excursionista había pisado aún—, Wolfman había ido acelerando el paso poco a poco. Era costumbre suya —no quiero pensar que fuese una estratagema— caminar delante de mí por un sendero, de manera que me quedase sin aliento por el esfuerzo de seguirlo y no por el de hablar con él.

Varias veces estuve a punto de caerme. El corazón acelerado empezó a dolerme. Me moría de calor dentro de mi gastada chaqueta forrada de lana.

¡Wolfman, no me dejes! Wolfman, por favor, protégeme.

El cielo, muy alto sobre nuestras cabezas, era de un azul brillante como de porcelana y, cuando pasábamos por debajo de árboles, pájaros de alas oscuras revoloteaban entre las ramas más altas, llamándonos con gritos roncós, como cuervos o estorninos, con indignados ojos amarillos.

Y a veces también nos encontrábamos en la lavandería de Rampike Street.

Cálidos olores como a levadura. Suaves sonidos de las prendas que dan vueltas y chocan entre sí en la secadora. En aquella época anterior a los teléfonos móviles, la lavandería permanecía a menudo en silencio incluso cuando estaba relativamente llena, porque la clientela era sobre todo de

estudiantes graduados que aprovechaban la espera para trabajar. (La mayoría de los alumnos de grado podían utilizar las lavadoras y secadoras de su residencia. Acrady Cottage también las tenía en un sótano frío y húmedo, pero yo prefería una lavandería más impersonal donde pudiera tropezarme con Ira Wolfman.)

Era además algo así como un sitio donde refugiarse, esa era la impresión que daba. El ambiente resultaba tranquilizador y como de ensueño. Nunca podrían «vaporizarte» en la lavandería de Rampike Street; una idea así era ridícula.

La primera vez que nos encontramos allí, fue por casualidad. Pero después planeaba yo las ocasiones.

Me había ofrecido a planchar las camisas de algodón de Wolfman, todavía húmedas después de lavarlas. No es que fuese una época anterior a las prendas que no necesitan plancha, pero a esas telas se las consideraba de mala calidad y de hecho eran muy baratas. El algodón y el lino eran más elegantes y más deseables. Wolfman tenía media docena de camisas de vestir de manga larga que se ponía para dar clase. Cuando llevaba corbata se aflojaba el nudo nada más terminar y, tan pronto como salía del campus, se la quitaba, asegurando que se ahogaba, «literalmente».

Era una novedad: ¡*planchar!* Había visto anuncios en la televisión de Acrady Cottage. «Amas de casa» que planchaban felices las camisas de sus maridos.

En el apartamento de Wolfman —un apartamento de tres habitaciones en Myrtle Street, austeramente amueblado—, había una tabla de planchar plegada y guardada en un armario, con una funda bastante chamuscada, y una plancha reluciente tan pesada que casi se me cayó de la mano la primera vez que la levanté. (La tabla de planchar formaba parte de la dotación del apartamento.) Eran utensilios de unos Estados Unidos antiguos, desaparecidos, de los que tenía un conocimiento mínimo, porque nunca había visto «planchar» a mi madre: vivíamos ya en una época de después del algodón, de telas que se secaban muy deprisa y sin arrugas.

Me pregunté qué hubiera pensado mi madre de su hija ¡empuñando una pesada plancha como si fuese una pionera! Habría querido asegurarle, de todos modos, que tenía sus pequeñas compensaciones.

Si te gusta la tarea. Si las camisas son de alguien a quien quieres. Si nadie te obliga a «planchar», sino que se trata de algo que eliges hacer.

En EAN-23 había hogares, en los barrios de las castas más pudientes, en los que trabajaban criados. En algunas casas, todo un equipo de sirvientes. Por lo general eran miembros de la casta SE (Sirvientes Escriturados): personas desesperadas que, al verse sin dinero y muy probablemente endeudadas, establecían una relación contractual con patronos durante un determinado número de años; muchos, en realidad la mayoría, pero no todos los SE, eran TP5 o más bajos: gente de piel oscura. No había que llamarlos *esclavos*, que era un término ofensivo, ni siquiera *sirvientes escriturados*, sino sencillamente «criados».

El comentario de Wolfman a todo esto fue: *¡Oye! No me he hecho amigo tuyo para convertirte en mi criada. No te estoy colonizando, Adriane.*

De todos modos, Wolfman no veía con malos ojos que se le plancharan las camisas en casa. De lo contrario, habría tenido que llevarlas a una lavandería, lo que era caro y suponía una considerable molestia. (Pese a toda su competencia como psicólogo experimental, por lo visto no era capaz de plancharse él mismo las camisas. ¿Por qué? ¿Una deficiencia masculina?) Y, efectivamente, también agradecía que le lavara los platos que dejaba en remojo durante días en su cocina diminuta. Así como que adecentase el fregadero y guardara vajilla y cubertería en armarios y cajones.

Colonizar. Sin duda un término ambiguo.

Porque, en un acuerdo de esas características, el *colonizado* puede ser cómplice. En los laberintos de Skinner, las ratas no tardan en aprender que les aguarda una recompensa cuando superan la prueba correctamente. En consecuencia, ¿por qué no correr? ¿Por qué preferir quedarse encerradas en una jaula?

Y además cocinábamos juntos, Wolfman y yo. Y nos comíamos el resultado.

Yo abrigaba la esperanza de que me besara con más intensidad, que me sorbiera los labios hasta robarme el aliento. Abrigaba la esperanza de que me recorriera el cuerpo con las manos; un cuerpo anhelante que tenía algo de anguila y que se le hubiera enroscado de haberlo hecho. Esperaba, paciente.

Pero nos tumbábamos en su cama, medio a oscuras. Hablando en voz baja, o sin hablar.

De modo que yo pensaba: *No se puede ser más feliz. Quiero que esto no se acabe nunca.*

Escuchábamos su música preferida, gracias a lo que él llamaba *elepés*: sinfonías de Mozart, Beethoven, Brahms, Mahler. En su vida previa, mientras

crecía en la ciudad de Nueva York de los Estados Reconstruidos de América del Norte, no había tenido prácticamente ningún contacto con la música clásica; tan solo con la electrónica de su generación: «heavy metal», post rap, que era genérica y anónima.

Fue una sorpresa para él, me contó, descubrir música que era laberíntica, como si mezclase pensamiento y sentimiento. Música que no necesitaba ser ensordecedora para meterse en el alma.

(¿Utilizó de verdad Wolfman, un científico, el término *alma*? Creo que lo hizo... sin darse cuenta. Porque a menudo hablaba de manera extravagante cuando el sentimiento, y no solo el pensamiento, estaba en juego.)

Wolfman había sido muy amable al pedirme que le hablara de mi vida. Aunque con menos soltura, también él me habló de la suya.

Había secretos en su vida, tuve que suponer. Me llevaba más de diez años, como mínimo; era lógico que hubiese acumulado más secretos.

Una noche me habló de sus padres. Le temblaba la voz con asombro infantil y con otra emoción menos definible: una especie de entusiasmo que lindaba con el terror.

No había visto mucho a sus padres, «personas famosas», en los primeros años de su vida, dijo. Pero los había admirado —muchísimo— porque eran investigadores científicos destacados en el (antiguo) Instituto Médico de la Universidad de Columbia, epidemiólogos especializados en enfermedades bacterianas de los trópicos. Por desgracia, más o menos cuando empezaba secundaria, los descubrimientos —muy difundidos— de sus padres atrajeron la atención del Departamento de Estrategias para la Defensa; muy pronto se los reclutó para el PIM (Programa de Investigación Militar), donde su cometido (secreto, confidencial) era el cultivo de cepas de bacterias virulentas para ser «convertidas en armas». Durante varios años trabajaron con una especie particular de bacteria que solo podía existir en un entorno muy reducido, y que los militares utilizarían en el caso de una declaración de guerra contra alguno de los muchos enemigos de EAN. («Como sin duda sabes, “Declaración de Guerra” es *ex post facto* desde la guerra en Oriente Medio —dijo Wolfman sarcásticamente—. Es mucho más prudente declarar la guerra después de que haya empezado, no antes».)

Al principio, a los padres de Wolfman, en especial a su madre, les había sentado mal la índole de su nueva investigación; luego, poco a poco, se habían dejado ganar por el espíritu competitivo y la emoción del trabajo en equipo en

el PIM, que empleaba a los investigadores más prestigiosos del país.

—Mis padres recibían todo tipo de prestaciones especiales, incluido un apartamento con vistas al río Hudson exento del pago de alquiler, un automóvil con chófer, elección conjunta como miembros de la Academia Nacional de Ciencias y prácticamente fondos ilimitados para su investigación; y en cuanto a mí, su único hijo, una plaza en algunos de los colegios privados más elitistas, aunque en mis años de estudiante nunca hubiera sido un «buen ciudadano» y tuviera incluso algunas notas desfavorables en mi historial académico. De hecho, fui a tres colegios privados antes de terminar secundaria. Ya te he contado, Adriane, que por aquel entonces era pirata informático. También creaba videojuegos: cuando cumplí los doce, Nightmare Works, Inc., me compró varios que llegaron a ser modestos superventas; a algunos se los calificó de políticamente peligrosos y, en consecuencia, ofensivos, así que se prohibieron. Yo fui el Adolescente Misterioso que consiguió burlar la seguridad del Congreso en diciembre, EAN-11, y envió una flotilla de drones de juguete cuando los legisladores debatían alguno de los proyectos de ley propugnados por grupos de presión; es muy probable que no lo recuerdes, porque eras demasiado pequeña. Pero todos los medios de comunicación informaron sobre el asunto. Fue un verdadero escándalo que se difundió por todas partes tanto online como en la televisión: si un adolescente podía dar al traste con la seguridad del Congreso mediante drones de juguete, ¿qué no podrían hacer nuestros enemigos con su «armamento sofisticado»?

Wolfman se echó a reír. Bebía cerveza de una lata, colocada sobre un ejemplar de una publicación llamada *Brain*, en su mesilla de noche. A mí me dejó consternada lo que me había contado sobre sus padres, pero no se lo dije.

—Los legisladores se asustaron, por supuesto: se empujaron y se pisotearon en la desesperación por escapar. Arrollaron a las pocas mujeres que había en la sala, legisladoras y auxiliares, que resultaron heridas. Por suerte, no murió nadie. Había planeado a la perfección el ataque con drones de juguete, pero no me había parado mucho a pensar en lo que sucedería después. El cerebro de un niño es así; por muy brillante que sea, le falta madurez. Abandoné la piratería informática durante meses, porque no quería que me descubrieran. Mis padres no sabían nada de mis «experimentos»; estaban por completo al margen. La SFC (Seguridad Forense del Ciberespacio) no me habría localizado de no ser porque un «amigo» me denunció. Para entonces era alumno de primer año de EAN-Cambridge, antiguamente Harvard. Mis padres

trataron de interceder, pero no consiguieron nada. A diferencia de lo que te sucedió a ti, me encarcelaron en un Centro para Jóvenes durante un tiempo; el Gobierno abrigaba la esperanza de incorporarme a uno de sus programas de «seguridad para la defensa», pero me negué —Wolfman tragó saliva y guardó silencio.

Tumbada a su lado, tocándolo apenas a la altura del tronco y de las piernas, contuve la respiración, deseosa de saber lo que no me contaba.

Le pregunté por sus padres: ¿estaba muy unido a ellos? ¿Le hacían confidencias? ¿Qué les había dicho la última vez que los había visto? (Porque en mi caso la última vez que vi a mis padres no tenía ni idea de que no volvería a verlos. Me enfermaba el remordimiento porque probablemente estaba de mal humor, como de costumbre, y pensando solo en mí misma; y ni siquiera recordaba con claridad lo que nos habíamos dicho. ¡Terrible!) ¿Sabía si también los habían encarcelado, al hilo de su detención? ¿Sabía qué les había pasado (si es que les había pasado algo) después de que a él lo detuvieran?

Wolfman no contestó de inmediato. Dio la sensación de buscar en sus recuerdos, tratando de hacer memoria, como alguien que va pasando por el suelo un rastrillo de grandes dimensiones.

—Creo... creo que están bien. Me parece.

Después:

—Bueno..., mi madre tuvo algún tipo de crisis y la ingresaron en un centro hospitalario de EAN en Bethesda, Maryland. Eso fue después de mi detención. Mientras estuve preso.

Le pregunté si había vuelto a ver a su madre. Y si seguía hospitalizada.

—Estoy... estoy seguro de que mi madre ha salido del hospital después de tanto tiempo. Nunca he sabido... nunca se me ha informado... de qué le sucedió exactamente, ni tampoco si... si todavía vive.

Le pregunté si al interrogarle habían tratado de hacerle confesar que sus padres habían «influido» en él. Le expliqué que fue eso lo que habían intentado conmigo.

—No.

Me respondió demasiado deprisa. Yo sentía el calor que se desprendía de su cuerpo, tumbado a mi lado, mirando al techo, solo consciente en parte de mi presencia.

—Sí..., es cierto que echo de menos a mis padres. Creo que sí. Ahora

mismo consigo «verlos»..., casi; después de no haberlos visto durante años.

Wolfman empezó a temblar y eso me impresionó, pero le abracé con fuerza. Nunca, en toda mi vida, se me había presentado la ocasión de consolar a otra persona.

Pensé: *Soy capaz de quererlo más de lo que se imagina. Y lo bastante fuerte, además, para querer por él.*

—A mí también me «reclutaron» —dijo Wolfman—, pero conseguí que me echaran. No era para el DED, sino para la DEC (División de Estrategias Computacionales), una generación más joven, con algunas personalidades singulares. Por supuesto, todos reclutados a la fuerza. No hay nadie tan vengativo como aquellos a quienes el enemigo ha reclutado a la fuerza. Porque gran parte de su energía se alimenta de *vergüenza*.

Me pregunté qué era lo que Wolfman quería decir en realidad. Pero pensar en preguntárselo hacía que me sintiera incómoda.

—Lo que sucedió fue... una estúpida equivocación por mi parte. Sin darme cuenta, envié un mensaje de texto a un amigo, utilizando un código que habíamos desarrollado nosotros, y eso despertó sospechas.

Se había entristecido y no pudo continuar.

Wolfman apretó la cara contra mi cuello y seguimos tumbados en silencio, consolándonos el uno al otro en nuestro aislamiento, en nuestra ignorancia.

—Te quiero.

Lo dije en voz muy baja, vacilante. De manera tan discreta que Wolfman pudiera fingir que no me había oído.

SANE

Las voces suplicaban, pero con audacia:

—¡Únete a nosotros! ¡Ven a manifestarte!

Y:

—¡Defiende tu vida! ¡Las vidas de las personas que quieres! ¡Defiende la vida de la Tierra! Ven a la manifestación.

—¡Únete a nosotros! —repetían a coro—. ¡Ven a manifestarte! ¡Únete a nosotros! ¡Ven a manifestarte! *S-A-N-E*. ¡Ahora!

Pero no me atreví. Estaba muy asustada.

Me acordé de que a mi padre lo habían detenido por participar en una manifestación cuando tenía poco más de veinte años. Eric Strohl llevaba toda la vida pagando por aquel único gesto irreflexivo de curiosidad y de solidaridad.

Y mi tío Toby; a él le había costado la vida.

Una multitud alborotada se había reunido delante de la capilla de la universidad, hasta derramarse por el césped nevado del campus. ¿Era una carrera improvisada? ¿Un desfile? El estado de ánimo de la multitud no parecía ni alegre ni festivo, sino más bien enojado, crítico. ¿Eran manifestantes? Pero ¿por qué se manifestaban? En Wainscotia todo el mundo era *cordial* en extremo.

La nieve sucia de tierra se amontonaba a los lados de los paseos y de las entradas a los garajes. Era una tarde muy nublada de marzo de 1960. De camino a clase había oído voces —gritos—, sonidos de agitación y de desprecio que en un sitio como Wainscotia resultaban preocupantes por lo que tenían de inusuales. Solo en las tardes de los sábados, durante la temporada de fútbol americano, el aire traía imprecaciones y gritos cargados de emoción desde el estadio hasta el campus; o en las noches del fin de semana en The Hill, donde las residencias de las fraternidades y sororidades resplandecían con luces festivas.

El instinto me empujaba a dar media vuelta. Podía dar un rodeo para llegar a Masson Hall, a mi clase de Literatura, y evitar así el alboroto.

Lo que hice, sin embargo, fue apresurar el paso. La curiosidad me empujaba, y la sensación de que, si algo estaba sucediendo en el campus, querría saber qué era, para comentarlo con Wolfman. A lo largo de los días acumulaba incidentes, episodios, paradojas y enigmas para presentárselos y ver cómo reaccionaba. Porque quería entretenerlo e intrigarlo; mi obsesión era convertirme en algo esencial en su vida.

¡Volved a vuestro país! ¡Condenados comunistas, regresad a Rusia!

Ví que la multitud alborotadora y desordenada había rodeado a un grupito de manifestantes que se dirigían desde la capilla al edificio administrativo. Justo cuando yo llegaba, los manifestantes tuvieron que detenerse. Eran unos treinta, rodeados como mínimo por doscientos individuos que, en su mayoría, parecían ser varones vociferantes de los primeros cursos. Los manifestantes llevaban pancartas, con palabras escritas en llamativas letras rojas.

SANE
COMITÉ NACIONAL POR UNA
POLÍTICA NUCLEAR SENSATA

SANE
NO A LAS PRUEBAS NUCLEARES
NO MÁS ARSENALES DE GUERRA

¡Manifestantes a favor de la paz! Protestaban contra los ensayos nucleares de los Estados Unidos en Nevada y en el Pacífico Sur; protestaban contra la guerra. Tenía noticia de aquella organización nacional recién formada, de hecho Wolfman había hablado de ella con admirativa reserva, pero, por mi parte, no había encontrado a nadie que fuese miembro. Nunca había visto una «manifestación en favor de la paz».

Los abucheos de la gente, los puños en alto y la indignación en los rostros era lo que me escandalizaba. *¡Comunistas! ¡Traidores! Volveos a Rusia, aquí no estáis a gusto.*

¡Cuán contraídos por el odio los rostros habitualmente insulsos de raza blanca del Medio Oeste, y cuánto les brillaban los ojos por la rabia! Era

imposible entender la fuerza de un grupo tan reducido de manifestantes, la capacidad de sus pancartas caseras para provocar semejantes emociones.

Los guardias de seguridad del campus retenían a los reventadores y al mismo tiempo instaban a los manifestantes a que abandonaran la zona. Habían llegado ya furgonetas de la seguridad para llevárselos y ponerlos a salvo. Los pacifistas, sin embargo, se resistían. Con valor y tozudez, se resistían. Para mí se trataba de desconocidos, aunque llegaría a saberse, gracias al periódico de los estudiantes, que algunos eran profesores de la universidad y, varios más, estudiantes graduados; en su mayor parte procedían de Milwaukee y de Chicago, de edades comprendidas entre los veintitantos y los sesenta y tantos, o incluso mayores. Muchos de pelo blanco y unos cuantos con barba. Los de más edad parecían ser los líderes. Y toda una revelación para mí: al menos un tercio de los manifestantes eran mujeres.

Busqué con gran interés, pero no vi a ningún conocido mío; en un primer momento pensé que Ira Wolfman podía haberse sumado. (No era así. Sentí alivio, pero también desilusión.)

La multitud no se dispersaba y los manifestantes seguían donde estaban, ya que se les impedía avanzar, pero no dejaban de alzar al máximo sus pancartas de fabricación casera. Los gritos de la multitud que los acosaba ahogaban sus cánticos. Cuando trataban de repartir octavillas, los reventadores se las quitaban casi todas con brusquedad y procedían a rasgarlas y a tirarlas al suelo.

Pensé: *¿Cómo es posible que se expongan tanto? ¿Por qué son tan valientes?*

En Zona Nueve no se fusilaría ni «vaporizaría» a nadie. Pero sin duda había en Wainscotia agentes federales y confidentes del FBI. Wolfman me había hablado de la Guerra Fría, de la histeria anticomunista, de la campaña de calumnias, insinuaciones y persecución del senador Joseph McCarthy. En 1960, estar en contra de la guerra y de las armas, sobre todo de las atómicas, significaba arriesgarse a ser hostigado por comunista, aunque, legalmente, existieran en Estados Unidos *libertad de palabra* y *libertad de reunión*.

Más adelante, en algún momento de los difíciles años que siguieron al 11 de septiembre de 2001, esas libertades se redujeron o proscribieron totalmente. Algo que, por otra parte y según mi padre, se produjo sin oposición: por entonces fueron pocos los que parecieron darse cuenta.

Muchos de los reventadores eran miembros de fraternidades. Había también

un reducido número de chicas muy alteradas. Para consternación mía, descubrí entre ellas a Hilda, mi compañera de habitación. Y algunas más de Acrady Cottage. Con expresión desconcertada, de severidad, de indignación. Eran «alumnas becadass»: ¿cómo entender que considerasen una amenaza a aquellos manifestantes? Varios jóvenes con uniformes del Cuerpo de Capacitación de Oficiales de la Reserva gritaban a los pacifistas, acercándose a ellos en actitud amenazadora.

Quería apoyar a los manifestantes con toda el alma. Me identificaba con ellos y me avergonzaba de que los universitarios de Wainscotia se mostrasen tan hostiles y tan ignorantes. Pensé que los pacifistas tenían que estar nerviosos, o preocupados en medio de tanta confusión, si bien mantenían la calma y sin duda eran muy valientes.

Una voz bramó a través de un megáfono: *¡Les habla el servicio de seguridad del campus! ¡Les estamos pidiendo que desalojen el césped! ¡Desalojen el césped inmediatamente! ¡Todo el mundo, sin excepciones!*

La ruidosa multitud estaba empezando a retroceder, aunque sin dispersarse. Los manifestantes sonreían aliviados. Algunos con atolondrado optimismo. Varias jóvenes repararon en mí, y debieron de advertir que simpatizaba con ellas, porque empezaron a salmodiar:

—¡Únete a nosotros! ¡Ven a manifestarte! ¡Defiende tu vida! ¡Ven a manifestarte! —haciendo un llamamiento a los espectadores que no les habíamos amenazado con el puño ni nos habíamos girado en redondo con mala cara.

Pero no di un paso al frente. Me faltaba el valor, o la temeridad...

—¡Ven a manifestarte! ¡Defiende tu vida!

Cuando los pacifistas se pusieron en movimiento, pisoteando la nieve ya muy sucia, al final sí fui tras ellos. Nadie llegaba a oírme, creo, pero los estaba llamando, tratando de decirles que compartía sus ideas, porque la guerra era «el mal»; les dije que eran muy valientes y que me inspiraban mucho respeto:

—En el lugar de donde vengo, la gente no puede protestar como lo hacéis vosotros.

(Pero ¿qué estaba diciendo? Por fortuna, en medio del estrépito y de la confusión nadie me oía.)

Uno de los manifestantes se me acercó. ¿Era alguien que debía resultarme familiar, alumno de alguna de mis asignaturas? Un tipo fornido, todavía joven,

con cuerpo de luchador, cabello áspero y rebelde, barba desaliñada y mirada imperiosa. Sin duda era uno de los líderes del movimiento pacifista; le había visto enfrentarse al jefe del servicio de seguridad del campus. Inesperadamente, me sonrió:

—¡Hola! ¿Qué tal? Nos conocemos, ¿verdad que sí?

—¿Seguro?

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo... —vacilé, porque el nombre que iba a darle me parecía claramente fraudulento— «Mary Ellen Enright».

—«Mary Ellen»... lo que sea. ¡Ven con nosotros! Aquí tienes una pancarta.

—Pero no puedo. Tengo clase...

—¡Al diablo con tu clase, «Mary Ellen»! ¡Ven con nosotros! ¡Hay que salvar la Tierra!

—N-no creo que no llegue a haber una guerra nuclear...

Tartamudeé aquella frase sin alzar la voz. ¡En qué estaba pensando!

El joven fornido me miró fijamente, desconcertado.

—«No creo que llegue a haber una guerra nuclear»... ¿Qué demonios es eso de que *no crees que llegue a haber* una guerra nuclear? ¿Cómo demonios puedes decir algo así? ¿Eres profeta? ¿Ves en el futuro? Las armas nucleares ya se han usado: primero se lanzaron bombas atómicas sobre Hiroshima y, sin ningún puñetero motivo que lo explicase, también sobre Nagasaki. ¿Por qué no repetirlo? ¿Por qué no muchas más veces? El presidente de este país es un general, el Congreso de los Estados Unidos está lleno de anticomunistas furibundos, son muchos los beneficios económicos de la Guerra Fría, así que ¿por qué no va a haber una guerra nuclear? ¿Cómo puedes hacer una afirmación tan irresponsable, «Mary Ellen»?

Me sentí avergonzada, tal era el desdén con que el joven fornido me miraba.

Tartamudeé una disculpa. Dije que, incluso aunque no estallase una guerra nuclear, era importante educar a la gente en contra. Era importante apoyar su movimiento.

—¡Sí! ¡Es cierto! ¡Únete a nosotros! ¡Ven a manifestarte!

Me agarró de la mano y tiró de mí; la sorpresa me impidió resistirme y, además, era un hombre demasiado fuerte, de todos modos. Me entregó una pancarta que enarbolé como los demás. Para entonces estaba ya muy emocionada y dominada por el entusiasmo. *Estos son mis amigos. Mi familia.*

Le pregunté a aquel joven cómo se llamaba y me dijo algo que sonaba a

James o Jamie.

No tardó en recrudecerse la hostilidad. Una multitud de miembros de fraternidades invadieron la zona central del campus desde una nueva dirección. *¡Comunistas traidores! ¡Cabrones! ¡Iros todos al infierno!* Me arrancaron la pancarta de las manos. Alguien chocó conmigo violentamente. Me encontré en el suelo, sobre la nieve. Solo veía piernas y pies; solo oía gritos y alaridos. Luego vi cómo el servicio de seguridad acompañaba a los manifestantes, reagrupados, mientras se marchaban de una vez por todas. Uno de los líderes de cabellos blancos sangraba por un corte en la frente. El joven fornido que me había entregado la pancarta corría como puede correr un jugador de fútbol americano, el hombro derecho por delante y dirigido contra... Fuera lo que fuese, no conseguí verlo.

La multitud se dispersaba de nuevo. El ruido de las sirenas era ensordecedor. Los vehículos de emergencias entraron en la zona central del campus. A los alborotadores se les obligó a retroceder. A los manifestantes, que ya no se resistían, se los acompañó hasta las furgonetas. Las pancartas yacían sobre la nieve, muchas de ellas rotas. Las octavillas, desperdigadas y hechas pedazos. La manifestación pacifista del SANE el día 11 de marzo de 1960 en la Universidad Estatal Wainscotia, Wisconsin, la primera de tales características en la historia de la universidad, había terminado en una especie de punto muerto después de cuarenta minutos tumultuarios.

De vuelta en Acrady Cottage, las chicas me miraron con sorpresa cuando entré cojeando.

—¡Mary Ellen! ¿Se puede saber qué te ha pasado? ¿Es que te ha tirado al suelo esa horrible gente del SANE?

Lamenté no poder contar a mis padres lo sucedido en la manifestación, en la «marcha a favor de la paz».

No hubo detenciones.

No hubo cargas ni hubo que lamentar ningún herido (de gravedad).

La manifestación, ¿había sido un fracaso, o un éxito hasta cierto punto?

Me dolía el hombro en el sitio donde alguien me había golpeado a la carrera para tirarme al suelo, al estilo que se emplea en los partidos de fútbol americano. También me dolía la rodilla derecha a causa de la caída. Y tenía arañazos en ambas manos. Pero estaba exultante e inquieta, como si hubiera

cruzado una frontera que ya nunca podría volver a cruzar.

Me alejé cojeando del lugar de los hechos y llegué media hora tarde a clase. De todos modos fui, porque no estaba dispuesta a saltarme ninguna, dado que había decidido ser una alumna de sobresaliente en Zona Nueve, el Lugar Feliz.

Durante el resto de aquel día no dejé de alzar repetidamente la vista, con los ojos entornados. Preparándome para la vertiginosa aparición de *drones nacionales* enviados para vaporizarnos a todos, aunque el año fuera 1960, y el escenario, la idílica Wainscotia, en Wisconsin.

«Manifestantes antinucleares expulsados del campus» fue el titular del día siguiente en el periódico estudiantil. Fotografías de indignados miembros de las fraternidades de Wainscotia empujando a los manifestantes. (El joven fornido con aspecto de luchador quizá saliera en una de las fotografías, visto desde detrás: miré para ver si lo encontraba.)

En el diario local, el *Wainscotia Falls Journal-American*, el titular era más hostil:

PIQUETE COMUNISTA EXPULSADO DEL CAMPUS DE LAUEW

Se culpa a «agitadores externos»

Aquella noche, Wolfman me telefoneó.

Por vez primera, Wolfman me telefoneó a Acrady Cottage.

¿Se dio cuenta la chica que descolgó el teléfono en la sala de estar de hasta qué punto era un acontecimiento extraordinario que Mary Ellen Enright recibiese una llamada?

Cualquier llamada telefónica. De cualquiera.

Todavía más notable, de su profesor de psicología.

Llegué al teléfono aturdida. No tenía ni idea de quién podía llamarme y solo podía pensar en que me iban a informar de algo triste.

La absurda fantasía de que me llamaran mis padres la había desechado hacía ya tiempo.

La voz de papá: *Qué tal, pequeña. ¿Estás bien?*

La de mi madre: *Cariño, Adriane...*, antes de echarse a llorar.

—¿«Mary Ellen»? Hola.

No hacía falta que Ira Wolfman se presentara. Por supuesto.

—Ira...

—¿Qué has hecho esta tarde? ¿Qué demonios has hecho?

—¿Qué quieres decir? La protesta pacifista...

—¿Cómo has podido participar en algo tan descabellado? ¿Unirte a una manifestación violenta? ¿Llamar la atención sobre tu persona en un acto de «desobediencia civil»? Esos pacifistas no tenían permiso para manifestarse en el campus... Desafiaban órdenes. Su petición había sido denegada. Fue una suerte que no los detuvieran a todos y se los llevaran en furgonetas. Con la cabeza rota —Wolfman hizo una pausa, le oí respirar. Yo ya sabía que era inútil tratar de interrumpirle. Ablandándose, prosiguió—: Han tenido un buen detalle viniendo aquí. Es insensato pero... noble. Los admiro, pero... entiéndelo, no puedes intervenir en algo así. Tampoco yo. No habrá un holocausto nuclear; no, al menos, como ellos imaginan. Ninguna conflagración provocada por Rusia. De manera que eso es lo que hay. No nos necesitan.

Wolfman hizo otra pausa.

—Ya sabes que aquí hay espías —continuó—. Sabes que a «Mary Ellen Enright» la vigilan. Los nombres de todas las personas que hayan participado en esa manifestación quedarán anotados en los archivos del FBI. Y es probable que también en los de la universidad.

—Pero, Ira, eso aquí n-no es ilegal...

—No es ilegal desde un punto de vista jurídico. Pero ¿desde cuándo al FBI o al Gobierno federal le importa un pimiento la «legalidad»? Dar la impresión de que se está de parte de los comunistas se interpreta como traición.

—Esa gente no son «comunistas»; protestan contra las armas nucleares...

—Sé de sobra contra qué «protestan», por el amor de Dios. Y sé que *aquí no eres Adriane Strohl*, si quieres sobrevivir.

Sonaba indignado conmigo. No podía creer la dureza de su voz.

Entre tartamudeos, le dije que no había pensado en todo eso..., que no había tenido tiempo; uno de los pacifistas me había dado una pancarta. De hecho, había esperado verle a él entre los manifestantes...

Al llegar a aquel punto, la vehemencia de Wolfman aumentó.

—¿Estás loca? ¿Unirme yo a los manifestantes? ¡Por supuesto que no! Dentro de dos años revisarán mi sentencia; bajo ningún concepto me arriesgaría a otra condena.

—Pero ¿no es eso lo correcto?

—«Lo correcto» es sobrevivir, Mary Ellen. Lo sabes muy bien.

—N-no lo siento, Ira. La gente de la manifestación es estupenda. Me han gustado de verdad. Eran valientes, y todo lo que decían sobre «arsenales» nucleares, la «Guerra Fría», la «trágica lección de Hiroshima», era de lo más razonable...

—Te lo he dicho: el *holocausto nuclear* nunca se produjo. Lo sabes bien, así que no me vengas con mandangas, joder. Déjalo y punto.

Wolfman había conseguido conmocionarme de verdad. Y colgó.

La chica solitaria I

¡Ira, perdóname! Por favor, no me apartes de tu lado.

Sabes lo mucho que te quiero. No soporto la idea de vivir sin ti en este lugar...

Escribí aquellas palabras con un bolígrafo azul en una hoja de cuaderno.

Suplicante y sin dignidad. Las palabras se derramaban como la sangre de un corte en la muñeca.

Querido Ira: siento mucho haberme portado de manera «temeraria», tal como me señalaste.

Por favor, perdóname por comportarme como una tonta. Tienes toda la razón: debería haber pensado con más detenimiento en las consecuencias..., es decir, en las posibles consecuencias.

(Había empezado a preocuparme: ¿cuáles podrían ser las consecuencias? ¿Tendría mi comportamiento consecuencias para «Mary Ellen Enright» en algún momento futuro?)

No me parece justo romper nuestra amistad por algo así: nunca volveré a comportarme de una forma tan estúpida.

¡Por favor, no me castigues! Creo que ya he recibido «castigo» suficiente...

Aunque, en realidad, creo que al demostrar que simpatizaba con los manifestantes solo estaba haciendo lo correcto... Espero que me perdones.

Aquellas palabras las escribí en los días que siguieron a la manifestación antinuclear. Trataba de redactar una carta para Wolfman: una carta de verdad, dirigida a *I. Wolfman*, 433 Myrtle Street, Wainscotia Falls, Wainscotia.

¡Imposible! No había manera.

No podía enviar unas súplicas tan infantiles: a Wolfman le repugnarían. Se reiría de mí.

¿Había perdido a mi único amigo en Wainscotia? Continué con mi «vida» como una sonámbula: iba a clase, redactaba trabajos y hacía exámenes, además de trabajar quince horas a la semana en el Museo de Historia Natural.

No habría querido contarle a nadie hasta qué punto las duras palabras de Wolfman me habían herido, aun cuando tuviese a alguien en quien confiar en la universidad.

Una noche la señorita Steadman me invitó a cenar en su apartamento con otra chica: con alguien que tampoco tenía amigos. ¿Qué pensábamos de los manifestantes antinucleares?, nos preguntó la señorita Steadman; la otra chica se explayó («Mi padre lo sabe todo sobre los comunistas, es excombatiente de la guerra de Corea»), pero Mary Ellen Enright se limitó a escuchar con educación.

Me sentía tan sola que varias veces fui a comer a la cafetería con mis compañeras de cuarto. Desde que Betsy había dejado (misteriosamente) la universidad, se nos había añadido una chica nueva llamada Millicent. Ocupaba una habitación individual desde el comienzo del otoño, pero había acabado por descubrir que no le gustaba vivir sola, de manera que la señorita Steadman le había permitido trasladarse a nuestro cuarto.

Aun así, Millie seguía sintiéndose sola. Taciturna, irascible y sola. Era una chica feúcha, muy seria, de rostro adusto, procedente de una granja lechera, alumna becada como todas nosotras; tenía la esperanza de especializarse en algo llamado educación para la agricultura, pero casi ninguna de sus notas del semestre pasaba del aprobado, lo que ponía su beca en peligro. A menudo, cuando regresaba a nuestra habitación, me la encontraba ante su escritorio, mirando sin ver un libro de texto abierto. A veces se sentaba, desmadejada, en el borde de la cama, los ojos llenos de lágrimas.

Millie se había matriculado en el segundo curso de Psicología, una asignatura que, en su opinión, era demasiado difícil, además de aburrida. Su profesor de prácticas era el doctor Wolfman.

—No le caigo bien —me dijo—. Cuando me mira, no me ve. Pone notas muy bajas. Creo que no es justo. Eso sí, *sarcástico*. Y *cruel*.

Al ver que yo no respondía, añadió, en un susurro:

—La gente dice... que es *judío*. De Nueva York.

Dado que seguí sin darle otra respuesta que un *Mmm*, vago y solidario, continuó, con una risita áspera:

—Papá la llama Jew York City, la «ciudad de los judíos». De ahí es de donde ha salido.

Nunca le preguntaría a Millie por el «doctor Wolfman», porque no quería que se notara mi interés, y porque tampoco quería animarla a hablar conmigo.

Sí, era una crueldad por mi parte. Sí, lo siento.

Porque podía haber sido yo quien transmitiese a mi nueva e infeliz compañera de cuarto la lúgubre sabiduría que había hecho mía en Wainscotia, Zona Nueve: *Puedes vivir una vida, aunque no sea la que hubieras elegido. Puedes vivir paso a paso. Puedes vivir.*

La chica solitaria II

Volví al cineclub de la universidad. No porque esperase ver allí a Ira Wolfman, sino porque, dada mi soledad, tenía que estar en *algún sitio*.

En esta ocasión, otra «película de autor»: *La ventana indiscreta*, de Alfred Hitchcock.

Y también esta vez, aunque se la anunciaba como un film de suspense, la acción avanzaba con insoportable lentitud. Saltaba a la vista que los actores *actuaban*. Que la película *era* una película. La serenísima rubia Grace Kelly estaba muy guapa y menos maquillada que las actrices del wéstern de John Wayne. James Stewart, por su parte, se mostraba muy solícito y resultaba encantador, pero era imposible tomarse a cualquiera de los dos en serio, excepto como glamurosas estrellas de cine, conscientes de tener que sacar adelante las sucesivas escenas de una historia inverosímil, de nuevo con una música de fondo opresiva y para mí tan molesta que tuve que taparme los oídos.

A mitad de la proyección me escabullí. Empezaba a dolerme la cabeza y me sentía terriblemente... *Exiliada*.

¿Cómo era posible que a otros espectadores les cautivase tanto aquella película? En cuanto a mí, estaba dispuesta a admitir que era mejor que el wéstern, y de colores menos chillones, pero cada escena se prolongaba durante un tiempo predecible, siempre excesivo; yo iba siempre por delante del diálogo, y me incomodaba y me molestaba tener que esperar a que me alcanzase. Me desconcertaba cómo, bajo la luz parpadeante de la pantalla, los rostros de los espectadores estaban tan cautivados como si se tratara de niños... Me sentía atrapada, sumida en un mundo de dibujos animados infantiles. Me sentía como en las diferentes ocasiones en que, llena de ánimos, me había esforzado por ver la televisión en Acrady Cottage, aunque sin sentarme en un sofá con las otras chicas, sino en pie, cerca y llena de dudas; deseosa de sentirme atraída por los forzados sketches cómicos o las escenas

melodramáticas.

Wolfman tenía un nombre para aquello: *insulto intelectual*. Sin embargo, se había entretenido con el wéstern de John Wayne y le hubiera gustado todavía más el film de suspense de Hitchcock, dado que estaba concebido de manera más inteligente.

El terror acecha en semejantes revelaciones. *No se te puede engañar. Eres incapaz de «suspender la incredulidad». Estás atrapada dentro de tu cabeza.*

Más adelante, en la misma semana, asistí a un recital de poesía en la capilla de la universidad, protagonizado por Hiram Brody, distinguido poeta de Wainscotia, con ocasión de su setenta cumpleaños y de la publicación del libro *Poesía completa de H. R. Brody*. En un primer momento, dado que la poesía es un arte más sutil que las películas de Hollywood, me intrigaron las palabras del poeta, y la cadencia musical de sus composiciones, que rimaban a la manera de las de Robert Frost, al que habíamos estudiado en la clase de Literatura Norteamericana; descubrí igualmente ecos de Archibald MacLeish, otro reverenciado poeta de Estados Unidos al que habíamos estudiado. Delante de un nutrido público, H. R. Brody actuó de forma brillante, y se podría haber pensado que por primera vez, aunque de hecho (según parece) se había aprendido de memoria gran parte de sus poemas y los recitaba casi sin mirar el texto escrito. Se le veía joven para su edad, con sedosos cabellos blancos y una barba también blanca que daba la sensación de haber sido amorosamente cepillada y peinada; su actitud era traviesa, discreta y delicada. Al público le gustaron mucho sus poemas y le aplaudieron después de cada uno, como también hice yo, aunque al cabo de unos quince minutos empecé a darme cuenta de que todos eran en esencia el mismo, sobre temas «rurales» familiares, presentados con una especie de rigidez santurrona e invariablemente rimados, como una caja de música que reproduce siempre las mismas notas, una y otra vez. Se sabía cuándo un poema iba a terminar por la expresión de su rostro y la entonación de la voz.

Había ecos de Robert Frost, y pensé que otras personas también los oirían —aunque es posible que no— porque los aplausos continuaron con un ardor libre de toda crítica, como un narcótico destinado a embotar los sentidos del poeta.

En lo alto barren el cielo ramas nevadas.

Nuestras promesas eternas quedan en nada.

y:

*Naturaleza nunca traiciona
a un corazón que vive el hoy y ahora.*

Al final de su actuación, sesenta minutos completos, en los ojos del poeta brillaban las lágrimas. En varias ocasiones hizo una profunda reverencia y, como los sedosos cabellos blancos le taparon la cara, tuvo que apartárselos. En la abarrotada capilla universitaria los aplausos se hicieron ensordecedores. El público se puso en pie, las manos alzadas, aplaudiendo emocionado.

¡Qué triste me sentí! Había intentado dejarme arrastrar con los demás, pero sin éxito.

Aplaudí hasta que me dolieron las manos. Mientras pensaba: *Si me están vigilando, verán lo integrada que estoy aquí.*

Poco después asistí a la conferencia de un historiador de la ciencia que enseñaba en la Universidad Estatal de Michigan, y al que presentó Myron Coughland, uno de nuestros catedráticos; la tesis de la conferencia parecía ser que la categoría *Homo sapiens* comprende distintas razas y que esas razas están genéticamente determinadas en todos los aspectos, incluido su coeficiente intelectual. De acuerdo con los «datos históricos», determinadas razas (caucásica, asiática) son superiores a otras (africana, aborígenes australianos).

Traté de escuchar, pero las palabras perturbadoras de Ira Wolfman me susurraban al oído: *Nada de lo que logren tendrá el más mínimo valor para nadie. Nadie es «original» en Wainscotia; nadie hace una labor «importante».*

Wolfman no asistió a la conferencia. Quizás no sentía el menor respeto por el conferenciante.

Puse todas mis energías en intentar tomar notas. Todos los alumnos destacados toman notas. Porque a mí me parecía un gesto importante *tratar de aprender algo, lo que fuese.*

¡Tan sola al faltarme Wolfman!

Incluso al faltarme la reprobación, el desprecio de Wolfman.

En mi inquieto deambular por el edificio de Bellas Artes, miré con interés los estudios de techo alto cuyas puertas estaban abiertas de par en par: estudios de pintura, de dibujo de figuras, de escultura. Advertí un intenso olor a materiales pictóricos y a aguarrás. Había por todo el edificio un ambiente de amor al riesgo, de desafío.

Sentí envidia de los estudiantes de arte, que no tenían que preocuparse de «ideas» ni de «datos», que no estaban haciendo un trabajo que se pudiera mostrar como «erróneo». Decidí que, si todavía continuaba en el Exilio, y en Wainscotia, el curso siguiente me matricularía en una asignatura de arte.

Sin embargo, los cuadros en los que trabajaban los alumnos, y los lienzos que colgaban de las paredes, no eran muy prometedores. La mayoría se proponían ser «realistas»: torpes intentos de paisajes, puestas de sol, graneros viejos, puentes cubiertos; torpes intentos de esbozar la figura o el rostro de los seres humanos. Al artista en ciernes no parecía ocurrírsele que aquellos temas habían sido tratados antes, y con mucha frecuencia. Algunos de los cuadros más atrevidos eran «abstractos», audaces remolinos y manchas de color al estilo de los expresionistas europeos de comienzos del siglo XX, o quizás se inspiraban en los grandes lienzos con salpicaduras de pintura del difunto Jackson Pollock, cuya obra radicalmente experimental había reproducido la revista *Life*.

Parecía cierto, tal como Wolfman afirmaba, que en Wainscotia no existían ideas nuevas. Ni originalidad, ni... sorpresas. Todo lo que se emprendía ya se había hecho antes, y se había hecho mejor. O se trataba de algo que no llevaba a ningún sitio.

Aun así, todo el mundo trabajaba con energía y con gran entusiasmo. Todo el mundo estaba convencido de que el trabajo que hacía, fuera el que fuese, era importante; en el caso de preguntarles, sin duda habrían dicho, con modesta fanfarronería: *Mi obra me sobrevivirá...*

El último estudio al que me asomé en el edificio de Bellas Artes era de escultura. Diez o doce alumnos trabajaban, con gran dedicación, modelando arcilla, en un intento de reproducir un modelo que era de hecho un maniquí femenino de tamaño natural, vestido con una sábana blanca, a imitación de una

estatua griega. El maniquí tenía un rostro perfecto, simétrico y de ojos vacíos, los brazos rotos a partir de los codos y ni rastro de piernas. Una rápida mirada al estudio me hizo saber que los alumnos, en su mayoría varones, no estaban dotados para la escultura; sus «estatuas griegas» tamaño pigmeo eran sutilmente deformes, cada una con un algo defectuoso, aunque hubiera sido difícil concretar de qué se trataba. No obstante, el profesor parecía muy implicado en el trabajo de sus alumnos, y les hablaba con pasión —con sentido crítico, pero no cruel— porque se podía ver que *le importaba* lo que hacían.

—¡Buen trabajo, Mark! ¡Buen trabajo, Jonny! Estupendo.

Me quedé en la puerta, dubitativa, con la esperanza de que no me vieran. Pero a nadie le interesaba yo, porque el ambiente en el estudio era electrizante; el instructor hablaba deprisa, con conocimiento de causa, y hacía correcciones esporádicas en las figuras de arcilla de sus alumnos. Me pregunté qué comentarios se le habrían ido ocurriendo a lo largo de los años sobre las obras de aquellos diligentes aficionados, ya que su tono de voz era a la vez crítico y alentador. Porque sin duda se interesaba por lo que hacían. No se necesitaba un talento desbordante para ser *allí* bienvenido.

De nuevo, el dictamen de Wolfman resonó cruelmente en mis oídos: *¡Caldo de cultivo de la mediocridad!*

Y luego mi asombro no tuvo límites al ver que el profesor era el joven fornido que había sido uno de los líderes de la manifestación pacifista, precisamente el que me hizo entrega de la pancarta. Durante el último ataque de los miembros de las fraternidades lo había perdido de vista.

Así que aquel líder de los pacifistas ¡era miembro del Departamento de Bellas Artes de Waincota! Estaba claro que las autoridades de la universidad no lo habían despedido. (¿Cabía que a los profesores de arte se los mirase de otra manera que al resto del claustro?) Era conmovedor ver el respeto que le mostraban sus alumnos.

De hecho, James, o Jamie, era una figura atractiva, aunque un tanto ridícula (como Wolfman podría haber pensado), con la pechera del mono manchada de arcilla, camiseta andrajosa y sandalias toscas con calcetines grises de lana; el pelo, áspero y ensortijado, le caía hasta los hombros, y la barba, desigual, no estaba «esculpida» como la de H. R. Brody.

Aparté la vista enseguida, antes de que se volviera y me viese.

Abril

—Hola, Adriane.

¡Adriane! Me saludó así en un lugar donde, a pocos metros de distancia, en un despacho adyacente, la señorita Hurly hablaba por teléfono.

Wolfman reapareció cuando menos me lo esperaba. Después de tres semanas de distanciamiento, se presentó en el Museo de Historia Natural a la hora del cierre.

Tantas veces me había imaginado viéndolo al alzar los ojos, que cuando se presentó lo hizo con el peso desconcertante de una visión, o de una alucinación.

Me sonreía. Me tendió la mano, para apoderarse de la mía.

—¡Ira! Hola.

Fuera, estábamos en un abril azotado por la lluvia, tan frío como un invierno.

Wolfman no volvería a mencionar a los pacifistas, ni tampoco lo haría yo. Llegué a pensar que se avergonzaba de no haberse unido a los manifestantes y que eso le había hecho enfadarse conmigo de manera muy poco razonable.

Pensé: *Quizá algún día. Los dos formaremos parte del movimiento y nos manifestaremos en favor de la paz.*

«Prescindible»

Ahora, ya no estaba segura de poder confiar en Wolfman.
Pero le quería más que nunca.

Algo se había torcido en su vida. O quizás en su carrera, porque Ira Wolfman apenas parecía tener vida propia.

Estaba preocupado, de mal humor. Fruncía mucho el ceño y llegó un momento en el que ya no se le borraban las arrugas de la frente. Además, su risa era precipitada, demasiado fuerte e inadecuada. Como había dicho Millie, se mostraba *sarcástico*.

Encendía un cigarrillo de manera compulsiva, daba unas cuantas caladas rápidas y luego lo dejaba consumirse en alguno de los ceniceros repartidos por el apartamento.

Yo apartaba el humo con las manos. Intentaba no toser. Pensaba: *¿Se ha olvidado de todo lo que sabemos sobre fumar y el cáncer? ¿Se ha olvidado de quién es?*

En la cocina, mientras yo preparaba una comida o después, cuando fregaba, era probable que le oyera, en voz baja, hablar por teléfono en su dormitorio. Y si estábamos juntos cuando sonaba, me pedía que, por favor, esperase en otra habitación mientras contestaba.

Aquella mujer, Cornelia. «Nelia.»

Era inevitable pensar que estaba tan desesperadamente fascinada por Wolfman como yo. Y que sabía de él mucho menos que yo.

Con más frecuencia ahora, era yo quien lo estrechaba entre mis brazos. Tendido de espaldas en la cama, fumando, mirando al techo, se le veía atormentado por pensamientos que eran como olas de afilados dientes que se abriesen camino a través de la carne.

Con tendencia a decir, temerario, que lo que tendría que hacer, ni más ni

menos, era *marcharse*.

(¿De Wainscotia? Pero ¿para llegar *adónde*?)

Con tendencia a decir que tenía ideas radicales para nuevos experimentos que A. J. Axel no aprobaría.

Durante buena parte del tiempo, A. J. Axel era una presencia (invisible) en la vida de Wolfman. En torno a la mesa de su apartamento, apenas amueblado, había tres sillas, una de las cuales estaba (invisiblemente) ocupada por el catedrático de cabellos blancos.

Como si expusiera un alegato, Wolfman me decía:

—No estoy rompiendo con el conductismo. Solo quiero ampliar el concepto. Quiero proponer la existencia de una «inteligencia». Quiero sacarla a la luz y manejarla. Estamos en una época posterior al Holocausto, tú ya lo sabes, Adriane, pero es poco probable que en Wainscotia se hable sobre ello: los campos de exterminio nazis, la «Solución Final» para los judíos, la experimentación con seres humanos. Eichmann: un tipo en apariencia normal y corriente que «se limitaba a cumplir órdenes». Nada de todo eso se enseña en el Departamento de Historia, y en cuanto a debatirlo, todavía menos. Las raíces de Estados Unidos se hunden en la amnesia, en la negación. La conciencia no sigue el ritmo de los hechos. Quiero investigar el pensamiento del hombre «ordinario», y el de la mujer. Programar una serie de experimentos que reproduzcan, en miniatura, el experimento nazi, porque el nazismo fue un experimento social único en la historia. Skinner ha abierto el camino: otros deben continuar ahora. Hay una revolución «cognitiva» y «moral» que va a estallar muy pronto. Concibo unos experimentos que sean, para los no iniciados, espectáculos teatrales. Los investigadores llevarán un uniforme símbolo de autoridad, como los nazis. Pero, de manera más inteligente que los nazis, se utilizará un uniforme blanco que sugiera autoridad médica o clínica, autoridad profesional. Implicaremos a nuestros sujetos experimentales en decisiones de naturaleza moral. No el equivalente de ratas corriendo por laberintos, ni de palomas picoteando semillas, sino de un «buen alemán» que acata las órdenes de los dirigentes nazis. En el experimento habrá un «capitán» y un «soldado raso». La figura con autoridad, que será el profesor de psicología, instruirá al «capitán» sobre la necesidad de castigar al «soldado» que aprenda demasiado despacio o que no obedezca órdenes con la adecuada celeridad. El «capitán» infligirá al «soldado» castigos según una secuencia ascendente, tal como la figura con autoridad le pida, alguien que, por otra

parte, le dice que acepta «toda la responsabilidad». La intención de los experimentos será investigar hasta dónde puede llegar un ser humano «moral», una persona a simple vista normal y corriente, en el caso de que alguien con autoridad le diga lo que tiene que hacer. Contemplo una escalada de castigos que culmina en «muerte»... Solo es un experimento, claro está: no se castiga ni se mata a nadie. Pero el sujeto quedará al desnudo ante sí mismo, de manera irrevocable. Cuando publique esos resultados, la psicología estadounidense cambiará para siempre.

Wolfman hablaba con entusiasmo, como pocas veces le había oído.

¡Qué complicado, el experimento que Wolfman proponía! Tuve que preguntarme, muy inquieta, si no se trataba en realidad de un experimento que Wolfman recordaba, extraído del pasado; un experimento o una serie de experimentos, ideados por otro psicólogo; si tal vez el dispositivo que servía como filtro en el cerebro de Wolfman no había sabido bloquear aquel conocimiento vedado... Las Instrucciones prohibían a todos los IE «recordar» cualquier cosa que no hubiese ocurrido (aún) en el lugar de su Exilio. Wolfman se arriesgaba mucho con ideas como aquella.

Aun así, su experimento no era muy distinto en esencia del que yo le había sugerido después de la velada en el cineclub universitario. Porque se buscaba con él la «conciencia» huidiza que subyace en el comportamiento, la sombra que los conductistas evitan.

No sabía qué decirle. Desde el episodio con los pacifistas, estaba nervioso e impaciente; por lo visto, sentía la necesidad de explicarse, de defenderse de una forma que antes nunca había considerado necesaria. Casi podía decirse que estaba emergiendo otro Wolfman inseguro, discutidor.

Con voz entrecortada, le dije que los experimentos parecían «fascinantes», «importantes», pero que resultarían controvertidos. Estaba la «cuestión moral», por ejemplo.

—¿Qué cuestión moral? ¡Santo Dios! —rio Wolfman, despreciativo.

Sin amilanarme, continué:

—¿Es justo, es ético, engañar así al sujeto, al «capitán»? Terminado el experimento, esa persona se sentirá muy mal, y resentida al saberse utilizada... Además, por lo que sé de psicología conductista, que sin duda es una pequeña fracción de lo que sabes tú, Ira, seguro que el profesor Axel se opone.

Por fin. Ya lo había dicho. Lo evidente: su mentor no aprobaría el

experimento.

—Pero estaré midiendo el comportamiento, Adriane —replicó irritado—. Será precisamente eso, ni más ni menos, lo que estaré haciendo. ¿Es que no lo entiendes?

—Pero...

—¿Es que no lo entiendes? ¿Lo importante que será ese trabajo? ¿En la historia de la psicología? «Obediencia a la autoridad»: un patriarca uniformado. Por favor, ayúdame, Adriane. No me desanimas. Podrías ser mi auxiliar de laboratorio, además de mi amiga y compañera. Mi *allegada*. Te enseñaría todo lo que sé, podríamos trabajar juntos, realizar una serie de brillantes experimentos psicológicos... Como John Watson y su alumna graduada, con la que acabó casándose.

Durante un momento fui incapaz de hablar. El calor del entusiasmo se desprendía de la piel de Wolfman. Le brillaba la cara por el sudor. Yo solo oía las palabras *acabó casándose*.

—Pero, Ira, ¿no se trata de un experimento que ya se ha hecho? ¿No se trata de algo que recuerdas? Las Instrucciones nos prohíben...

—No. No es un trabajo que «ya se haya hecho». Es, será, *trabajo original*. Wolfman hablaba con vehemencia. Imposible contradecirle.

—¿Dónde haríamos ese trabajo? ¿Aquí en Wainscotia?

—No. Aquí no. No seas obtusa. Necesitaríamos ser investigadores independientes. Podríamos trasladarnos a California, o a Oregón. Conozco a gente allí. Quiero decir, como «Ira Wolfman». Del *otro* nadie está al tanto excepto tú. Tendríamos que marcharnos. Mi tiempo aquí ha terminado, en cualquier caso. En el departamento.

—Pero no podemos marcharnos. Somos Exiliados. Los dos tenemos condenas que cumplir, no podemos alejarnos más de quince kilómetros de...

Wolfman se encogió de hombros, impaciente, y me apartó la mano del sitio donde había estado acariciando su brazo en tensión.

—¡Al carajo con el «Exilio»! ¡Al carajo con «EAN»! Lo que a mí me importa es el aquí y el ahora. Toda esa fantasmagoría —agitó el brazo con desdén—, que se vaya al infierno. Creo que se ha esfumado, que se ha hundido. El hecho es que Axel ya no está contento conmigo. Sabe ya que soy el hijo que se dispone a traicionarlo. No le falta astucia: si ves correr a las ratas por el laberinto durante la mayor parte de tu vida aprendes cómo van a correr en el futuro. Y cómo van a picotear, exactamente, las palomas. Ha sucedido lo

que cabía esperar: Axel ha cortado por lo sano; ya lo había hecho antes con otros *protégés*: me ha denegado la permanencia. El departamento se reunió la semana pasada. Ni siquiera enviarán mi nombre al comité presidencial. Axel me invitó a cenar a su casa para informarme. La última vez que me invitaba, estoy seguro: «Ha sido un trágico error por su parte, Ira. Quise interceder en tu favor, pero me quedé en minoría».

Traté de entenderlo. A Wolfman —el profesor auxiliar más prometedor del departamento, el joven al que A. J. Axel elegía como sustituto para sus clases magistrales cuando él se ausentaba, y con quien trabajaba mano a mano en su laboratorio— ¿lo habían despedido del Departamento de Psicología de Wainscotia?

—No me han *despedido*, solo se *prescinde* de mis servicios. Se supone que existe una diferencia. No se me promociona, y no consigo la permanencia, porque me ven como rebelde, algo que, en realidad, es cierto. Axel ha arreglado las cosas para que siga en Wainscotia dos años más. (Lo que curiosamente coincide con el final de mi, así llamada, condena.) Pero nos podemos marchar antes, Adriane. Cuando acabe el semestre.

Todo aquello eran para mí noticias increíbles. Aunque entendía las duras palabras de Wolfman, no lograba captar su significado.

Intenté explicarle que no creía posible que pudiésemos marcharnos. Sin duda, él sabía que nos estaba prohibido abandonar el «epicentro».

—Seguro que la condena es la misma, tanto para ti como para mí.

Wolfman me apartó el brazo y se incorporó. No quería que lo abrazara. No quería cuidados ni consuelo femeninos.

Bajó las piernas de la cama. No habíamos llegado —aún— a ser amantes, y en aquel momento entendí que no lo seríamos nunca. Al menos, no allí. No en el apartamento de Wolfman en Myrtle Street.

—Si nos saltamos las Instrucciones...

Wolfman rio con aspereza. Estaba encendiendo otro cigarrillo, el cuarto o quinto de la noche. Tiró la cerilla de madera en dirección a un cenicero, pero no acertó y el fósforo cayó al suelo.

—¿Crees en esas chorradas? ¿«Exilio»? ¿«Teletransporte»? ¿«Zona Nueve»? Nada de todo esto es real, Adriane. Es un constructo.

—¿Un «constructo»? ¿Qué quieres decir?

Sintiendo que me faltaban las fuerzas, me senté en el borde de la cama mientras Wolfman se paseaba por la habitación, aspirando el humo del

cigarrillo y tosiendo. La lluvia seguía azotando las ventanas con tanta intensidad que apenas se intuía el farol al otro lado de la calle, a excepción de un halo de luz, con aspecto de nova, en lo más alto.

—Como ya te he dicho, no creo que EAN esté vigilando a los IE como en el pasado. Es posible que el Gobierno esté sufriendo ataques; de hecho, quizás haya un presidente nuevo, una nueva administración. O una nueva guerra. Perdiste el contacto hace al menos ocho meses —Wolfman rio—. ¿Tal vez EAN haya perdido una guerra? ¿Tal vez uno de los enemigos «terroristas» haya conquistado América del Norte? Puede que haya habido un derrocamiento a manos de «reformistas» y que el antiguo régimen haya desaparecido. No lo sabríamos, y quizá no lo sepamos nunca. Pero ¿qué tiene que ver con *nosotros* todo eso?

Al ver mi expresión de desconcierto, añadió, dando un salto en el vacío:

—Piénsalo: es posible imaginar que todo esto es «virtual», me refiero a Zona Nueve. El «Lugar Feliz». Soy tu amigo Ira, pero también soy un investigador de la DEC, División de Estrategias Computacionales.

Wolfman hablaba ya con más calma, de manera más realista.

Podría haber estado explicando a sus alumnos algo que era una revelación asombrosa (para los ingenuos) y, al mismo tiempo, la consecuencia más evidente del simple sentido común (para alguien como él).

—¡Te lo has creído! ¡Les pasa a todos los Exiliados! Semejante credulidad se basa en tu sentimiento de culpa e incompetencia, un sentimiento que es también el mío. Zona Nueve es «virtual», no es real. En mi calidad de investigador de la DEC, trabajé en EVV, «Escenarios Virtuales Viscerales»; mi proyecto más ingenioso fue la reproducción de una universidad estatal en una pequeña ciudad de Wisconsin, de 1959 a 1960: la Universidad Estatal Wainscotia. No existe en ningún mapa, excepto en el de la DEC. En mi opinión, es algo de verdad impresionante: está construido absolutamente a escala, en el espacio y en el tiempo. ¿Has descubierto algún fallo? ¿Algún anacronismo? Por supuesto que no, porque la persona que creó Zona Nueve es un genio en un campo altamente competitivo (tendrías que ver el talento de los chicos que empiezan, desde los trece años, ¡tiburones asesinos!) y porque, además, tampoco esperabas verlos. De hecho, Adriane, aún sigues detenida en la Agencia Disciplinaria para la Juventud. Nunca has salido del estado de Nueva Jersey. Llevas allí, quiero decir aquí, unos ocho meses aproximadamente, hipnotizada y en estado comatoso. Te alimentan con un tubo

y te vacían el intestino mediante un catéter, y no, a tus padres nunca se les ha notificado lo sucedido. Se sienten *culpables*, porque piensan que son ellos los que hicieron algo para que les quitaran a su hija.

Yo miraba fijamente a Wolfman. Me había quedado sin palabras.

No ya enmudecida, sino vacía. Con el cerebro en blanco.

Wolfman me sonreía, malicioso. Desafiante. ¿Mientras pensaba, quizá, que había ido demasiado lejos? Pero no, nunca iba demasiado lejos.

—Oye. Escúchame. Soy un empleado a tiempo parcial de la Agencia Disciplinaria para la Juventud. La División de Estrategias Computacionales me cedió para que trabajara con ellos. El reto era crear una realidad virtual adecuada para IE donde encarcelarte, gracias al microchip implantado. El microchip es *real*. Pero nada más lo es. Has estado soñando que te «teletransportaban» a un tiempo pasado, absurdamente: ¿cómo podría *existir* un tiempo pasado? El viaje en el tiempo es una noción ridícula, querida mía. ¿Cómo has podido tú, tan escéptica acerca de B. F. Skinner, negarte a entender una idea tan sencilla? No existe un *pasado*. No existe un *allí*. Por ejemplo, si viajáramos «hacia atrás» treinta segundos en el tiempo, ¿cómo podría ser posible? ¿Tendríamos que «retroceder a través» de nuestros cuerpos? Y ¿con qué nos encontraríamos? ¿Con nuestros cuerpos en una época anterior? Si retrocediéramos una hora, once horas, un mes, un año..., ¿serían nuestros cuerpos? ¿Los veríamos, o los habitaríamos? ¿Quiénes seríamos «nosotros»? Has aceptado toda esta fantasmagoría porque nuestras creaciones virtuales son de una calidad fuera de lo corriente. Me han llovido los elogios: mi alias es The Wolf, «el Lobo». Estoy especialmente satisfecho con el Museo Van Buren de Historia Natural y el «refugio antiatómico» situado debajo. ¡Todo un éxito colectivo! Y los pomposos catedráticos de Wainscotia: Axel, Morris, Coughland, Harrick, Stein. Los conozco a fondo, dado que son mis creaciones. Todavía no has llegado a conocerlos a todos. Me llevó bastante tiempo crear Zona Nueve. Pero soy paciente, de la misma manera que soy hábil en mi oficio. Justo por eso me reclutaron para las «fuerzas especiales» dentro de la DEC —Wolfman me sonrió, encantado consigo mismo—. Y, por absurdo que pueda parecer, me siento de verdad protector tuyo, «Mary Ellen»; a veces casi he llegado a sentir que era yo quien te había creado a ti.

Su relato me estaba dejando de piedra. No se me ocurría cómo responder.

Me sentía como una cosa suave y alada, una polilla golpeada, que cae al suelo. El golpe no es lo bastante fuerte para romperle las alas, pero sí para

derribarla y dejarla aturdida moviendo las alas muy despacio, herida y muda en su asombro.

Con voz burlona, Wolfman dijo:

—Nunca te habrías dado cuenta, «Mary Ellen», ¿verdad que no?

—N-no lo entiendo...

—Pero te lo he explicado: Zona Nueve no es más que un constructo virtual. Aquí nada es *real*, excepto tú y yo.

—¿Hablas en serio, Ira?

Wolfman extendió las manos, separando bien los dedos, como un mago decidido a mostrar que no esconde ningún truco.

—¿Crees tú que soy «serio»? O... ¿qué es lo opuesto a «serio»?

Me quedé mirándolo fijamente mientras él me sonreía con exasperante indiferencia. Y como para provocarme, dijo:

—Igual que el que sueña no sabe que está soñando, tampoco tú estás al tanto de tus circunstancias.

—Pero tú si lo estás, ¿no? Por favor...

Wolfman me puso la mano en el hombro para consolarme. En su rostro había aparecido una expresión que era al mismo tiempo afectuosa y exasperada.

—Sí, Adriane, estoy de broma. Por supuesto. Solo estaba corriendo por un laberinto..., es decir, explorando una posibilidad. Si en lugar de un IE teletransportado fuese un especialista en cibertecnología de la DEC, lo que te he contado cabría dentro de lo posible. Sería en cierto modo verosímil. Pero la dolorosa realidad es que no tengo el menor control sobre mi vida en Zona Nueve, al igual que tú —rio, enseñando los dientes al hacer una mueca—. Quizás sea verdad que he creado Zona Nueve, ¡pero mi supervisor se ha apropiado del programa y me ha atrapado dentro! Lo mismo que les sucedió a mis padres, que inventaron un arma biológica que después podría haberlos infectado como parte de su investigación... posiblemente a manos de su propio supervisor, para librarse de ellos una vez que dejaron de serle útiles. Estamos atrapados en nuestros propios experimentos. Por favor, no te sientas tan abatida, Adriane; ahora te estoy contando la verdad. La verdad desnuda, sencilla e irremediable. Si Zona Nueve fuese invención mía, la habría organizado para mi libertad personal, y ahora para la tuya. Pero estoy aquí atrapado, en el epicentro..., exactamente igual que tú.

Wolfman extendió los brazos para consolarme. Entre gemidos, me apreté contra su pecho.

No me podía fiar de él. Sus palabras habían sido demoledoras, incluso las que no entendía bien.

Y, aun así, no tenía a nadie más.

Fuga

Wolfman insistía en que abandonáramos Wainscotia al acabar el trimestre.

—Nadie nos puede detener. Ni siquiera se darán cuenta. Nos fugaremos juntos y empezaremos una nueva vida.

Fugarnos juntos. Había esperado tanto tiempo a que Wolfman me quisiera de verdad. O, al menos, que dijera que me quería.

No lo había dicho todavía. Pero si me proponía que me fuese con él para empezar juntos una «nueva vida» fuera de Wainscotia, se daba por sentado que me quería, al menos en la medida en que Wolfman era capaz de querer a otra persona.

Sus planes eran vagos pero emocionantes. Viviríamos con nombres falsos, en algún lugar del Oeste. En abril de 1960 los Estados Unidos no eran aún los Estados (Reconstruidos) de América del Norte en los que todos los ciudadanos vivían bajo una vigilancia permanente. La mayor parte del territorio, en los estados del Oeste, estaba despoblada, se puede decir que inexplorada. Aún no se había *conectado*. No había *red*.

—Nuestros enemigos creyeron conveniente exiliarnos a este «lugar prehistórico» —dijo Wolfman—, pero, en realidad, la ausencia de tecnología será nuestra salvación. Existen vastas zonas vacías sobre las que la conciencia humana no ejerce ningún control. Podremos encontrar algún tipo de trabajo cuando necesitemos dinero. Soy capaz de usar las manos tanto como el ingenio. Tengo amigos en Berkeley que nos acogerán. Conseguiremos documentos nuevos: partida de nacimiento, carné de identidad. Nadie sabrá quiénes somos o éramos en otro tiempo.

Hablaba con tal convicción que me era imposible dudar de sus palabras.

Acababa el trimestre de primavera. «Mary Ellen Enright» había completado su primer año en Wainscotia con una nota media casi perfecta.

Impetuosa, la señorita Steadman me abrazó cuando se lo comunicaron desde el despacho del decano.

—¡En Acrady Cottage no podemos estar más orgullosas de ti, Mary Ellen!

Los parabienes de la señorita Steadman me resultaron embarazosos. Y sentí una vergüenza difusa porque mis buenas notas eran una consecuencia de la desesperación y de la soledad, y muy pocos alumnos podían haber estado tan motivados. Sentirme más desgraciada que nadie me había proporcionado una ventaja injusta.

Acrady Cottage se quedó vacío de la noche a la mañana. Mis compañeras de habitación se marcharon entre abrazos, besos y promesas de vernos en otoño, aunque sin hacer planes de volver a compartir habitación.

Durante el verano yo seguiría viviendo en el campus, pero en otra residencia. Trabajaría en la biblioteca de la universidad cinco días a la semana. Durante los cursos de verano, un periodo acelerado de seis semanas que empezaba a finales de junio, me matricularía en matemáticas, que era una asignatura en la que flojeaba. (Wolfman ya me lo había aconsejado, meses antes.) Tenía por delante una vida de rutina que era como un calendario sin efemérides. Sentía la comodidad de semejante vacío: ni emociones ni ansiedad. En caso de que Wolfman cumpliera su amenaza y abandonase Wainscotia.

Sin él, viviría la vida día a día, hasta completar mi condena. ¿Podría soportarlo?

Desesperada, le pregunté:

—¿Cómo quieres que me vaya contigo, si está prohibido?

Y además nunca me has dicho que me quieres.

—Te lo he dicho, Adriane. Nadie nos vigila.

—Pero ¿cómo puedes estar seguro?

—Confía en mí.

Quería con toda el alma fiarme de Wolfman. Su burla acerca de Zona Nueve como constructo virtual en el que se me había colocado sin que me diera cuenta había tenido un profundo efecto sobre mí: me despertaba por la noche temiendo que Wolfman me hubiera contado la verdad, y que fuese un agente de EAN; otras veces estaba segura de que solo se trataba de una tomadura de pelo.

—¿Cuál es el sentido de nuestra vida? —le pregunté—. ¿Nos lo explica la psicología?

Y me respondió:

—La psicología es un espejo en el que nos miramos y que refleja nuestro

rostro. Ninguna ciencia nos puede decir *por qué*.

Aunque Wolfman hubiera hablado con desdén del Departamento de Psicología de Wainscotia, estaba convencida de lo mucho que le había herido su fracaso a la hora de conseguir la permanencia y una promoción profesional. Y también entendía que el motivo era, con toda probabilidad, lo que me había contado: sus ideas resultaban inaceptables para los miembros de más edad del departamento, en especial A. J. Axel.

Wolfman tenía la idea de empaquetar una selección de nuestras pertenencias y enviarlas al Servicio de Correos, Berkeley, California. Media docena de cajas de cartón llenas de ropa, libros, artículos personales, bien cerradas con cinta adhesiva y con todos los sellos que requería el correo de superficie.

—Pero ¿cómo vamos a marcharnos?

—Nos iremos sin llamar la atención. Haremos una excursión al arboreto y no regresaremos nunca.

Así que Wolfman me convenció. Por añadidura, se mostraba muy afectuoso conmigo y me resultaba casi más atractivo que nunca antes. Su indignación con motivo de la manifestación pacifista parecía olvidada por completo.

De manera que trasladé mis cosas —una pequeña selección de pertenencias por las que no sentía el menor apego— a su apartamento, donde las empaquetamos tal como había planeado Wolfman, que era un perfeccionista a la hora de cerrar cajas con cinta adhesiva, asegurándose de que todo quedaba bien protegido y ajustado. Luego las llevamos a la oficina de correos para enviarlas a Berkeley, California.

¿Pensé alguna vez, mientras acarreábamos las cajas de cartón hasta la oficina de correos, que llegaría a abrirlas? ¿Que sacaría mi ropa bien doblada, mis libros?

¿De verdad creía que Ira Wolfman y yo nos iríamos juntos a California, para empezar una *nueva vida*?

En los días que precedieron a la marcha planeada, me dominaban las emociones: pasaba del miedo a la euforia. Me sentía al mismo tiempo temeraria y resignada.

Wolfman, por su parte, también parecía temerario y resignado.

Porque todas las veces que manifestaba mis dudas sobre lo que planeábamos hacer, me interrumpía:

—¡Adriane! Confía en mí.

Me asustaba muchísimo la perspectiva de incumplir las Instrucciones. Pero

todavía más perder a Wolfman y quedarme, de nuevo, sola en el Exilio.

Pensaba: *He perdido a mis padres, pero tengo a Wolfman.*

Los planes de Wolfman se iban haciendo más específicos. Las últimas noticias eran que, con toda seguridad, tendríamos trabajo en un instituto de investigación de la Universidad de California en Berkeley, donde Wolfman tenía amigos. Esos mismos amigos nos proporcionarían los documentos necesarios.

—Les parece romántico que vayamos a «fugarnos» —me explicó Wolfman, muy contento—. Y no tienen ni idea de quiénes somos, por supuesto.

El 19 de mayo, a las ocho de la mañana, Wolfman me estaba esperando a la entrada del arboreto, los dos con ropa y botas de senderismo. Wolfman, además, llevaba la cabeza cubierta con una gorra de béisbol.

—Es importante que tengamos el mismo aspecto que todo el mundo —dijo—. Cuanto más normales parezcamos, mejor.

Los dos llevábamos mochila. Wolfman había precisado que necesitábamos varias botellas de agua, así como provisiones para varias comidas, una muda completa y calcetines abrigados. Él aportaría una navaja del ejército suizo.

Wolfman había dibujado en un mapa el recorrido. Empezábamos en nuestra senda habitual, pero, en lugar de torcer por una curva que nos llevaría de nuevo al campus al cabo de unos tres kilómetros, seguiríamos otra bifurcación que nos alejaría de la universidad a través de una región de pinares de muchos kilómetros de extensión, hasta llegar a su extremo septentrional y a la autovía estatal en el vecino municipio de Saint Cloud.

Wolfman había calculado que tomaríamos un autobús Greyhound desde Saint Cloud hasta Mineápolis; en Mineápolis otro Greyhound nos llevaría hasta Denver, en Colorado; así sucesivamente hasta San Francisco, California, para llegar por fin a Berkeley. Wolfman se había informado sobre los horarios de los autobuses y tenía dinero para comprar los billetes.

Dentro del arboreto, Wolfman caminaba a buen paso. Yo casi tenía que correr para no quedarme atrás.

Era tan pronto por la mañana que no había nadie por los alrededores.

Nos había tocado un día primaveral, parcialmente nublado, nada cálido, pero claro, tranquilo. El corazón me latía de ese modo rápido y errático en que había aprendido cuando los agentes de policía aparecieron para detener a *Strohl, Adriane* y al señor Mackay le faltó tiempo para entregarme.

No era un recuerdo agradable. Cegada por las lágrimas, me agarré a la

manga de Wolfman.

—¿Volveré a ver a mis padres alguna vez, Ira? ¿Cómo regresaré para ver a mis padres?

—No llores, por favor.

No me había dado cuenta de que estaba llorando.

¿Y por qué lloraba, si era tan feliz?

El murciélago

Mirábamos siempre hacia delante. Nunca volvíamos la cabeza.

Pronto dejamos de ver el campus de la universidad y el sonido de la campana de la capilla nos iba llegando cada vez más tenue, como algo que se oye debajo del agua.

El sendero ascendía. Las agujas de los pinos acolchaban el suelo, pero había afloramientos de rocas que imitaban escalones y había que tener cuidado para no torcerse un tobillo trepando.

El sendero era muy empinado, pero lo habría sido todavía más, casi vertical, de no ser por los numerosos zigzags.

Aquellas curvas tan cerradas nos hacían volver al punto de partida, al menos esa impresión daba. Progresábamos despacio porque la senda tenía la forma de una gran serpiente con un cuerpo ondulante. Si Wolfman se adelantaba veloz, el sendero en zigzag lo situaba no muy lejos de mí, primero acercándose para luego sobrepasarme, mientras yo lo seguía tratando de no tambalearme bajo el peso de la mochila.

Wolfman había dicho: *Una mochila puede suponer la diferencia entre muerte y supervivencia. Una mochila te puede salvar la vida.*

Muy altos, por encima de los árboles, pájaros pendencieros.

La senda cada vez se veía menos y acabó por perderse por completo en el pinar.

Aun así, Wolfman avanzaba decidido. Y yo lo seguía.

Kilómetros de bosque. Trepamos por lo que tenía que ser la ladera de una montaña. Y luego iniciamos un descenso tan difícil como había sido la subida.

Provocábamos pequeñas avalanchas con los pies.

Jadeábamos, por la subida. Desconfiábamos de la bajada, porque bajar es siempre peligroso.

El sol, que había sido cegador y nos había llenado los ojos de lágrimas, se había desplazado por el cielo.

¡Nos sentíamos muy felices! Pronto íbamos a librarnos de Wainscotia.

Sin embargo, después de seis horas de caminata, Wolfman exclamó, sorprendido y decepcionado:

—¡Dios mío!

En un primer momento no le entendí.

Luego vi cuál era la causa de su asombro.

Aunque llevábamos seis horas andando, sin abandonar el sendero que Wolfman había elegido con tanto cuidado para que nos condujera hasta Saint Cloud, al parecer el camino había girado sobre sí mismo y nos había llevado de nuevo a la entrada del arboreto, muy cerca del campus. Los repiques que habíamos estado oyendo eran los de la campana de la capilla.

—No es posible... —dijo Wolfman.

No me podía creer que hubiéramos regresado al campus, pero no cabía otra posibilidad: el sendero nos había traicionado, obligándonos a trazar un gran círculo que regresaba al punto de partida. Habíamos ascendido la ladera de una montaña, y habíamos bajado por lo que creíamos que era otra. Esperábamos encontrarnos ya a muchos kilómetros de Wainscotia y, en realidad, no habíamos avanzado más de medio.

De algún modo, el camino, con sus innumerables zigzags tortuosos, nos había obligado a regresar, aunque en los mapas abandonara inequívocamente el arboreto.

Wolfman miraba el mapa sin parpadear, tratando de descubrir dónde se había equivocado. Pero yo me daba cuenta ya de que no se había equivocado, excepto en su convencimiento de que podíamos abandonar Wainscotia.

—Estamos atrapados, Ira. No nos podemos marchar. Lo sabía.

—¡Vuelve, entonces! Vuelve tú sola. Yo sigo.

La ira hacía que le temblara la voz.

Rechazó mi mano. Se dio la vuelta y casi echó a correr, jadeante, retrocediendo por el sendero.

Me empezaron a rugir los oídos. Quería seguirlo, detenerlo. Pero no me podía mover, tal era mi cansancio.

Llevaba más de seis horas recorriendo aquella senda maldita. Más de seis horas, y solo habíamos conseguido que nos devolviera al punto de partida.

Lo llamé, pero no me hizo caso. ¡Wolfman, amor mío!

Por encima de nosotros los pájaros aleteaban en los árboles. ¿Estaba ya atardeciendo? ¿Tan pronto? Un nervioso parloteo de aves, un frenesí de alas.

Entre las ramas de un pino, un pájaro pequeño, posiblemente un murciélago, describía extraños círculos, como si estuviera enfermo de rabia. Luego, mientras lo miraba, aquella cosa —negra, rápida, infalible— descendió para lanzarse sobre Wolfman, le golpeó en un lado de la cabeza y penetró en su interior, para estallar de repente en llamas, llamas que lo engulleron, convirtiéndolo en vapor al cabo de unos segundos, a muy pocos metros de donde estaba yo.

Solo había habido tiempo para un breve grito agudo de horror y de pérdida: creo que fui yo quien lo lanzó.

Porque en aquel mismo instante Wolfman cayó al suelo, Wolfman murió, Wolfman desapareció de Zona Nueve.

III. Wainscotia Falls

EXCURSIONISTA ALCANZADA POR UN RAYO EN EL
ARBORETO DE WAINSCOTIA

ALUMNA DE WAINSCOTIA DE 18 AÑOS HOSPITALIZADA
Un excursionista y su perro la encontraron inconsciente en una senda

Wainscotia Falls Journal, 20 de mayo de 1960

Salvada

Un hocico tibio y suave en contacto con mi cara, rígida por el frío.

Debido a la conmoción sufrida, el cerebro se me había quedado sin sangre.

Había dejado de respirar. Como un ser vivo partido cruelmente en dos, y su vida apagada.

En el sendero donde había caído a plomo. Afloramientos cortantes de piedra arenisca contra la cara, que había sangrado por arañazos que no veía y que apenas sentía.

Sin poder moverme ni tampoco volver los ojos hacia el lugar donde Wolfman había muerto.

Lo que había sido Wolfman, destruido.

Una sacudida como si me hubieran arrojado en agua helada. La catástrofe de un corazón que deja de latir. Ojos cegados por la luz.

Luego me llegó el calor repentino junto a la cara. Un cálido jadeo, la lengua rápida, húmeda y asombrosamente suave de un perro.

Luego un grito: ¡Rufus! ¿Dónde estás?

Un excursionista en el sendero. Que se acercaba corriendo al sitio donde habíamos caído.

Luego: ¿Me oye? ¿Está herida? ¿Qué le ha sucedido?...

A través de la niebla entretejida con el dolor llegó un perro que me lamió la cara para reanimarme. Con impaciencia y ansiedad. Emitiendo agudos sonidos angustiados tan parecidos a los de un ser humano que lloré al oírlos y al saber que me habían salvado.

El milagro

Estuve enferma durante mucho tiempo.

Pudieron ser semanas. Meses.

Porque hubo intervalos de «vigilia», seguidos por otros de «olvido».

Porque no se produjo lo que podría llamarse una *recuperación uniforme*.
No existió un *progreso uniforme*.

Más bien como zigzags en un recorrido. Hacías tu camino hacia delante con dolorosa lentitud..., pero solo para descubrirte otra vez de espaldas, en la dirección de la que procedías.

El resultado es que el tiempo se invierte. Crees que estás haciendo progresos, pero solo se trata de una ilusión.

Sin embargo, existe un *progreso* de cierta clase.

Al principio no estaba segura de dónde me encontraba. Las habitaciones (austeras, de paredes blancas) a las que me llevaban (en camilla, en silla de ruedas) eran lugares diferentes, para actividades y propósitos diferentes. Diferentes profesionales de la medicina, con uniformes diferentes. A menudo abría los ojos (ojos doloridos, de visión borrosa) y me encontraba en un lugar que era nuevo para mí.

Es posible que se tratara de un hospital. O de una clínica de rehabilitación.

Algún lugar en el que hay niveles de «hospitalización», relacionados con grados de lesiones físicas, de carencias psicológicas.

¿Sabes cómo te llamas?

¿Sabes dónde estás?

¿Sabes qué día es hoy?

¿Sabes quién es el presidente de los Estados Unidos?

Como un niño con muchas ganas de hablar pero sin la facultad de la palabra, me esforzaba por contestar de manera correcta a aquellas preguntas, pero no tenía la seguridad de que mis respuestas fuesen las adecuadas. Entendí que era más prudente no responder que incurrir en una equivocación, en algo

que se pudiera utilizar contra mí.

Porque me acordaba de un examen complejo que había hecho en una ocasión —cuando era estudiante (creo que es algo reciente, puesto que se me ha dicho que en el momento actual soy alumna de la Universidad Estatal Wainscotia, en Wainscotia Falls, Wisconsin)— y en el que no bastaba con saber las respuestas correctas a las preguntas, sino que se necesitaba saber qué respuesta «correcta» era la elección «más correcta» entre varias.

Te llamas «Mary Ellen Enright», ¿recuerdas cuál es tu nombre?

¿Y sabes dónde estás, Mary Ellen?

¿Sabes por qué?

A veces me despertaba, y la voz (las voces) continuaban.

Como si no se hubiera producido una interrupción, la voz (las voces) perseveraban.

¿Sabes qué fue lo que te sucedió, Mary Ellen?

Los médicos creen que te alcanzó un rayo.

¡Pero has sobrevivido!

¡Es algo asombroso, Mary Ellen! Se califica de «milagro».

¡Tu fotografía ha salido en los periódicos, Mary Ellen! Por lo menos en los de Wisconsin y en la televisión estatal.

En otoño serás alumna de segundo curso en la universidad de Wainscotia.

¿Recuerdas tu primer curso?

¿Recuerdas que eres una alumna destacada? ¿Que se te ha concedido una beca de la universidad?

Te estás recuperando, Mary Ellen. El doctor Fenner —tu neurólogo— dice que el pronóstico es bueno.

Todos tus médicos dicen que el pronóstico es bueno.

Te encontraron en una senda del arboreto: te encontró un excursionista; de hecho, fue su perro quien dio contigo.

Estabas inconsciente. Parecía que no tenías pulso y que no respirabas.

El perro llevó hasta ti al excursionista. Su rápida actuación te salvó la vida.

Mary Ellen, eres una jovencita con mucha suerte.

Te hallabas en agudo estado de shock, pero... te estás recuperando.

La tensión arterial había caído en picado. Y tenías perforado el tímpano

izquierdo.

Te estás recuperando sin recaídas... ¡Estás VIVA!

UN MILAGRO, es lo que ha dicho todo el mundo.

ALCANZADA POR UN RAYO en el arboreto, donde podrían haber tardado horas en encontrarte y en donde, según se cree, llevabas ya unos noventa minutos inconsciente.

Hacer senderismo sola por el arboreto, en sus zonas más remotas, puede ser peligroso.

Siempre se recomienda no salir solo. Ni siquiera un senderista experimentado debería salir solo.

Por fortuna, te encontraron. A tiempo.

Tenías los labios azules. Parecía que ya no respirabas, que no tenías pulso.

Por fortuna, el excursionista sabía practicar la RCP.

Reanimación boca a boca. Lo habían entrenado para prestar primeros auxilios cuando era scout.

ALCANZADA POR UN RAYO y vuelta a la vida: eso es muy poco frecuente.

¡Es la primera vez que sucede en Wainscotia Falls! Estamos orgullosos de ti.

Si tuvieras familia, Mary Ellen, estarían agradecidísimos de que sigas CON VIDA.

Mary Ellen, ¿por qué lloras?

¿Te duele algo, Mary Ellen? ¿Dónde te duele?

Señálalo con el dedo, Mary Ellen, si eso te resulta más fácil.

¿El corazón? ¿Te duele el corazón?

¿O quieres decir que se te ha roto?

Aflicción

¿Puedes explicarlo? Pero no era capaz.

¿Por qué lloras como si se te hubiera roto el corazón?

¡Tantos motivos para estar agradecida! Lo sabía.

Porque poco a poco iba recuperando el uso de las piernas. Y la coordinación muscular que las personas normales dan por sentada.

Si, por ejemplo, decides levantarte, las piernas no se te doblan, mansamente, y te dejan caer.

Si decides levantar un vaso, los dedos no lo sueltan para que se estrelle contra el suelo.

Si abres la boca para hablar, no empiezas a temblar, a estremecerte y a llorar, inconsolable, sin llegar a decir una sola palabra.

A llorar como si hubieras perdido algo —o a alguien— y no recordaras qué o a quién.

Como tampoco recordaba quién había sido aquella persona —una tal *Mary Ellen Enright* (el nombre en el brazalete del hospital que llevaba en la muñeca izquierda)—, aunque contemplase en el espejo un rostro desconocido, al tiempo que pronunciaba su nombre con labios anestesiados.

Mary Ellen Enright. Un acertijo que, por mucho que le diera vueltas, no conseguía resolver.

Porque sabía (aunque *¿cómo podía saberlo?*) que era un nombre falso.

Y sabía (aunque *¿cómo podía saberlo?*) que no estaba sola en la senda del arboreto cuando me alcanzó el rayo.

Como si me hubieran lanzado desde gran altura al sendero cubierto de agujas de pino. Y me hubiese quedado sin aliento. Y cuando cerraba los ojos se me aparecía veloz un objeto misterioso, del tamaño de un murciélago; me agachaba dominada por el pánico, gemía aterrada, me cubría la cabeza con los

brazos, trataba de gritar con todas mis fuerzas, pero no podía.

No no no no no.

Creían: que la paciente rememoraba el impacto del rayo. La poderosa carga de electricidad que la había tirado al suelo, y el trueno ensordecedor que siguió y que le perforó el tímpano.

Creían: que la paciente era huérfana, que lo había sido desde su primera infancia y que además había perdido a sus padres adoptivos en un accidente de automóvil. Que la paciente lloraba aquellas pérdidas tan traumáticas en su estado debilitado y poco menos que delirante.

¡A menudo era muy feliz! Con cada mejora en mi «estado»: trataba de alegrarme porque tenía *mucha suerte*.

Aunque, cuando iba, por ejemplo, a fisioterapia (lo que incluía natación), reaparecían las terribles lágrimas, que tardaban mucho en cesar.

Como una convulsión de todo el cuerpo, tal era mi aflicción.

Como una gran serpiente retorciéndose en mi interior, imposible de contener o controlar y cuya válvula de escape eran las lágrimas.

¿Por qué lloraba con tanta desesperación y amargura? No lo sabía.

(No era dolor. O no era solo dolor. Las muchas molestias en las piernas, en la columna vertebral y en el cuello, en la cabeza y en los ojos; todo eso podía soportarlo sin llorar, porque no eran más que *síntomas físicos*.)

Aunque despacio, iba recuperando la capacidad de *pensar*. La capacidad de *concentrarme* y de *recordar*.

El neurólogo me explicó que la memoria «a corto plazo» se había visto afectada por el trauma de la descarga eléctrica. Se había producido, creía él, algún daño cerebral (pasajero), a juzgar por los síntomas.

Los recuerdos almacenados (temporalmente) en el hipocampo, antes de pasar (de manera permanente) al córtex cerebral, se habían perdido y resultaba imposible recuperarlos.

Se trataba de una reacción normal ante una lesión cerebral traumática, me explicó el doctor Fenner. No había perdido el dominio del lenguaje —hablar, leer y escribir— ni destrezas concretas —como andar, subir escaleras, nadar—, pero estaba claro que había olvidado buena parte de mi vida reciente.

Como si alguien, con una esponja gigantesca y con gran vigor, me hubiese lavado, frotado y limpiado una parte del cerebro.

Le pregunté al doctor Fenner si me habían hecho un TAC. O ¿cuál era el otro término? ¿Una RM?

El doctor Fenner sonrió, inquisitivo, llevándose una mano al oído para entender mejor:

—¿Qué era eso que has dicho, cielo? ¿Algo acerca de un... taco?

—Un TAC. O una RM.

—Pero ¿de qué estás hablando, cielo? ¿Rehabilitación Médica, quizás?

El doctor Fenner era un caballero de avanzada edad, amable y solícito con sus enfermos, pero sin demasiada paciencia para preguntas improcedentes: ya me había dado cuenta de que las enfermeras andaban con pies de plomo en su presencia, comportándose más como criadas que como personal especializado. Llevaba camisa blanca bien almidonada, y corbata, debajo de la bata blanca de médico, que se alzaba sobre su tripita prominente. De manera instintiva me encogía cuando me tocaba, y lo mismo me sucedía cuando me tocaban las enfermeras, todos directamente con las manos, porque yo habría esperado finos guantes de goma cuando por primera vez tomé conciencia de dónde estaba; si bien para entonces, después de varias semanas en el hospital, y ahora en un ala de rehabilitación contigua, ya me había acostumbrado a que el personal médico trabajara sin guantes. Me decía: *Porque lo más probable es que se laven las manos todo el tiempo. Cuando salen de la habitación de un enfermo.*

La corbata del doctor Fenner también me fascinaba. Aunque no resaltaban mucho, se advertían las manchas (¿manchas de comida?), y cuando el doctor Fenner se inclinaba sobre mí, la corbata se columpiaba por delante de mi nariz.

—¿Hablas de «Rehabilitación Médica», puede ser? ¿Por qué preguntas sobre eso, Mary Ellen? —el doctor Fenner estaba por completo desconcertado.

Traté de pensar lo más deprisa que pude. Pero las ideas me llegaban despacio y con interrupciones, como mis andares: unas veces un chorro de fortaleza; otras, un goteo de debilidad.

—No... no lo sé. Supongo que no sé lo que quiero decir, doctor Fenner.

Era cierto: no sabía de qué estaba hablando. Los términos TAC y RM también me desconcertaban a mí, como los misteriosos términos latinos que

había mecanografiado en el edificio universitario mal iluminado cuyo nombre no recordaba bien: un museo de historia natural con el que yo tenía una relación al mismo tiempo vaga y estimulante, como un sueño turbulento que se ha desvanecido a excepción de su residuo emocional.

—¡Bueno! Has sufrido un trauma cerebral, querida mía. Pero te repondrás... He sido testigo de recuperaciones milagrosas en el pasado.

Se había repetido tantas veces en mi presencia la palabra *milagro*, que empezaba a creer que era posible: *¡milagro!*

(Sin embargo, me preguntaba qué porcentaje de los pacientes del neurólogo se curaba. Y qué porcentaje de esos mismos pacientes no admitía tratamiento.)

De nuevo, cuando el doctor Fenner se marchó, me eché a llorar.

Sin previo aviso, una terrible tristeza se apoderó de mí y empecé a llorar desconsoladamente, como una niña abandonada.

Una de las enfermeras me preguntó qué era lo que no iba bien, por el amor de Dios. ¡El doctor Fenner se había mostrado tan *optimista!*

Visitas

Tenía pocas visitas. Y todas eran sorpresas, como si surgieran de una parte de mi cerebro de insondable negrura.

La primera se identificó como *Ardis Steadman*, que había sido la asesora residente de Acrady Cottage, mi residencia de primer año de universidad.

¿Me acordaba de la señorita Steadman? ¿Me acordaba de mis compañeras de habitación? ¿Me acordaba de Acrady Cottage?

—¡Un grupo tan animado de chicas de primer año! Y tú, Mary Ellen, que subiste tanto la nota media de nuestra residencia. Te estábamos muy agradecidas.

Le dije a la señorita Steadman que sí, que me acordaba de ella, por supuesto.

Habíamos ido juntas a un concierto, si no recordaba mal. O... visto juntas la televisión en la sala de estar de Acrady Cottage.

Mientras la señorita Steadman hablaba, rememorando sucesos que yo no conseguía recordar y que ni siquiera tenía interés en recordar, empecé a sentir que me dominaba la sensación de haber sufrido una terrible pérdida y me puse a llorar.

—¡Por favor, Mary Ellen! ¿Qué sucede? ¿He dicho algo que...?

Traté de pensar *¿por qué?*

—Es como... si hubiera perdido algo. Pero no sé qué.

—¿Y cuándo crees que lo perdiste, Mary Ellen?

—N-no lo sé... Quizás en el arboreto.

—Por lo que he leído y oído, no había nada que hubieras dejado en el sendero, sobre eso no hay duda. Ibas de excursión tú sola y llevabas una mochila... Nada más.

—Recuerdo el arboreto, de antes. Había ido allí otras veces. Pero la última vez... —intensos dolores repentinos me golpearon los ojos, desde dentro. Mi visión, que había ido mejorando, se volvió borrosa, de manera que apenas

conseguía ver el rostro preocupado de la señorita Steadman—, de la última vez no recuerdo nada.

La señorita Steadman me apretó la mano.

—Puede que sea una suerte, corazón. ¡Nadie querría recordar que lo alcanzó un rayo!

Y también apareció, con aire abochornado, la señorita Hurly: no salía de su asombro al leer en la prensa lo que me había sucedido y oír hablar de mí en la radio y llegar a darse cuenta de que la joven fulminada por un rayo era *Mary Ellen Enright*.

—¡Menuda sorpresa! El doctor Harrick te manda recuerdos y te desea de todo corazón que te recuperes cuanto antes. Cuando le conté lo que te había sucedido, y le enseñé las noticias de la prensa, me dijo que a él había estado a punto de sucederle lo mismo de adolescente, en una ocasión en que remaba en el lago Michigan y se desencadenó de pronto una tormenta. Fue en verdad un relato lleno de suspense el que me contó el doctor Harrick, de lo más emotivo, lo terriblemente cerca que estuvo de morir muy joven; y piensa en todo el gran trabajo que ha realizado para la ciencia y que se habría perdido... Se acordaba de ti, Mary Ellen, aunque en un primer momento te confundía con Lorraine, la otra chica que trabajaba con nosotros los lunes y los miércoles.

Y también vino a verme una mujer a quien no conocía, a quien no había visto nunca antes, y que se presentó como *Cornelia Graeber*.

—Perdóneme, señorita Enright, pero vi su foto en el periódico y sentí..., por alguna razón me pareció que la conocía... y me pregunto si también usted me conoce, si se acuerda de mí. Hay personas que me llaman «Nelia».

Se la veía tensa, nerviosa; mientras hablaba conmigo se miraba las uñas y se arreglaba el pelo; parecía muy inquieta en mi presencia, además de desconcertada; la señorita Graeber ignoraba las razones que la habían empujado a venir a verme, pero la idea la obsesionaba y al final había cedido al impulso. De unos treinta años de edad. Por algún motivo me hizo pensar en mí misma. Sus ojos tenían una intensidad desconcertante, y los clavaba en mí de una manera que sugería, en efecto, que me conocía, aunque sin estar segura del motivo. Me explicó que era alumna de doctorado en psicología, y que trabajaba con A. J. Axel. Al repasar por curiosidad mis asignaturas, había descubierto que el otoño anterior yo había estado matriculada en Introducción a la Psicología, un curso muy popular, y que había tenido en las prácticas a un profesor llamado *Ira Wolfman*...

—¿Se acuerda de él? ¿«Ira Wolfman»? Se marchó de Wainscotia de pronto, al terminar el curso. No se despidió de ninguno de nosotros. Ni siquiera de A. J. Axel. Fue muy... desconcertante. Por supuesto, Ira podía tener razones, razones profesionales. Pero marcharse sin decir adiós a ninguno de sus amigos y colegas..., eso no era propio de él...

El intenso dolor que se me disparó desde detrás de los ojos y me los llenó de lágrimas me hizo parpadear muy deprisa. No oí con claridad las palabras de aquella mujer porque el rugido en mis oídos era como el ruido de un tren de mercancías. Tuve unos deseos infinitos de decirle que se marchara: no la conocía, no sabía de qué me estaba hablando, los nombres de la mayoría de mis profesores se me habían borrado de la memoria y solo los rescataba con gran dificultad. Y no acababa de entender por qué aquella desconocida me estaba interrogando *a mí*.

Atraída por el sonido de mis sollozos, una de las enfermeras intervino. Rápidamente la mujer se disculpó y se fue.

El ataque de sollozos convulsos fue tan intenso que me faltaba el aire y empecé a respirar demasiado deprisa. Tuvieron que llevarme a urgencias para darme oxígeno y una medicación intravenosa que redujera la taquicardia, porque mi ritmo cardiaco llegó hasta las doscientas sesenta pulsaciones por minuto.

También vino a verme Jamie Stiles.

—¿Qué tal? Mary Ellen...

En un primer instante no me acordaba de él. Vestido con un mono poco favorecedor, con el peto lleno de manchas y sin camisa debajo, hirsutas patillas oscuras y sandalias que no ocultaban sus grandes pies nudosos, era un espectáculo alarmante y un tanto amenazador.

Con desmañado sentido del humor, pasó a explicarme que también «Rufus» quería verme, pero que no le habían dejado entrar en el hospital; se había quedado fuera, atado a un soporte para dejar la bicicleta.

Porque había sido Rufus, el perro de Jamie Stiles, quien me había descubierto tumbada en el sendero y había corrido hacia mí, ladrando.

Había sido Jamie Stiles el excursionista (aunque no fuese por el sendero donde yo estaba sino por otro cercano) que había recurrido a la reanimación boca a boca para conseguir que volviese a respirar.

Era el mismo Jamie Stiles que había participado en la manifestación pacifista, y que además enseñaba escultura a tiempo parcial en el Departamento de Bellas Artes de Wainscotia.

No había tardado en acordarse de mí, explicó. Al ver mi foto en el periódico se había acordado de mi presencia en la manifestación.

Para entonces ya había entrado en mi habitación. Era una persona tímida a pesar de su tamaño. Las enfermeras lo miraban con curiosidad cuando cruzaban por el pasillo. Advertí que se ruborizaba y solo entonces me di cuenta de que llevaba en la mano derecha un ramillete de flores que parecían recogidas a toda prisa en un prado.

Surgieron algunos problemas para encontrar un jarrón. Cuando alcé las flores para olerlas, el aroma que desprendían los pétalos era muy débil, pero dulce. Confusamente, pensé: *¿Esto pasó hace mucho tiempo o está pasando ahora? ¿O tal vez no ha pasado todavía?*

Sin atreverme a cerrar los ojos. Porque existía la posibilidad de que, si lo hacía, algo pequeño y oscuro se abalanzara sobre mí y me hiciera gritar, y cuando me atreviese a abrir los ojos de nuevo estaría sola o, peor aún, con una de las enfermeras inclinada sobre mi cuerpo.

Mientras Jamie Stiles me hablaba, titubeante, pensé que sí, que era alguien de quien me habría acordado; alguien de quien deseaba acordarme. Porque su rostro me resultaba familiar, del modo en que un rostro te resulta familiar porque llevas toda la vida viéndolo.

Jamie Stiles tenía un pecho poderoso, cuello ancho, brazos y hombros musculosos, mandíbulas cubiertas de una oscura barba hirsuta que daba toda la sensación de ir a pinchar a quien la tocara; los ojos, sin embargo, denotaban amabilidad y preocupación, además de perplejidad. Porque desde el primer momento había tenido la sensación de que ya me conocía. Al verme en el campus, el día de la protesta pacifista, ya lo había sentido con mucha fuerza.

—Sin motivo, imagino. Es un fenómeno que se llama *déjà vu*.

(*Déjà vu*. La expresión me resultaba familiar. Aunque, en el libro de texto de psicología en el que lo había encontrado, aquel fenómeno se descartaba de ordinario como equivocado, como ilusorio.)

A la cabecera de mi cama en el hospital, Jamie Stiles hablaba con mucha dulzura, pero recordé, por su comportamiento durante la manifestación pacifista, que era un hombre de sentimientos intensos, impulsivo, valiente.

Me había hablado con desdén, recordé. Sí, pero ¿por qué?

Pero luego se había dirigido a mí con ternura. Me había perdonado en razón de mi ignorancia.

Pese al tamaño de sus manos y de sus dedos poderosos manchados de arcilla, hubo delicadeza en su manera de darme la mano. Y en su voz, piedad y esperanza.

Noté la amenaza del llanto. Aunque me esforcé mucho por contenerlas, las lágrimas se me deslizaron como ácido por las mejillas y empecé a llorar mientras Jamie me miraba afligido.

A diferencia del personal hospitalario, no me preguntó por qué lloraba. Tampoco me recordó que tenía *mucha suerte* por seguir con vida.

Fue muy poco lo que dijo en aquella y en las visitas que siguieron. Porque no es una persona muy locuaz.

No dijo: *Qué has perdido, por qué sufres. ¿Por qué, cuando tendrías que estar agradecida por seguir viva?*

No dijo: *En una historia distinta, la electricidad te hubiera frito. Una mancha y un borrón y un agujero maloliente en la nieve, eso es todo lo que quedaría de ti.*

De modo que lo supe, y encontré un gran consuelo en saberlo: *Va a ser él.*

«Tío»

Se llamaba Cosgrove, David R. Se presentó como *médico de cabecera a la antigua*.

No conocía al doctor Fenner ni a ninguno de los médicos del hospital. No tenía consulta en Wainscotia Falls, sino en Saint Cloud, a más de treinta kilómetros. Le había «intrigado» mi fotografía, al verla en el periódico. Venía a verme porque deseaba saludarme y hacerme una o dos preguntas.

—Al igual que Benjamin Franklin, tengo un interés pertinaz por la electricidad. Es toda una afición. La historia de la «reanimación», por ejemplo.

¿Reanimación? Traté de pensar en lo que quería decir.

El doctor Cosgrove era un hombre flaco y nervudo de edad un tanto misteriosa: ¿cincuenta y pico?, ¿más de sesenta? Ligeramente cohibido, pero de aspecto juvenil y muy amistoso; cabellos de color indefinido que casi habían desaparecido por completo, y ojos hundidos entre piel arrugada y oscura. La nariz, larga y fina, con un bultito en el hueso; noté que se esforzaba mucho por sonreírme, como para dotar a sus palabras de algún doble sentido, del que yo no me enteraba en absoluto. Tenía un tic o se le producía una contracción en la mejilla izquierda que resultaba perturbadora. Llevaba una cartera de cuero marrón, muy gastada por años de uso.

—A no ser que prefieras no hablar de ello. Me refiero al impacto del rayo.

Aunque insegura, negué con la cabeza, no. Quería decir: sí.

Quería decir que sí, que podía hablar sobre lo sucedido. Aunque no recordaba nada que pudiera ser de utilidad.

Mientras el doctor Cosgrove seguía sonriéndome de la misma manera curiosa, tuve una extraña sensación: *¡Lo conozco! ¡He visto antes a este hombre!*

Empezó a parlotear sobre rayos, sobre corriente eléctrica, sobre casos de personas «alcanzadas» y que habían sobrevivido, hasta que la enfermera que

estaba con nosotros en la habitación se marchó; entonces, y bruscamente, dejó de hablar.

Se acercó hasta la puerta y la cerró con cuidado.

En las habitaciones de los hospitales las puertas no se cierran casi nunca, y todavía con menos frecuencia se cierran con tanto cuidado, hasta que se oye el clic de la cerradura.

—¡Es estupendo verte, «Mary Ellen», tesoro! Me han dicho que te darán el alta dentro de unos días, has tenido una convalecencia milagrosa.

El doctor Cosgrove siguió sonriendo, incluso mientras sacaba un objeto de la cartera marrón. Algo que parecía una varita mágica, o un pequeño teléfono —¿un teléfono pequeño, plano?—, con una forma que me resultaba familiar, y que a él le cabía en la palma de la mano, pero que yo no era capaz de identificar.

¡Ah, un teléfono móvil! Llevaba sin ver un móvil desde... ¿Cuántos meses? ¿Años?

Pero no; aquel objeto no era un móvil, después de todo.

El doctor Cosgrove fruncía el ceño mientras giraba un dial entre el pulgar y el índice, con lo que consiguió que el pequeño objeto plano se agitara y emitiera un suave zumbido como de nido de avispas.

Al advertir mi perplejidad, se apresuró a decir:

—Nada más que un pequeño «deflector»... de mi cosecha.

—¿«Deflector»?

—Un tipo de «ruido blanco», por si alguien nos está escuchando. Queriendo o sin querer...

El doctor Cosgrove ajustó el nivel de ruido del objeto que tenía en la mano. Pasó a sonar como abejas a cierta distancia, un sonido amable. Pero todo me resultaba de lo más misterioso.

Me pregunté: ¿por qué podría interesarle a alguien nuestra conversación? No conseguía imaginarme quiénes podrían ser esas personas: nadie del personal hospitalario, desde luego.

Al comprobar que el pequeño objeto plano funcionaba de acuerdo con sus deseos, el doctor Cosgrove acercó una silla a la mía (porque también yo estaba sentada, leyendo, junto a mi cama; me cansaba lo increíble permanecer tumbada e impotente) y me sonrió con gesto de complicidad.

Una persona excéntrica, pensé; pero sin duda un caballero.

Acto seguido me preguntó si en efecto recordaba algo sobre el impacto del

rayo; y, cuando negué con la cabeza, frunció el ceño.

—Piensa otra vez, «Mary Ellen». Trata de recordar.

Lo había intentado muchas veces. Era algo que me habían pedido con frecuencia. El más reciente, un reportero del *Wainscotia Falls Journal* a quien le habían encargado un reportaje con título sensacionalista LA CHICA QUE REGRESÓ DEL MÁS ALLÁ. El decepcionado periodista tuvo que entrevistar a varios médicos, enfermeras y a un profesor de física de la universidad, porque yo no había sido capaz de proporcionarle mucho material.

—¿Tuviste la sensación de que te habían «transportado» desde algún sitio? Me refiero al momento de despertarte.

—N-no lo sé. ¿Qué quiere usted decir con «transportado»?

—Quizá un término más preciso podría ser «teletransportado».

Teletransportado. ¿Qué significaba eso?

(Me habría gustado que estuviera allí Jamie Stiles, mi nuevo amigo. Había pasado a ser costumbre, cuando venía a visitarme a última hora, contarle la mayor parte de lo que ocurría durante mis jornadas diarias en rehabilitación; pero aquel diálogo con el doctor Cosgrove era tan peculiar, como algo que sucede en un sueño, que no confiaba en que fuese capaz de transmitirlo con éxito.)

Con voz todavía más circunspecta, el doctor Cosgrove me preguntó si el nombre «Eric Strohl» tenía algún sentido para mí.

Eric Strohl. No estaba segura.

—«Eric Strohl.» «Madeleine Strohl.»

El doctor hablaba despacio y en voz baja, solo lo bastante nítida para que pudiera oírle por encima del zumbido del objeto plano que tenía en la mano, incluso cuando mantenía la mano cerca de la boca como para protegerse los labios.

Eric Strohl. *Madeleine Strohl*. Empecé a temblar. No tenía la menor idea de por qué.

—¿Significa algo para ti el nombre «Adriane Strohl»?

El corazón se me desbocaba. Me asustó la idea de empezar otra vez a respirar demasiado deprisa. Reaparecía también el dolor punzante en los ojos.

El doctor Cosgrove se apoderó de mi muñeca. Con suavidad, me buscó el pulso con el dedo índice.

—¡Cálmate! No pierdas la calma.

—N-no... Yo no...

—¡Cálmate, querida mía! Respira con normalidad. Quizás te haga falta contar las veces que respiras.

Las conté, hasta diez. Al llegar a diez ya no estaba tan agitada. El doctor Cosgrove me soltó la muñeca.

—«Adriane Strohl.» Es solo una curiosidad; me gustaría saber si has oído ese nombre antes.

—M-me parece... —me esforzaba, tratando de recordar. Sentía como si estuviera a punto de tropezar con el bordillo de una acera, como en un sueño —. No lo sé. ¿Le importa repetirlo? «Adrian»...

—«Adriane.»

Lo pronunció muy despacio. A mí no me decía nada, ¿o tal vez sí?

Nos miramos como a través de un abismo. No demasiado ancho, pero muy profundo. Sentí una debilidad que ya me resultaba familiar, como si los huesos se me estuvieran derritiendo.

Desde alguna época remota recordé que alguien me había dicho, a no ser que aquellas palabras las hubiera leído: *Lo más llamativo sobre el conocimiento de uno mismo es que tal vez no exista.*

Cuando desperté de mi situación comatosa en el hospital de Wainscotia había sentido aquella debilidad en todo el cuerpo; y no se podía describir de otra manera que como aterradora, como espantosa.

La sensación de que el cuerpo es una entidad precaria, formada por innumerables átomos, y que se puede desintegrar en cualquier momento.

Y más allá del cuerpo, el mundo mismo —hasta el universo— se había situado al borde de la explosión.

Inclinándose para hablarme al oído, el doctor Cosgrove dijo:

—Podría ser, querida mía, que conociera a... tus padres... De hecho, tengo motivos para creer que soy pariente de tu padre. Y, en consecuencia, también tuyo.

¡Asombroso! Durante un buen rato me quedé mirando al médico calvo de ojos llenos de sinceridad, sin tener ni idea de cómo responderle.

—No es mi intención sorprenderte ni escandalizarte, cariño. Me doy cuenta de que se te ha dicho que eras «adoptada».

—En realidad, n-no me acuerdo de mis padres, mucho me temo. Ni de los padres que me adoptaron ni de los que...

El doctor Cosgrove me miró, pensativo. Extendió los brazos para

apoderarse de mi mano, una de las mías entre las suyas. Pensé: *Me conoce*. Se me ocurrió una idea absurda: *Quizá sea el médico que ayudó a traerme al mundo*.

—Tu padre Eric era, es, mi hermano mayor. Tengo motivos para creerlo. Porque te pareces mucho a él, sin lugar a dudas. Advertí el parecido en la fotografía del periódico... Estaba seguro —hizo una pausa para secarse los ojos—. Pero tu padre y yo llevamos mucho tiempo separados. Hace casi veinte años que no nos vemos.

¿No nos vemos? Aquel hombre hablaba como si mi padre estuviera vivo en aquel momento.

Mi desconcierto era total. Las sienes me latían con fuerza, el corazón desbocado por los medicamentos que me corrían por las venas, mezclándose con la sangre.

—¿Es usted mi tío? Pero ¿dónde vivía... dónde vivían... mis padres? ¿Cómo es posible una cosa así?

Empezaba a parecerme que el doctor Cosgrove me resultaba familiar. El insólito brillo oscuro de sus ojos, el bultito de la nariz...

—Creo que es posible, «Adriane». No lo recordarás, probablemente..., porque eras muy pequeña la última vez que te vi. Tenías unos dos años, creo.

—¿Dónde fue eso?

—En otra parte del país.

—Pero ¿en qué estado?

—En Nueva Jersey, creo.

Pero yo no he vivido nunca en Nueva Jersey, ¿o sí?

—¿Has oído hablar de Pennsboro? ¿En Nueva Jersey?

—N-no... Me parece que no.

Era incapaz de pensar.

—Quizás... *sí*...

Tiritaba de manera incontenible. Me limpiaba las lágrimas. El doctor Cosgrove se disculpó por angustiarme.

Mantuvo mi mano helada entre las suyas y la acarició durante algún tiempo.

—Las personas adultas no te han tratado bien, querida mía. No querría agravar ni tu confusión ni tu dolor. Pero, déjame que te pregunte, ¿te resulta familiar el nombre «Tobias»? ¿«Toby»? ¿«Tío Toby»?

No sabía cómo responder. Si aquella persona era mi tío, quería decir *sí*.

—N-no estoy segura. «Tío Toby.»

—«Tobias» era mi nombre en otro tiempo..., antes de que me mandaran a Madison, en Wisconsin, para terminar la licenciatura en medicina; luego me establecí al norte de Wainscotia Falls, y no he salido de Saint Cloud desde entonces. Estoy casado... Llevo muchos años casado. Contraje matrimonio con una chica estupenda, guapa y cariñosa, de aquí, de Zona Nueve. Tenemos hijos..., es decir, tienes primos... Pero quizá no nos volvamos a ver nunca, pienso. Es demasiado arriesgado para los dos —el doctor Cosgrove parpadeó, porque las lágrimas le impedían ver, aunque estaba sonriendo—. Tenía muchas dudas sobre venir a verte... No estaba seguro de que fuese una buena idea. Pero, por supuesto, quería *verte*, mi querida sobrina Adriane. Quería preguntarte por tu padre; por tu familia. Qué tal están, cómo van las cosas en esa otra... dimensión. Pero no me puedes responder, creo. No «recuerdas» nada.

—M-me parece que casi... recuerdo algo...

Cuando me fijé en sus ojos, de color marrón oscuro, tan brillantes, mientras me miraba y me sonreía con tanto cariño, casi recordé... algo. Pero se desvaneció de inmediato como un sueño al contacto con la luz del sol.

—Parece que te encuentras muy bien, «Adriane», quiero decir, «Mary Ellen». Al menos en lo físico, ahora que te estás reponiendo. Los jóvenes sois mucho más resistentes que las personas de más edad... Todavía eres joven, aunque hayas tenido que atravesar decenios.

—Pero ¿cuántos años tiene usted? ¿Cuándo fue usted mi tío?

—¡Ah, cariño, eso no ha sucedido todavía! Y cuando suceda, cuando yo sea un joven de unos veinte años y tú una recién nacida, dentro de algunos años..., no recordaremos nada. La amnesia es todo lo que nos salva del abismo.

Al ver mi expresión de desconcierto, añadió, hablando más deprisa:

—Lo único que podemos hacer es perseverar en nuestro tiempo. Nadie está obligado a enfrentarse con más de un día a la vez. Esa es la bendición de nuestro universo temporal: el hecho de que se extiende en horizontal, podríamos decir, de que no sucede a la vez, como en el instante del Big Bang. Algunos somos seres políticos y otros no. Pero no puede darse el caso de que ninguno de nosotros, en 1960 y en los Estados Unidos, o en otro lugar y en otra época, pueda sentirse *del todo bien*.

No entendí lo que me decía. No sabía nada de política (aunque ya estaba al tanto de que el presidente de los Estados Unidos era Dwight D. Eisenhower, alguien de carne y hueso y antiguo general; nada que ver con un simpático

emoticono sonriente). También sabía de la reciente «guerra» de los Estados Unidos con un remoto país asiático llamado Corea y que para muchos la Segunda Guerra Mundial era aún un «recuerdo reciente».

—El nuevo decenio nos traerá verdaderas «novedades», incluso revolución. Pero será revolución mezclada con tragedia, y no una pequeña farsa. ¡Y más allá de eso...! —el doctor Cosgrove rio, además de estremecerse—. Pero no tenemos que mirar hacia delante, no lo pierdas de vista. Esa es la lección esencial que aprendemos nosotros, los Exiliados. Hemos de ocuparnos de salvarnos a nosotros mismos.

Le dije al doctor Cosgrove que quería saber más acerca de mis padres, ¡por favor! Y cómo era que, de algún modo, me había conocido cuando era una niña pequeña; y cómo era posible que por entonces tuviera otro nombre: tío Toby...

Me dominaba una sensación casi de delirio. ¡Cuánto significaría para mí, qué felicidad, contar con un *tío Toby* en mi vida!

—No. Hemos de vivir *aquí*, Adriane. Eso es algo que he aprendido después de cometer errores muy dolorosos. El «futuro» existe solo a la manera en que existe el otro lado de la Tierra, tanto si lo podemos ver como si no. O —siguió, señalando al cielo que se veía al otro lado de la ventana de mi habitación en el tercer piso— esas nubes en el cielo oriental, que parecen tan esculpidas, existen en nuestro futuro inmediato porque el aire las empuja en esta dirección desde el lago Michigan. Dentro de un rato, quizá en una hora o quizá en varias, estarán encima de nosotros y nos llegará menos luz del sol. Pero ahora, mientras las nubes se nos acercan, vemos hasta una distancia considerable y por lo tanto, en cierto sentido, podemos ver el futuro. La mayoría de las cosas están demasiado lejos para que las veamos, y tenemos que renunciar a hacer ese esfuerzo. «Solo una respiración en cada momento», decía tu padre sabiamente; aunque por entonces yo era demasiado joven para escucharlo.

Con un ruido seco apagó el pequeño objeto plano que había estado zumbando y se lo guardó en el bolsillo del pecho.

—Mi querida Adriane, ¡adiós! Quizá nos volvamos a ver, si ese es tu deseo: sabes ya cómo me llamo y que vivo en Saint Cloud, poco más allá de la montaña.

Con una sonrisa, el doctor Cosgrove me apretó la mano con afecto antes de irse. Quise decir *¡Adiós, tío Toby!*, pero las palabras no me llegaron a brotar de la boca.

La granja de Heron Creek

—¡Rufus! La hora de nuestro paseo.

Rufus es un perro de seis años, en parte bóxer, en parte labrador y en parte border collie. La piel, de color arena, es áspera. Pesa algo menos de veinte kilos, es entusiasta y torpe, y jadea todo el tiempo. De orejas siempre tiesas, sus ojos brillan de felicidad cuando se le llama. Si se te acerca a todo correr, con el rabo en movimiento, pesa lo suficiente para hacerte perder el equilibrio.

Y te lava la cara con una lengua húmeda, suave, impaciente.

Por tu parte, no quieres saber lo que ha podido tocar esa lengua. No quieres pensar en los infinitos amores de un perro, entre los que tú, tan llena de anhelos como cualquier perro, pero decidida a disimularlo, eres uno más.

Rufus y yo paseamos juntos por los campos de detrás de la granja. Me gusta pensar que existe un vínculo entre nosotros, porque fue él quien me salvó la vida.

Un animal es una especie de máquina, enseñan los psicólogos conductistas. Pero Rufus es todo menos una máquina. Le brilla el alma en los ojos cuando está en presencia de alguien a quien quiere.

La gran alegría de Rufus es traerte un palo. Sobre todo si ha tenido que sacarlo del estanque en el que Jamie consiguió aclimatar truchas hace unos años y donde vive una ruidosa colonia de ranas.

Cuando abrazo a Rufus y el perro me lame la cara, siento que las lágrimas me queman los ojos por una razón muy sencilla: *soy feliz*.

Es posible que algún día haga una excursión al otro lado de la montaña en busca del doctor Cosgrove, que vive en un sitio con un nombre bien hermoso: Saint Cloud. Pero todavía no lo he hecho: mi nueva vida me absorbe demasiado.

No hizo falta que Jamie Stiles me lo pidiera. De algún modo parecía haber quedado decidido entre nosotros que cuando me diesen el alta en la clínica de rehabilitación me iría a vivir con él en la granja de Heron Creek Road.

Sabes... que puedes compartir un hogar conmigo.

Sabes que te quiero.

La primera vez que vi la casa de Jamie me enamoré de ella sin remedio: un edificio de madera, lleno de rincones y recovecos, que alguien había pintado de un sorprendente color oro con contraventanas azul marino. Las otras casas desperdigadas a lo largo de la carretera rural donde está Heron Creek son de un blanco uniforme, deslucido por la intemperie.

La casa queda lejos de la carretera. El camino de entrada (de tierra, con rodadas) debe de tener una longitud de medio kilómetro. En el patio delantero descansa una camioneta Ford de 1949 con el parabrisas hecho añicos y sin neumáticos, los restos de un viejo tractor International Harvester, un Buick descapotable y destripado, modelo de 1947, y un trineo infantil con las cuchillas muy oxidadas: no se trata de los restos de objetos desechados, antaño en buen estado, sino de una escultura cuidadosamente elaborada con chatarra y titulada, por Jamie Stiles, *Riesgos de los viajes en el tiempo*.

Además de un sofá y sillas de mimbre, y de una bicicleta Schwinn apoyada contra la pared, en el porche delantero se puede ver una exposición de... ¿colchas? Pero no se trata de colchas ordinarias, porque las de Heron Creek se han elaborado con plexiglás, brocado muy grueso y aluminio, de colores rigurosamente metálicos: *Diorama de la leyenda de la colcha 1958*.

Detrás de la casa se alza un amplio granero para almacenar forraje, pintado de color rojo ladrillo. En lo más alto del tejado hay una veleta que luce la figura heráldica de un venado. En la fachada del granero, un gran rostro solar en cobre con sus correspondientes rayos, similar a la imagen de una antigua deidad (benévola). Junto al granero, un silo de piedra en proceso de desmoronamiento y, por los alrededores, otras dependencias más pequeñas.

Y detrás de todo ello, el estanque que Jamie ha conseguido poblar de truchas.

En el granero de color rojo ladrillo se halla su estudio de escultura. Los periódicos de Wisconsin han publicado varios reportajes elogiosos sobre las esculturas de Jamie Stiles; también le han hecho entrevistas en programas de

arte en televisión, y todos incluyen siempre fotos del estudio, que parece, a primera vista, algo a medio camino entre una morgue y una chatarrería: los innumerables materiales, muy *corpóreos*, del oficio de escultor. En las otras dependencias, más pequeñas, hay estudios que utilizan artistas amigos de Jamie; algunos de ellos llevan años disfrutando de un espacio gratis donde trabajar, mientras que otros solo son «visitas».

De la misma manera que ha heredado y acumulado gente en su relativamente corta vida (tiene treinta y un años), también ha heredado y acumulado animales de granja, entre los que se cuentan una yegua alazana, de nombre Hedy, retirada de las carreras de calesas en el difícil hipódromo de Traverse City, Michigan; Leila y Lee, dos cabras que hacen compañía a Hedy y pastan con ella; una docena de ovejas de lana muy sucia (porque he descubierto que las ovejas no se parecen en nada a las imágenes de los libros de cuentos: no son *blancas* por naturaleza); media docena de gatos de distintos tamaños, edades y pelaje, de los que algunos son afectuosos animales domésticos y otros, más asilvestrados, viven en los graneros; y Rufus, nuestro perro guardián, siempre vigilante. Además de una considerable cantidad de gallinas —domésticas de plumaje blanco, rojas de Rhode Island, rayadas de Plymouth Rock—, que proporcionaban huevos para una familia numerosa. (Las tareas de cuidar de las aves y de recoger sus huevos recayeron muy pronto sobre mí, aunque cuento con la ayuda de mis jóvenes sobrinos Chloe y Tyler.) En el estanque de detrás del granero hay gansos del Canadá, ocas y un remanente de patos salvajes que van y vienen.

A veces, una pareja de cisnes llega al estanque, desde la vecina Heron Creek. De un blanco resplandeciente y por lo general silenciosos entre las aves acuáticas de menor tamaño, los cisnes se asemejan a hermosas figuras de un sueño, y parecen representar algo para lo que no existen palabras adecuadas.

Un remoto pariente de Jamie Stiles construyó, en 1881, la parte más antigua de la granja; más tarde pasó a ser de los abuelos de Jamie, y él la heredó hace unos doce años, junto con veinte hectáreas de tierra, en su mayor parte sin cultivar. Unos ocho kilómetros por una carretera rural con muchas vueltas y revueltas separan la casa del vasto campus de la universidad donde Jamie Stiles enseña, o ha enseñado, escultura en el Departamento de Bellas Artes durante los últimos nueve años; en cuanto a mí, soy alumna de la Facultad de Humanidades, donde espero graduarme en biología y en arte.

Sigo siendo becaria de la universidad. Ya no trabajo a tiempo parcial en el campus, dado que he dejado de vivir en una residencia.

Un censista se sentiría muy frustrado si intentara determinar exactamente quién vive en la granja de color oro de Heron Creek Road, en el municipio de Wainscotia. Porque se trata de una vivienda que está siempre abierta para los amigos y conocidos de Jamie, colegas artistas, así como pacifistas y manifestantes antinucleares; con frecuencia se presentan desconocidos que van de paso hacia otro sitio, personas que Jamie conoce de algún modo o llegan recomendadas por conocidos comunes y de la misma cuerda. También es probable que haya en la casa parientes apellidados Stiles, de manera temporal o permanente: un primo de Jamie que abandonó la Escuela de Agricultura de Wainscotia hace años; un taciturno hermanastro de más edad que trabaja en una cantera local y que pesa ciento cincuenta kilos; un tío deteriorado y estoico, bebedor empedernido, que fue infante de marina durante veinte años y que, durante la última semana de la Segunda Guerra Mundial, sufrió heridas de gravedad en Alemania.

Y, para sorpresa mía, dos niños de cinco y ocho años que no son vástagos de Jamie sino los hijos abandonados de una hermana mayor que se marchó hace varios años, sin dejar otro recuerdo que los niños, con su ropa y sus juguetes.

—Están un poco tristes, pero son unos críos encantadores, Mary Ellen. Acabarás queriéndolos.

Es verdad; sé que querré a Chloe y a Tyler con el tiempo. Estoy segura.

El hecho distintivo de los niños, imagino que se puede decir así, es la tonalidad de su piel, de un intenso color café.

En todo el municipio (rural) de Wainscotia, es probable que no haya nadie con una piel de color café como la de mis sobrinos Chloe y Tyler.

Jamie y yo tendremos hijos antes de que pase mucho tiempo. Es nuestra esperanza.

Gran parte de la propiedad de la granja no es terreno de cultivo, pero hay unas cuantas hectáreas lo bastante fértiles como para arrendárselas a granjeros vecinos, lo que proporciona una más que necesaria fuente de ingresos, y hay un campo detrás de la casa donde nosotros podemos plantar algunas cosas: tomates, judías verdes, maíz, zanahorias, pepinos, melones...

Con el tiempo, el cuidado de esta huerta tan ambiciosa recaerá sobre mí, imagino. (Como también tendré que ocuparme de Chloe y Tyler.) Cuando

Jamie me trajo a la granja a finales del verano, ya estaba todo sembrado, pero las malas hierbas asfixiaban a los brotes, y ciervos y mapaches habían saqueado el maíz y los melones; lo que mejor medraba era un macizo con albahaca, hierbabuena y menta, que son plantas que crecen como malas hierbas, y una pequeña jungla de malvas y rosas silvestres.

Por mi parte, estaba deseosa de eliminar malas hierbas y cardos. Pero Jamie se rio de mí.

—A veces se llega demasiado tarde a un jardín, igual que se puede llegar demasiado tarde a la vida de otra persona. Mejor limitarse a aceptar las cosas tal como vienen. «Solo una respiración en cada momento.»

Al pasear por la descuidada huerta, con Rufus pisándome los talones, olfateando y dando saltos entre el maíz que cruje porque está demasiado seco, me invade una sensación de felicidad. Pienso: *Todo esto me estaba esperando y yo no lo sabía.*

En mi vida anterior (que solo recuerdo de manera muy vaga, como algo entrevisto a través de un cristal esmerilado) no creo que viviera en una granja, ni que trabajase la tierra, ni que cultivara nada. Pero confío en que acabaré aprendiendo.

Los embriagadores aromas de un jardín, iluminado por el sol de la última hora de la tarde, o después de un chaparrón, me dejan al borde del desmayo.

Jamie y sus amigos no se cansan de hacer reparaciones en la casa: tejados, contraventanas, porches deteriorados, escalones. Jamie tiene un amigo fontanero, otro con una excavadora, un tercero especializado en cisternas y pozos. Amigos pintores (de brocha gorda), así como otros que son artistas. Su amigo escultor más íntimo es soldador. El mismo Jamie es un manitas, además de fuerte; hay que evitar que levante cosas que puedan dañarle la espalda o quebrársela por completo. Para ser una persona reservada, parece que se desenvuelve de maravilla en el torbellino de actividades comunitarias. Las reuniones de la rama local del SANE suelen celebrarse en nuestra granja. Aunque a veces Jamie se traslada en coche a Madison, o más lejos aún, y llega incluso hasta Chicago. (¡Chicago! Qué lejos me parece que está. Desde que caí fulminada por el rayo, me digo que mis días de viajera han terminado.) Los colegas artistas de Jamie trabajan cada cual en su estudio y cenan con nosotros casi todas las noches. Y también sus esposas, novias e hijos. Llegan familiares y se quedan a pasar la noche, o varias noches. Los abuelos de avanzada edad también son bienvenidos. (Pero, por favor, ¡no se mueran en nuestra casa!

Jamie bromea acerca de cosas como esa, que a los demás no nos parecen nada divertidas.) Por supuesto, celebramos veladas poéticas: muchos (de nosotros) somos poetas. (H. R. Brody es amigo de Jamie.) Y también veladas musicales (Jamie es percusionista). Incluso nuestros jóvenes sobrinos tienen amigos del colegio a los que se invita con frecuencia a venir a la granja, acompañados por sus padres, que también se quedan a cenar. Dado que, por lo que parece, la universidad de Wainscotia está explotando laboralmente a algunos profesores, empleados administrativos y trabajadores, Jamie ha estado tratando de organizar un sindicato sin percatarse del mucho tiempo que iba a tener que dedicarle, y de lo beligerantes que pueden mostrarse las personas cuando tratas de ayudarlas. Una noche a la hora de la cena, cuando los comensales habían salido de la casa para repartirse por el porche y por el césped delantero, conté veintiséis adultos y niños antes de cansarme y dejarlo.

Pensé: Aquí no hay tiempo para la tristeza. ¡Estoy demasiado ocupada!

Jamie se define como escultor «multimedia». Su gran modelo es Rodin. Ha fabricado extrañas y espectaculares obras de arte con chatarra, incluidos coches y tractores inutilizados; emplea hierro (al que permite que se ponga herrumbroso, como consecuencia de una «progresión natural»), acero inoxidable, aluminio, bronce, madera, arcilla, fibra de vidrio y otros materiales, incluido el cartón piedra; y es también un escultor tradicional, cuyo encargo más exitoso ha sido un monumento en memoria de la guerra de Corea para el municipio de Wainscotia.

En la universidad, a Jamie Stiles se le tiene en alta consideración como artista original e importante; al mismo tiempo, su activismo político antinuclear y sus declaraciones pacifistas y antibelicistas han hecho que el director de su departamento encuentre difícil promocionarlo y menos aún darle un puesto fijo, incluida la titularidad, en la Universidad Estatal Wainscotia.

Aun así, Jamie sigue en la universidad. Vuelven a contratarlo semestre tras semestre, año tras año.

—El departamento me ve con buenos ojos; quiero decir que la mayoría de los miembros del claustro son amigos míos. Hace años que los conozco y los he ayudado en su trabajo. Pero tanto a nuestro decano como al rector les asusta mi «notoriedad». Oyen con frecuencia que tienen un «comunista furibundo» en el Departamento de Bellas Artes. Uno de los miembros del consejo de administración pensaba que me habían detenido en «algún tipo de protesta que degeneró en vandalismo». Así que lo mejor que me está permitido esperar es

un empleo a tiempo parcial.

Jamie hablaba con melancolía, pero también con orgullo. No me quedó más remedio que correr a besarlo.

Poco después de que me dieran el alta en la clínica y de que me mudase a la granja de Heron Creek, Jamie me llevó a ver, en Wainscotia Falls, el monumento en memoria de la guerra de Corea, situado delante del Palacio de Justicia del condado. Aunque hechos de acero inoxidable, los once soldados de infantería parecían asombrosamente vivos; casi era posible imaginárselos respirando, y que su pétrea piel era piel de verdad. Se elevaban por encima del espectador, algo más grandes que de tamaño natural, superando los dos metros de altura. Los rostros eran al mismo tiempo jóvenes y atemporales. Las manos —los dedos— resultaban especialmente realistas. En piedra, sobre la talanquera que rodeaba la escultura, se habían tallado los nombres de las víctimas oriundas del municipio, y también en este caso Jamie había sido muy cuidadoso y había rechazado varios tipos de letra antes de elegir el que finalmente utilizó.

Patrulla sobre el terreno: Corea 1950-1955 consiguió abundante publicidad positiva en la prensa local. A familiares de soldados caídos en la guerra les conmovió profundamente el monumento de Jamie Stiles y le escribieron: el escultor contestó todas las cartas. (Por suerte, ¡Jamie no había participado aún en protestas contra la guerra!) Su modelo para el monumento conmemorativo no había sido Rodin sino Harry Hansen, un admirado escultor de comienzos del siglo XX, de quien se había hablado en su día como el Rodin del Medio Oeste y que había realizado más de doscientas esculturas conmemorativas durante sus cincuenta años de carrera. Jamie parecía incómodo con su escultura, aunque yo la alabé por conmovedora, trágica, hermosa; comentó, en tono humilde:

—No era mi intención hacer un monumento «realista», pero era lo que querían. Traté de explicar a la junta municipal que me pedían un tipo de escultura pasado de moda, que se valoraba mucho en otra época, antes de la fotografía, y que se basaba en la representación de figuras y rostros para que parecieran lo más humanos posible. La escultura actual tiende más a la abstracción que al realismo. Traté de explicárselo, pero...

Al final quedó claro que si Jamie aceptaba el encargo era para crear el tipo de monumento que deseaban los ciudadanos del municipio, y eso fue lo que

hizo.

—Pero tiene mucha fuerza, Jamie. No lo dudes.

Ver las figuras de los once soldados transformados por la Muerte era en extremo conmovedor. Me fue imposible hablar durante cierto tiempo mientras Jamie daba la vuelta al monumento, sin dejar de contemplarlo. Un artista es alguien que nunca se cree lo que otros dicen sobre su trabajo: quizás fuese eso lo que sucedía. Jamie no veía lo que veía yo, ni creía lo que yo creía.

Sobre las cabezas y los hombros de los soldados se apreciaban excrementos de pájaros, manchas de color blanquecino. Aunque tratamos de no reparar en ello, acabé por mojar pañuelos de papel en un charco cercano e intenté hacerlos desaparecer, pero con escaso éxito.

Cuando regresamos a casa, Jamie me mostró la foto enmarcada de la entrega del premio, junto con el diploma que le había concedido el Consejo de las Artes de Wisconsin en 1957. Parecía estar al mismo tiempo avergonzado y orgulloso.

—¡Jamie! Enhorabuena.

Aunque solo habían pasado tres años, parecía más joven en la foto. Estaba más delgado, su rostro era más enjuto y llevaba la cara afeitada.

¡Jamie Stiles sin barba! Era muy posible que el joven de aquella foto nunca se hubiese atrevido a dirigirme la palabra en el campus de la universidad.

Al ver su rostro juvenil, sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas. Porque en la época de la fotografía yo no lo conocía. Tampoco él me conocía a mí. Y lo más probable era que nunca nos hubiésemos conocido.

De hecho, ¿cómo era posible que nos conociéramos? ¿Ni siquiera que llegásemos a vernos? No era posible. Y, sin embargo, había sucedido.

Las lágrimas me caían por las mejillas. Me dominaba una alegría que era imposible desligar del desconsuelo. En momentos así, Jamie se acerca y me abraza en silencio.

Los fuertes brazos de Jamie. Su cuerpo robusto como una fortaleza.

Su consuelo, inmediato e incondicional.

Te tengo entre mis brazos y voy a protegerte. Te quiero.

En el pajar del viejo granero pintado de rojo, donde está el estudio de Jamie, hemos organizado otro más pequeño para mí, al que subo por una escalera de mano. Es una zona privada con vistas a nuestros pastizales y, si se

mira hacia abajo, con vistas al sitio donde trabaja Jamie. Puedo ver lo que hace, pero no es probable, por su parte, que me vigile.

Mi trabajo artístico, por así llamarlo, funciona a una escala mucho más pequeña que la de Jamie. A mí no me interesan obras heroicas ni monumentales. Me contento con deambular por los alrededores durante horas haciendo apuntes a lápiz, carboncillo, tizas de color pastel; luego regreso aquí y trabajo en mis esbozos. He experimentado con retratos: de mis sobrinitos, de residentes y visitantes, del tío de Jamie, antiguo infante de marina, que se hace llamar —con cierta carga de ironía que no soy capaz de calibrar— «Capitán Shalom».

En el pajar tengo una mesa de trabajo de casi dos metros que me ha hecho Jamie. También ha extendido lienzos sobre bastidores y me ha animado para que experimente con pinturas al óleo, acuarelas y acrílicos.

A menudo miro, desde el borde del suelo del pajar, a Jamie, que está debajo. Es una figura inquieta, fornida, musculosa, aunque, dada su condición de atleta, ágil de pies, además de observador y curioso. La puerta corredera del granero que cierra su estudio suele permanecer abierta, excepto en los días muy fríos. Algunas veces trabaja con fuego. También con aerosoles. Ha fabricado esculturas con lámparas de pie estropeadas, con cochecitos de niño desechados, con letreros de STOP acribillados a balazos; chatarra, fibra de vidrio, cristales de ventanas, aluminio y barras de latón. Pienso que las cosas que hace no solo son extrañamente hermosas por sí mismas, sino, además, «profundas», «importantes». Creo que no es ingenuidad por parte de Jamie Stiles pensar en términos de Rodin más que del Harry Hansen de Whitefish Bay.

Jamie tiene la habilidad de perderse por completo en su trabajo. Da lo mismo lo mucho que le preocupe, por ejemplo, el mantenimiento económico de la granja, la locura de las pruebas nucleares de los Estados Unidos en el sudoeste del país o la posibilidad de que en otoño la universidad de Wainscotia rescinda su contrato; de todos modos, su concentración en el trabajo es tan completa como la de un niño solitario perdido en sus juegos. Es implacable consigo mismo cuando su trabajo no va bien, algo que sucede con bastante frecuencia; es testarudo y se desanima fácilmente; me entristece que suspire tan a menudo, que se pase la mano por el pelo en un gesto de exasperación o de abatimiento; que se tire de la barba, que a mí me parece una hermosa barba hirsuta, de color caoba y más rizada que su pelo.

Aunque ¡son tantísimas las cosas tuyas que me parecen hermosas! Podría mirarlo mucho tiempo sin cansarme, incluso vestido con el manchado mono de peto sin camisa debajo, y calzado con unas sandalias desgastadas por la intemperie y el mucho uso.

Cuando Jamie hace el amor se muestra torpe, tierno, dubitativo: tiene miedo de hacerme daño, de aplastarme. Y es verdad que su considerable peso me deja sin aliento y temo que me vaya a romper alguna costilla. Sus violentas arremetidas hacen que me estremezca de dolor, pero él lo interpreta de otra manera. Nunca dejo traslucir el menor malestar porque pienso solo en él. Pienso en mi necesidad de amar y de ser amada.

Nunca antes he querido a ningún hombre (estoy segura), pero sé por instinto que no debo herir sus sentimientos. Ni el menor asomo de reproche ni crítica alguna a su trabajo: nunca. Jamás socavaría la conciencia que Jamie Stiles tiene de sí mismo como hombre, como artista o como criatura sexual.

Las verdades que le revelo son las que pueden nutrir el amor que siente por mí. Porque solo su amor puede dar validez al amor que siento yo por él, tan intenso que me deja desmayada y sin aliento.

Tiene que ser así: *Estuve a punto de morir. Ahora lo único que me importa es esta vida nuestra.*

Algunas noches vemos la televisión.

Nos sentamos en un sofá, cogidos de la mano. No disimulamos nuestro mutuo afecto (Jamie es así en todo lo relativo a manifestar cariño), y no nos avergonzamos en absoluto de parecer sentimentales, incluso cuando el «Capitán Shalom» gruñe irónicamente en nuestra dirección, cuando atraviesa con paso fuerte el cuarto de estar camino de su habitación en la parte trasera de la casa.

Pocas veces vemos la televisión solos. De ocho a diez son las horas de máxima audiencia. Jamie se ríe como un niño con las ingenuas chanzas de Milton Berle, Lucille Ball y Desi Arnaz; Ozzie y Harriet son favoritos absolutos, así como Arthur Godfrey, Lawrence Welk y Phil Silvers. Jack Benny, Sid Caesar e Imogene Coca exigen pensar un poco más, como Jack Paar, *Truth or Consequences* («La verdad o atenerse a las consecuencias») y *What's My Line?* («¿A qué me dedico?»). A veces Jamie se queda dormido delante del televisor, agotado por el trabajo de todo un día, y no lo despierto,

pero sigo apretándole la mano. Las imágenes de la televisión se derraman sobre nosotros. Los pensamientos que más nos pueden torturar quedan desactivados por la luz azulada y parpadeante de la pantalla.

En el segundo piso de la casa y en el dormitorio de Jamie de toda la vida yacemos enlazados en nuestra cama de latón y de colchón con bultos. Allí hablamos y nos besamos; nos besamos y hacemos el amor; a veces me invade la sensación de que estoy en brazos de otro que no es Jamie: alguien cuyo nombre he olvidado. Me estremezco, asustada, pero no grito y consigo no llorar.

Porque la vida es *ahora*. La vida no es pensar, ni reflexionar ni volver la vista atrás; la vida es lanzarse hacia delante; la vida es el momento presente, al igual que, también en la televisión, siempre es *ahora*.

Y pienso: *Estoy en el sitio que me corresponde, en el momento debido.*

Para celebrar nuestra boda a finales de octubre, Hiram Brody, el poeta amigo de Jamie, organizó una fiesta, muy alegre y con muchos invitados, en su casa victoriana del barrio de Faculty Hills, en Wainscotia Falls, y escribió para la ocasión un «soneto del amor florecido». Además de los muchos amigos de Jamie, acudió a la fiesta un espectacular grupo de escritores, artistas, escultores, músicos y profesores de universidad con sus mujeres; allí estaban luminarias de Wainscotia como Amos Stein, Myron Coughland, mi antiguo jefe Morris Harrick, Carson Lockett III y A. J. Axel, todos ellos amigos de H. R. Brody y, quería pensar yo, admiradores de las esculturas de Jamie Stiles. (El más ilustre de todos aquellos profesores, a juzgar por la deferencia con que se le trataba, era el profesor Axel de psicología, que estuvo muy poco tiempo en la reunión y que se ausentó tras el primer brindis con champán. Hiram Brody anunció con orgullo que su amigo A. J. Axel acababa de recibir la «subvención más importante del Gobierno federal jamás concedida a un investigador en el estado de Wisconsin» para contribuir a poner en marcha el Centro para la Ingeniería Social, del que es fundador; el centro liderará las tareas de condicionamiento conductual de personalidades antisociales, psicopáticas y subversivas.) Para los allí reunidos, Hiram Brody, el poeta de cabellos blancos, leyó su «soneto del amor florecido» con voz altamente teatral; era un poema que contenía un eco, dijo, de un soneto de Shakespeare: *No permitáis que la unión de unas almas fieles / admita*

impedimentos. No es amor el amor / que cambia cuando un cambio encuentra... Todo el mundo aplaudió con entusiasmo; Jamie se secó las lágrimas. Dijo que entendía muy pocos poemas, aunque, de todos modos, lloraba a menudo cuando los escuchaba.

Pensé que el soneto del señor Brody era extraño, y al mismo tiempo hermoso. Tampoco lo entendí del todo, pero me llenó los ojos de lágrimas.

A Jamie y a mí nos había casado por la mañana un juez de paz en Wainscotia Falls, en compañía de algunos habitantes de nuestra granja que actuaron como testigos. El juez, un hombre muy paternal, se había manifestado sorprendido y un tanto preocupado cuando vio que al parecer la contrayente no tenía familia o, en cualquier caso, ningún familiar que hubiera acudido a la boda, pero yo sonreí y le aseguré que Jamie Stiles era toda la familia que necesitaba.

(Uno de los muchos detalles amables que Ardis Steadman ha tenido conmigo, además de remitirme todas las pertenencias que había dejado en Acrady Cottage, ha sido proporcionarme la partida de nacimiento que necesitaba para casarme, procedente de mi expediente universitario. La partida de nacimiento, con un llamativo sello dorado del estado de Nueva Jersey, es un documento que yo no recordaba haber visto nunca; en él se afirmaba que *Mary Ellen Enright* había nacido en el *Hospital General Pennsboro, de Nueva Jersey, el 11 de septiembre de 1942*, y que sus padres eran *Constance Ann Enright* y *Harvey Sterns Enright*. ¿Se trataba de mis padres biológicos? ¿O solo de nombres ficticios que alguien había proporcionado para una partida de nacimiento? A mí no me despertaron ningún recuerdo, ni el menor asomo de emoción. Pero me acordé de que el doctor Cosgrove había hablado de *Nueva Jersey*.)

En tinta negra, con pluma estilográfica, H. R. Brody copió «Epitalamio de Wisconsin» dedicado a *Mary Ellen* y *Jamie*, firmado y fechado con la elegante rúbrica del poeta, en una tiesa hoja de pergamino, un documento que Jamie enmarcó después para colgarlo en nuestro dormitorio.

—Es como tener un poema del puño y letra de Robert Frost o de T. S. Eliot —me ha dicho Jamie.

Le conmueve profundamente el poema, igual que a mí. A veces, uno de los dos se lo lee al otro mientras nos preparamos para acostarnos.

Lo que yo pensaba: *Siempre he querido a este hombre. Lo conozco desde siempre. Ya lo quería antes de nacer.*

Poco después de todo aquello sucedió algo extraño y perturbador.

No sé muy bien cómo contarlo. En mi vida es tanto lo que ha flotado más allá del lenguaje —como una nube muy alta que se desplaza rápidamente, pero tan distante que no es posible identificarla— que he perdido por completo la confianza en mi capacidad para entender muchas cosas, y no digamos para explicarlas.

Nunca trato de evitar al «Capitán Shalom» porque no tengo ningún deseo de herir sus sentimientos, ni tampoco los de Jamie; pero hay algo que me pone nerviosa en el antiguo infante de marina que es tío de mi marido; algo que no solo tiene que ver con su rostro desfigurado, con su calva cabeza con huellas evidentes de maltrato, con los ojos llorosos que nunca parpadean, o con su aliento, que huele a algo metálico, como monedas recalentadas en la palma de una mano sudorosa. En nuestra casa hay tantas personas que van y vienen, que pasan por la cocina, que suben y bajan las escaleras, que te encuentras en el cuarto de estar y por los pasillos, y que entran y salen de los cuartos de baño (solo hay dos baños para todos nosotros, uno en cada piso; pero también un retrete exterior entre la casa y el granero, el cual, según Jamie, ya se utilizaba cuando él era adolescente, no hace demasiado tiempo), que te tropiezas inevitablemente con unos y otros cuando vas de camino hacia otro sitio, y te cruzas con ellos a toda prisa, con un *¡Perdona!* que no es más que un murmullo, o sin pronunciar palabra. La intimidad surgida de la simple cercanía es un fenómeno curioso, con un algo de ridículo en todo ello.

El tío de Jamie —hombre de mediana edad, antiguo infante de marina— utiliza muletas algunas veces, aunque no siempre; a menudo sube las escaleras tirando de sí mismo con las dos manos apoyadas en la barandilla, y su método para bajarlas es una especie de zambullida en caída libre. Lo único que no hay que hacer nunca es ofrecerse para ayudarlo: es un error que cometí muy poco después de venirme a vivir aquí.

En aquella ocasión, los ojos feroces y relampagueantes del tío de mi marido me miraron con gran frialdad. En el lado izquierdo de la cara tiene una cicatriz semejante a una cremallera, y le falta un trozo del labio superior. Los dientes son grisáceos, como los de un niño malnutrido. Su aliento despide un calor metálico. El antiguo infante de marina, con el nombre adoptado de «Capitán Shalom», supo cómo dejarme indefensa por el simple procedimiento de no

responder cuando yo tartamudeé una disculpa.

Finalmente dijo, con voz cavernosamente irónica:

—Cuando necesite tu ayuda, «Mary Ellen», te la pediré. Y te lo agradeceré de antemano.

La manera en que el Capitán Shalom pronunció *Mary Ellen* me hizo saber que no tenía muy buena opinión de aquel nombre, ni del subterfugio que semejante nombre podía tratar de ocultar.

A Jamie le preocupa la «salud mental» de su tío, pero ¿qué puede hacer? El Capitán Shalom se niega a ir a la consulta de ningún médico, ni siquiera local; monta en cólera ante la sugerencia de que alguien lo lleve a Milwaukee, a ver a un médico de la Dirección General de Excombatientes (es decir, a un psiquiatra). Jamie dice que como no lo reduzca, lo ate y lo empaquete para llevarlo en la camioneta, no es probable que se pueda hacer nada por él.

—¿Tiene un arma? ¿O más de una? —fue mi pregunta inocente.

—Aquí no se permiten armas de fuego. Todo el mundo lo sabe.

¿Era una respuesta satisfactoria? A Jamie le enfureció incluso que yo hubiera sugerido algo semejante.

A mí me parece probable que el capitán guarde un arma, o varias, en su cuarto. (La habitación, de difícil acceso para un discapacitado, la eligió él mismo al mudarse a esta casa, me ha contado Jamie.) Pero considero probable que, si el tío de mi marido siente la necesidad de disparar una de sus armas, no nos mataría a ninguno de nosotros (por desprecio, por indiferencia), sino que la utilizaría para suicidarse.

Porque el Capitán Shalom es un ser heroico, a su manera torturada.

He tratado de hacer un boceto suyo, aunque solo de memoria. Me gustaría fotografiarle el rostro cuando no sea consciente de mi presencia, pero dudo que lo logre.

El Capitán Shalom fluctúa entre actitudes jocosas y el desánimo; sus cambios de humor no difieren mucho de los de Jamie, pero sí son más frecuentes e imprevisibles. A media tarde es probable que ya esté un tanto borracho, lo que da a su actitud un tono bromista, entre la ironía y la amargura; dado que es una ruina de hombre, un objeto patético, no practica la hipocresía; si por ejemplo alguien le comenta, como hacen invariablemente las visitas, *qué buen aspecto tienes*, contesta cortante:

—¿En serio? A ojos de quién, ¿los tuyos o los míos?

O no dice nada pero gruñe de una forma que transmite repugnancia,

incredulidad, desprecio; y se aleja dando tumbos con la regocijada grosería del discapacitado para quien la amabilidad condescendiente de los *capacitados* resulta especialmente insultante.

Entre el capitán y «Mary Ellen Enright» existe una incómoda especie de tregua, creo yo. Dado que soy la mujer de Jamie, su tío cree que me debe respeto; depende de mi marido para tener un sitio donde vivir y un hogar, porque su matrimonio terminó muy poco después de que le dieran el alta en el hospital para excombatientes de Milwaukee y regresase a Racine con su mujer y sus hijos cuando todavía perduraban sus problemas, tanto físicos como psiquiátricos. Sin embargo, dado que solo tengo diecinueve años, que soy alumna de la Universidad Estatal Wainscotia y que, desde que vine a vivir a la granja de Heron Creek como compañera entrañable de Jamie, me he convertido en una joven aceptablemente atractiva con una sonrisa fácil, luminosa y amable, es muy posible que al Capitán Shalom le resulte molesta, como a menudo les resultan molestas a los hombres las mujeres que saben inalcanzables en tanto que mujeres. Sucede que cuando el capitán y yo estamos juntos, los dos solos, en una habitación o en un pasillo, nos cruzamos sin mirarnos y conteniendo la respiración. Es de lo más cortés conmigo a las horas de las comidas y a menudo se ofrece para ayudarme en la cocina, una tarea que Jamie evita casi siempre con la excusa de que tiene que volver a su estudio de escultura para trabajar durante una hora más antes de dar por terminada la jornada laboral; en momentos así, agradezco que alguna de las personas que viven aquí me ayude en la cocina, porque quedarme a solas con el antiguo infante de marina, tan desfigurado y amargado, es algo penoso, y me cohibe mucho.

Aquí hay un hombre que te tiene calada. Tu felicidad, tu sonrisa incansable, incluso tu «amor».

Por otra parte, el Capitán Shalom es un lector impenitente, y ha acumulado en su habitación una biblioteca de segunda mano; a diferencia del resto de nosotros, raras veces ve la televisión, y nunca lo hace sin resoplar, como muestra de desprecio y aversión. (Cualquier cosa que tenga que ver con soldados, las fuerzas armadas, excombatientes y «conflictos armados» merece su especial desdén; pero también incluye en su condena a pacifistas y manifestantes contra la guerra nuclear, para decepción de Jamie.) A menudo, si hace buen tiempo, lo veo salir al aire libre con algún libro de su biblioteca; no lejos del estanque ha encontrado un sitio donde leer, y ha colgado allí una

hamaca para su uso personal. (Me ha invitado, sin embargo, a tumbarme en la hamaca siempre que me apetezca, ofrecimiento del que nunca me aprovecharé porque parece encerrar una amenaza velada.) Una tarde calurosa en la que salió de la granja para leer en su hamaca junto al estanque, subí corriendo las escaleras hasta su habitación para examinar sus libros, aunque sabía que eran, en su mayor parte, libros históricos sobre guerras, tal como Jamie me había dicho. (Mi intención era buscar sus armas de fuego, pero me resultó imposible atender hasta ese punto contra su intimidad. No me sentí capaz de registrar, por ejemplo, los cajones de su cómoda, o ver si ocultaba algo entre el colchón y el somier de la cama.)

Su habitación apenas estaba amueblada, sin alfombra sobre la tarima; había una mesa, una silla y una lámpara de pie que parecía salida de un vertedero. Cosa sorprendente, encontré el cuarto relativamente ordenado, porque el Capitán Shalom había hecho la cama como si estuviera en un cuartel: sábanas bien estiradas, esquinas remetidas y la única almohada perfectamente en su sitio. (Sonreí al pensar cómo a Jamie nunca se le ocurriría hacer ninguna cama en la que hubiese dormido. Retira a patadas la ropa que lo cubre y deja las sábanas arrugadas y revueltas.) Solo encontré una estantería en la habitación, de metro y medio de altura, más o menos; pero había libros por todas partes, algunos de ellos de gran tamaño, con cuadros o fotografías, repartidos por el suelo y la mesa, así como en el alféizar de una ventana. Indecisa, saqué de la estantería un pesado libro de tapas duras, tras fijarme en cuál era su sitio para poder devolverlo de manera que su propietario nunca se diera cuenta, pero al abrirlo descubrí, para mi sorpresa, que *no contenía palabras*: ni una sola letra impresa.

Pasé las páginas y en todas hallé el mismo vacío.

En el lomo tampoco había nada escrito. Ni en la cubierta.

Sorprendida, lo coloqué en su sitio y abrí un segundo al azar. Aquel otro tenía páginas impresas, pero con palabras borrosas e incomprensibles, como si se hubieran derretido; y al abrir un tercer libro, ya francamente asustada, descubrí que también sus páginas me resultaban incomprensibles, no porque estuviesen escritas en un idioma extranjero, sino porque formaban jeroglíficos, palabras que no utilizaban letras con las que estuviera familiarizada. Y entonces se me ocurrió la idea, escalofriante, pero de algún modo también apacible: *Esto te pasa porque estás soñando. En un sueño nunca es posible leer la letra impresa.*

A toda velocidad, dejé los libros en su sitio y bajé deprisa las escaleras para volver al primer piso. Desde entonces no he vuelto nunca a la habitación del capitán.

Mis lesiones no desaparecerán por completo, según me han explicado: se trata de «déficits neurológicos». Siempre seré propensa a las migrañas. No puedo «jugar a la pelota», algo que está al alcance de la mayor parte de las personas de la casa; jugar con mis sobrinitos, por ejemplo, es embarazoso, porque sucede con frecuencia que la pelota se me escapa. Con tiempo frío o húmedo me duelen las dos rodillas. Empiezo a ver peor al ponerse el sol. Tengo los ojos debilitados y se me inundan de lágrimas con facilidad. Cualquier agitación, por pequeña que sea, me causa palpitaciones, incluso aunque, por lo demás, esté tranquila.

Y sigo llorando sin motivo aparente.

Y Jamie me consuela en esos momentos, sin preguntarme qué es lo que no va bien. Y Rufus también, si es que me oye.

Esta tarde llegan visitas. Creo que se trata de amigos de Jamie que vienen de Madison: activistas antinucleares que también son artistas. No tengo ni idea de cuántas personas comerán aquí durante los próximos días, pero tendré quien me ayude a preparar lo necesario y a recoger después la cocina. Aunque parezca mentira, entre tanta gente se da una especie de calma, y también efervescencia; pero luego me puedo retirar a mi altillo en el granero en cualquier momento que lo desee, o casi.

Siempre hay sitio para uno más en la granja de Heron Creek: tal es la máxima de Jamie Stiles.

Si pasas por la granja de Heron Creek o te acercas por Wainscotia Falls, Wisconsin, sea cuando sea, ven por aquí a vernos a todos, y por supuesto que también estaremos encantados de recibirte.

¡Por favor, no dejes de venir! Me gustaría mucho conocerte. Y quédate con nosotros todo el tiempo que quieras.

Nota de agradecimiento

Muchas gracias a Greg Johnson por leer este manuscrito con su habitual cuidado, solicitud y comprensión; y a Charlie Gross, mi marido, por su continuo apoyo.

La novela más imaginativa, joven y distópica de Joyce Carol Oates.

«Agárrate fuerte: esta es una obra sobrecogedora de principio a fin.»

The Guardian

«Una novela memorable.»

Publishers Weekly



En el Estado rígido y totalitario en el que tiene lugar esta historia, los viajes en el tiempo, tanto como sus peligros, son muy reales. Sin embargo, aquí no son el origen de divertidas aventuras, sino castigos del poder contra individuos subversivos.

Individuos como Adriane Strohl, aunque ella nunca hubiese sospechado ser una chica peligrosa. Después dar su discurso de graduación y a modo de «rehabilitación» por Traición y Cuestionamiento de la Autoridad, Adriane es enviada a Wainscotia, una ciudad que solo existía ochenta años antes, en 1959. Pero su idealismo no entiende de saltos temporales y no puede evitar cuestionar los principios que rigen su sociedad, con resultados liberadores... pero también estremecedores.

La crítica ha dicho...

«Esta historia parece estar cargada de los horrores de nuestra época orwelliana.»

Independent

«La escritura de Oates siempre ha parecido sencilla: urgente, temeraria, torrencial. Escribe como una mujer que se adentra en una región salvaje sin mirar atrás.»

The New York Times Book Review

«Si sientes que perteneces a otra época, plantéate la posibilidad de que vienes del futuro y de que has sido enviado al pasado a modo de castigo [...]. Esta es una novela extraña y desgarradora.»

Los Angeles Review of Books

«Oates sigue cautivando con su terrible magia oscura.»

The Washington Post

«Una maestra del diálogo afilado y de las descripciones vibrantes, Oates sigue siendo poderosamente fascinante.»

People

«La violencia del mundo de Oates es excesiva porque se parece mucho a la nuestra.»

The New York Times

«Vívida e inquietante. [...] La nueva novela de Oates es da escalofríos.»

New Statesman

«Joyce Carol Oates reinventa aquí el género y crea una historia brillante de amor y exilio.»

James Gleick

«La escritora más sólida, ingeniosa, brillante, curiosa y creativa del momento.»

Gillian Flynn

Sobre la autora

Joyce Carol Oates nació en Lockport, Nueva York, en 1938 y es una de las grandes figuras de la literatura contemporánea estadounidense. Es autora de más de cincuenta novelas, más de cuatrocientos relatos breves, más de una docena de libros de no ficción, ocho de poesía y otras tantas obras de teatro en sus cinco décadas de trabajo. Ha sido galardonada con numerosos premios, como el National Book Award, el PEN/Malamud Award, el Prix Fémina Étranger y, en España, con el Premio BBK Ja! Bilbao por el «modernísimo humor negro de su obra». En 2010 recibió la National Humanities Medal, el más alto galardón civil del gobierno estadounidense en el campo de las humanidades, y en 2012, el Premio Stone de la Oregon State University por su carrera literaria. Alfaguara inició en 2008 la publicación de su obra con la magistral novela *La hija del sepulturero*, a la que siguieron *Mamá*, *Infiel* (recopilación de relatos elegida como uno de los libros más destacados de 2001 según *The New York Times*), *Ave del paraíso*, *Memorias de una viuda*, *Una hermosa doncella*, *Blonde* —su gran novela sobre la vida de Marilyn Monroe, que fue finalista del Premio Pulitzer—, *Hermana mía, mi amor* (Grand Prix de l’Héroïne Madame Figaro), *Mujer de barro*, *Carthage*, *Mágico, sombrío, impenetrable*, *Rey de Picas. Una novela de suspense* (uno de los mejores libros del año según *El Cultural* de *El Mundo*) y *Un libro de mártires americanos*. Esta novela, *Riesgos de los viajes en el tiempo*, es su obra más reciente.

Título original: *Hazards of Time Travel*

© 2018, The Ontario Review, Inc.

Published by arrangement with ECOO, an imprint of HarperCollins Publishers

© 2019, José Luis López Muñoz, por la traducción

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3559-6

Imagen de cubierta: © Getty Images

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Riesgos de los viajes en el tiempo](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[I. Primera de la clase](#)

[Las Instrucciones](#)

[Aniquilación](#)

[Orden judicial](#)

[«¡Buenas noticias!»](#)

[La detención](#)

[«Medida disciplinaria»](#)

[Exilio: Zona Nueve](#)

[II. Zona Nueve: el Lugar Feliz](#)

[Máquina de escribir](#)

[Perdida](#)

[Universitaria](#)

[Amigas perdidas](#)

[Él, con él](#)

[Wolfman](#)

[Sola](#)

[Posiblemente](#)

[La lista del decano](#)

[El hechizo](#)

[Huérfano](#)

[De repente](#)

[Rechazada](#)

[La pared](#)

[El Museo de Historia Natural](#)

[Refugio](#)

[El sacrificio](#)

[Adoración](#)

[*Centauros del desierto*](#)

[La prueba](#)

[El examen](#)

[La nota insuficiente](#)

[Wolfman, amor mío: Recuerdos escogidos](#)

[SANE](#)

[La chica solitaria I](#)

[La chica solitaria II](#)

[Abril](#)

[«Prescindible»](#)

[Fuga](#)

[El murciélago](#)

[III. Wainscotia Falls](#)

[Salvada](#)

[El milagro](#)

[Aflicción](#)

[Visitas](#)

[«Tío»](#)

[La granja de Heron Creek](#)

[*Nota de agradecimiento*](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)